

Totalidad y coyuntura

Claves epistémicas
y de método

Jaime Osorio



Totalidad y coyuntura

Claves epistémicas y de método

Osorio, Jaime

Totalidad y coyuntura: claves epistémicas y de método /
Jaime Osorio - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
CLACSO, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-926-5

1. América Latina. 2. Ciencias Sociales. I. Título.

CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Teoría marxista / Epistemología / Economía / Política /
Realidad social / Totalidad / Dialéctica / Negatividad /
América Latina

Corrección: Santiago Basso

Diseño de interior: Santiago Basso

Imagen de tapa: *Incendio*, Maria Alejandra Osorio Olave

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Totalidad y coyuntura

Claves epistémicas y de método

Jaime Osorio



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Tomar partido: Totalidad y coyuntura. Claves epistémicas y de método (Buenos Aires: CLACSO, abril de 2025).
ISBN 978-987-813-926-5



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Teoría marxista y conocimiento. Una breve introducción	7
<i>Jaime Ortega</i>	
Presentación	9
Capítulo 1 El estudio de América Latina frente al positivismo y al posmodernismo	11
Capítulo 2 Concepciones de la realidad social y de su conocimiento.....	33
Capítulo 3 La totalidad como actividad unificante.....	69
Capítulo 4 Dialéctica de la negatividad	93
Capítulo 5 La ruptura entre economía y política en el mundo del capital	107
Capítulo 6 La coyuntura como nivel político por excelencia	121
Capítulo 7 Estructuras y sujetos: desequilibrios y arritmias en la historia	165
Capítulo 8 La construcción de América Latina como problema teórico	179
Capítulo 9 Sobre epistemología y método en Marx	201
Capítulo 10 Cuestiones epistémicas en el análisis de la dependencia	229
Capítulo 11 Explotación redoblada y actualidad de la revolución	255

Teoría marxista y conocimiento. Una breve introducción

Jaime Ortega

El profesor Jaime Osorio ha sido uno de los más férreos defensores de una perspectiva anclada en la concepción de la totalidad. Como en otros países de la región, en México se vivió una andanada en contra de la teorización en las ciencias sociales, en favor de paradigmas “débiles”. En medio de debates políticos, modas académicas y “giros” interminables, las disciplinas asociadas al conocimiento de lo social, se vieron atrapadas en un sinfín de juegos del lenguaje, mismos que habilitaban la pérdida de centralidad de la epistemología.

No es cualquier tipo de teoría del conocimiento la que se sacrificaba en aquella andanada, tenía como punto central la crítica del marxismo, que, con su perspectiva política, habilitaba el vínculo entre conocimiento y transformación. Pocas y pocos fueron los que resistieron la tentación de subir en el nuevo despliegue de artificios retóricos que se alejaba, según esta perspectiva, de formas totalizadoras que impedían el registro de la pluralidad.

En el eje central se encontraba el marxismo, pero con él, perspectivas filosóficas de altos vuelos, que también eran sacrificadas en el altar de la pluralidad y la incertidumbre. Echar por tierra el concepto de totalidad tenía un alto riesgo, y era que sacrificaba la propia politicidad de lo social.

Bajo el techo amplio de la teoría marxista de la dependencia, Osorio remó a contracorriente, insistiendo en la pertinencia de la visión anclada en la totalidad, que diera cabida a formas temporales como la coyuntura y la necesidad de la transformación sociopolítica. Tras años de magisterio, su obra ha alcanzado a centenares de jóvenes que, en México, Chile, Brasil o Argentina, dan seguimiento a su planteamiento, alentando una perspectiva totalizadora y política.

De tal forma, para el Grupo de Trabajo “Historia y coyuntura: perspectivas marxistas”, es pertinente presentar esta antología, misma que recoge trabajos enfilados en la dirección ya citada, es decir, de un planteamiento epistemológico y político.

Presentación

Se ha señalado que las sustantivas disputas y diferencias que existen en las ciencias sociales obedecen a su falta de madurez, lo que contrastaría con lo que ocurre en las llamadas ciencias naturales, donde sería justamente su mayor desarrollo lo que explicaría la carencia de grandes debates internos.

En juicios como los anteriores se deja de lado un asunto para nada insignificante. Hasta el surgimiento de las ciencias sociales, siglo XVIII en adelante, en las ciencias naturales se produjeron agudas disputas, algunas que costaron el silencio o la vida a quienes pusieron en duda verdades asumidas, por lo general por autoridades eclesiásticas y/o reyes. Baste recordar el juicio a Galileo, obligado a retractarse, por sus formulaciones que pusieron en discusión la noción geocéntrica prevaleciente, la que otorgaba legitimidad al poder de papas, obispos y reyes, instalados, claro está, en un planeta supremo, la tierra, que no podía sino ser el centro del universo.

Con la emergencia de las ciencias sociales, las disputas políticas y las disputas entre clases en el plano del saber se traslada a estas ciencias, lo que hace prácticamente imposible que alguna teoría social, cualquiera sea, se constituya en paradigma que aglutine a la comunidad científica, como tiende a ocurrir ahora en las ciencias naturales, en donde propuestas como las de Einstein se convierten en paraguas o paradigmas que cobijan al grueso de físicos y astrónomos.

No es por tanto la falta de madurez de las ciencias sociales lo que explica en lo fundamental la presencia de formulaciones teóricas que siguen vigentes y que son cuestionadas fuertemente a su vez por otras formulaciones, que mantienen también vigencia.

Las teorías del liberalismo económico y político, por ejemplo, asumidas ampliamente por diversas escuelas, son cuestionadas por la economía política marxista y por su teoría política, al igual que lo hacen las primeras frente a las propuestas y tesis de las segundas. No hay propuestas en que estas formulaciones encuentren puntos de acuerdo.

Esas disputas en las ciencias sociales tienen en la base de sus tesis, es decir, en sus formulaciones epistemológicas, un eje central de discrepancias, lo que propicia que sus formulaciones caminen en direcciones tendencialmente confrontadas. Teorías sustentadas en el individualismo metodológico en poco o nada pueden converger con quienes asumen las relaciones sociales como base de sus reflexiones.

Regresar a las cuestiones epistémicas presentes en las ciencias sociales constituye por lo tanto una tarea de permanente actualidad. Curiosamente, ello no siempre encuentra en los programas de estudio y en los programas de investigación, los espacios acordes con su significación y relevancia. Este libro busca caminar a contrapelo de este estado de cosas. Y busca poner de manifiesto, en un lenguaje accesible, la relevancia de la epistemología para dar incluso los primeros pasos en materia de interrogantes sobre el saber y las bifurcaciones que se presentan en el campo de las ciencias sociales.

Los materiales que conforman este libro fueron escritos en tiempos muy diferentes y con el objetivo de ofrecer algunas pistas que orientaran a los lectores sobre algunos debates y desarrollos que tomaron forma en libros de economía política, sociología o ciencia política, disciplinas privilegiadas en el quehacer del autor.

Tepepan, Xochimilco, julio de 2023

Capítulo 1 | El estudio de América Latina frente al positivismo y al posmodernismo

¿Existe América Latina? ¿de qué manera existe? Las preguntas anteriores pueden parecer ociosas, por su aparente obviedad. En este capítulo pretendo mostrar que no lo son y que están cargadas de sentido. En lo que sigue pondremos particular atención a dos enfoques con un peso significativo en el quehacer de las ciencias sociales en la actualidad: me refiero al positivismo y al posmodernismo y a las consecuencias que de sus posiciones se derivan para el estudio de América Latina. En un adelanto de alguna de las conclusiones diré que ambas posiciones terminan por *desintegrar a América Latina como problema teórico*, tanto por la mistificación fragmentaria que propicia el posmodernismo, como por el atomismo social y el empirismo que subyace en los fundamentos del positivismo.

Este material se dirige a todos aquellos interesados en los asuntos de la región que -dada la ausencia de formación filosófica en la mayoría de las carreras y posgrados en ciencias sociales- terminan planteándose temas y problemas de investigación sin los mínimos interrogantes sobre los supuestos filosóficos y epistémicos que en ellos subyacen, lo que puede propiciar que las modas intelectuales o un “cientificismo” mal entendido se impongan al rigor que debe prevalecer en la academia. Vale indicar que privilegiaremos una lectura

accesible, pero no por ello menos rigurosa, en el tratamiento de los temas abordados.

La difícil construcción de un problema teórico

La reflexión sobre América Latina no es ajena a las readecuaciones teóricas y filosóficas que atraviesan a las ciencias sociales en las últimas décadas. De manera general puede señalarse que en un periodo que arranca en las últimas tres décadas del siglo XX se ha producido un marcado predominio, presente en las investigaciones y en los programas de estudios, del positivismo¹ y del posmodernismo². Ambos, y por razones diferentes, presentan como rasgo común un escaso interés por la *producción propiamente teórica* y un rechazo a reflexiones holísticas, generalmente acusadas de “esencialismo”, “fundamentalismo” y algunos “otros delitos”, al decir de Slavoj Žižek (2005), lo que ha propiciado una forma particular de aproximación al estudio de América Latina.

El peso de cada uno de estos enfoques presenta diferencias al interior de las disciplinas que conforman las ciencias sociales, siendo mayor el positivismo en la economía y en la ciencia política y, en menor medida, en la sociología, en tanto el posmodernismo³ ha ganado

¹ “El positivismo es una concepción filosófica “que trata de atenerse a lo positivo, a la experiencia, a los hechos, a lo dado por los sentidos y no a lo negativo, a lo meramente razonado, o a lo producido o especulado por la pura razón” (Muñoz y Valarde, 2002, p. 456).

² El posmodernismo, en tanto corriente filosófica, considera agotados las formulaciones filosóficas de la modernidad, tales como la confianza en la ciencia y en la razón como medios para conocer la naturaleza y organizar la vida social; a la historia como un proceso continuo tendiendo al progreso, y al sujeto como encarnación de metas trascendentales. En general, la crítica del posmodernismo a esa filosofía se sintetiza en la declaración del fin de los grandes relatos (progresistas y/o emancipatorios).

³ Existe una vertiente “destruccionista” y “textualista” en el posmodernismo, derivada de la vulgarización de los planteamientos de Jacques Derrida, vulgarización que se difunde particularmente desde su lectura en Estados Unidos y su traslado a América Latina principalmente por la vía de los estudios culturales. Ello no implica desconocer que en los escritos del propio autor argelino-francés se hacen presente

significativo espacio en la sociología, la antropología social y en el campo de los llamados estudios culturales.

Preguntarse si América Latina existe no deja de ser una pérdida de tiempo para quienes razonan desde el positivismo. Es tan evidente su presencia como la piedra con la que acaban de tropezarse. América Latina se les presenta como un objeto dado, preexistente a cualquier pregunta. Si alguien lo duda allí están los mapas para confirmarlo, con los contornos de la subregión, los países que la conforman, los accidentes geográficos que la recorren. También están sus pueblos y sus culturas. Pero si todavía hicieran falta certezas, tenemos las varias cifras que nos hablan de su Producto Interno Bruto, número de habitantes, tasas de mortandad y de nacimiento y un sin fin de datos económicos y sociales que nos confirman su existencia y movimientos. La tarea en la investigación, por tanto, es simplemente observar como ella es, para lo cual es necesario afinar los instrumentos, sea para construir nuevos mapas, nuevos censos u otros agrupamientos estadísticos.

Desde este horizonte se pueden establecer constataciones, por ejemplo, que cuando la economía crece esto no deviene en desarrollo, que la democracia es frágil, que las instituciones son débiles, y muchas otras. Por lo general, estos “problemas” tenderán a encontrar respuesta desde el positivismo en modelos (de desarrollo, de democracia, de fortaleza institucional, de innovación tecnológica). El proceso histórico de viejas economías del mundo desarrollado será el camino por seguir, con sus etapas y tareas a realizar. Pero pueden aparecer otros modelos, más actuales, como los “tigres” del sudeste asiático, y más recientemente China. Allí se hacen tales y cuales cosas y de una manera que en América Latina no se han hecho o se han hecho mal. *Ergo*, los problemas a resolver remiten a un asunto meramente práctico-instrumental porque la *meta* y el *camino* ya están

planteamientos de donde abreva el posmodernismo. Es frecuente, por ello, que se ubique a Derrida entre los autores “que han insistido en la necesidad de salir de la tradición filosófica moderna”, por lo que sus posiciones “resultan afines a la sensibilidad posmoderna” (Abbagnano, 2004, p. 839).

definidos. Habrá que hacer determinadas reformas o transformaciones. Poco importa, por ejemplo, que en la historia reciente de la región contemos a lo menos con tres décadas en donde se han realizado diversas reformas. Como no se logran los resultados esperados (¡torpe realidad que no termina de aprender la teoría o el modelo!), siempre habrá nuevas reformas y transformaciones institucionales que realizar. Siempre habrá un nuevo modelo que seguir o imitar.

Estudios de este tipo por lo general terminan en una lista de tareas que debieran llevarse a cabo, por ejemplo, para alcanzar el desarrollo, en el entendido que mientras más larga sea esa lista, más serio se supone el trabajo: hay que conseguir que la economía oferte mejores empleos, elevar los salarios, gestar una clase empresarial *shumpeterianamente* emprendedora, industrias que protejan el medio ambiente, mayores inversiones en innovación tecnológica, mejorar la calidad en la educación, elevar la cultura política, equilibrar crecimiento con equidad, integrarnos a las nuevas cadenas productivas, formar parte de la nueva economía del conocimiento y la información, etc. La lista puede ser interminable.

No deja de ser curioso: *estos “estudios” terminan exactamente en donde debiera comenzar la investigación*, esto es, preguntándose por qué no tenemos mejores empleos, ni empresarios que paguen mejores salarios; porqué, cuando se produce crecimiento este no conlleva mayor equidad; cuáles son las trabas para un mayor desarrollo tecnológico, etc.; y, sobre todo, *cuál es la explicación de que las cosas sean así y no de otro modo*, y no simplemente tomar nota que como en otras partes las cosas suceden de otra forma, de allí derivar que nuestra región también podría hacerlo igual. En pocas palabras, tras las innumerables cifras y recomendaciones se elude enfrentar el problema cargado de historicidad y de teorización referido al porqué los asuntos funcionan en esta parte del mundo de una determinada manera, y no de otra (o como desearíamos que funcionaran).

Más allá de la inmediatez empírica de una región dibujada en un mapa o del cúmulo de estadísticas en compendios, *América Latina sólo existe como problema en tanto construcción gestada a partir de*

ciertos interrogantes que sobre esta región nos formulamos. Por ejemplo, ¿por qué somos subdesarrollados? ¿somos periferia? ¿por qué? ¿qué nos constituye en una economía dependiente? ¿qué consecuencias internas propician estos procesos? ¿por qué participamos de determinadas maneras en la división internacional del trabajo? ¿cuáles son esas maneras? ¿por qué la democracia es breve y frágil en la historia regional? ¿es cierto que el Estado-nación aún no termina de constituirse en la región? ¿es posible que podamos funcionar de maneras semejantes a cómo funcionan otras regiones? ¿existe alguna lógica que estructure y les dé sentido a los movimientos de la economía, de la política, de la cultura regional? Plantearnos este tipo de preguntas *implica abandonar el supuesto de la región como un objeto dado*, y, por el contrario, *asumirla como un asunto problemático*, que reclama preguntas y respuestas hipotéticas, las que deberán ser abordadas en el trabajo de investigación.

No es un asunto menor señalar que *la formulación de interrogantes* como los anteriores u otros, *supone el conocimiento de teorías.* ¿Cómo podría emerger la pregunta de si somos o no periferia, si desconocemos las nociones de un sistema mundial capitalista y el papel diferenciado de las regiones en dicho sistema en materia de acumulación-desacumulación de valor, lo que lleva a hablar de centros y periferias? ¿Cómo podríamos hablar de procesos si no contamos con alguna teoría que nos indique tendencias, sentidos, orientaciones? Estas teorías funcionan como cartografías⁴: nos ofrecen puntos de referencia para orientarnos en nuestros movimientos de investigación.

Se podrá indicar que estos son juicios *a priori*, enunciados que hay que abandonar para hacer investigación. Cabría señalar que no hay forma alguna de abandonarlos y que el problema es más bien hacerlos explícitos, no ocultarlos, o creer que los podemos hacer desaparecer, como lo supone el positivismo: su propia idea de que el objeto de investigación preexiste con independencia del sujeto que

⁴ Véase el Capítulo 8 de este libro.

conoce y que interroga constituye un *a priori* que atraviesa todas las dimensiones de su propuesta en torno a qué y cómo conocer.

Desde aquí podemos comprender el desprecio teórico (y filosófico) que actualmente campea en los cubículos y aulas universitarias, alentado en este caso por el positivismo. ¿Para qué perder tiempo en especulaciones teóricas o filosóficas, cuando de lo que se trata es de “ir a la realidad”, ya constituida, ya preexistente? Pero ni las sofisticaciones estadísticas y modelísticas, ni la acumulación de datos sin ton ni son, tan caros al positivismo, resuelven las insuficiencias en materia teórica⁵. Olvidan que las estadísticas no hablan por sí solas. Más aún, que siempre serán necesarias teorías, no sólo para formular preguntas, sino para *construir* información⁶, así como para analizarla.

La desconstrucción de América Latina

El empirismo positivista, con sus pseudo-ropajes de científicidad, no logra ocultar su pobreza teórica y el desarme que propicia para estudiar América Latina y los problemas que cruzan a la región. Desde otro extremo, sin reclamar científicidad, más bien discutiendo su pertinencia, el posmodernismo termina operando en igual dirección.

Jean-François Lyotard (1994) fue el encargado de proclamar el fin de los grandes relatos y de toda formulación teórica que buscara una explicación general, omniabarcante, de la historia, de la modernidad

⁵ Evitemos equívocos. La crítica no va al uso de estadísticas, de las matemáticas ni de modelos matemáticos, sino a la creencia positivista de que estos recursos resuelven la ausencia de teorización y constituyen la garantía de científicidad, lo que lleva a su reificación. Bajo esta lógica, los egresados de economía, por ejemplo, terminan siendo más “ingenieros” (comerciales, como son llamados en Chile) que economistas.

⁶ Definir la pobreza y la miseria, por ejemplo, constituyen actualmente campos de fuertes discusiones teóricas, no sólo estadísticas, para señalar las fronteras en donde comienzan una y otra. Lo mismo podría señalarse respecto a los indicadores de democratización. Cualquier indicador estará atravesado por una teoría, sea de la pobreza, sea de la democracia, o sobre cualquier otro tema, y no es de extrañar que existan muchas y controvertidas posiciones.

(y del capitalismo). En el señalamiento posmoderno había justificadas razones en su crítica al planteamiento iluminista de las ciencias y de la razón instrumental que las orientaba, aunque ello se dio sin discriminación alguna, lo que suponía un dar vuelta la página en las ciencias y reiniciar un nuevo quehacer desde cero. Pero, más allá de esta pretensión fundante, son sus propuestas para hacer frente a los males señalados los que consideramos problemáticos.

La crítica a los grandes relatos significaba en los hechos reclamar la centralidad de un nuevo metarrelato⁷, aquel que declara “(al) pequeño relato [...] como la forma por excelencia que toma la invención imaginativa, y, desde luego, la ciencia”. (Lyotard, 1990, p. 109). Lo que se ponía en cuestión no era sólo la idea de un progreso en el devenir de la historia (señalada también desde otras vertientes). En el fondo fue la razón, en tanto capacidad de buscar la explicación del mundo (social), la que se puso en entredicho. Una nueva versión del irracionalismo *epistemológico* tomaba forma⁸.

El reclamo al abandono de pretensiones teóricas generales, de toda perspectiva holística, dejó a América Latina como un sustantivo sin mayor contenido problemático, a lo más como el receptáculo de reflexiones fragmentarias. Lo singular y lo diverso pasaron a constituir el criterio de demarcación de los objetos de investigación. Con ello América Latina tendió a ser diluida en una suerte de pedacería y de segmentos proveniente desde todos los campos disciplinares y desde los estudios culturales.

⁷ El propio Lyotard lo señala: “los grandes relatos se han tornado poco viables. Estamos tentados de creer, pues, que *hay un gran relato* de la declinación de los grandes relatos” (Lyotard, 1994, p. 40).

⁸ Entre las posturas irracionistas radicales “podríamos citar a los sofistas. Entre ellos se generalizan y extienden, como actitudes intelectuales, tanto el *relativismo* (no hay verdad absoluta) como el *escepticismo* (si hay verdad absoluta, es imposible conocerla)” (Muñoz y Velarde, 2002, p. 365). Allí se establece la distinción entre el irracionalismo *epistemológico*, que postula que “la razón no puede conocer lo real (o sólo en parte)”, por lo que “a lo real se accede por vía de otros conocimientos”, diferentes a los de la razón, como la intuición o el corazón, posición en donde se ubicaría el posmodernismo-, del irracionalismo *metafísico*, que señala “el carácter absurdo e insensato de la realidad” (Muñoz y Velarde, 2002, p. 365-367).

El manifiesto posmoderno encontró seguidores en un campo mucho más amplio que aquellos que se reconocen filosóficamente con este enfoque. De manera gradual, temas relevados por el posmodernismo y olvidados o relegados con anterioridad, como el de las identidades, el multiculturalismo, la pluralidad de movimientos sociales, etc., así como diversas nuevas categorías (entre las más socorridas, desconstrucción, textualidad, juegos de lenguaje, etc.) se fueron convirtiendo en vocabulario común en la academia. En una franja más restringida, sus planteamientos filosóficos y los del desconstruccionismo derridiano pasaron a fundamentar posiciones consistentes.

El malestar con la totalidad

Una de las derivaciones del reclamo posmoderno al fin de los grandes relatos refiere a su rechazo al postulado de la totalidad, generalmente asociado a totalitarismo, visión en lo cual comparte posiciones con el positivismo. ¿Qué significa aprehender la realidad como totalidad? De manera breve, dar cuenta del proceso de articulación y estructuración de la vida social, de lo que la organiza y jerarquiza y que termina otorgándole sentido a la vida social en alguna temporalidad específica. En nuestro tiempo, la lógica del capital y su afán de valorización, que marcan de manera indeleble las relaciones humanas y el mundo institucional que las acompaña⁹.

Esa lógica es prioritariamente un campo de relaciones sociales que atraviesan la región y la reproducción social, conformando un entramado que impone su signo sobre toda la vida en sociedad. El afán de valorización del capital repercute en la vida material y espiritual: las formas del trabajo y la vida sexual, las guerras y las subjetividades, el poder y la rebelión, por mencionar algunos grandes campos y temas, los que alcanzan mayor inteligibilidad en esa órbita relacional.

⁹ Véase el Capítulo 4 en este libro.

El conocimiento de partes alcanza otra dimensión si se los ubica en el terreno de las relaciones en que aquellas se integran y articulan.

La mistificación posmodernista de los fragmentos, expresada en la forma como aborda la diversidad cultural, la segmentación y dislocación del poder, o las identidades fragmentadas, nos deja en el terreno de la fetichización de la ausencia de relaciones en un mundo capitalista que opera, por el contrario, como totalidad, fuertemente articulado y centralizado, pero que se presenta descentrado, desterritorializado y segmentado (Grüner, 2005). Por ello, un *asunto clave en la etapa actual* es explicar *por qué un sistema tan centralizado reclama hoy de tanta descentralización en su despliegue y funcionamiento*.

El rechazo posmoderno a la totalidad no es ajeno, ya no en sus premisas, sino en sus consecuencias, al planteamiento del positivismo, el cual también se encuentra imposibilitado de asumir a América Latina como una totalidad. Ello responde a los fundamentos del individualismo metodológico que lo alimentan, los que señalan que los colectivos (sean estados, naciones, sociedad, clases sociales, regiones o sistema mundial) “no actúan, no tiene intereses; los colectivos no tienen planes, aunque podamos decir (por razones de sencillez) que los colectivos actúan, tienen intereses, tienen planes, etc. Quien verdaderamente actúa, tiene intereses, planes, etc., es el individuo” (Schwartz *et al.*, 1993, p. 29)¹⁰.

Desde esta perspectiva, América Latina no es más que una convención (“por razones de sencillez”) de la suma de estadísticas económicas, sociales y políticas de naciones, y de promedios y otras sofisticaciones a partir de dichas cifras.

Entre lo general y lo particular

La crítica posmoderna a los grandes relatos también implica el rechazo, en ciertos aspectos justificados, a las pretensiones de teorías

¹⁰ En Karl Popper (1973 y 1981), se encuentran las críticas que realizó al holismo y mayores fundamentaciones sobre el individualismo metodológico.

(y/o de sus divulgadores) que sólo contemplan leyes generales, incapaces de explicar lo particular y lo singular. Habría que decir, sin embargo, considerando lo dicho en el punto anterior, que no es la mejor solución a este problema asumir la postura que se encuentra en el otro extremo, reificando lo singular y lo particular. Esto nos remite a los viejos debates de fines del siglo XIX en Alemania en torno al método, en donde se señalaba que lo específico de las ciencias era su capacidad de establecer leyes generales (ciencias nomotéticas), frente a quienes indicaban, por el contrario, la comprensión de lo particular (ciencias ideográficas) como la especificidad de las ciencias humanas. Esta dicotomía hoy se presenta como una falsa disyuntiva. Explicar lo general no tiene que reñirse con la comprensión de lo particular. Más aún, *es en lo general en donde lo particular alcanza sentido. Pero también es en lo particular en donde lo general alcanza significación.* Los movimientos indígenas y campesinos que se han alzado en Chiapas o en Bolivia, por ejemplo, se encuentran imbricados en un sinnúmero de redes, tejidos sociales, relaciones y procesos que si se desconocen nos dejan mal parados a la hora de querer explicar su situación y conducta social. Pero, a su vez, las relaciones capitalistas (generales) que atraviesan esos tejidos alcanzan sentido comprendiendo la singularidad del mundo social en Chiapas o Bolivia. En pocas palabras, el capitalismo es uno, pero no es el mismo en cualquier lugar.

América Latina no es una región en donde simplemente se aplican o se desenvuelven tendencias generales, sea de la globalización, sea del capitalismo como sistema mundial. Si algo buscaron resolver los teóricos del subdesarrollo y de la dependencia, por ejemplo, fue una propuesta de interpretación que diera cuenta, dentro de tendencias generales del capitalismo, de la particularidad de la región. De allí es que emergieron con fuerza las ideas de un capitalismo *periférico*, o de un capitalismo *dependiente*, esto es, de un capitalismo particular, adjetivado, tras señalar lógicas de reproducción diferenciadas a las que presenta el capitalismo en otras regiones (centros) o el capitalismo

sin más¹¹. Pero cabe no olvidar que dentro del capitalismo periférico o dependiente no es lo mismo Guatemala que Argentina, El Salvador que Brasil. La particularidad sigue siendo un requisito para entender y enriquecer la tendencia general.

De los tiempos: teorías desde la derrota

No es un asunto cualquiera el hecho que el nuevo auge del positivismo y la ofensiva posmoderna, que pueden ubicarse desde fines de los años setenta del siglo XX, sea coincidente con los tiempos de inicio y avance del proyecto reestructurador de la economía y de la política a nivel mundial, de la mano del gran capital internacional, proceso conocido vulgarmente como globalización. No pretendo establecer un tipo de relación causa-efecto en ninguna dirección. Pero tampoco creo que sea irrelevante señalar a lo menos la simultaneidad de estos dos procesos, uno en el campo teórico-filosófico y otro en el campo de la organización societal a nivel mundial, nacional y local.

Tras afirmaciones como que “el gran relato ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación”, Lyotard (1994, p. 73) ubica al posmodernismo a lo menos en una posición escéptica frente a los planteamientos que hablan de cambio y de transformación social. Por ello, Daniel Bensaid señala que:

El rechazo posmoderno de los grandes relatos no implica solamente una crítica legítima a las ilusiones del progreso asociadas al despotismo de la razón instrumental. Significa también una de-construcción de la historicidad y un culto a lo inmediato, lo efímero, lo descarta-

¹¹ Tras argumentos tan simples como la presencia de focos de pobreza en Nueva York o París y la de enclaves de riqueza en Hong Kong o Manila, Michael Hardt y Antonio Negri (2002) refutan la pertinencia de seguir hablando de periferias y centros. Para una crítica a esta posición véase Osorio (2014).

ble, donde proyectos de mediano plazo no tienen más cabida. (Bensaid, 1994, p. 34)¹²

El desencanto político en un amplio campo intelectual marxista, luego de la invasión soviética que puso fin a la Primavera de Praga, en Checoslovaquia, y particularmente el fracaso tras las revueltas del mayo francés de 1968 tuvieron consecuencias teóricas y políticas que acentuaron la disconformidad con el socialismo realmente existente y el escepticismo frente a la idea de la revolución, propiciando nuevas formas de pensar que tendrán correlatos en la gestación del planteamiento de los llamados “nuevos filósofos” y del posmodernismo. Refiriéndose particularmente a Francia, Alex Callinicos señala que:

La odisea política de la generación de 1968 es crucial para entender la difundida aceptación de la idea de una época posmoderna en los años ochenta. Es ésta la década en que los radicales de los años sesenta y setenta [...] habían perdido toda esperanza en el triunfo de la revolución socialista y a menudo habían dejado de creer incluso que una revolución semejante fuese deseable. (Callinicos, 2018, p. 316)

Procesos en igual dirección tienden a producirse en América Latina. Luego de la gran ebullición y prolífica producción teórica que siguió al triunfo de la Revolución Cubana y que se prolonga hasta el fin del gobierno de Salvador Allende en Chile (1973), la violenta contrarrevolución desatada inicialmente en el cono sur de América Latina bajo la forma principal de golpes militares da inicio a un periodo de reflujo teórico que sólo comenzará a revertirse hacia fines de los años ochenta. Pero tanto en las organizaciones políticas como en el campo intelectual se produjo un giro nada insignificante: desde un contexto en el que predominaba la idea de que el cambio societal y las revoluciones eran posibles, se pasa a otro en que ahora se reclama

¹² Bensaid define al “mediano plazo” como el tiempo político por excelencia. Por ello agrega que “en la conjunción de los tiempos sociales desajustados, la temporalidad política es precisamente la del mediano plazo, entre el instante fugitivo y la eternidad inalcanzable” (Bensaid, 2004, p. 34).

el “realismo político”, que no es más que la asunción de que no hay cambio factible y que sólo queda convivir con un orden social que alguna vez se creyó poder superar.

En su clásico estudio sobre las revoluciones científicas Thomas S. Kuhn señala que en éstas si bien emergen nuevas respuestas a viejos o nuevos problemas, también se producen pérdidas en materia de conocimientos ya alcanzados¹³. En relación con los efectos de los giros teóricos de las últimas tres o cuatro décadas y sus implicaciones sobre América Latina el balance no creo que sea muy alentador. Es posible y necesario señalar los problemas presentes en los estudios realizados entre los años cincuenta y setenta para explicar las particularidades de América Latina, de donde emergieron las nociones centro-periferia, deterioro en los términos de intercambio, intercambio desigual, colonialismo interno, articulación de modos de producción, dependencia, desarrollo del subdesarrollo, superexplotación del trabajo y otras, particularmente de la mano de Raúl Prebisch, André Gunder Frank, Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra y Ruy Mauro Marini. Pero también es pertinente señalar que sus trabajos no tienen equivalentes frente a la producción posterior en la región.

Actualmente se ha ganado en destacar la relevancia de un sinnúmero de temas, sujetos y fenómenos que en aquellos años no fueron vistos o que se simplemente se desecharon. Pero esta riqueza numérica y temática (aunque con la pérdida de atención a temas duros, como en política, por ejemplo, a los del poder, el Estado, el cambio social), termina por no encontrar referentes teóricos que les den significación y que permitan ubicarlos en un marco interpretativo general. La riqueza descriptiva y hermenéutica se ha hecho alentando la pobreza explicativa. Así la pedacería se ha multiplicado, pero sin que esa multiplicación nos permita entender mejor¹⁴.

¹³ “En las revoluciones científicas hay tanto pérdidas como ganancias y los científicos tienen una tendencia peculiar a no ver las primeras” (Kuhn, 1991, p. 257-258).

¹⁴ Zizek lo ejemplifica así: “...la problemática del multiculturalismo que se impone hoy -la coexistencia híbrida de mundos culturalmente diversos- es el modo en que se

Uno de los factores que opera en esta situación, desde el campo teórico, es que de aquellos autores y sus teorías no sólo se abandonaron sus respuestas, sino también las preguntas que formularon. Pero cabría insistir: ¿perdió significación la condición capitalista y la condición periférica o dependiente para abordar explicaciones que den sentido al modo de ser y de reproducirse de la región? ¿perdieron significación las transferencias de valor de la periferia al centro y las interrelaciones que establece el capital local con el transnacional, para comprender la condición de dependencia y de subdesarrollo? ¿perdió significación la superexplotación del trabajo como una de las claves del ser dependientes? ¿qué tiene que ver la desintegración que propicia la economía dependiente con las dificultades de articular Estados integrados por la vía de amplios y estables consensos sociales? ¿la fragilidad de la democracia estará referida a deficiencias en materia de cultura política o bien a factores más estructurales como los antes señalados?

Cualquiera sea la valoración de los procesos políticos que atraviesan aquella reflexión en América Latina, lo cierto es que *las nuevas reflexiones florecen en América Latina desde la derrota*, luego de violentos procesos de disciplinamiento societal, que alcanzaron, como no, también a la academia. En este nuevo contexto, que establece un cierto clima de época, es que asistimos a un acelerado cambio en los referentes teóricos, con la presencia de muchos más interlocutores teóricos que los aquí considerados, y con perspectivas políticas diversas. La emergencia de nuevos “temas”, muchos de ellos de relevancia, no pudo sustraerse al afán (político, o simplemente “a la moda” y/o a las presiones académicas de tener que mostrar credenciales de “estar actualizado”) de reemplazar (o definitivamente abandonar) los viejos (pero siempre vigentes) problemas referidos a las clases, la

manifiesta la problemática opuesta: la presencia masiva del capitalismo como sistema mundial universal [...]. Hoy la teoría crítica —bajo el atuendo de “crítica cultural” — está ofreciendo el último servicio al desarrollo irrestricto del capitalismo al participar activamente en el esfuerzo ideológico de hacer invisible la presencia de éste...” (Zizek, 2005, p. 175-176).

explotación, la dominación capitalista. Así, del sistema mundial capitalista se pasa a hablar de la globalización; de economías centrales e imperialistas, a una noción de imperio, sin centro, dislocado y des-territorializado; de las clases sociales, a la sociedad civil y a un sinnúmero de nuevos y viejos sujetos (más propiamente “actores”); de los debates sobre el poder y el Estado, a los análisis de las transiciones y a los estudios electorales; de la dominación, a la gobernabilidad; de lo estructural a lo contingente, a lo efímero, a un mundo social sin condensaciones, a lo sumo con redes. Del estudio de “una época [...] a través de sus manifestaciones —sus obras— y poner al descubierto las raíces sociales de esas formas simbólicas” (Altamirano, 2002, p. 22)¹⁵, a un pastiche cultural considerado interdisciplinario, porque toma un poco de todo, en la “epistemología del *shopping*” (como quien llena un carrito de supermercado), con un énfasis por “la gracia social, el ritmo y los pasos que moldean la danza de la vida” (Canclini, 2006). Desde las preguntas clásicas de la economía: qué se produce, cómo se produce, para quién se produce, a curvas de oferta y demanda y a la econometría con sus modelos y sofisticaciones estadísticas.

Las ciencias sociales y la filosofía como discursos literarios

Tras su emergencia con un perfil crítico, el desconstruccionismo, que nace en Francia, arriba a la academia de los Estados Unidos en los años ochenta y sienta sus reales en los departamentos de letras, dando vuelo a los *cultural studies*, alejados de la propuesta anglosajona sobre los estudios culturales recorrida por Raymond Williams, E. P. Thompson, Terry Eagleton, y proseguida por Fredric Jameson y Slavoj Žižek¹⁶, en donde la cultura no es ajena a un tiempo histórico y a la reproducción y contradicciones de la vida social. Importa

¹⁵ La cita indicaría la visión de Mannheim sobre los estudios culturales.

¹⁶ Corriente que de diversas maneras se hace cargo de lo realizado por Gramsci, Lukács, Benjamin, Adorno, Sartre y Marcuse, entre otros.

destacar que ese paso marcará un giro en la forma como es asumida la propuesta teórica de Derrida, “convirtiéndose [...] de una corriente filosófica en, básicamente, un método de análisis textual” (Palti, 2002, p. 63).

Muy rápidamente el desconstruccionismo se extendió a diversos territorios de las ciencias sociales, al asumir sus vulgarizadores, con todas sus letras, la afirmación de Jacques Derrida (1986) que “no hay (nada) fuera de(l) texto”, dando vida a lo que se ha calificado como “imperialismo textual” o “pantextualismo”: los discursos científicos podían ser asumidos como un discurso más, sin referencia a nada ajeno a ellos mismos, ignorando “aquello que desborda al discurso [...], aquello que no puede ser reducido al “texto”, aunque dependa del él para hacerse *aparente*” (Grüner, 2005, p. 48). En definitiva, desconocer la necesidad de una “una teoría que reconozca *alguna* diferencia entre lo real y el discurso” (Grüner, 2005, p. 48).

En la base de esta postulación se encuentra un planteamiento particular respecto a la relación entre discurso y realidad, que devalúa la significación de la realidad. El camino podría describirse así: el posmodernismo establece una distinción entre *independencia causal*, por ejemplo, las montañas existen con independencia de que “*la gente tuviera en la mente la idea de montaña o en su lenguaje la palabra montaña*”, al fin que una de las verdades obvias acerca de las montañas es que estaban allí antes de que empezáramos a hablar de ellas” (Rorty, 2000, p. 100), y *causación representacional*, en donde “no tiene objeto preguntar si existen realmente montañas o si es sólo que nos resulta conveniente hablar de montañas”, ya que “*carece de objeto preguntar si la realidad es independiente de nuestro modo de hablar de ella*” (Rorty, 2000, p. 100), o de nuestras representaciones. Y “carece de objeto” porque no tenemos otra forma de referirnos a la realidad más que con lenguajes y algún sistema de representación. Y como entre las palabras o representaciones y las cosas no hay ningún “pegamento metafísico”, nada nos asegura que existe algo más allá de las palabras y las representaciones. En esta lógica, siguiendo a Wittgenstein, Rorty se pregunta: “¿has

encontrado algún modo de meterte entre el lenguaje y su objeto?”. (Rorty, 2000, p. 124).

Lo anterior, al decir de Terry Eagleton, constituye “un retorno regresivo al Wittgenstein del *Tractatus Logico-Philosophicus*, donde sostiene que dado nuestro lenguaje nos “da” el mundo, no puedo simultáneamente comentar su relación con él” (Eagleton, 2004, p. 67). Si no hay realidad ajena al lenguaje posible de conocer, la propia idea de verdad queda como un asunto no-epistémico, o bien, un no-problema. Por ello Rorty señala que “si recojo lo que algunos filósofos han dicho sobre la verdad, es con la esperanza de desalentar a que se siga prestando atención a este tema más bien estéril” (Rorty, 2000, p. 124).

Una consecuencia de este proceso ha sido la literaturización del discurso en ciencias sociales, que, al hacerse autorreferencial, sin las constricciones de un “algo” más allá del texto, ha propiciado el desdibujamiento de las fronteras entre literatura y ciencias y entre literatura y filosofía¹⁷. En este contexto, ahora desde la lógica del posmodernismo deconstruccionista, la teoría pierde significación. Importa más la estética del discurso que la rigurosidad epistémica y conceptual, asuntos estos últimos que son asumidos como barreras a la libertad creativa. América Latina termina siendo asumida así primordialmente como parte de un “juego de lenguaje”.

La devaluación de la filosofía

Los estudios sobre América Latina también se realizan en el contexto de viejos problemas que atraviesan a las ciencias sociales, renovados y reciclados por el auge de los enfoques positivistas y

¹⁷ Una defensa de esta postura puede verse en Richard Rorty (1993, p. 125-182). No desconocemos que la filosofía puede hacer uso de recursos literarios y que la literatura de recursos filosóficos. Allí está la producción de Jorge Luis Borges para ponerlo de manifiesto. Pero esto no supone desconocer las particularidades de cada quehacer. En este sentido, en *strictu sensu*, se puede señalar que Borges no es filósofo.

posmodernistas-desconstruccionistas. Tal es lo que acontece respecto a la antigua y conflictiva relación entre ciencias sociales y filosofía.

Apoyándose en Wittgenstein, el posmodernismo niega “la posibilidad de un metadiscurso omnicompreensivo”.

Su ruptura con la razón totalizante se presenta como un “adiós” a las grandes narraciones —*les grands récits*— (emancipación de la humanidad, por ejemplo), por una parte, y al fundamentalismo por otra”; el *grand récit* de la filosofía, la ciencia ha dejado de ocupar el papel prioritario y ha dejado de ser el principio legitimador. (Muñoz y Velarde, 2002, p. 369)

La resignificación del pequeño relato y de la fragmentación, despreciando toda búsqueda de explicaciones generales y de la noción filosófica de totalidad; el rechazo a las condensaciones estructurales y a la idea de continuidad (y con ello de proceso) en la historia, lleva a destacar sólo las contingencias y discontinuidades¹⁸. Estos y otros posicionamientos (como los recién mencionados sobre realidad y verdad, la proclamada libertad epistemológica, el recurso literario por sobre la rigurosidad conceptual, establecen una forma particular de aproximación, análisis y comprensión de los fenómenos sociales y del estudio de América Latina en particular.

Desde el positivismo, por otra parte, éste sigue haciendo suya la visión que marcó el surgimiento de la economía neoclásica, y de la sociología a fines del siglo XIX, y que sostenía que las ciencias debían desmarcarse de los razonamientos filosóficos para llegar a ser tales, ya que aquellos cargan con supuestos metafísicos que de recuperarse nos regresarían a periodos precientíficos, allí en donde la especulación sentaba sus reales. El positivismo nunca ha comprendido que toda la ciencia —y con ello las ciencias sociales— se funda sobre la base de principios filosóficos, sea para definir qué es la

¹⁸ Los posmodernos no terminan de entender que contingencia, discontinuidad, parte, etc., constituyen expresiones de una realidad que necesariamente contiene la otra dimensión que con esos términos aquellos pretenden negar: necesidad, continuidad, totalidad, etcétera.

realidad, sea para establecer criterios (un método, un camino) cómo conocerla. Así, por ejemplo, ciertas variantes de la economía neoclásica y del liberalismo político construyen sus teorías sobre la base de suponer una determinada naturaleza humana, egoísta, racional, posesiva, concluyendo que las acciones de los hombres, al operar en cualquiera de esas lógicas, terminarán propiciando efectos positivos para la sociedad. Esta propuesta se contrapone a quienes postulan que la conducta social obedece a condiciones históricas, lo que niega la existencia abstracta y ahistórica de cualquier naturaleza humana.

Hemos señalado ya que existen teorías que asumen como punto de partida para su construcción al individuo, en tanto unidad empírica que razona, actúa y decide, dando vida al individualismo metodológico, planteamiento que está en la base de la economía neoclásica, del *rational choice* y de la teoría weberiana de la acción, para mencionar algunos cuerpos teóricos de significación. Frente a ellas se encuentran otras formulaciones que suponen la sociedad como un sistema de relaciones y que señalan que es desentrañando dicho campo de relaciones como puede hacerse inteligible la acción individual y colectiva. En todo esto hay implícitos filosóficos que de hacerse manifiestos y de discutirse de manera abierta harían más comprensible los problemas y horizontes de visibilidad de las diversas teorías y paradigmas y que desdican la tajante separación entre ciencia y filosofía.

Desde esta perspectiva, no es un problema menor la ausencia de cursos de filosofía y en particular de epistemología en los programas de estudios de las carreras de ciencias sociales, tanto a nivel de licenciatura como de posgrado. Conocer los fundamentos filosóficos de las teorías permite poner al descubierto los supuestos sobre las cuales éstas se construyen, y nos otorgan mejores bases para comprender el horizonte de visibilidad que nos ofrecen, tanto en lo que privilegian e iluminan como problemas centrales, así como sobre los puntos ciegos que tienden a presentar.

América Latina como suma de visiones disciplinarias

América Latina es un objeto de investigación complejo. Desde todas las ciencias sociales y desde los estudios culturales se formulan temas de estudio sobre la región. Ello podría suponer una ventaja en materia de conocimiento. Sumemos la que cada disciplina nos dice y así, además, de acuerdo a algunas visiones, ya estaríamos en la interdisciplina, categoría que parece convocar todo tipo de consensos y bondades. Sin embargo, este procedimiento presenta varios problemas. Las visiones disciplinarias, al parcelar la realidad societal y contar con cuerpos teóricos y conceptuales autorreferidos, esto es, que no permiten un tránsito fluido y expedito a los conceptos y categorías de otras disciplinas, impiden o dificultan los supuestos agregamientos que una tal visión supone. Lo más seguro es que América Latina se nos escapará de las manos y a lo sumo lograremos construir un *collage*, mayor o menor, hecho de pedazos bien o mal cosidos. Pero las preguntas que nos remiten al qué es América Latina seguirán rondando sin respuestas.

A modo de conclusión

Poner de manifiesto asuntos como los aquí abordados no significa un rechazo de todo lo que determinada escuela produce. Tampoco significa desconocer su legítimo papel y su lugar en el mundo de las ideas en el campo académico. Porque este tipo de ejercicios debiera hacerse con todas las corriente teóricas y filosóficas. Ninguna debiera estar excluida del juicio de la razón. Pero asistimos a un clima de época académico en donde prevalece el “todo se vale” que, bajo un manto de aparente respeto y tolerancia a lo diverso, constituye en realidad una expresión de intolerancia, por la vía del desconocimiento o por la indiferencia. Con ello perdemos todos.

Es posible hacer de la academia lo que le es más inherente y consustancial a su vocación racional: debatir ideas, propiciar la discusión, atreverse a abrir las puertas de lo disciplinario, abrir las teorías para conocer y discutir sus fundamentos. Todo ello hará posible sentar las bases para la necesaria retoma o reestructuración de los estudios sobre América Latina en particular y de las ciencias sociales más en general.

Bibliografía

Abbagnano, Nicolás (2004). *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Altamirano, Carlos (2002). *Términos críticos de la sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Bensaid, Daniel (2004). Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren. *Memoria* (190).

Callinicos, Alex (1998). *Contra el posmodernismo*. Bogotá: El Áncora Editores.

Derrida, Jacques (1986). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.

Eagleton, Terry (2004). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.

García Canclini, Néstor (2006). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Grüner, Eduardo (2005). El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Žižek. En Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002). *Imperio*. Madrid: Paidós.

Kuhn, Thomas (1991). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Liotard, Jean-Francois (1990). *La posmodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Liotard, Jean-Francois (1994). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra
- Muñoz, Jacobo y Velarde, Julián (eds.) (2002). *Compendio de epistemología*. Madrid: Trotta.
- Osorio, Jaime (2005). Una cartografía para redescubrir América Latina. *Nueva Sociedad*, (196).
- Osorio, Jaime (2014). *El Estado en el centro de la mundialización, la sociedad civil y el asunto del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Palti, Elías (2002). Desconstruccionismo. En Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura* (pp. 61-64). Buenos Aires: Paidós.
- Popper, Karl (1973). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza-Taurus.
- Popper, Karl (1981). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Madrid: Paidós.
- Rorty, Richard (1993). *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, Richard (2000). *Verdad y progreso*. Barcelona: Paidós.
- Schwartz, Pedro, Rodríguez Braun, Carlos y Méndez, Fernando (comps.) (1993). *Encuentro con Karl Popper*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zizek, Slavoj (2005). Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional. En Fredric Jameson; y Slavoj Zizek (eds.), *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (pp. 137-188). Buenos Aires: Paidós.

Capítulo 2 | Concepciones de la realidad social y de su conocimiento

Introducción

La idea del conocimiento está determinada por la concepción sobre qué entender por realidad social. A fin de ejemplificar la afirmación anterior tomemos como ejemplo dos visiones que se encuentran en los extremos de una propuesta que asume que es posible conocer.

La ingenuidad del empirismo: transparencia de la realidad social

Para el empirismo (con puntos en común con una perspectiva del positivismo) la realidad social es lo inmediatamente dado y que percibimos con nuestros sentidos. La realidad social se nos hace presente tal como ella es. Por ello, el grito de guerra de todo empirismo es “ir a la realidad” para conocerla, lo que supone, por ejemplo, si se quiere saber qué es una población de excluidos, marginados, o de *paupers*, tener que ir en donde viven y recorrer calles, visitar viviendas, conocer qué comen, conversar o entrevistar a los habitantes, etc. Nada de esto está mal si se lleva a cabo como parte de un trabajo

que necesariamente debe incluir el conocimiento de teorías que nos expliquen los procesos que en el capitalismo generan población excedente.

La ingenuidad empirista radica en suponer, primero, que podemos conocer la realidad social por simples observaciones. Y, en segundo lugar, asumir que la realidad social está lista para ser conocida por esas simples observaciones. De ser así, no se requerirían científicos sociales para explicar la vida en sociedad. Bastarían solamente buenos observadores y fotógrafos. Hay personas que por su propia actividad laboral ven cotidianamente muchas cosas, como un conductor de taxi. Claro que se gana en ver. Pero conocer los procesos que subyacen tras esas muchas cosas reclama teorización, cuerpos conceptuales que organicen el marasmo o desenreden la madeja y permitan enrollarla de una manera ordenada.

No hay distinción en esta visión entre apariencia y determinaciones que estén más allá de lo inmediatamente perceptible. Y esta distinción es básica porque la realidad social no es transparente ni diáfana, es más lo que oculta que lo que deja percibir, y lo que nos ofrece a la mirada de inmediato son por lo general percepciones engañosas y distorsionadas.

La opacidad de la realidad social y las ficciones reales

Para el marxismo la realidad social se nos presenta de manera distorsionada y es más lo que oculta que lo que devela. Ello es resultado de la fetichización reinante en la vida en común en el capitalismo, siendo la opacidad lo que prevalece. Ello tiene como trasfondo la presencia de un mundo social en donde para los intereses dominantes se debe ocultar la explotación y el dominio de clases. Este es un problema que sólo se presenta a la burguesía como clase dominante, ya que arriba a la historia con la promesa civilizatoria de construir un mundo de hombres libres e iguales, lo que reclama que la explotación y el dominio se desvirtúen.

Esos problemas no se les presentan a esclavistas o señores feudales, quienes explotan y dominan sin tener que ocultar esos procesos.

Pero en el mundo del capitalismo no sólo se trata de ocultar la explotación y el dominio, sino de recrear un mundo de hombres libres e iguales. Tenemos un doble proceso, ocultar relaciones sociales y recrear una nueva realidad social, lo que en materia de conocimiento plantea deconstruir lo recreado y develar lo que se ha ocultado.

Lo que se oculta desaparece de nuestra mirada y lo que se hace visible son franjas de realidad que distorsionan los procesos y logran esa recreación. De esta forma nos movemos en un mundo de *ficciones reales*. Ficciones porque nos movemos en una realidad distorsionada. Reales, sin embargo, porque la recreación que se nos hace visible alcanza consistencia y propicia que organicemos la interpretación del mundo y nuestras prácticas sociales de acuerdo a ellas.

Cotidianamente vemos que el sol sale por el este y se traslada hacia el oeste. Es lo que vemos y lo que ven millones de personas. Es el sol el que se mueve alrededor de la tierra y con ello se generan días y noches.

Pero esto no es más que una distorsión de lo que acontece, ya que es la tierra la que se mueve y gira alrededor del sol, lo que genera estaciones, como verano o invierno, y a su vez la tierra gira en torno a su propio eje, generando días y noches.

Pero nada de estos movimientos los podemos apreciar en la simple percepción, y mucho menos explicarlos sin alguna información y teorías que nos orienten.

Las ficciones reales recreadas tras la ruptura entre economía y política

En la vida diaria millones de seres humanos salen a trabajar a tempranas horas y se aglomeran en terminales de transporte público para dirigirse a talleres, fábricas, oficinas y comercios. Ningún policía los sacó de sus camas, ni los encauzó a las terminales de transporte, ni los empujó para que ingresaran a sus centros de trabajo.

Todos estos procesos se realizaron sin coacción visible, lo que ayuda a recrear la ficción de que los hacen por decisiones propias, tomadas de manera libre.

Porque no son inmediatamente perceptibles los procesos que mantienen separados a tales trabajadores de tierras, máquinas y herramientas con las cuales trabajar, y quizás algunos de ellos recuerden que algunos familiares de generaciones previas sí tuvieron tierras o herramientas, pero las malvendieron o simplemente se las arrebataron. Lo concreto es que hoy la inmensa mayoría de personas sólo disponen de su fuerza de trabajo para sobrevivir, la que deben vender en el mercado a cambio de un salario y de este modo acceder a alimentos, vestuario y medicinas.

A la violencia primigenia que separó y separa a muchos pequeños propietarios de tierras y herramientas, se suma la coacción cotidiana que impulsa a los despojados a levantarse y salir a trabajar, ya que de lo contrario quedan condenados al hambre y al frío, porque en el horizonte no hay alternativas reales, duraderas, para resolver de otro modo la sobrevivencia personal y de los suyos.

Esa separación de medios de producción para la mayoría de la población es ratificada a su vez por leyes, que protegen y cuidan la propiedad privada de esos medios por un reducido grupo de personas, lo que denota la presencia de una violencia institucionalizada y de coacción encubierta en el orden social imperante, lo que hace factible que los desposeídos deban presentarse día con día en el mercado en esa condición, porque ahora se suma además la expropiación diaria de plusvalor, proceso tampoco visible de inmediato, en tanto el salario aparece como el pago por una jornada de trabajo y no como lo que es, el pago diario del valor de la fuerza de trabajo, siendo mayor el valor de la primera, lo que le da sentido al proceso. De esta forma, el valor superior generado por los trabajadores es apropiado por el dueño de las máquinas, de las herramientas, del local, de las materias primas. Y como deber ser, todo sancionado por leyes. Nada fuera de la ley.

En este cuadro de opacidades es desde donde se reconstruye la ficción de un mundo de libertades, y en donde libremente vamos y volvemos del trabajo, un día con otro, generación tras generación bajo el capitalismo.

Iguales opacidades, distorsiones y recreación de realidades fetichizadas ocurren en el campo de la política, allí donde el Estado se puede presentar como una entidad por encima de la sociedad y que busca el bien común. Ello se fortalece, por ejemplo, con las constantes convocatorias electorales, en donde los ciudadanos “deciden” el rumbo de la vida en común.

El imaginario que se proyecta es que cada cabeza es un voto por lo que los ciudadanos decidimos en condiciones de igualdad política, depositando sólo un voto, en tanto poseedores de un átomo del poder existente en la sociedad, y ese átomo de poder es igual para el dueño de un gran banco o industria o comercio, como para el portero, vigilante o para quienes hacen el aseo en esas entidades.

Por tanto, los resultados son las decisiones de las mayorías que deciden inclinarse por esto o por aquello.

Lo que se oculta es que los dueños de bancos, industrias y comercios ponen dinero para que la propaganda de las fuerzas políticas que los favorecen se difunda por televisión, radios y medios impresos, o por redes, así como las mentiras que permiten destruir o debilitar las posiciones contrarias a sus intereses. Entonces el voto de los empresarios es un voto que se multiplica por la capacidad de ganar o coaccionar el voto de miles de otros ciudadanos.

Pero también se oculta que el proceso de elecciones se lleva a cabo en un campo de juego en donde de manera previa se ha marcado lo posible de lo imposible, lo legal de lo ilegal, lo que se puede y lo que no se puede elegir, en pocas palabras, que los ciudadanos participamos de un juego en donde han sido otros los que han marcado el campo de juego, las reglas con las que se juega, y los que definen cuando se sacan tarjetas rojas o amarillas. En pocas palabras, el Estado de derecho prevaleciente en el cual se realizan las elecciones no es un asunto neutral. Por ello nunca asistiremos a una elección en

que se nos pregunte si queremos que la sociedad se organice sobre la propiedad privada de bancos, industrias o grandes comercios, o si sobre la propiedad de toda la sociedad.

Y sobre ese campo de juego marcado y delimitado, es posible que incluso puedan triunfar fuerzas políticas y personajes de izquierda o progresistas. Pero el Estado de derecho, las leyes prevaletentes, y los distintos poderes del Estado, se encargan de controlar que nada se salga de los límites de lo posible permitido.

De allí la preocupación porque los partidos políticos respeten el Estado de derecho para darles reconocimiento y participen en la vida pública y en las consultas electorales, al igual que a los candidatos que pueden participar.

Una forma de romper con las distorsiones que nos presenta la realidad social pasa por encarar su estudio con teorías y cuerpos epistémicos que nos permitan entender las razones de dicha distorsión y qué es lo que subyace en lo no inmediatamente visible. Y de esta forma comprender a su vez el sentido de la distorsión en las apariencias. En definitiva, lo que importa destacar es que no podemos pararnos ingenuamente frente a los procesos de la vida en común.

La sociedad: algo más que un simple agregado de individuos

La sociedad, en lo inmediatamente perceptible, se nos presenta como un agregado de individuos. Son estos —se postula— los que tienen consistencia real, porque son los individuos los que razonan, actúan y deciden. Por tanto, si se quiere entender lo social y la sociedad, el punto de partida debe ser el individuo, como señalan diversos cuerpos teóricos en diversas disciplinas sociales.

Este postulado tiene su fundamento en la misma lógica que se hizo presente en las ciencias naturales: encontrar por reducción aquella unidad que ya no se pueda dividir, dando por sentado que, a partir de ella, y por sumatoria y agregados, se podría explicar la complejidad de lo real, fueran células en la biología o átomos en la física.

En las ciencias sociales el individuo cumple a la perfección con ese supuesto. No hay unidad más pequeña.

Pero esta perspectiva se enfrenta a serios cuestionamientos, porque la acción y decisión de los individuos se realizan en contextos que las limitan y acotan. Si no, ¿qué explica que existan individuos que deciden vivir en colonias y barrios pobres, sin vegetación, con calles llenas de baches, con escasa agua, y malos medios de transporte? ¿O que algunos decidan estudiar en escuelas o universidades públicas, con deficiencias en aulas, escritorios, bibliotecas, en tanto otros van a escuelas y universidades privadas con salones pintados, pupitres en buen estado y buena iluminación?

El que se decida o se tenga que elegir por una u otra opción está marcado por las condiciones monetarias con las que se cuente. Y esas condiciones monetarias dependen a su vez de los empleos o del trabajo que realizan los padres, y ello se define si se cuenta o no con medios de producción, sean tierras, locales industriales, máquinas y herramientas, o si se es propietario o no de bancos y comercios.

En definitiva, las opciones posibles, y las razonables decisiones de los individuos siempre se realizan en el contexto de las relaciones sociales en las cuales esos individuos se inscriben y que definen los espacios sociales de opciones reales y no las deseables.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que si queremos entender las razones que llevan a los individuos a decidir y actuar tomando tales o cuales decisiones debemos partir por comprender las relaciones sociales imperantes en la sociedad y no desde un vacío social en donde se da por sentado que podemos optar por cualquier elección. Sólo entendiendo las relaciones sociales que atraviesan la vida social o que atraviesan a la sociedad en momentos históricos determinados, podremos comprender las elecciones y decisiones del grueso de los individuos.

Lo anterior nos pone enfrente de un asunto más serio aún. A diferencia del supuesto que señala que solo el individuo es una entidad real, lo que lleva a asumir a la sociedad como una entidad vacía de contenido propio, ya que es la simple agregación de individuos,

tenemos que decir que la sociedad es una entidad real, con vida propia, la cual genera condiciones para reproducirse con relaciones sociales y de maneras diversas, en diversos momentos históricos. Y será entendiendo esa dinámica de la sociedad en tiempos diversos la que nos ofrecerá un piso fundamental para comprender los problemas de nuestro tiempo y el tipo de dinámicas sociales que se generan, así como los problemas y conflictos que la atraviesan, y cómo ellos inciden en nuestra existencia en tanto entidades históricas.

La ebullición social en tiempos de convulsión política

Si en periodos normales la actividad que despliegan los individuos en la vida en sociedad se asemeja a la presencia de varios hormigueros conjuntos, en donde los individuos se desplazan en muchas direcciones y llevando a cabo actividades muy diversas y dispares, tal percepción tiende a potenciarse en tiempos de convulsiones sociales, en donde la multiplicación de “actores” sociales que se incorporan a la vida pública, y que actúan y opinan se incrementa. Así se conforma un entramado organizado en partes, la de cada hormiguero en lo suyo, pero desorganizado visto en su conjunto, donde prevalecería la falta de centralidad.

Son situaciones en donde se incrementa la opacidad social como resultado de dicha multiplicación de actores y discursos, y en donde la ebullición reinante y la dificultad de tomar distancia del acontecer nos lleva a quedar atrapados por la vorágine de una sociedad en disputa. En medio de un mundo que se hace denso, tupido y ruidoso, los árboles no nos dejan ver el bosque.

Pero también opera una tendencia que ayuda a romper con la opacidad. En tiempos de convulsiones sociales los individuos tienden a reconocerse como miembros de entidades sociales mayores, sean clases sociales y fracciones; y el Estado o su aparato inclinan a presentarse y a actuar como lo que son esencialmente, entidades que concentran la violencia de clases. Y la propia disputa social se hace

más visible en lo que es, un agudo enfrentamiento entre proyectos sociales diferenciados, es decir, como lucha de clases.

Armados de interpretaciones apropiadas las coyunturas de crisis política y de revoluciones, constituyen tiempos privilegiados para la observación informada de la realidad social. Porque con esas herramientas la vida en común se hace más transparente y define mejor los contornos de los sujetos sociales y de las instituciones, como cuando un rayo parte el cielo e ilumina en la densa oscuridad.

Esta es una de las razones por la cual el estudio de las sociedades en periodos de crisis política de este tipo favorece su análisis. Son momentos de laboratorio para los que estudian e investigan desde las ciencias sociales. Pero más importante, son momentos en donde el cambio social y la transformación de las sociedades se hacen posibles.

Sólo a través de interpretaciones que vayan más allá de lo inmediato podremos comprender y organizar lo perceptible. Por ello se hace necesario contar con propuestas explicativas que nos ofrezcan una visión de la organización de la sociedad, de sus procesos, movimientos y convulsiones.

Fragmentación y especialización

Conocer la realidad social se enfrenta también al problema asociado a la fragmentación de los saberes y con ello a la parcelación de la vida social, dando vida a la pedacería societal. Aquí emergen intereses no sólo para justificar la arbitraria fragmentación, sino para impedir la reflexión unificante y redoblar la apuesta por dividir lo ya despedazado, con la justificación de la especialización.

Para el postulado posmoderno todo esto es necesario porque los grandes relatos y las formulaciones con vocación universal, tales como las nociones de progreso, desarrollo, revolución o capitalismo, han puesto de manifiesto sus límites y su inoperancia a la hora de

conformar un mundo menos agresivo entre los humanos y de estos con el medio ambiente, por ejemplo.

Frente a este malestar la solución posmoderna es reivindicar la formulación de pequeños relatos como camino de conocimiento y de acción. En esta ruta, al igual que a los positivistas, la noción de totalidad no sólo emerge como la expresión de un gran relato que hay que abandonar, y con mayor razón cuando aparece asociada a totalitarismo.

Lo que el romanticismo posmoderno deja de percibir es que en su solución termina de quedar atrapado en un nuevo gran relato: el que con pequeños relatos podemos explicar la vida en sociedad. Es el mismo problema del discurso que señala el fin de las ideologías, sin darse por enterado que está construyendo en su formulación —sobre el “fin de las ideologías”— una nueva ideología.

Desde una perspectiva positivista la fragmentación de los saberes se justifica con las bondades de la especialización. Pero el problema con este tema no es la especialización en sí, sino en qué condiciones se lleva a cabo. Así, por ejemplo, proliferan los médicos especialistas que sólo pueden opinar desde el estrecho campo de su especialidad. Pero el organismo humano puede presentar problemas en la piel, que sin embargo se deben a insuficiencias renales, hepáticas o nerviosas, para no hablar de deficiencias de alguna glándula. Pero como estos no son campos de la especialidad del dermatólogo, éste terminará ofreciendo soluciones con medicamentos que por desconocimiento no atacan la raíz del problema, sino sólo alguna de sus manifestaciones en la piel.

En pocas palabras, para ser un buen especialista, el médico debe tener un conocimiento del conjunto del organismo. Y desde esa base estará mejor armado para abordar los problemas que aparezcan en el campo de su especialidad.

Este es un serio problema de la formación disciplinaria en ciencias sociales y humanas, con científicos políticos, economistas, sociólogos, antropólogos sociales, psicólogos sociales, geógrafos, etc., sin haber contado previamente con estudios que den cuenta de los

procesos que organizan y articulan la vida en sociedad en tiempos históricos determinados. Y a eso se refiere la noción de totalidad.

Para el marxismo es fundamental contar con una explicación de los procesos y actividades que articulan y organizan la vida en sociedad de manera previa a iniciar estudios de especialización, sea hacia alguna disciplina de ciencias sociales y humanas, y con mayor razón si además los estudios se refieren a alguna especialización al interior de alguna disciplina, como economía financiera, ciencia política de las relaciones internacionales o sociología del trabajo, por ejemplo.

¿Conocer todo o conocer el todo?

La mayoría de los rechazos a la perspectiva de totalidad que reclama el conocimiento arrancan de una errónea concepción de lo que dicha noción formula. Por lo general, ahora desde el positivismo, se asocia totalidad a completud, es decir a una pretensión de conocer todo. Pero los objetivos de un conocimiento desde la totalidad son otros: se trata de establecer las actividades y procesos que articulan y organizan la vida en sociedad en un momento o periodo determinado. Es a partir de esa formulación que los procesos que acontecen en ese contexto alcanzan mayor significación.

La vida en sociedad en definitiva tiene sentido (en contra de quienes postulan que la vida en sociedad no tiene sentido alguno) y dicho sentido puede ser aprehendido en el proceso de conocimiento (en contra de quienes sostienen que ese sentido no puede ser conocido, como ocurre en la propuesta kantiana de la imposibilidad de alcanzar “la cosa en sí”).

Dicho de manera simple, conocer el bosque puede ser asumido como “conocer todo”: cada árbol, el tipo de raíces que tienen, las hojas y sus variadas formas, las plagas que los asolan, las lombrices y gusanos bajo tierra, etc. Pero esto es imposible porque cuando veamos terminando el estudio de todo, las primeras partes estudiadas ya habrán cambiado por el simple paso del tiempo.

Pero se puede tener una noción del bosque (“conocer *el todo*”), en un periodo determinado, sin necesidad de un conocimiento nominal y exhaustivo de todo lo antes señalado inscrito en el bosque.

Lo mismo podríamos decir de un estudio sobre la Iglesia Católica en la época de las cruzadas o en el capitalismo senil y en crisis de nuestros días. Conocer el papel de esa Iglesia no puede significar conocer cada documento, cada sacerdote o monja, cada feligrés, cada iglesia en cada pueblo y ciudad del mundo, cada práctica religiosa llevada a cabo, etc.

Es posible formular hipótesis razonables en que se destaquen las relaciones de la Iglesia Católica como institución con los Estados imperiales, con los grandes capitales, con la geopolítica mundial, o en otra perspectiva, de su papel en debates sustanciales de nuestro tiempo, sobre aborto, matrimonios entre personas del mismo sexo, la desigualdad creciente, el hambre, el terrorismo, el deterioro del medio ambiente, etc. En uno y otro caso no sólo no es necesario un estudio nominalista de todo lo antes señalado y mucho más.

Conociendo los procesos que definen a una sociedad como esclavista estaremos en mejores condiciones para señalar si tal sociedad lo es, y comprender con ello el tipo de democracia que se puede conformar, sólo accesible a los hombres libres, una minoría de la población; que es normal tener esclavos para el servicio en casas, palacios o para la producción; que se puede generar un sofisticado pensamiento filosófico sin que dicho pensamiento se sienta interpe-lado por la esclavitud de hombres, mujeres y niños; que el trabajo no sea remunerado, etcétera.

Lo mismo ocurrirá si concluimos que vivimos en una sociedad en donde es el capital el que rige la vida en común.

Empleando una metáfora, podremos comprender mejor los dos o tres centímetros cuadrados de un mosaico, los colores y líneas que lo atraviesan, si vemos y entendemos el lugar que ocupa en el amplio mural del que forma parte, asunto difícil, si no imposible de lograr, si sólo lo analizamos de manera aislada y sin haber percibido nunca el

conjunto del mural del que forma parte. He aquí una limitación más de las propuestas positivista y posmoderna en la materia.

La lógica del capital

Si hablamos de nuestro tiempo, es razonable señalar que es la lógica del capital la actividad que unifica la vida societal, la que la organiza, articula, jerarquiza y le da sentido a nuestra sociedad y a entidades como el mercado o el sistema mundial capitalista.

Que sea la lógica del capital la que alcanza esa dimensión no significa que sólo exista esa lógica. Sólo se destaca la que predomina y/o refuncionaliza y/o baña con su color todas las otras que puedan existir en nuestro tiempo, sean las prácticas de comunidades indígenas que buscan alejarse de esta lógica o que nunca han sido sometidas; las prácticas religiosas de monjes en la punta de montañas inaccesibles; la de ermitaños que dan las espaldas a la moneda, el lucro y el consumismo, y tantas otras.

Por lógica del capital podemos entender los oleajes sociales que genera el dinero que busca incrementarse, sea en las esferas de la producción, sea en la circulación, y en actividades de servicio.

Es ese oleaje, que de pronto se presenta como verdaderos tsunamis, el que nos permite entender las formas que asume el trabajo, el que la producción gire en torno a generar mercancías; que sea el valor de cambio el que predomine sobre el valor de uso; que se genere desempleo porque se privilegia el gasto en máquinas y tecnologías por sobre la demanda de fuerzas de trabajo; que los supermercados puedan estar llenos de alimentos y frazadas y sin embargo haya millones de seres humanos que pasan hambre y frío.

Es esa lógica para la cual todo tiempo es tiempo de generación de plusvalor, el que nos permite entender la vorágine que impera en la vida social, el afán de convertir cada segundo en tiempo de trabajo y de valorización, la ansiedad reinante, la desigualdad social, el

individualismo exacerbado, el consumismo, la pérdida de sentido de la vida en común.

Establecer que vivimos en una sociedad capitalista no implica tener que conocer todos y cada uno de los procesos productivos, de intercambio o bancarios ni a todos los individuos que actúan en una sociedad y cómo están inscritos en la lógica del capital. Quizá nos baste con saber que un muy elevado porcentaje del trabajo opera como trabajo asalariado y que es la búsqueda de ganancias y beneficios lo que organiza la mayor parte de la producción, de la comercialización, y de los servicios. Esas lógicas atrapan la vida y la existencia en la sociedad; definen los tipos de igualdad y libertad posibles, las modalidades de recursos monetarios que dispondrán los agrupamientos humanos que allí se conforman, así como su volumen; hasta las formas que tiende a asumir la utilización del tiempo libre en los distintos agrupamientos humanos que se conforman, las subjetividades posibles de emerger, y el tipo de enfermedades fisiológicas y mentales prevalecientes.

El proceso de conocimiento puede romper con las trabas epistémicas, disciplinarias y con el escepticismo imperante, que a lo sumo se plantea la posibilidad de conocimientos parciales, de fragmentos, de *pedacería social*, y que se ve constreñido en sus posibilidades, además, por el disciplinamiento y productivismo individual impuesto por reglamentaciones burocrático/administrativas que tienden a dominar en los ámbitos académicos.

La realidad social como proceso histórico

Negación, contradicción y movimiento

Un punto de partida básico cuando nos enfrentamos al estudio de la realidad social es entender que esta se encuentra en permanente

movimiento, que nunca está quieta, que es un ser/siendo, que lo que hoy parecía inerte mañana está en ebullición. Y que ese movimiento permanente, nunca homogéneo, sino con saltos y rupturas, proviene desde el interior mismo de la realidad social, no es un algo o fuerza exterior la que la motoriza.

La negación instalada en el Ser rompe con la lógica formal y sus principios de identidad y de no contradicción, y saca al ser de la quietud del reposo y lo pone en movimiento y en lucha consigo mismo.

Ello es expresión de la presencia de fuerzas antagónicas internas, de contradicciones, y no de simples oposiciones, como sería la noche que sigue al día, o el calor y el frío. Aquí las fuerzas operantes se enfrentan y buscan no sólo imponerse, sino superar a las fuerzas con las que se confrontan.

En un cuadro con esta dinamicidad nada está llamado a permanecer, sino sólo el cambio. Por esta razón la realidad social es un constante proceso, un devenir histórico que el conocimiento está llamado a explicar. Toda idea de coagulación en esta fluidez es perecedera y llamada a ser superada.

Un asunto clave del análisis de la realidad social es dar cuenta de los procesos que la atraviesan, de las diversas formas que esos procesos presentan, y al interior de su temporalidad, de las etapas y momentos que genera. En definitiva, de la periodicidad que va estableciendo.

Esto pone de manifiesto que los procesos de un periodo de la realidad social son distintos a los procesos de cualquier otro periodo. Y si esto es así, los conceptos y categorías que se construyen para dar cuenta de dichos procesos en un periodo no son adecuados para dar cuenta de lo nuevo en otro periodo.

Esta es una de las críticas centrales que Marx formula a la economía política clásica, que daba por supuesto que las categorías generadas para explicar lo que acontecía en el capitalismo, eran pertinentes para otros periodos, en tanto asumían que el capitalismo era la organización de toda historia, y no de un periodo particular de la misma.

Para ejemplificar lo anterior podríamos señalar que el hambre que asola a la población humana en un momento histórico con bajo desarrollo productivo y conocimientos, como podría ocurrir en sociedades en que no se conocen la rueda, o no se manejan técnicas de irrigación, lo que limitaba la producción y la dejaba expuesta a bondades o inclemencias de las estaciones, se explica por razones y procesos distintos al hambre que se genera en el siglo XXI, en donde el desarrollo científico y la productividad se han extendido ampliamente y en donde existen alimentos y productos en abundancia.

Por ello se puede decir que, hasta nuestros días, siempre ha existido hambre. Sin embargo, las razones del hambre en distintos periodos y en distintas totalidades son absolutamente diferenciadas. No dar cuenta de esas diferencias es quedarse en la superficie del problema.

Condensación del tiempo social

Cuando señalamos que en la vida social prevalece la historicidad de los procesos, también es relevante comprender que dichos procesos no se desenvuelven de manera homogénea, con una fluidez siempre igual, sino que por el contrario es la heterogeneidad lo que prevalece, es decir, los ritmos y procesos tienden a acelerarse en momentos particulares, a generar saltos y rupturas.

De esta forma hay tiempos en que parece prevalecer la rutina, de lo que se desenvuelve con el mismo ritmo un día con otro. Pero en otros el tiempo condensa procesos, y en semanas o meses acontece lo que en tiempos anteriores ocurría en años. Ello tiende a hacerse presente en todas las dimensiones de la vida en sociedad, cuando la vorágine del cambio y la transformación tiende a ir ganando impulso.

Son tiempos en que lo extraordinario se impone a lo ordinario, en que las estructuras y relaciones que parecían estables y permanentes se resquebrajan, en que los sujetos llevan a cabo acciones absolutamente inesperadas y excepcionales. Mujeres en la revolución

mexicana rompiendo con los roles establecidos e incorporándose a los ejércitos revolucionarios, abandonando ollas y cocinas y cargando cananas. Miles de obreros agrícolas de ingenios azucareros, en esa misma revolución, y campesinos enrolándose y abandonando sus espacios rutinarios, para participar de un proceso que a nadie deja indiferente y nadie se plantea quedar fuera del mismo. Así son los tiempos de las revoluciones sociales. Se genera un tornado social en que todo lo sólido y estable vuela por los aires.

De sujetos pasivos, sometidos a la rutina y a las estructuras sociales vigentes, se presentan tiempos en donde emergen sujetos activos, capaces de destruir estructuras sociales y de conformar otras nuevas. La historia nos muestra entonces su historicidad y su condición de proceso abierto a contingencias en medio de sus determinaciones.

Determinación y contingencia

Una acusación recurrente al marxismo es que constituye una teoría determinista y con ello, incapaz de comprender situaciones contingentes, aquellas que se apartan del libreto previamente establecido.

No es que este tipo de acusaciones carezca de elementos. Efectivamente y por mucho tiempo se ha difundido un discurso que se reclama marxista con una fuerte carga de incapacidad de dar cuenta de lo que realmente acontece en aras de salvar un discurso que se asume como una verdad establecida, haciendo de este cuerpo teórico un dogma cuasi religioso y no una teoría abierta a las novedades que emergen en la vida en sociedad.

Aquí se hace necesario establecer precisiones. La apertura a las novedades no significa suponer que en la vida en sociedad no operan determinaciones, y que por tanto todo es pura contingencia. En estas condiciones estaríamos en el terreno de las propuestas para las cuales no existirían legalidades en la historia ni en los procesos y que todo opera como simples accidentes. Aquí pasamos a la contracara

de la postura determinista anterior, en donde todo ya está establecido, a otra en donde nada lo está.

Con ello lo que estaríamos formulando es que la vida en sociedad y sus procesos no se pueden explicar, como gusta de señalar la propuesta posmoderna, por lo que perdemos el tiempo formulando y desarrollando teorías.

Aquí tendremos que subrayar que la vida en sociedad y sus procesos no sólo pueden ser explicados, sino que es una condición para poder incidir en ellos.

Comencemos señalando que existe una confusión conceptual entre determinismo y determinación. El primero refiere a que en los procesos sociales sólo existe una y nada más que una salida o solución. O que sólo puede acontecer una única solución.

Determinación por el contrario es sostener que en la vida en sociedad y sus procesos operan legalidades y tendencias, y que pueden ocurrir muchas salidas y muchas soluciones, pero que no puede ocurrir cualquier cosa.

Por ejemplo, en la actual correlación de fuerzas sociales entre capital y trabajo a nivel internacional, es posible que en la disputa por el poder político en algún espacio nacional haya mayores o menores resistencias de las clases opresoras y dominantes, propiciando que la guerra civil que se plantea en una situación de esta naturaleza pueda tomar muy diversas formas. Lo único que es factible que no ocurra es que esas clases opresoras y dominantes abandonen el poder político sin luchar y entreguen tierras, fábricas, comercios y bancos a las clases y sectores dominados y oprimidos en un acto generoso, y terminen recluyéndose en algún monasterio o centro budista en alguna montaña en el Tíbet.

Punto uno, estamos diciendo que la lucha de clases tiene legalidades y tendencias que se hacen presentes en su dinámica. Punto dos, que en el seno de esas legalidades y tendencias pueden ocurrir las más variadas situaciones. Punto tres, que alguien espere que ocurra una salida pacífica y sin confrontaciones para poner fin a la opresión y al dominio está suponiendo que la lucha de clases (o la historia y

sus procesos) carece de determinaciones, por lo que podría ocurrir cualquier cosa. En la actual correlación de fuerzas internacional esa no parece factible.

En definitiva, que haya determinaciones no implica negar la posibilidad de que emerjan contingencias. Con lo cual estamos señalando que ni la realidad social y sus procesos son pura determinación (o más bien determinismo, en los términos señalados), pero tampoco es pura contingencia (en todo momento puede surgir cualquier cosa).

Niveles de análisis o niveles de abstracción y concreción

Cuando Karl Marx señala que “lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso” (Marx, 1971, p. 21), se está refiriendo a un conocimiento que tiende a capturar algún proceso de la realidad social que incorpora una gran cantidad de relaciones y de procesos que la constituyen y la redefinen en su dinámica, permitiéndonos su mejor comprensión.

Aquí la noción de “concreto” es lo opuesto a “abstracto” y la oposición será mayor mientras más concreto sea el análisis.

Una de las particularidades del marxismo como teoría es que posee distintos niveles de análisis o niveles de abstracción y de concreción, lo que enriquece el análisis y su capacidad de dar cuenta de la realidad social desde muy diversas dimensiones. Esto es fundamental no sólo por los dividendos en materia de conocimiento. Es una exigencia que está planteada en tanto el marxismo es una teoría para la acción, para la praxis, para transformar la realidad social. Sin esa capacidad de aprehensión de la realidad la potencia transformadora del marxismo se debilita.

Abstracción significa asumir algunos elementos simples de la realidad, pero que tienen la particularidad de condensar relaciones que al desplegarse dan cuenta de las particularidades de las formas cómo se articula y desdobra la realidad para conformar una actividad y proceso original. Cuando Marx asume la mercancía como el punto

de inicio de la exposición en *El capital* para explicar las lógicas que definen al capitalismo, está empleando justamente la abstracción. Para que ese fuese el punto de partida en la exposición era necesario que Marx ya tuviera una perspectiva del capitalismo como totalidad.

Desde los mayores niveles de abstracción a los de mayor concreción, se podrían señalar cinco niveles de análisis del capitalismo en el marxismo: modo de producción, sistema mundial; formas de capitalismo, formaciones económico-sociales y coyuntura.

Cada uno de estos niveles de análisis o de abstracción y concreción reclama generar conceptos y categorías específicos. Pero los conceptos y categorías de los niveles más concretos deben alimentarse de los conceptos y categorías más abstractos. Es como decir que estudiaremos la coyuntura actual de la sociedad mexicana. Estamos hablando de un nivel muy concreto. Ese análisis no puede prescindir del señalamiento histórico que la sociedad mexicana es una sociedad capitalista, lo que implica que aquello que se dice teóricamente del capitalismo a nivel del modo de producción y en el nivel del sistema mundial, así como de la forma de capitalismo en que México se ubicaría, de las particularidades de su formación económico-social y la dinámica del capital en marcha, se constituyen en nutrientes teóricos y conceptuales básicos para reflexionar sobre la coyuntura actual de la sociedad mexicana.

Esta retoma de las nociones más abstractas no puede ser una simple repetición en niveles menos abstractos, porque en tanto los conceptos de los distintos niveles deben ir concretizándose en la historicidad y las particularidades de los procesos que analizamos, deben operar con readecuaciones y reformulaciones. En otras palabras, la formación económico-social mexicana retoma las formulaciones del modo de producción capitalista, pero las redefine y recrea para, a ese nivel, explicar qué es la formación económico-social mexicana.

Las nociones que definen todo capitalismo nos orientan, pero la sociedad mexicana es un capitalismo particular, marcado por la forma en que se inserta en el mercado mundial, la forma de capitalismo que prevalece (imperialista, desarrollado o dependiente), la

conformación de ese capitalismo se dio en el marco de relaciones sociales, políticas y culturales previas operantes en el mundo prehispanico que prevaleció, fue colonizado y además bajo procedimientos específicos, generó clases sociales, formas de organización social, instituciones y Estado, y una historia de luchas sociales originales que hoy se reproducen bajo la lógica del capital, pero a través de procedimientos que por todo lo señalado de manera apretada, presenta especificidades. El análisis de coyuntura debe alimentarse de todos esos basamentos para efectivamente alcanzar concreción.

El análisis concreto en sus diversos niveles permite a su vez enriquecer los niveles más abstractos. Lo que descubramos en el estudio del México actual puede permitir reformular las propuestas teóricas menos concretas.

No podemos intentar atrapar sardinas con las herramientas propias para cazar ballenas, porque aquellas se nos escurrirán y terminaremos atrapando sólo ballenas. El tejido conceptual debe ir siendo cada vez más fino y denso, a fin de construir una malla conceptual a la medida de lo que intentamos aprehender.

En lo que sigue señalaremos algunos de los principales aspectos contemplados en esos distintos niveles de análisis. Sin embargo, insistamos, debe considerarse que mientras más concretos se hace el análisis, éste debe integrar los avances logrados en los niveles más abstractos, y redefinirlos.

Además, debe considerarse que en cada nivel aparecen problemas teórico-conceptuales específicos, por lo que los análisis deben considerar el nivel de las conceptualizaciones que se están empleando.

Modo de producción capitalista

En el modo de producción la preocupación teórica es establecer las características como los hombres viviendo en sociedad resolvemos la producción de los bienes que nos permiten la reproducción material

de las necesidades humanas y, al mismo tiempo, cómo se reproducen las relaciones sociales que organizan dicha reproducción material.

La humanidad ha resuelto estos asuntos de maneras muy diversas en los diferentes modos de producción que la historia conoce, como por ejemplo en el esclavista, el modo de producción asiático o en el capitalista.

En el modo de producción capitalista se pueden señalar algunas de esas particularidades:

- El grueso de la producción es producción de mercancías, esto es de productos destinados al mercado para su intercambio por dinero.
- La mayoría de los medios de producción se encuentran concentrados en muy pocas manos privadas, desde tierras, herramientas y máquinas.
- La mayoría de las clases que viven de su trabajo están despojadas de medios de producción, lo que provoca que su capacidad de trabajo, la fuerza de trabajo, se venda como mercancía.
- El pago del valor de la fuerza de trabajo, denominado salario, es producido en una fracción de la jornada de trabajo, pero como se ha comprado esa mercancía por una jornada completa de trabajo, en el resto de tiempo el trabajador produce un valor que no es remunerado, siendo esto la base para la generación de plusvalor. En otras palabras, el valor producido en una jornada de trabajo siempre debe tender a ser superior al valor diario de la fuerza de trabajo.
- En el modo de producción capitalista prevalece la búsqueda incesante de producción de más plusvalor, el cual debe asumir la forma de dinero para reiniciar el proceso que le da origen. Para

esto es fundamental que las mercancías producidas sean vendidas, por lo que el capitalismo, a este nivel, debe encontrar una forma en que los asalariados participen de manera activa en la conformación del mercado, allí donde las mercancías se intercambian por dinero.

- Al percibir los trabajadores un salario que le permite reproducirse un día con otro, y el capital apropiarse de la plusvalía, en esto radican las condiciones para que se reproduzca un día con otro el que los trabajadores salgan a vender su fuerza de trabajo y los capitales puedan apropiarse del plusvalor generado. Aquí residen las condiciones para que las relaciones sociales de producción se reproduzcan como resultado de la propia lógica como está organizada la producción en el modo de producción capitalista.
- Para incrementar el tiempo de trabajo en que se produce plusvalía, trabajo excedente, los capitales invierten en nuevos equipos, maquinarias y conocimientos, a fin de reducir el tiempo de trabajo necesario, aquel en donde los productores producen valores equivalentes al valor diario de su fuerza de trabajo.
- Aquí radica una particularidad del modo de producción capitalista: el afán por renovar de manera permanente las condiciones de la producción, con nuevos equipos y nuevas maquinarias, y produciendo cada vez más y diversificando las mercancías.
- Esto propicia que en el modo de producción capitalista se tienda a gastar relativamente más en capital constante (máquinas, equipos, materias primas elaboradas) que en capital variable, es decir en asalariados. Pero como es el capital variable el único que produce valor nuevo, esto propicia que el plusvalor tienda

a disminuir en relación con el total del capital (constante más variable) que hace posible la producción.

- Una consecuencia inmediata de gastar más en capital constante que en variables es propiciar la generación de una población obrera excedente en relación con la demanda de brazos que establece el capital en periodos determinados. Esta masa de trabajadores desempleados o subempleados se constituye en un mecanismo de presión de los capitales sobre los salarios de los trabajadores activos.
- Con el mayor gasto absoluto y relativo en capital constante se abren condiciones a su vez para la caída tendencial de la tasa de ganancia, es decir, para la reducción de la relación entre el plusvalor producido y la masa de capital gastado para producirlo, tanto capital constante como capital variable. Esta caída tendencial de la tasa de ganancia propicia crisis económicas en el modo de producción capitalista, la cual se puede sortear temporalmente reduciendo la producción, lo que propicia la baja del valor de equipos y maquinarias, y reduciendo el salario de los trabajadores incluso por debajo del valor de la fuerza de trabajo.
- Las crisis económicas alientan la lucha entre capitales por dirimir quienes sufrirán los mayores costos de la crisis. Pero también alienta la lucha entre el capital y el trabajo, al acentuarse los mecanismos que buscan incrementar la tasa de explotación, desde las bajas salariales, hasta incrementar las jornadas laborales e intensificar el trabajo.
- Todas estas luchas y contradicciones se generan por la propia lógica que subyace en el apetito del capital por incrementar la plusvalía y las ganancias. Por esto Marx indica que el enemigo del capital es el mismo capital.

- Este es el piso sobre el cual se desarrolla la lucha de clases en el capitalismo, desde donde se puede explicar, entonces, su historicidad y su potencial superación.

Sistema mundial capitalista

El capital, desde que se despliega, reclama expandirse por todos los espacios del planeta, creando un sistema mundial capitalista. En esa expansión las economías más poderosas inicialmente van generando colonias, unidades supeditadas a las necesidades de los centros imperialistas sea en proporcionar metales preciosos que alientan los intercambios mercantiles por el sistema, materias primas para cubrir necesidades de sus procesos de industrialización, alimentos para abastecer a poblaciones obreras cada vez más concentradas en espacios urbanos, y que abandonan la producción agraria, o simplemente de nuevos brazos para la producción, sea en las propias colonias de donde provienen, en plantaciones azucareras o en yacimientos mineros, o que serán trasladados a otros espacios de producción capitalista.

División internacional del trabajo

Con los procesos de independencia en América Latina, a inicios del siglo XIX, y la inmediata integración de las nuevas economías al mercado mundial, se va estableciendo a nivel del sistema mundial una división internacional del trabajo en donde encontramos a las economías industriales, productoras y exportadoras de bienes secundarios, y economías primarias, productoras y exportadoras de materias primas y alimentos.

El comercio internacional que se va estableciendo sobre esa división implica la posibilidad de que las economías participantes intercambien valores de uso diferenciados y necesarios.

Intercambio desigual y otras transferencias de valor

Sin embargo, en tanto maduran las producciones capitalistas, desde el punto de vista del valor se va generando un proceso que implica transferencias de valor desde las economías productoras de bienes primarios, hacia las economías productoras de bienes industriales, como resultado de la mayor composición orgánica de estas últimas y que se van estableciendo precios de producción que tienen como referente el establecimiento de tasas medias de ganancia a nivel del mercado mundial.

De esta forma para las economías industriales los precios de producción de sus bienes tienden a ubicarse por encima del valor gestado allí, en tanto en las economías primarias ocurre lo contrario, con precios de producción por debajo del valor gestado, alentando la transferencia continua y regular de valor de unas a otras economías.

La persistencia de estas transferencias en el tiempo, ante la pasividad de las clases dominantes locales en América Latina para poner en marcha procesos de producción que elevaran la composición orgánica, lo que implicaba pasar también a producir otros valores de uso, como bienes industriales, y generar economías en donde los salarios de los trabajadores jugaran un papel relevante en el consumo, y así desatar procesos en donde la elevación de la productividad y la generación de plusvalía relativa se convirtieran en procesos de dinamización capitalista permanente, fue propiciando la gestación de economías desarrolladas y de economías subdesarrolladas o dependientes, como se las nombrará con mayor propiedad en la segunda mitad del siglo XX.

A aquella transferencia de valor, que propició el proceso antes señalado, se deben agregar otros mecanismos de transferencia de valor, en iguales direcciones y con similares consecuencias, como el pago de intereses por préstamos y deudas, la succión de ganancias derivadas de inversiones extranjeras y el pago de derechos por patentes, entre los más visibles.

Los movimientos de capitales donde operan monedas fuertes, como el dólar, el euro o el yen, favorece a su vez a las economías de donde provienen, en perjuicio de las economías con monedas débiles, donde se ubican las de las economías dependientes.

Formas de capitalismo

La conformación de un capitalismo desarrollado e imperialista y de un capitalismo dependiente, luego de dos siglos de operaciones internas y de relaciones, ha terminado por propiciar la emergencia de dos formas diferenciadas de desenvolvimiento capitalista, lo que implica formas diferenciadas de reproducción del capital, de capacidad de apropiarse o retener el valor producido, de modos de inserción en el mercado mundial, particularidades en la explotación de la fuerza de trabajo, en la creación de mercados, del peso de la dimensión civilizatoria o de barbarie inherente a todo capitalismo, etcétera.

Es por ello que podemos sostener que en el sistema mundial capitalista se articulan e imbrican “formas” de capitalismo diferenciadas, originales, con dinámicas que les son propias.

El capitalismo desarrollado y el capitalismo dependiente sólo se explican en tanto caras de un único y mismo proceso, la conformación del capitalismo como sistema mundial. Por tanto, no se explican en sí mismos sino sólo en la relación que establecen y presentan algunas características específicas.

Capitalismo desarrollado e imperialista

Podemos sintetizar algunas de las principales particularidades del capitalismo desarrollado¹ señalando:

¹ Estas particularidades son muy generales, por lo que se presentan con grados variados en situaciones o formas particulares de capitalismo desarrollado.

Es un capitalismo autocentrado, es decir, que ha generado un proceso industrial en donde el sector I, generador de equipos y maquinarias, se encuentra articulado con las necesidades del sector II, el productor de bienes de consumo. A su vez el sector II se constituye en demandante de equipos y maquinarias del sector I en su expansión y modernización.

La explotación se realiza en tiempos normales (no de crisis) bajo los procedimientos que caracterizan la producción de plusvalía relativa. Tiende a crecer el tiempo de trabajo excedente por una reducción real de tiempo de trabajo necesario. De esta forma se logra una ecuación nada sencilla: que crezca la plusvalía y que el consumo de los asalariados se sostenga o incluso se incremente. Lo anterior no niega la presencia de otras formas de explotación y de sectores sociales que sufren de necesidades no cubiertas.

Para sostener esta situación, en el capitalismo desarrollado se gasta en generar conocimientos, y en la producción regular y permanente de nuevos equipos, maquinarias y herramientas. Esto propicia que la innovación, incluso de nuevos bienes de consumo, se exprese como una tendencia regular.

La expansión exportadora en este tipo de economías no es resultado de restar consumo al mercado local, sino es expresión de la elevada producción alcanzada por los altos niveles de productividad.

Hasta antes de la crisis actual, y por su capacidad de sostener ganancias y el consumo de las clases trabajadoras, este capitalismo podía presentar estables formas democráticas de dominio. Ello era posible por la base material que posibilitaba la conciliación de clases y la gestación de amplias y estables alianzas sociales.

Parte sustantiva de esas privilegiadas condiciones materiales, de infraestructura, de políticas de bienestar, y de salarios, reposaban en la apropiación de valor que los capitales y los Estados de las economías desarrolladas llevan a cabo sobre las economías dependientes y sus trabajadores. Pero de manera clara se debe señalar que no son los trabajadores del capitalismo desarrollado los que explotan a los

del capitalismo dependiente. Son los capitales y los Estados de los primeros los que explotan. Y desde allí pueden repartir hacia otras clases y sectores².

Capitalismo dependiente

En la literatura referida a estos temas, a esta forma de capitalismo se la conoce como periferia, subdesarrollo o economías atrasadas. Todas esas denominaciones presentan mayores o menores problemas. De allí que optemos por la gestada en el seno de la teoría marxista de la dependencia y le llamemos capitalismo dependiente.

Algunas de sus principales particularidades son:

- El capitalismo dependiente es un capitalismo descentrado, en tanto no ha gestado por lo general un sector industrial de bienes de capital, lo que propicia una estructura productiva concentrada en la producción de materias primas y alimentos, y algunas ramas e industrias abocadas a la producción de bienes de consumo. Esto lo obliga a cubrir las necesidades de equipos, maquinarias y herramientas en general por la vía de importaciones.
- El tipo de economía que se genera es fundamentalmente exportadora, organizada para satisfacer la demanda que opera en el mercado mundial sobre materias primas y alimentos. De esta manera el ciclo del capital presenta una ruptura entre su fase inicial, hasta terminada la producción, y la segunda fase de circulación, la venta de las mercancías, la que se lleva a cabo en los mercados exteriores.

² Desde otra dimensión, tampoco se puede sostener que los trabajadores del sector comercial explotan a los trabajadores industriales, mineros o agrícolas, si la burguesía comercial arrebata parte de la plusvalía a la burguesía industrial o minera o agrícola donde se produce.

- La capacidad de competencia de este capitalismo en los mercados exteriores reposa en sostenerse en una forma particular de explotación, que de manera regular paga salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo o superexplotación.
- El peso de la dimensión exportadora de estas economías favorece a su vez este proceso, que tiende a excluir o a integrar de manera muy poco sustantiva a los trabajadores a la realización y al consumo. De esta manera la estructura productiva que se genera tiende a dar las espaldas a las necesidades del grueso de la población que vive de salarios.

La superexplotación es un proceso viable porque la poca diversificación de la estructura productiva genera pocos empleos, y a ello se suma la agudización de la explotación de los trabajadores que logran alcanzar empleos, todo lo cual redundando en la presencia de enormes contingentes de trabajadores desempleados, subempleados o empleados por tiempos acotados. La precariedad y la subcontratación son la norma en los empleos en este tipo de economías, no sólo en tiempos de crisis, sino de forma regular.

El capitalismo dependiente lleva a sus extremos las dimensiones de barbarie inherentes al capitalismo. Por otro lado, la concentración de la riqueza es extrema, como amplia y extendida la pobreza y la miseria.

El tipo de valores de uso que se exportan de manera fundamental, materias primas y alimentos, y la capacidad de superexplotar que genera este capitalismo, explica el débil peso del aguijón productivista que caracteriza al capitalismo desarrollado. Ello explica el poco peso prevaeciente en los gastos para innovaciones tecnológicas y nuevos conocimientos.

El Estado en el capitalismo dependiente es una entidad subsoberrana, sometida a condiciones de subordinación en el campo exterior. En el plan interno tienden a prevalecer las formas autoritarias

de gobierno, dada las débiles condiciones para establecer alianzas y acuerdos estables entre clases.

El capitalismo dependiente expresa la negación de la ideología que ha organizado el capitalismo desde mediados del siglo XX en adelante, la del desarrollo. En este capitalismo lo que prevalece es el “desarrollo del subdesarrollo”, lo que pone de manifiesto que en su dinámica, más que aproximarse a las metas y estadios del capitalismo desarrollado, el capitalismo dependiente camina alejándose de aquellos.

El mundo dependiente como eslabón débil del dominio imperialista

Tras una lectura erróneamente ortodoxa de los escritos conocidos y difundidos del marxismo en la segunda mitad del siglo XIX, se asumió que la expansión del capitalismo hacia nuevas regiones, generalmente como parte de procesos de colonización, propiciaría a la larga en aquellas regiones procesos de desarrollo capitalista semejantes a los que se generaban en las economías europeas industriales.

En tanto aquello no ocurriera, los potenciales procesos de revolución tenderían a producirse en esas últimas economías, ya que era allí en donde maduraban las contradicciones que propician quiebres revolucionarios, como mayor desarrollo de las fuerzas productivas, avances en la proletarianización de la población y en la organización de esta clase, incremento de los conflictos de clase derivados de la apropiación privada del plusvalor, etcétera.

El triunfo de las primeras revoluciones en formaciones económico-sociales con niveles diferenciados de desenvolvimiento capitalista, como en Rusia a inicios del siglo XX, puso de manifiesto que las dos interpretaciones anteriores estaban lejos de poder explicar lo que acontecía. Ni Rusia caminaba en la ruta de convertirse en una nueva Inglaterra, ni la revolución implosionó en esta última.

Las revoluciones políticas posteriores, que se plantearon poner fin al capitalismo e iniciar la construcción socialista, tendieron a

presentarse a su vez en el cinturón dependiente y periférico del sistema mundial y no en las regiones con mayor complejidad capitalista: China, Cuba, Vietnam.

Sin contar con una formulación teórica que explique de manera consistente este proceso³, aquí nos importa señalar algunas hipótesis: las regiones dependientes del sistema mundial capitalista se constituyen en el eslabón débil de la dominación imperialista prevaleciente.

Es allí en donde se concentran las potencialidades de rupturas revolucionarias en el sistema mundial capitalista, porque es allí en donde tienden a condensarse las contradicciones de dicho sistema.

Que sea en el capitalismo dependiente dicha coagulación responde a las particularidades que presenta allí la explotación capitalista, bajo formas que implican la regular y persistente apropiación de parte del fondo de consumo y de parte del fondo de vida de los trabajadores por el capital, procesos que se sintetizan en la noción de superexplotación.

Siendo un proceso particular de explotación que ocurre de manera generalizada y regular en el capitalismo dependiente, dicho proceso sólo alcanza sentido en cuanto se ubica el capitalismo dependiente como una condición de existencia del capitalismo en tanto sistema mundial. Es decir, no se puede explicar en sí mismo, sino como condición de la acumulación mundial del capital.

Desde esta perspectiva, las derrotas del capital en el cinturón dependiente, siendo posibles y necesarias, sólo tendrán condiciones de generar una nueva sociedad y perdurable, en tanto el capital sea derrotado en el conjunto del sistema. Las rupturas hasta ahora conocidas son una muestra que ese proceso está en marcha, pero con las limitaciones y distorsiones propias de experiencias que sólo podrán

³ Esto no niega que desde las experiencias revolucionarias conocidas no se haya avanzado en explicaciones sobre lo sucedido y el por qué dichas experiencias han sido en el mundo dependiente y no en el mundo central desarrollado

alcanzar su verdadera dimensión liberadora a condición de la derrota mundial del capital.

Formación económico-social

El espacio de los Estado-nación es una de las unidades territoriales de desarrollo del capitalismo (siendo otro el sistema mundial). Cuando señalamos la primera nos estamos refiriendo al desarrollo del capitalismo en tanto formación económico-social. Aquí el capitalismo se nos presenta como un entramado de relaciones sociales donde las relaciones propias del capitalismo han terminado subordinadas a relaciones sociales de modos de producción anteriores.

Por tanto, las relaciones sociales y los procesos se nos presentan con variaciones respecto a las características del modo de producción capitalista. Esto nos indica que se multiplican las determinaciones y que el análisis debe ser mucho más concreto.

Aunque sean las relaciones capitalistas las que prevalecen, el conjunto de las relaciones, sean económicas, políticas, sociales, culturales e ideológicas, se ven atravesadas por las relaciones previas, lo que les confiere a todas ellas connotaciones particulares.

El estudio de una formación económico-social reclama que esta sea vista como una unidad económica, política, social, cultural, etc., esto es, que consideremos que todas estas dimensiones están articuladas y forman —en el sentido fuerte del término— una unidad, y no constituyen una simple yuxtaposición de partes o de dimensiones.

Esto implica entender que lo que acontece en el campo de las relaciones económicas tiene manifestaciones y expresiones en las relaciones que conforman a las clases sociales, fracciones y sectores, y todas ellas alcanzan expresión a su vez en las relaciones políticas de dominio y poder, las que también se manifiestan en las dimensiones culturales e ideológicas, y que todas estas relaciones y procesos se articulan y se determinan mutuamente.

De esta manera el capitalismo y los procesos que se expresan en una formación económico-social, teniendo puntos en común, presentan a su vez grandes diferencias con el capitalismo y los procesos que se generan en otras formaciones económico-sociales. Tenemos así múltiples unidades diferenciadas.

El análisis de una formación económico-social debe llegar a dar cuenta de lo general, pero también —con igual relevancia— de lo particular del capitalismo en tal o cual formación.

Así, por ejemplo, Guatemala y Argentina pueden presentar en común y en general, el que son formaciones económico-sociales capitalistas, y además ubicadas en la forma capitalista dependiente. Pero teniendo tanto en común, es mucho a su vez los que las convierte en formaciones económico-sociales particulares, como el tipo de colonización que sufrieron, las luchas de liberación, la constitución de las clases sociales, la conformación del Estado-nación, el peso diferenciado de poblaciones originarias, el peso y origen de población migrante que pobló sus territorios, las diferencias de culturas con relevancia en la cosmogonía prevaeciente, el tipo de bienes y valores de uso con que se integraron y se integran al mercado mundial capitalista, el grado de desarrollo material alcanzado, montos de población y de espacios territoriales, peso geopolítico regional y mundial, etcétera.

El análisis general reclama a este nivel el análisis de las particularidades. Y el análisis de las particularidades reclama por su parte inscribirlos en el análisis de los elementos y procesos generales. Articular estas dos dimensiones es una tarea de primera importancia.

Coyuntura

La noción de coyuntura nos remite al estudio de dos de los niveles de análisis antes señalados: el sistema mundial y la formación económico-social. Cada uno de estos niveles tiene la particularidad de operar como unidad para efectos de análisis más concretos, así como

una periodización de su desenvolvimiento en tanto unidad. Así el análisis del sistema mundial integra de manera necesaria a las formas de capitalismo, el mundo imperialista o regiones o economías desarrolladas y regiones o economías dependientes y permite una periodización de su historia. De igual manera, el análisis de una formación económico-social reclama dar cuenta de los patrones de reproducción que han imperado y que imperan en el presente, del Estado, las clases sociales, de sus luchas, y de una periodización de su historia. En ambas coagulaciones el estudio de coyuntura aparece como una reflexión necesaria que permite a su vez periodizar los procesos relevantes en una y otra unidad.

Es común encontrar que se realizan estudios de coyuntura referidos a algunas dimensiones de la vida en sociedad, como estudios de la coyuntura económica, política, sindical, de los partidos, etc. Tales estudios pueden ser útiles entendiendo que estamos haciendo cortes y asumiendo segmentos de unidades mayores, en donde dichos cortes y segmentos se ubican. La idea es que estos segmentos terminen siendo integrados a la perspectiva de totalidad que debe prevalecer, sea la formación económico-social y el periodo en particular privilegiado, o a la situación de fuerzas en el sistema mundial o en algún región o subregión, que debe integrar dimensiones económicas, políticas, geopolíticas, militares, de Estados, etcétera.

En el Capítulo 6 desarrollaremos más ampliamente este nivel de análisis.

Bibliografía

- Bensaïd, Daniel et al. (1971) [1969]. *Teoría marxista del partido político II. (Problemas de la organización)*. México: Siglo XXI.
- Budgen, Sebastián; Kouvelakis, Stathis y Žižek, Slavoj (eds.) (2010). *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad*. Madrid: Akal.

Colletti, Lucio (1978). *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*. México: Siglo XXI.

Grüner, Eduardo (2005). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Hallward, Peter (2010). Comunismo del intelecto, comunismo de la voluntad. En Analía Hounie (comp.), *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires: Paidós.

Lenin, Vladimir Illich (1961). *Obras Escogidas en tres tomos*. Moscú: Editorial Progreso.

Lenin, Vladimir Illich (1974) [1971]. *Contra la burocracia. Diario de las secretarías de Lenin*. Córdoba: Cuadernos pasado y presente.

Lukács, György (2012). *Sobre Lenin y Marx*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1980). *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Karl (2014). *Escritos sobre la comunidad ancestral*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional/Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.

Marx, Karl (1971). *Elementos para una crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. T. 1. México: Siglo XXI.

Movimiento de Izquierda Revolucionario (1975). El programa y las plataformas de lucha del partido revolucionario del proletariado. *Correo de la Resistencia (MIR)*, (2).

Musto, Marcello (2018). *O velho Marx. Uma biografia de seus últimos años (1881-1883)*. Sao Paulo: Boitempo Editorial.

Negri, Antonio (2004). *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*. Madrid: Akal.

Capítulo 3 | La totalidad como actividad unificante

Qué y cómo conocer en las ciencias sociales

Si bien reconoce que existen diferencias de objeto entre ciencias naturales y ciencias sociales, el positivismo de Comte plantea en los hechos una línea de continuidad en materia de conocimiento, en tanto, de acuerdo con “la perspectiva de la época, la sociedad y las instituciones sociales se consideraban como parte de un universo natural, único y regido por leyes” (Therborn, 1980, p. 218). Por tanto, las reglas del conocimiento de las ciencias sociales son idénticas a las de las ciencias naturales: se trata de alcanzar las regularidades, “naturales” e “inmutables”, que rigen la vida social.¹ De allí la idea de hacer de la sociología una “física” social.

¹ . Las nuevas propuestas epistemológicas rechazan “la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, distinción que forma parte del pensamiento moderno por lo menos desde Descartes”. Se parte del “reconocimiento de que, aunque las explicaciones que podamos dar de la estructuración histórica del universo natural y de la experiencia humana no son en ningún sentido idénticas, tampoco son contradictorias y ambas están relacionadas con la evolución”. (Wallerstein, 1996, p. 84-86).

Esta postura es rechazada por Max Weber y Carlos Marx, aunque no por las mismas razones, por lo cual discrepan en puntos fundamentales en sus estrategias de conocimiento.

Weber considera que las vías para conocer de las ciencias histórico-sociales son específicas, diferentes a las de las ciencias naturales. Conviene tener presente que la propuesta weberiana de conocimiento busca una solución a aquel problema teniendo enfrente tres grandes rivales: el historicismo alemán, por un lado, y el positivismo y la filosofía “especulativa” por otro. Frente al primero, que desecha la idea de hacer de la ciencia una búsqueda de tendencias generales, ante la creatividad inagotable de la vida y lo irrepetible de los hechos históricos, Weber opone la necesidad de establecer legalidades de las regularidades sociales y así construir explicaciones causales. Ante el positivismo, por otra parte, que enfatiza la conversión de las ciencias sociales en ciencias regidas por leyes generales, pero consideradas como leyes “naturales”, y ante la especulación de la filosofía que busca esquemas interpretativos universales, pero “metafísicos”, Weber opone la comprensión científica de fenómenos singulares.

En esa tensión se dibuja

un punto medular de la concepción weberiana, pues su programa de reflexión metodológica descansa fundamentalmente [...] en el tenaz esfuerzo por relacionar lo tajantemente separado en su tradición: comprensión y explicación. (Gil, 1997, p. 47)

Es así como Weber llega a la definición de la *explicación comprensiva* como el camino específico de las ciencias histórico-sociales.

En la definición de las particularidades del conocimiento de esas ciencias Weber abreva —y al mismo tiempo toma distancia— en los planteamientos de algunos de los principales autores que dieron vida al *Methodenstreit*, el debate sobre el método y alcances de las ciencias sociales que tuvo lugar en Alemania en la última parte del siglo XIX y comienzos del XX.

Wilhelm Dilthey introduce en aquella discusión la distinción entre ciencias del espíritu, que tienen como tarea central “comprender”

(*Verstehen*), y ciencias de la naturaleza, en las que su tarea central es “explicar” (*Erlebnis*). El investigador social forma parte del objeto que estudia, la sociedad, lo que plantea una diferencia con el investigador de ciencias naturales, para el cual el objeto de estudio es externo. Por esta relación de internalidad, “el hombre puede comprender su mundo [...] porque forma parte de él y lo capta desde adentro” (Rossi, 1973, p. 16).

Weber, siguiendo a Dilthey, agregará que las ciencias histórico-sociales, en tanto se ocupan de procesos humanos, son “interpretables”, esto es, permiten alcanzar el sentido de las acciones, con lo cual ofrecen un *plus* respecto a las ciencias naturales (Gil, Manuel, 1997). Pero Weber se aparta de Dilthey en tanto no busca alcanzar la comprensión ubicándose en la “experiencia vivida”, algo así como una postura psicológico-hermenéutica, sino con base en un conocimiento racional del mundo humano, creando los instrumentos metodológicos y conceptuales para captar el “sentido de la acción”.

¿Qué es posible conocer en las ciencias sociales? La distinción establecida por Wilhelm Windelband entre ciencias idiográficas, “orientadas hacia la determinación de la individualidad de determinado fenómeno”, y ciencias nomotéticas, “orientadas hacia la construcción de un sistema de leyes generales” (Rossi, 1973, p. 14), plantea una respuesta que sigue dividiendo a los científicos sociales.

¿Las ciencias histórico-sociales deben ser nomotéticas como postula el positivismo, o deben quedarse atrapadas en la individualidad y lo específico, renunciando a explicaciones generales, como postula el historicismo?

La relación entre lo general y lo particular se ha presentado como opciones irreconciliables en muchos momentos de la historia de las ciencias sociales: “De la ley no podemos llegar por deducción al acontecimiento individual, así como del acontecimiento no podemos llegar a la determinación de leyes generales”. (Rabotnikoff, 1989, p. 64). Así, “ley y acontecimiento permanecen como últimas e incommensurables grandezas de nuestra representación del mundo”. (Rossi, citado por Rabotnikoff, 1989, p. 64).

La solución weberiana, como en muchos otros aspectos, terminará por no aceptar la dicotomía anterior, ofreciendo una solución que, sin renunciar al interés por lo particular, no se niega a buscar regularidades y legalidades.

En el planteamiento weberiano las ciencias naturales y las histórico-sociales no se distinguen entre sí por la presencia o ausencia del saber nomológico, sino por “la diversa función” de este saber en unas y otras: “lo que en la(s) primera(s) es el término de la investigación, en las segundas, en cambio es un momento provisional de ella”. (Rossi, citado por Rabotnikoff, 1989, p. 64). Al fin que, como señala Weber, “el conocimiento de las leyes sociales no implica conocimiento de la realidad social, sino, antes bien, [es] uno de los diversos medios auxiliares que nuestro pensamiento emplea con ese fin” (Weber, 1973, p. 70).

En materia de conocimiento se trata entonces de alcanzar las uniformidades de los procesos histórico-sociales, a fin de formularlos como “reglas generales del devenir” y así “lograr la explicación de los fenómenos en su individualidad” (Weber, 1973, p. 70).

Lo general y lo particular constituyen, por tanto, momentos en el proceso de aprehensión de la realidad.

Marx busca establecer las regularidades que expliquen la vida social, pero considera esas regularidades como una “construcción social”, por lo cual entiende que son creadas por los hombres, al igual que las sociedades, que son históricas, mutables con el tiempo y, lo más importante, posibles de ser transformadas por la acción humana, en contra de la idea positivista de la existencia de leyes naturales e inmutables.

La búsqueda de leyes sociales generales que permitan explicar el devenir histórico y los movimientos de las sociedades forma parte en Marx de un esfuerzo para alcanzar, a su vez, la comprensión y la explicación de procesos particulares y concretos en los que confluyen múltiples determinaciones. Así, para decirlo en el lenguaje propuesto por Windelband, lo nomotético y lo idiográfico están estrechamente enlazados en la propuesta marxista, por lo cual no constituyen polos que se repelan, sino momentos en el camino del conocimiento.

En definitiva, el recurso de conocer reclama pasar del conocimiento nomotético al idiográfico y viceversa, en rutas abiertas de ida y vuelta. De allí que, a contrapelo de lo destacado anteriormente, ley y hecho singular no son polos irreductibles. Su imbricación parece constituir un requisito del conocimiento.

Si bien Marx y Weber sintetizan en sus proyectos cognoscitivos lo idiográfico y lo nomotético, estos conocimientos tienen en ambos un papel diferenciado. Para Weber se trata de alcanzar el conocimiento de regularidades probables, comprensibles por sus motivos y el sentido de sus actores. Ésta es la clave de la explicación comprensiva, la tarea distintiva de las ciencias sociohistóricas.

En esta tarea, un camino es la utilización de tipos ideales. Importa destacar que la noción de tipos ideales “no debe confundirse con ejemplaridad o deber ser: son ideales en un sentido puramente lógico”, y que tampoco es un “*promedio* resultante de un cúmulo de observaciones: si así fuera, su origen se hallaría en la experiencia”. Es más bien “un realce unilateral de elementos que derivan de nuestro interés cognitivo” (Gil, 1997, p. 62-63), respecto del cual, añade Weber (1973), “la realidad es *medida y comparada* a fin de esclarecer determinados elementos significativos de su contenido empírico” y con los cuales “construimos conexiones a las que nuestra *fantasía* disciplinada y orientada en vista de la realidad, *juzga adecuadas*” (p. 82).

En definitiva, los tipos ideales permiten construir conceptos generales, pero para comprender procesos particulares. “En efecto, [el] fin de la formación de conceptos típico-ideales es en todas partes obtener nítida conciencia, no de lo genérico, sino, a la inversa, de la *especificidad* de fenómenos culturales” (Weber, 1973, p. 90).²

² En su obra mayor, Weber establece distinciones entre la sociología y la historia en torno a los conocimientos generales y particulares. Así señala que “la sociología construye conceptos —tipo [...] y se afana por encontrar reglas generales del acaecer. *Esto en contraposición a la historia*, que se esfuerza por alcanzar el análisis e imputaciones causales de las personalidades, estructuras y acciones *individuales* consideradas *culturalmente importantes*” (Weber, 1944, p. 16; primeras cursivas del autor).

De esta forma, en la propuesta weberiana el conocimiento nomotético se encuentra subordinado al conocimiento idiográfico, si bien se supone que ambos constituyen componentes del quehacer científico.

La estrategia de transformación de la realidad social presente en Marx demanda conocer las reglas generales que rigen los movimientos generales de aquélla, pero, a su vez, exige desentrañar las especificidades de momentos y procesos particulares. Desde esta perspectiva, si consideramos algunos hitos de sus obras, tendríamos que decir que el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política* (en la que se formula una visión general de las transformaciones sociales), *El capital* (en que se analizan las particularidades del capitalismo) y *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (análisis de una situación histórica particular de una sociedad capitalista) *constituyen niveles diferenciados, pero integrados, de un mismo esfuerzo de conocimiento*.³

Aquí tenemos que lo idiográfico se encuentra subordinado a lo nomotético, pero no en el sentido de que el conocimiento de lo general resuelve el conocimiento de lo particular, sino que las especificidades de este último alcanzan inteligibilidad dentro de un campo de interpretación global⁴.

Todo esto nos remite al problema de la totalidad. ¿Qué noción de totalidad prevalece en uno y otro discurso?

Weber, Popper y Marx: visiones sobre la totalidad y el conocimiento

Si por *totalidad* entendemos la suma de *todos* los fenómenos y acontecimientos, con lo cual es asimilada a la de *completud*, esto supone de entrada desechar la posibilidad de conocerla. Frente a una realidad

³ La primera y la última obra (Marx y Engels, 1980). La segunda (Marx, 1973).

⁴ Se trata de conocer las particularidades de los árboles a partir de una visión del bosque. El conocimiento del bosque no debe ser un obstáculo para captar la especificidad de cada árbol. A su vez, los árboles no nos deben impedir “ver” el bosque.

infinita, el conocimiento siempre se enfrenta a limitaciones, ya que no existe conocimiento capaz de abarcarlo todo. “Cualquier conocimiento conceptual de la realidad infinita por la mente humana finita —señala Weber— descansa en el supuesto tácito de que sólo una *parte* finita de esta realidad constituye el objeto de la investigación científica, parte que debe ser la única ‘esencial’ en el sentido de que ‘merece ser conocida’” (Weber, 1973, p. 62).

Weber se aproxima en este terreno al historicismo alemán, para el cual “es necesario renunciar desde el principio a toda pretensión totalizadora, al intento de abrazar en un único movimiento total la realidad entera” (Rabotnikoff, 1989, p. 75). Una pretensión de esta naturaleza sería propia de la filosofía de la historia, y se ubicaría en la especulación y en la metafísica, pero no en las ciencias histórico-sociales.⁵ Por ello, “con Weber nos instalamos explícitamente en la dimensión de lo fragmentario, de lo parcial, de lo finito” (Rabotnikof, 1989, p. 75).

Karl Popper comparte esta perspectiva. Su rechazo a la propuesta de una totalidad posible de ser conocida se apoya en la visión de una realidad sin límites. Por ello, “si queremos estudiar una cosa, nos vemos obligados a seleccionar ciertos aspectos de ella. No nos es posible observar o describir un trozo entero del mundo o un trozo entero de la naturaleza”. Totalidades así concebidas “no pueden nunca ser objeto de ninguna actividad científica” (Popper, 1973, p. 91).

Si no podemos acceder a una visión global de la organización societal, ¿qué determina el corte que el investigador realiza sobre la realidad para separar un fragmento de esta, aquella que “merece ser conocida”? Apoyándose en las formulaciones de Heinrich Rickert, Weber sostendrá que son los valores del investigador los que permiten privilegiar un determinado aspecto de la realidad, definir una parcela de conocimiento. El relativismo en materia de conocimiento

⁵ Ya hemos visto, en todo caso, que Weber toma distancias del historicismo, al reclamar la necesidad de establecer regularidades generales en las ciencias históricas-sociales.

alcanza así fundamentación teórica: no hay posibilidad de conocimientos de la totalidad y son los valores de los investigadores los que establecen las franjas que se privilegian. Por tanto, no hay criterios para definir qué conocimientos son más decisivos que otros para explicar la realidad social.

Pero la relación con valores no excluye la objetividad del conocimiento. Una vez establecido un ángulo de mira y la selección de ciertos fenómenos, de acuerdo con valores, se debe seguir posteriormente un riguroso camino de investigación. Es este proceso el que otorga validez al conocimiento. Con este planteamiento Weber termina acotando la posición de Rickert, para quien los valores, como universales, validan no sólo “la parcela” que se debe conocer, sino también el conocimiento, asumiendo así una impronta metafísica.

Marx comparte con Weber la idea de una realidad infinita, imposible de ser aprehendida en todas sus dimensiones y acontecimientos. Pero discrepa de este último en su visión del conocimiento general de la realidad. A pesar de su heterogeneidad y de ser infinita, la realidad social tiene un orden, o mejor aún, tiene varios órdenes, unos inmediatos, perceptibles a simple vista, por lo general engañosos, y otros más profundos, que es necesario construir y desentrañar. En definitiva, la realidad está estructurada y una de las tareas del conocimiento es desentrañar esa organización, así como definir sus legalidades.

Conocer, por tanto, *no es poder explicarlo todo ni aprehenderlo todo*, ya que el conocimiento se encuentra limitado ante una realidad sin límites que se recrea día tras día. *Conocer es un esfuerzo que se encamina a desentrañar aquellos elementos que estructuran y organizan la realidad social* y que permiten explicarla como totalidad. Es, por tanto, necesario distinguir entre *totalidad* y *completud*. La totalidad es lo que organiza una realidad infinita. El conocimiento puede, por tanto, formular una explicación de la totalidad, pero nunca alcanzará la completud. (Morin, 1998, p. 142). En otras palabras, podemos alcanzar una noción del bosque sin necesidad de tener que conocer todos y cada uno de los árboles, hojas, insectos y demás elementos que lo

conforman. Podemos conocer el todo (o totalidad), en definitiva, sin necesidad de conocerlo todo (completud) (Pérez Soto, 2008, p. 179).

De la totalidad y las partes

La totalidad es más que la suma de las partes

La totalidad es una unidad de partes integradas e interrelacionadas. Pero esta afirmación es el primer peldaño en la comprensión de los problemas heurísticos que ofrece la noción de totalidad. Quedarse en ese peldaño es permanecer en un “holismo” simplificante y reduccionista (es quedarse en la idea de que “todo tiene que ver con todo”).

Es necesario responder por el tipo de interrelaciones entre las partes y su papel diferenciado en la organización y estructuración de la totalidad. *Porque la totalidad es una unidad jerarquizada y estructurada*, por lo cual su comprensión rebasa la simple suma de sus partes.

Esto supone cuestionar el pluralismo empírico para el cual la complejización del análisis se logra por la vía de agregar variados elementos, pero de manera indiferenciada, sin establecer su *jerarquía* y su *interconexión*. A esto apunta Marc Bloch cuando indica que “en 1800, Fustel de Coulanges decía a sus oyentes, en la Sorbona: ‘Suponed cien especialistas repartiéndose, en lotes, el pasado de Francia. ¿Creéis que al fin hubieran hecho la historia de Francia? Lo dudo mucho. Les faltaría, por lo menos, la vinculación de los hechos, *y esta vinculación es también una verdad histórica*’.” (Bloch, Marc, 1987, p. 20; cursivas en el original). La totalidad es más que la suma de las partes, en definitiva, porque incluye las relaciones que establecen las partes, y de manera jerarquizada.

Esto ha sido formulado por Edgar Morin mediante la noción de “emergencia”, en cuanto “cualidades o propiedades de un sistema que presentan un carácter de novedad en relación con las cualidades

o propiedades de los componentes considerados aisladamente o dispuestos de forma diferente en otro tipo de sistemas” (Morin, 1997, pp. 129-130).

Mientras se considera *la totalidad como un todo estructurado* (en contra de la idea de *totalidad desorganizada*) y *jerarquizada* (en contra de la idea de *totalidad indiferenciada*), estaremos mejor armados para comprender no sólo la propia totalidad, recreada de manera permanente en su dimensión histórica y espacial, sino también sus elementos constitutivos. Porque “el conocimiento de los fragmentos estudiados sucesivamente, *cada uno de por sí*, no dará jamás el del conjunto, *no dará siquiera el de los fragmentos*” (Bloch, 1987, p. 120).

La totalidad es menos que la suma de las partes

Frente a la “ceguera reduccionista” que cree conocer el todo por el conocimiento de sus partes, se contrapone “la ceguera ‘holista’”, que cree conocer considerando sólo la totalidad y que “no ve más que el todo” (Morin, 1997, p. 135).

La reconstrucción de la totalidad ordena el conocimiento de las partes (o de las relaciones más específicamente), pero nunca resuelve ni nos absuelve de la necesidad del conocimiento de éstas.

Señalar por ejemplo que es la dinámica del capital la actividad que organiza la vida en nuestro tiempo (totalidad), no nos exime de la necesidad de conocer el comportamiento de capitales particulares, y de sus expresiones en el campo político, social y económico en momentos específicos.

En definitiva, conocer las leyes y dinámica del capital (como Marx las ha formulado en su libro *El capital*, y que se mueven en la perspectiva de ofrecernos un cuadro de la totalidad), no nos libera de estudiar y conocer los particulares del capitalismo, como formaciones económico-sociales tales como China, Guatemala o Australia, e incluso, considerando “partes” aún mayores, como regiones como América Latina, e incluso el capitalismo como sistema mundial.

Estos estudios de partes, en definitiva, por su concreción y mayores determinaciones, enriquecen y rebasan los planteamientos de *El Capital*, esto es de la totalidad, lo que obliga a su redefinición permanente.

La totalidad como actividad que unifica el sentido de la vida en sociedad

A la luz de los señalamientos anteriores podemos preguntarnos: ¿existen elementos que nos permitan explicar y descifrar los movimientos de la realidad social? ¿Cuenta la vida societal con algún principio de unidad y estructuración? Interrogantes como los anteriores nos remiten a problemas en torno a la noción de totalidad.

El malestar con la totalidad

De manera explícita o implícita, la noción de totalidad es quizá uno de los puntos nodales en los debates epistémicos de nuestro tiempo. En torno a ella —sea para negarla en términos ontológicos (no es inherente al ser) o epistémicos (innecesaria como operación del conocimiento), sea para fundamentarla (en términos ontológicos y/o epistémicos)— se establecen sustanciales fronteras entre las principales propuestas en torno al qué y al cómo conocer en nuestro tiempo.

En capítulos previos ya tuvimos oportunidad de presentar los argumentos de positivistas y posmodernos para rechazar la propuesta de análisis desde la totalidad. Aquí sólo agreguemos que, para el posmodernismo, en sus diversas variantes, plantearse el tema del sentido o de la unidad de la vida social no deja de ser parte de un esfuerzo filosófico agotado, el de la modernidad, y constituye otro gran relato de este proyecto (Lyotard, 1994), que al igual que los de emancipación

y progreso hay que dejar de lado, junto a los de verdad⁶, en aras que el pequeño relato —por cierto, el nuevo mega relato posmoderno— alcance algún sentido.

Pensar en términos de totalidad significa para el pensamiento posmoderno, al igual que para el posestructuralismo, una versión académica del totalitarismo. Esta corriente presenta críticas pertinentes frente al paradigma empirista-positivista impuesto como “lo científico” por la modernidad que nos acompaña. Sin embargo, su crítica no es sino el reverso neorromántico de lo que cuestiona, sin superar los fundamentos del pensar de la modernidad, estableciendo, frente a la racionalidad imperante, una suerte de irracionalismo que nos deja desarmados frente a las tareas de explicar los procesos de la realidad social.

Los rechazos del positivismo y del empirismo hacia la noción de totalidad tienen otros fundamentos. Estas corrientes asumen que existe orden y regularidades en los procesos sociales y que la tarea de las ciencias es dar con ellos⁷. El problema es que no hay ninguna racionalidad que pueda englobar una explicación general de la vida social al decir de Friedrich von Hayek (2008).

Desde la misma vertiente filosófica, el rechazo a la totalidad para Karl Popper (1973), como ya hemos señalado, arranca de la idea de una realidad sin límites. “Si queremos estudiar una cosa- señala- nos vemos obligados a seleccionar algunos aspectos de ella”, ya que “no nos es posible observar o describir un trozo entero del mundo”. Cualquier totalidad así concebida “no puede ser nunca objeto de ninguna actividad científica” (Popper, 1973, p. 91).

Lo que tenemos en estas posturas es una confusión, como ya hemos señalado, entre “conocerlo *todo*”, lo que remite a una noción como la de “completud” formulada por Edgar Morin (1998), y

⁶ “Si recojo lo que algunos filósofos han dicho sobre la verdad, es con la esperanza de desalentar a que se siga prestando atención a este tema más bien estéril” (Rorty, 2000, p. 23).

⁷ Orden inherente a las cosas mismas, como leyes de lo común y lo constante. Véase (Pérez Soto, 2008).

“conocer *el* todo”, que refiere a la totalidad en tanto relaciones y procesos que unifican la vida societal, y que le otorgan sentido. “Para saber un bosque no es necesario saber todos y cada uno de sus árboles” señala Carlos Pérez Soto (2008), agregando: “Quizá esta trivialidad tenga su origen en el hábito nominalista y atomista de concebir el todo como una mera ‘colección de todas las cosas’” (Soto, 2008, p. 179).⁸.

Desde una posición similar a Popper, Max Weber señala que “cualquier conocimiento conceptual de la realidad infinita por la mente humana finita descansa en el supuesto tácito de que sólo una *parte* finita de esta realidad constituye el objeto de la investigación científica” (Weber, 1973, p. 70). Las capacidades humanas, finitas, no pueden atrapar una realidad que la exceden. La resignación kantiana de no poder alcanzar “la cosa en sí” se hace presente en las ciencias sociales de muy diversos modos.

Los límites del conocer en el mundo del capital

Las razones para rechazar la idea de totalidad por estas corrientes no son ajenas a las necesidades de reflexión que acompañan a la burguesía en su ascenso y consolidación y al tipo de ciencias sociales que de allí pueden derivarse. Por de pronto cabría señalar la necesidad de dichas ciencias de sostener un mundo enajenado, en donde la organización societal existente -con su apropiación de trabajo ajeno y de dominio- debe ser pensada como un asunto regido por leyes sociales (hechas por hombres), pero naturalizadas, al igual que la lluvia o la ley de la gravedad, y no como un asunto social fuerte (leyes o acuerdos no sólo hechos por hombres, sino situados y con intereses) e históricamente producidos.

Además, que “las partes finitas” que componen la realidad social, como la economía y la política, permanezcan separadas, exteriores

⁸ Son muchas las ideas de las que somos tributarios de este libro en esta parte del trabajo.

unas a otras, con lo cual lo que ocurra en ellas no tiene relaciones, por lo que si hay diferencias o desigualdades sociales, dirá el especialista, no es porque existe explotación, sino que son el resultado de capacidades, talentos y calificaciones diferenciadas, y por ello se requiere dominio, y si hay dominio (alguien debe mandar, se dirá) no es porque existe explotación. Fracturar la vida social, romper o desconocer las relaciones, es un principio epistémico necesario para el mundo (y las ciencias) que construye la modernidad del capital.

La fe en la razón que acompaña el ascenso burgués encuentra en los procesos anteriores fronteras específicas. Fe en la razón, pero limitada. En el nuevo orden social se reclaman conocimientos y técnicas que revolucionen las fuerzas productivas y que eleven geométricamente la capacidad de producir, haciendo que en ese tornado “todo lo sólido se desvanezca en el aire”. Pero el mundo social y la lógica que lo constituyen conforman un mundo que la razón sólo puede alcanzar en franjas limitadas, ya que las promesas agitadas y no cumplidas por la burguesía sobre libertad, igualdad y fraternidad, no deben aparecer como resultados del propio orden construido por esta clase desde sus revoluciones.

Desentrañar la lógica que organiza el actual orden social se constituye por tanto en un asunto demasiado problemático para una reflexión que tiene limitaciones sociales y epistémicas constitutivas. Rechazar la noción de totalidad es apenas un aspecto dentro de ese gran problema.

Ello se hace presente incluso en asuntos más triviales, pero no menos significativos, sobre como nombrar al actual orden social. Así proliferan términos como posmoderno, posindustrial, sociedad de las comunicaciones, de la información, del conocimiento, de riesgo, de redes. Definirlo simplemente como capitalismo es considerado obsoleto porque no termina de dar cuenta de lo nuevo, de todo lo que ha cambiado; al fin que no estamos en el siglo XVIII sino en el XXI, se nos dirá en tono condescendiente. En el fondo es plausible cualquier nombre, como los arriba mencionados, que no apunte a dar cuenta

de las relaciones centrales en contradicción. Capitalismo, en tanto orden del hacerse mundo del capital, es así el menos apropiado.

Si las ciencias sociales de la actual modernidad asumen la noción de totalidad lo hacen como una agregación mecánica de partes, exteriores entre sí, con un todo sin sustancialidad propia. Es lo que expresa el individualismo metodológico, por ejemplo, que piensa la sociedad como una simple sumatoria de individuos y en donde la sociedad como tal no tiene significación específica, sólo el individuo, el verdaderos “átomo” desde donde pensar lo social⁹.

A su vez ese todo como agregación mecánica de partes es pensado de la misma manera como las partes que la conforman: quietas, en equilibrio, homogéneas, exteriores entre sí, sin actividad interior. Todo ello plantea serios problemas para pensar el cambio y el conflicto, por lo general resultados de la operación de un “algo” externo.

La a-historicidad de la teoría de sistemas

La teoría de sistemas formulada por el biólogo austriaco Ludwig von Bertalanffy (1976), y con seguidores más recientes en las ciencias sociales como Niklas Luhmann (1991), es quizá la propuesta más avanzada desde la modernidad del capital para morigerar la idea de unidades conformadas como simples agregados de partes, sin actividades o significaciones específicas. Se postula, por el contrario, que “es necesario estudiar no sólo partes y procesos aislados, sino también resolver los problemas decisivos hallados en la organización y el orden que los unifican, resultantes de la interacción dinámica de partes y que hacen al diferente comportamiento de éstas cuando se estudian aisladas o dentro del todo” (Bertalanffy, 1976, p. 31).

⁹ “El todo es pensado como una articulación que [...] tiene partes, que a su vez tienen partes, que tienen partes [...] Esta regresión [...] no es infinita. El sentido de la tendencia analítica está asegurado por la convicción de que debe haber un límite en el cual se encuentran aquellas partes que ya no tienen partes. En sentido conceptual, el átomo” (Pérez Soto, 2008, p. 92).

La teoría de sistemas se propone superar la idea de la sociedad como sistema imperante en la mecánica celeste, con atracciones y repulsiones de individuos y grupos, semejante a los que presentan planetas y otros cuerpos celestes, y que de alguna manera se encuentra presente en la obra de Thomas Hobbes. En esta nueva versión se asume el modelo de la fisiología humana, en donde las partes cumplen funciones específicas para el movimiento y la actividad del todo orgánico. Se logra así un estructuralismo *dinámico* en donde el todo alcanzado es en lo fundamental invariante, permitiendo sin embargo introducir la perspectiva del cambio y de la interacción entre partes y subsistemas. Dichos cambios se orientan a evitar el aumento de entropía (degradación de la energía), asociado al desorden, y tienen como función, por tanto, reestablecer el equilibrio del sistema social¹⁰.

Junto a esta suerte de sistema con cambios, pero que no cambia¹¹, lo que delata su sesgo conservador, la teoría de sistemas tiene dificultades para historizar los procesos de la vida social, resultado de los modelos de la fisiología orgánica que lo fundamentan, generando una suerte de organicidad sin historia y sin evolución real, ocupada particularmente en las exigencias de alcanzar el equilibrio interno.

La totalidad como actividad unificante

En la totalidad tenemos una unidad que es una actividad (un “ir siendo”), histórica, en tensión interna, en negación y conflictividad constitutivas, que la hacen otra desde sí mismo (Pérez Soto, 2008, pp. 161-162), que articula, estructura, organiza y jerarquiza la vida social. La totalidad otorga sentido a la vida en sociedad. Dicho sentido es posible de ser formulado y explicado al dar cuenta de la actividad

¹⁰ En este sentido la teoría de sistemas no refiere a individuos sino a unidades sociales, sistemas sociales. La finitud e historia de los individuos (son engendrados, nacen, crecen y mueren) no afecta al sistema, en tanto nuevos individuos los reemplazan, manteniendo vivo el organismo social.

¹¹ Dicho de otro modo, cambios *en* el sistema, pero no cambios *del* sistema.

conformadora de unidad y de la conflictividad que la constituye. Con ello podemos afirmar que la vida en común es inteligible, posible de ser explicada de manera sustantiva.

La totalidad constituye una “universalidad diferenciada”, con particulares en donde lo universal se efectiviza como diferencia y da paso “a la novedad efectiva de lo distinto”. De esta forma la totalidad no homogeniza (es “no totalitaria”) y nos reclama por el contrario dar cuenta de lo particular (Pérez Soto, 2008, pp. 165-166).

En nuestro tiempo la actividad unificante de la vida social, la que le otorga sentido, es la que despliega el capital. La lógica del valor que busca valorizarse (o más simple, de un dinero que busca incrementarse) desata un proceso que termina arrastrando y atrapando la vida social en su vorágine y tiñe el conjunto de las relaciones en nuestras sociedades. A ello alude Marx cuando afirma que “el capital es la potencia económica (de la sociedad burguesa) que lo domina todo” (Marx, 1971, p. 28).

La relación capital-trabajo que define al capital no corresponde a una relación cualquiera, periférica, una más, dentro de las múltiples relaciones que atraviesan la vida societal capitalista, como señalan las corrientes posestructuralistas y posmodernas. No tenemos un todo *indiferenciado* de relaciones, como la que se encuentra presente en la generalizada idea que “todo tiene que ver con todo”, que parece explicar mucho y que no termina de explicar nada. Porque el problema del análisis es señalar de qué manera las diversas relaciones y procesos inciden —de manera jerarquizada, con mayor o menor incidencia— en el rumbo y sentido de la vida societal. En este sentido la relación capital-trabajo tiene un peso constituyente específico y jerárquico determinante. (Pérez Soto, 2008, p. 126; subrayado mío).

A ello alude Marx cuando indica que “(en) todas las formas de sociedad existe una determinada producción que *asigna a todas la otras* su correspondiente influencia, y cuyas relaciones [...] asignan a todas la otras el rango y la influencia” (Marx, 1971). Más aún, esas relaciones constituyen “una iluminación general en la que se bañan todos los colores y (que) modifica las particularidades de éstos. Es como un

éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve” (Marx, 1971, pp. 27-28). La relación capital-trabajo constituye por tanto la actividad que unifica y otorga sentido a la vida en sociedad en el actual orden social.

La lógica del capital

El capital es fundamentalmente relación social de explotación y dominio. De explotación, porque es condensación de trabajo y valor expropiado (a otros). Es relación de dominio, porque aquella expropiación repetida un día y otro sólo es posible en un cuadro de dominio. Aquella doble relación se cosifica en dinero, máquinas, herramientas, locales, materias primas, fuerza de trabajo, mercancías. Tomémoslo en su forma dinero para observar lo que nos revela.

En tanto dinero (D) el capital se mueve en el mercado con la voluntad de acrecentarse (D⁺)¹². La presencia de un dinero con tales características es muy antigua y se despliega inicialmente en el mercado bajo la fórmula “comprar barato para vender caro”, logrando así el incremento del dinero inicial. En la actual organización social este movimiento asume características en donde no sólo opera en la superficie de la producción (frangas del mercado), sino que reorganiza a aquella por completo.

Lógica del capital es el conjunto de movimientos y procesos que en su afán de valorización lleva a cabo el dinero que busca incrementarse. Por ejemplo, debe crear mercancías preñadas de valor nuevo; construir mercados en donde esas mercancías sean demandadas y operen sujetos sociales con poder de compra; encontrar o producir los elementos adecuados para que el dinero se incremente no sólo comprando barato y vendiendo caro, sino a través de un proceso real de creación de valor nuevo, por lo que a pesar de pagar por su valor

¹² El capital puede asumir diversas formas: dinero, máquinas, materias primas, mercancías, etc. La forma dineraria es la que mejor da cuenta de su vocación de incremento incesante.

y vender por su valor, quede un excedente de más valor y por ello de más dinero.

Si se nos permite una metáfora, la lógica del capital es como un tornado que se expande y que en su vorágine atrapa todo a su paso, sometiéndolo a su dinámica y movimientos, reorganizando y rearticulando relaciones precapitalistas, destruyendo lo que no puede arrastrar y elevando lo que termina sometido a su fuerza y velocidad.

La totalidad como unidad

“El pensamiento simplificante es incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*)”, señala Edgar Morin (Morin, 1998, p. 30). Y agrega que este pensamiento “o unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad” (Morin, 1998, p. 30).

De manera sucinta, aquí se encuentra planteado uno de los problemas más serios de las ciencias sociales: cómo hacer análisis globales, análisis de la totalidad social, sin aplastar las unidades menores, lo micro, lo regional, lo local, los individuos. Pero, a su vez, cómo considerar estos elementos en el análisis, reconstruyendo además la unidad de lo diverso, *el mapa en el que la dispersión alcanza sentido*.

Las dificultades de integrar teórica y metodológicamente estos elementos implican en las ciencias sociales dos modalidades de reduccionismos (o de “pensamiento simplificante”, al decir de Morin): una, que asume un sesgo holístico y globalizador, un tipo de pensamiento “que no ve más que el todo” (Morin, 1997, p. 144).

Otra, que reduce las ciencias sociales al pequeño relato de actores y contextos, a lo micro, a lo local, en la que lo que importa es lo diverso, lo particular, *pero nunca lo que integra y organiza lo diverso y lo particular*.

El análisis debe ser capaz de explicar el todo, debe ayudarnos a comprender la totalidad. Ésta es una de las exigencias más recurrentes del análisis social: los enfoques holísticos son presentados como

una meta que se debe alcanzar. Pero no todo análisis holístico nos conduce a buenos resultados. Hay un holismo que termina oscureciendo más que aclarando.

La forma predominante en que es adoptada la globalización en los medios de comunicación y en la academia es quizá el mejor ejemplo en nuestros días de esta modalidad de análisis.

En su utilización más recurrente, la globalización remite a un discurso holístico en el que las partes de la totalidad pierden relevancia, con lo cual desaparece lo diverso y lo heterogéneo, predominando la homogeneidad. Se construye así una totalidad vacía: el mundo global.

La interdependencia se convierte en la clave de las relaciones en el mundo global. Su fórmula se sintetiza así: todos (naciones, regiones, individuos) dependemos de todos, ocultándose o relegándose a lugares secundarios los problemas de jerarquizaciones y dominios.

En el mundo globalizado existen grandes movimientos de información, de títulos bursátiles y de dinero. Pero no hay expropiaciones ni intercambio desigual. Estamos en un mundo en el que todas las naciones pueden aprovechar las ventajas del mercado global. Es la homogeneidad lo que destaca. Las diferencias sólo son resultado de quienes aprovechan o desaprovechan aquellas ventajas.

Los procesos que han dado y siguen dando vida no al desarrollo unificado del mundo, sino más bien a su fragmentación, al quiebre y a la ampliación de las brechas económicas y sociales entre naciones y regiones, en definitiva, al desarrollo y al subdesarrollo, a centros y periferias, desaparecen del horizonte de reflexión.

Pero, así como hay un holismo que oscurece el análisis, también existe una mistificación del conocimiento parcelario, de la exhaustividad fragmentaria, que termina provocando los mismos resultados: oscurecer la realidad, aunque por otros medios. En este caso, el estudio de lo diverso, de lo singular, es lo que importa, borrando del escenario *lo que organiza lo diverso*. De esta forma nunca es posible una recomposición de las unidades mayores, o sólo es posible como

realidad-calidoscopio: piezas sueltas que conforman tantas unidades como vueltas se den al instrumento.

En otra versión de esta tendencia tenemos la idea de una suerte de recopilación de “pedacería social”, con discursos que se recrearán detallando exhaustivamente algún trozo de realidad, pero olvidando el interrogante por el lugar en un todo mayor, o bien construyendo realidades-mosaicos por la vía de la sumatoria de la pedacería, pero con ausencia de una visión holística.

El holismo y el análisis fragmentario provocan que lo uno y lo múltiple no terminen nunca de conjugarse. Lo que importa es la unidad, la totalidad, dirán algunos (por ejemplo: el sistema-mundo o América Latina en su conjunto), en tanto otros recalcarán que lo que importa es lo múltiple, lo diverso, lo particular (por ejemplo: Guatemala, una provincia de Guatemala, un municipio o localidad de Guatemala), derivando en posiciones extremas que tienden a señalar una parte de la verdad, pero al hacerla absoluta la trastocan en su contrario, empañando lo que pretenden aclarar.

El hincapié en uno u otro aspecto conduce a reduccionismos que impiden articular lo general y lo particular.

La idea de unidad compleja va a tomar densidad si presentimos que no podemos reducir el todo a las partes, ni las partes al todo, ni lo uno a lo múltiple, ni lo múltiple a lo uno, sino que es preciso que intentemos concebir juntas, de forma a la vez complementaria y antagonista, las nociones de todo y de partes, de uno y de diverso (Morin, 1997, p. 128).

Aceptar la totalidad como unidad implica concebirla como una unidad contradictoria, que organiza y desorganiza, que ordena y desordena. Hay órdenes que terminan desordenando y desórdenes que terminan ordenando. Las revoluciones sociales son el mejor ejemplo de esta paradoja. Pero son ejemplos extremos. La totalidad social se organiza de manera cotidiana en estas tensiones.

Los movimientos de la totalidad la producen y reproducen, propiciando la continuidad, pero en esos mismos movimientos se gestan

los del cambio y la transformación.¹³ En su estudio debe ponerse atención, por tanto, a los elementos y procesos que transformándose permanecen, así como aquellos que, permaneciendo, propician procesos de ruptura.

Ruptura y continuidad son así elementos intrínsecos a los movimientos de la totalidad, en lucha permanente, en los que alguno tiende a predominar, que no a anular a su complemento, en situaciones históricas específicas.

Bibliografía

Bertalanffy, Ludwig von (1976). *Teoría general de los sistemas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bloch, Marc (1987). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Liotard, Jean-Francois (1994). *La condición posmoderna*. Cátedra: Madrid.

Luhmann, Niklas (1991). *Sistemas Sociales: Lineamientos para una teoría general*. México: Alianza/UIA.

Marx, Carlos (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858* (borrador). T. I. México: Siglo XXI.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1980). *Obras escogidas. Tomo I*. Moscú: Editorial Progreso.

Morin, Edgar (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Pérez Soto, Carlos (2008). *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*. México: Ítaca.

Popper, Karl (1973). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza, Taurus.

¹³ Esto implica no sólo la transformación *en* las estructuras, sino también la transformación *de* las estructuras.

Rabotnikof, Nora (1989). *Max Weber: desencanto, política y democracia*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM.

Rossi, Pietro (1973). Introducción. En Max Weber. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Rorty, Richard (2000). *Verdad y progreso*. Barcelona: Paidós.

Therborn, Goran (1980). *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

Von Hayek, Friedrich (1980). El ideal democrático y la contención del poder. *Estudios Públicos* (1).

Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Weber, Max (1944). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Weber, Max (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Capítulo 4 | Dialéctica de la negatividad

Introducción

La radicalidad del marxismo no reside tan sólo en la crítica que realiza sobre el capitalismo, develando los procesos y tendencias que lo caracterizan, las contradicciones que lo atraviesan y las razones de las crisis que genera, las que ponen de manifiesto su historicidad y caducidad en tanto forma de organización de la vida en común.

El marxismo es también un pensamiento radical porque cuestiona los fundamentos sobre los que se construyen los saberes de la modernidad capitalista, con particular énfasis en las llamadas ciencias sociales y en las ciencias humanas. Junto a ello establece otros fundamentos, lo que le permite no sólo establecer una otra mirada sobre la realidad, sino definir una nueva realidad y nuevos sujetos de conocimiento y de transformación. En lo que sigue nos detendremos en algunas dimensiones de aquellos nuevos fundamentos.

Negatividad

Toda realidad es ella misma y su negación. Al destacar la negación en el ser, la lógica hegeliana que fundamenta al marxismo

permite pensar la realidad como una entidad en movimiento, resultado de una fuerza interna. Implica sacar al ser de la quietud y de la inercia en que se lo concibe, por ejemplo, en la física newtoniana, el cual sólo se pondrá en movimiento si una fuerza exterior lo priva de su estado de reposo. Con la negación podemos afirmar que el movimiento y el cambio son consustanciales al ser, un ente que está en permanente proceso de ir siendo otro de sí.

Pero la negación también permite pensar al ser como una unidad contradictoria, enfrentada consigo misma, entre fuerzas que pulsionan por la permanencia y fuerzas que pulsionan por negar lo existente y que se proyectan a lo nuevo.

La negación en el ser no es por tanto la presencia de una simple oposición, algo así como el *ying* y el *yang*, calor y frío, día y noche. La negación en el ser establece una guerra a muerte en donde alguna de las fuerzas en disputa termina imponiéndose. Si se imponen las fuerzas que presionan por negar lo existente, lo hacen superando las bases de lo existente, pero al mismo tiempo, recuperándolo y rearticulándolo en lo nuevo.

Con esto la idea del movimiento y del cambio constantes se complejizan. No se trata ya de un simple movimiento homogéneo, o del paso evolutivo, por simple acumulación, de un estado a otro. Lo que prevalece es el movimiento heterogéneo, marcado por saltos y rupturas. Aquí el movimiento y el cambio no refieren a un simple fluir, en donde “nadie se baña dos veces en el mismo río”¹, por el constante fluir del río. Remiten, por el contrario, a la irrupción de lo nuevo, en tanto novedad radical.

La negación en el ser implica cuestionar principios de la lógica formal que fundamentan el razonamiento de los saberes modernos, para los cuales si se afirma que algo es (principio de identidad), no se puede afirmar que ese algo, de manera simultánea no-es

¹ Juicio atribuido a Heráclito. Para una discusión de este tema, véase Rodolfo Mondolfo (1966).

(principio de no contradicción). Para la filosofía subyacente al marxismo, la lógica formal es demasiado pobre para pensar la complejidad del ser².

Es la negación en el ser la que está presente en afirmaciones de Marx como cuando indica que “el *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*” (Marx, 1976, p. 321). esto es, el capital en tanto negación del propio capital. Son sus movimientos y tendencias, que lo buscan reafirmar y reproducir como tal, los que generan crisis económicas en el capitalismo, y que provocan la muerte de capitales y abren fisuras para ser revolucionado.

El proletariado es la negación social y política generada por el propio capital, que expresa la contradicción y explica la dinámica de la lucha de clases en el orden societal que aquel construye, porque “la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios” (Marx y Engels, 1980, p. 117).

Desde otros autores la negación se hace presente cuando se señala por ejemplo que la civilización no se sino la otra cara de la barbarie que todo proceso civilizatorio reclama, como afirma Walter Benjamin (2005, p. 60). O cuando desde América Latina la teoría de la dependencia señala que “el subdesarrollo no es sino la otra cara del desarrollo”, como parte del proceso de constitución del capitalismo como sistema mundial³.

Parte sustancial de la radicalidad del marxismo en tanto teoría y praxis está atravesada por la negación.

² En este capítulo somos deudores de Carlos Pérez Soto (2008). Para quien busque mayor desarrollo y profundidad sobre la lógica hegeliana, véase Hegel (2011).

³ André Gunder Frank lo expresa así: “[...] el subdesarrollo contemporáneo es [...] el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. *Lo que, es más, estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto* (Gunder Frank, 1973, p. 22; subrayado en original).

Relaciones sociales por sobre cosas

El pensamiento moderno es un pensamiento sobre cosas. Las ciencias sociales que se construyen desde esta perspectiva no pueden abstraerse de este fundamento. Ello es debido a la impronta empirista y experimental que caracteriza tendencialmente a este pensamiento, y a las ciencias sociales que termina conformando, las cuales hacen de cosas su objeto de observación y de experimentación.

Pero pensemos en un producto cualquiera, una silla, para poner de manifiesto las limitaciones a las que se enfrenta una reflexión que piensa *en* y *desde* cosas. Por de pronto podríamos decir que una silla sirve para sentarse, y que puede ser producida con muy diversos materiales, como madera, metales, plástico, etc. Todo esto, y otras afirmaciones en la misma dirección, nos dicen mucho de la silla. Pero, sin embargo, hay un sinnúmero de cuestiones que quedan excluidas de la reflexión si sólo pensamos en la silla como cosa.

Porque podríamos preguntarnos quién produce la silla. Bien podría ser un individuo cualquiera que con algunas herramientas básicas y algunas maderas la produce para resolver la necesidad de asiento para la mesa de su casa. Tenemos aquí un productor que produce para el autoconsumo. Pero la silla también podría ser producida por un artesano, para intercambiarla por otros productos que se son necesarios, como zapatos, ropa o alimentos. Para que esta modalidad sea viable reclama una división del trabajo en que se produzcan muy variados productos y haga factible encontrar que quien necesite sillas, cuente con productos necesarios para el productor de sillas.

Para fines de lo que aquí nos interesa destacar, partamos del supuesto del artesano que produce sillas para venderlas en el mercado. Una vez vendidas, el dinero recibido le debe permitir recupera el valor de los materiales empleados, y dejarle algún remanente para destinarlo para adquirir otros bienes necesarios, como alimentos, vestuario, vivienda, medicinas, etc.

Lo primero que destaca aquí es que para que alguien produzca sillas y se proponga venderlas, debe haber en la sociedad otros

individuos, con dinero disponible para comprar sillas, y que por tanto no las produzcan ellos mismos.

Pero vender la silla implica otras relaciones sociales. En este caso la silla no sólo vale por su utilidad, permitir sentarse, sino por algo más: el precio en cuánto será vendida, en donde está en juego la posibilidad del artesano de recuperar lo gastado para producirla, y ese valor extra para alimentarse, vestirse y demás asuntos para sobrevivir.

En pocas palabras, la venta de la silla y la sobrevivencia del artesano dependerán de los trabajos de diversos productores de sillas, que llevan también al mercado sus productos. Vender sillas es entonces un asunto social marcado por el valor o precio en que otros productores venderán las suyas y, más a fondo, por las horas de trabajo necesarias para producirlas, suponiendo sillas similares.

El artesano que produce solo sus sillas se enfrenta de este modo a la realidad del sinnúmero de relaciones sociales, como las relaciones con otros artesanos, que aunque no sean físicas, son reales en términos que es el trabajo conjunto de los productores de sillas el que incidirá en el valor y en el precio de las sillas, o de que en la sociedad existan individuos que no sólo necesitan sillas, sino que cuentan con dinero disponible para adquirirlas, porque sólo vendiéndolas (y no regalándolas) el artesano puede volver a producir sillas y resolver sus necesidades.

Pero el productor de sillas puede ser también un trabajador que vive de un salario y que labora en un gran o pequeño taller. En este caso la silla será producida en una relación con alguien que tiene máquinas, herramientas, materiales para producir sillas, un local, y dinero para pagar salarios, frente alguien que no cuenta ni con tierra, ni herramientas, ni máquinas, ni materiales, ni local para producir sillas, y que vende su capacidad de trabajo para percibir una masa de dinero-salario que le permita su subsistencia y la de los suyos.

En este caso el trabajador de sillas debió establecer una relación social por un salario para producirlas. Pero las sillas no quedarán en sus manos una vez producidas, sino en manos de quien compró su fuerza de trabajo. La silla saldrá al mercado y el productor poco o

nada sabrá qué ocurre con ella, ni quien la adquiere, ni en cuánto se vende.

Aquí producir sillas para el trabajador no es más que un asunto marcado por el imperativo de percibir un salario. Y así un día con otro el productor mantendrá y renovará esa relación social por toda una vida de trabajo, al igual que todos los que trabajan en las mismas condiciones. En el otro extremo de esa relación es posible que quien lo contrata por un salario, renueve cotidianamente la relación social de comprar capacidades de trabajo, amplíe el taller, introduzca nuevas máquinas, y acumule dinero, al igual que los que compran capacidades de trabajo para producir las más diversas cosas.

No es difícil percibir que son las relaciones sociales en las cuales se producen las sillas las que definen no sólo la suerte de las sillas sino la suerte social de los productores, y no productores, bajo condiciones muy diversas. *Explicar esas relaciones sociales* y sus consecuencias *nos dirá mucho*, no sólo sobre las sillas, sino *sobre la organización que opera en la sociedad*.

Para el marxismo la reflexión debe dar cuenta de las relaciones sociales imperantes en una sociedad y sólo desde allí explicar las cosas en que esas relaciones toman forma. Más a fondo la sociedad misma es asumida como un entramado de relaciones sociales y en ese entramado es que alcanzan sentido las cosas, sean máquinas, herramientas, televisores, satélites o cañones, ricos o pobres, grandes viviendas o cuartos de cartón y lámina, barrios acomodados o poblaciones de pobreza.

Pensamiento reduccionista

El pensamiento moderno es un pensamiento reduccionista en una doble dimensión. En primer lugar, porque busca alcanzar aquellas unidades que no sean factibles de división, las partes que ya no tienen partes (átomos, en sentido estricto), ya que supone que sólo desde allí es posible, *por agregación*, explicar las entidades o cosas mayores. La

taza como una agregación de átomos; la planta como agregación de células; la sociedad como agregación de individuos.

Esto implica que en un sentido fuerte sólo las unidades sin partes son las que tienen consistencia real. Los cuerpos mayores están allí, tienen alguna consistencia, pero al fin son sólo agregados de las partes sin partes.

El peso de las cosas y la incapacidad de captar las relaciones se hacen presentes también en el reduccionismo. Este implica romper y destrozarse para alcanzar las unidades sin partes.

En las ciencias sociales el reduccionismo ha implicado erigir al individuo como la célula de la vida societal, dando vida a lo que se denomina el *individualismo metodológico*. Esta corriente asume que sólo el individuo en términos duros tiene existencia real, y que la sociedad es nada más una forma de nombrar a una entidad que agrupa individuos, y que por tanto no tiene consistencia como tal. Conociendo al individuo se pueden establecer generalizaciones para ese algo llamado sociedad.

El reduccionismo del pensamiento moderno también se hace presente en la conformación de las llamadas ciencias sociales. El supuesto de fondo es que existen problemas -o hechos- autónomos o puramente económicos, o políticos, o sociológicos, etc., lo que justifica la conformación de disciplinas autónomas a su vez, con objetos particulares y metodologías y técnicas específicas para abordarlos⁴.

La propia experiencia ha ido haciendo patente las limitaciones de las disciplinas así concebidas, para abordar el estudio de fenómenos sociales diversos. Y el camino para resolverlo, desde la perspectiva reduccionista, ha sido agregar disciplinas, dando vuelo a los estudios interdisciplinarios, multidisciplinarios, o con otros nombres. Con ello, más que resolver los problemas, éstos se han multiplicado. Porque las disciplinas están construidas sobre el supuesto de problemas autónomos y con cuerpos epistémicos y teóricos para esos

⁴ Para una breve pero sustantiva exposición del surgimiento de las ciencias sociales y las humanidades, véase de Immanuel Wallerstein (1996).

problemas, por lo que no están abiertos para dialogar y mucho menos comprender los problemas y lenguajes de otras disciplinas.

Lo que sale de estos ejercicios multidisciplinarios no es más que un discurso en donde cada disciplina dice algo, desde su trinchera, sin posibilidades de unificación real, dando paso a conclusiones donde prevalece la simple sumatoria de visiones disciplinarias.

Para el marxismo la sociedad es una unidad diferenciada, con dimensiones económicas, políticas, sociológicas, etc., las cuales son sólo eso, dimensiones de una unidad. Esto implica asumir la sociedad como una entidad real, con vida propia, marcada por el entramado jerarquizado de relaciones sociales que la conforman. Y es para explicar esa unidad y sus despliegues históricos desde dónde tendrá sentido caminar hacia las diversas dimensiones que esa unidad presenta, sean económicas, políticas, sociológicas, a fin de comprender su peso en la articulación de la sociedad, en tanto unidad diferenciada, en contextos históricos específicos⁵.

Lo anterior implica una crítica radical a la perspectiva disciplinar que los saberes modernos presentan. Y más a fondo, una crítica al desarrollo de esos saberes disciplinarios dando las espaldas a la filosofía y a la lógica ontológica, que se plantean interrogantes fundamentales en torno a qué es el ser.

Todo lo anterior no implica desconocer la relevancia de la especialización. Simplemente supone saber ubicar estos problemas en otro contexto y con sentidos distintos a los prevaletentes. No es lo mismo especializarse en una parte de un mural, pero desconociendo el mural, que especializarse luego de conocer el mural (o conocer el bosque) y entender el lugar y el sentido de la parte en aquel (ahora conocer los árboles)⁶.

⁵ Véase cap. V: La ruptura entre economía y política en el mundo del capital, en este libro.

⁶ Hemos dicho que se puede conocer *el* todo, sin necesidad de conocer *todo*. Véase el Capítulo 3 de este libro.

El individuo como punto de partida

Es el fundamento de pensar en cosas y también el reduccionismo imperante, lo que lleva a diversas disciplinas sociales a privilegiar al individuo como punto de partida para sus elaboraciones. El individuo cumple con todos los requisitos de la empiria prevaleciente en las cosas y de lo posible de experimentación. Pero, además, la cosa individuo habla, tienen deseos, puede opinar, recordar, etc., lo que lo convierte en fuente inagotable para consultas y opiniones, cuantificaciones o cualificaciones diversas en las muy diversas disciplinas.

Pero el individuo, primero, se constituye en sociedad, lo que implica que no es posible la individualización ajena al entramado de relaciones sociales que llamamos sociedad. Es en ese entramado en donde se constituyó la idea y la noción del individuo. Entender esas relaciones sociales es imprescindible entonces para entender el individuo existente.

En segundo lugar, si queremos entender el comportamiento social de los individuos, por qué deciden esto o aquello, las famosas “opciones racionales” por las que optarán a fin de obtener los máximos beneficios, sea vacacionar o no vacacionar, en el Caribe o en las “playas” que los programas sociales construyen alrededor de una alberca en barrios populares, estudiar en colegios privados o en colegios públicos, comer en tales restaurantes o en mercados populares, vivir en tales o cuales zonas de la ciudad, consumir qué y qué no, etc., no queda más camino que conocer, primero, las relaciones sociales en las cuales los individuos se encuentran inscritos, y desde allí explicar las decisiones y opciones sociales que toman.

Si en el seno de las relaciones sociales existen individuos que viven como asalariados, con un ingreso equivalente al salario medio de un trabajador, su campo de opciones en materia de educación, diversión, vivienda, salud, etc., será radicalmente distinto al de otros individuos que viven en relaciones que les permite percibir valor impago (plusvalía) bajo forma dineraria de manera regular, o de

burócratas que ocupan posiciones altas en el aparato de Estado y que obtienen elevados sueldos.

El punto de partida para comprender las acciones sociales no puede ser por tanto el individuo, sino las relaciones sociales, para desde allí alcanzar al individuo y poder explicar el porqué de sus opciones y el de sus decisiones posibles.

El sujeto como problema

Dentro de la tendencia reduccionista que prevalece en los saberes modernos es pertinente señalar algunas ideas sobre cómo esa tendencia tiene serias consecuencias en la concepción del sujeto que esos saberes construyen.

Cuando se señala que los conocimientos deben ser *objetivos*, de manera inadvertida ya se nos está señalando que en materia de conocimiento lo que tiene preeminencia es el objeto, y que el sujeto cumple un papel más bien pasivo: sólo debe decir lo que el objeto presenta.

Pero por otro lado se sostiene que el sujeto es un sujeto de razón. Esto implicaría que la razón sólo debe permitir descifrar lo que el objeto presenta, o bien lo que hay que romper y abrir del objeto para que nos permita llegar a “la parte sin partes”, aquella unidad básica que por agregación permite la conformación de todas las demás cosas.

De manera recurrente se señala también que los científicos deben dejar de lado sus pasiones, sus deseos, su voluntad en el análisis de los problemas que los ocupan, que impere sólo la razón, ya que de lo contrario “contaminarán” con aquellos elementos sus resultados.

Junto a la preeminencia del objeto, lo que lo anterior presenta es que para el saber moderno el sujeto es un verdadero problema y que, frente a ese problema, lleno de deseos, pasiones y voluntad, la forma de resolverlo es destazar al sujeto, arrancando pasiones, deseos

y voluntad y dejando que opere sólo la razón, como si tal cosa fuese posible.

Los saberes modernos necesitan desarticular al sujeto, suponiendo que todo lo que no sea razón puede ser amarrado y metido bajo la alfombra. Pero la razón misma es apetente, desea, expresa voluntad, porque todo ello y más (como el inconsciente, por ejemplo) constituyen la unidad del sujeto.

Por otro lado, siempre que en los saberes modernos se habla de sujeto, este remite al individuo. Pero el sujeto es una entidad descentrada, en tanto está determinado por las relaciones sociales en las que se desenvuelve⁷.

Para el marxismo el sujeto es una entidad transindividual, con voluntad. Una de sus expresiones fundamentales son las clases sociales, no cualquiera, sino aquellas que en determinadas condiciones históricas encarnan la posibilidad de romper con los límites de lo establecido, y dar pasos para la conformación de un nuevo orden de sociedad, o que encarnan la perpetuación del orden social existente.

Totalidad

En tanto hemos abordado esta noción en el Capítulo 1, señalemos de manera breve que el saber del marxismo busca una perspectiva desde la totalidad, intenta alcanzar la totalidad.

Hablamos de totalidad cuando nos preguntamos por la actividad unificante que opera en la vida societal en periodos históricos determinados, que la organizan, jerarquizan y articulan y que provoca que la vida en común tome formas particulares.

Nos preguntamos en primer lugar por una *actividad*, lo que remite a movimientos y procesos. Pero además nos preguntamos por una

⁷ Determinar es fijar los límites de lo posible, donde *pueden pasar muchas cosas*, pero *no cualquier* cosa. No debe confundirse, como se acostumbre, con determinismo, en donde sólo hay una y nada más que una posibilidad. (Pérez Soto, 2008, p. 126).

actividad *unificante*, es decir a movimientos y procesos que unen, articulan y organizan como unidad la vida de las sociedades en periodos determinados.

Son varios los supuestos implícitos en estas preguntas. Primero, que la sociedad es una entidad viva, en el sentido que despliega una dinámica que la reproduce bajo formas determinadas en periodos determinados. Segundo, que esa dinámica o actividad construye unidad, por lo que articula y organiza con orientaciones específicas. La vida societal tiene entonces sentido, hay operaciones y actividades jerárquicamente más relevantes que otras en la articulación y organización de la unidad societal.

En nuestro tiempo es la lógica del capital la actividad unificante que organiza y articula la vida societal. Es el despliegue de esa lógica la que opera como un tornado que a su paso termina atrapando todo, haciendo que la vida societal gire en torno a su eje: la valorización del capital.

Desde la crítica del reduccionismo que desarrollamos en páginas recientes ahora podemos agregar que explicar la sociedad como unidad diferenciada y con dimensiones implica explicarla como totalidad.

A modo de conclusión

No hay forma de pensar y reflexionar sobre la vida societal sin supuestos filosóficos que subyacen a toda teoría, en torno a la concepción de realidad, qué es conocimiento, qué es el sujeto, por qué disciplinas, etcétera.

Lo que debe llamar nuestra atención es el creciente desinterés de los saberes modernos por discutir sobre los supuestos filosóficos sobre los que construye sus conocimientos. Razones relevantes en este sentido se encuentran en el hecho que dichos saberes están estrechamente imbricados con los proyectos burgueses de construcción de la vida en común, los cuales tienen como sustento procesos de dominio

y de explotación. Esto pone límites a la confianza en la razón que parecía prevalecer en los inicios de la Ilustración y a acentuar la brecha entre ciencia y filosofía.

No es casual entonces el relegamiento del estudio de filosofía en la formación de científicos sociales, y el despliegue —a lo más— de cursos de metodología, que se restringen a cuestiones de técnicas de investigación, y no a la discusión de problemas epistémicos y mucho menos filosóficos.

Desde una postura radicalmente distinta parece imprescindible poner sobre la mesa los fundamentos filosóficos con los cuales se trabaja y reflexiona.

Bibliografía

Frank, André Gunder (1973). *América Latina: subdesarrollo o revolución*. México: Era.

Hegel, Georg W. F. (2011). *Ciencia de la lógica*. Madrid: Abada Editores/Universidad Autónoma de Madrid.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1980). Manifiesto del Partido Comunista. En *Obras Escogidas Tomo I*. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Karl (1976). *El Capital*. México: Siglo XXI.

Mondolfo, Rodolfo (1966). *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*. México: Siglo XXI.

Osorio, Jaime (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*, Barcelona: Editorial Anthropos/UAM.

Pérez Soto, Carlos (2008). *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*. México: Ítaca.

Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Capítulo 5 | La ruptura entre economía y política en el mundo del capital

Llamamos capital a la *unidad diferenciada* de relaciones sociales de explotación y dominio. En el mundo del capital toda relación de dominio de clases (para diferenciarlo de formas de opresión o de poder que no son constitutivamente de clases: padre/hijo; profesor/alumno; hombre/mujer, médico/paciente, etc.) es relación de explotación (directa, sobre trabajadores activos, o indirecta, sobre trabajadores inactivos) y toda relación de explotación es, a su vez, relación de dominio de clases.

El capital no puede revelarse en el mundo fenoménico como explotación y dominio. Por el contrario, promete la construcción de un mundo de hombres libres e iguales. A pesar de violentar esa promesa, sin embargo, debe reconstituirla. Para ello debe conformar la *ficción real* de un mundo de hombres libres e iguales. Ficción, porque encubre y desvirtúa la esencia de su ser. Real, sin embargo, porque dicho trastocamiento actúa y alcanza consistencia. Opera de manera efectiva.

En pocas palabras el capital necesita presentarse de manera distorsionada, al revés de lo que es. Esto forma parte del proceso de fetichización del capital, que le posibilita crear un “mundo encantado, invertido y puesto de cabeza” (Marx, 1973, p. 768). Por medio de la fetichización el *ser se manifiesta ocultándose*. Aquí nos interesa develar algunos de los procesos que hacen posible sostener aquella ficción.

Un primer paso del capital en ese proceso de ocultarse y revelarse de manera distorsionada implica la ruptura de su unidad económico-política, conformando estas dimensiones como esferas autónomas e independientes, ya *no como diferencias en el seno de una unidad*. El desarrollo de esta tendencia llevará a la conformación de saberes con “objetos” particulares: la ciencia de la economía o ciencia económica, y la ciencia de la política o ciencia política. De allí a constituirse en disciplinas, en momentos en que los saberes sociales se disciplinan, se presentará como un paso normal.

Para comprender en su complejidad la unidad económico/política del capital y el proceso de ruptura de esa unidad es pertinente considerar la particularidad de la primera fase de la circulación, en donde se realiza la compra y venta de medios de producción y de fuerza de trabajo. Allí los portadores de capital y trabajo se presentan como sujetos libres, que de manera soberana llevan a cabo el proceso de intercambio. Por ello, dice Marx, el mercado, aparece como el reino de la libertad⁸. El obrero es dueño de su fuerza de trabajo y de manera libre, sin coacción *visible* ni *sujeción* a otros sujetos, se presenta a vender su mercancía, al igual que el burgués, quien también de manera libre llega al mercado con mercancía dinero, dispuesto a comprar fuerzas de trabajo.

En ese proceso de libre intercambio importa destacar el oscurecimiento de los procesos políticos que lo hacen posible, y que ponen de manifiesto la coacción y la ficción de libertad en que se encuentra el vendedor de fuerza de trabajo⁹. Primero, porque *él y su clase* han sido objeto de violencia en los procesos de *despojo y expropiación*

⁸ “La órbita de la circulación o del cambio de mercancías, dentro de cuyas fronteras se desarrolla la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, el verdadero *paraíso de los derechos del hombre*. Dentro de estos linderos, sólo reinan la *libertad*, la *igualdad*, la *propiedad*” (Marx, 1973, p. 128; itálicas en el original).

⁹ “El contrato por medio del cual (el obrero, JO) vendía se fuerza de trabajo al capitalista demostraba a ojos vistas [...] que disponía libremente de su persona. Cerrado el trato se descubre que el obrero no es “*ningún agente libre*”, que el momento en que se le deja *en libertad* para vender su fuerza de trabajo es precisamente el momento en que se ve *obligado* a venderla” (Marx, 1973, p. 240. Itálicas en el original).

de tierras y herramientas, quedando desnudos de medios de producción. Segundo, porque el monto de dinero percibido por la venta de su fuerza de trabajo, sólo le permite al trabajador su reproducción diaria. Esto implica que *necesariamente* deba presentarse un día con otro nuevamente en el mercado a vender su mercancía, ya que *de lo contrario es su propia existencia*, como ser vivo, *la que queda en entredicho*. Lo que tenemos entonces es una nueva coacción política impediendo en la “libertad” de los trabajadores y su cotidiana presencia en el mercado. Tercero, porque *el trabajador es expropiado de valor*, a lo menos del que excede al valor de su fuerza de trabajo, lo que implica explotación, y un *Estado de derecho (dominio) que hace posible dicha explotación*.

La fuerza de trabajo reposa en la corporeidad viva del trabajador, (músculos, cerebro, sistema nervioso, esqueleto, corazón, pulmones, etc.). No hay forma de separar a una del otro. Por tanto, cuando el trabajador vende su fuerza de trabajo, el capital no sólo se lleva aquella mercancía, sino también la corporeidad viva total del trabajador. Y todo lo que le suceda a esa fuerza de trabajo, trabajando, en términos de extenuantes jornadas, intenso trabajo, para no hablar de agotadoras horas de traslado de la vivienda al trabajo y viceversa, es al trabajador y a su cuerpo (y alma o espíritu) al que le sucede. Aquí radica el punto central del poder del capital sobre la vida, o *biopoder*. Y es por desconocer o relegar este proceso por lo que las formulaciones de Michel Foucault (1977, 2000 y 2006) y Giorgio Agamben (1998), en su radicalidad, terminan dejando de lado el proceso fundamental y generalizado que explica la capacidad del poder (del capital) sobre la vida, y de ponerla de manera permanente en entredicho en nuestro tiempo¹⁰.

Es la presencia de una *violencia institucional* (consagrada por leyes en un Estado de derecho), de una *coacción encubierta*, lo que explica que no tengan que presentarse policías a sacar de sus camas a los trabajadores a altas horas de la mañana, ni a golpearlos para

¹⁰ Para el desarrollo de estos problemas, véase Jaime Osorio (2012).

que se dirijan a los centros de transporte público y de allí a sus trabajos. Aquella *violencia* de despojo *ancestral*, a la cual se añade ahora la *violencia cotidiana* (expropiación diaria de plusvalía), los obligan a buscar un salario para sobrevivir. Este es el cuadro de la libertad del vendedor de fuerza de trabajo. Lo que se presenta como operaciones simplemente económicas son también operaciones políticas de sometimiento, violencia y coacción encubiertas.

Históricamente la ruptura entre economía y política toma forma en las últimas décadas del siglo XIX, con la llamada revolución marginalista. Para la economía política clásica, que cristaliza en la segunda mitad del siglo XVIII y primera del siglo XIX, la reflexión de la economía remitía de manera directa hacia las clases sociales y las formas de apropiación de la riqueza social. Así ocurría en el fisiócrata Francois Quesnay con su *Cuadro económico* (1758); en el primer libro, de los cinco que conforman *La riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith, o en David Ricardo, con su teoría de la distribución del ingreso en *Principios de Economía Política* (1817). Con el inglés William Stanley Jevons, el francés León Walras y el austríaco Anton Menger, antecedidos por el francés Antoine Augustin Cournot, la política explícita de la economía es definitivamente abandonada, para dar paso a una economía cada vez más circunscrita a asuntos de la circulación y del mercado, alejándose de los problemas de la producción y despolitizada en su apariencia, y que se plantea como sustento de cientificidad la sofisticación matemática y estadística (Meek, 1977) (Dobb, 1977).

La despolitización de la economía (que no es sino otra forma de operación política) tiene como uno de sus efectos abandonar la mirada sobre el conjunto de las fases del proceso económico para concentrar su atención en la circulación y particularmente en la segunda fase, allí en donde las mercancías valorizadas son lanzadas al mercado para su realización. Problema nada irrelevante para un capitalismo que hace crecer considerablemente la masa de valores de uso como resultado de las elevaciones de la productividad (y de la intensidad) y con ello propiciando la tendencia recurrente a las crisis.

Las condiciones de equilibrio entre oferta y demanda, competencia perfecta, precios, utilidad marginal, entre otros temas, pasarán a constituirse en temas privilegiados de la nueva ciencia económica y su mirada reduccionista.

No es ocioso señalar que como resultado del quiebre antes señalado en el seno de la economía (que implica el paso de la economía política a manos del marxismo) y frente al incremento de las luchas sociales que acompañan el paso del capitalismo manufacturero al industrial, resultado a su vez de la constitución de un proletariado cada vez más extenso y organizado, surge la necesidad de una nueva disciplina en las ciencias sociales, ahora la sociología, que se hará cargo de explicar los problemas sociales, pero desde una perspectiva donde prevalece impedir el desorden social (o la anomia), bajo la impronta empírico/positivista de analizar los hechos sociales como cosas, al decir de Durkheim, en manos de quien cristaliza la nueva disciplina (Marini, 1983 y Therborn, 1980).

La conformación de la economía y la política como disciplinas independientes, deja sin embargo a cada una bajo el espectro de las relaciones sociales que las constituyen, de explotación a una y de dominio a la otra. Esto implica un problema demasiado serio aún para el proceso del capital de revelar-ocultando. Por ello es necesario llevar a cabo una segunda ruptura, ahora en el seno de cada esfera, a fin de romper con las relaciones sociales que las constituyen.

Romper relaciones y asumir “cosas” como objeto de reflexión es una característica de los saberes que pone en marcha el mundo del capital (Pérez Soto, 2008). Este paso, relegar relaciones y asumir cosas, se encuentra en la base del *individualismo metodológico* que prevalece en las ciencias sociales. El individuo cumple con todas las exigencias de la ciencia empírica y experimental que caracteriza en lo fundamental a los saberes en la modernidad capitalista. Por ello no tiene nada de extraño que se le asuma como la unidad básica desde la cual los saberes actuales piensan los procesos de la sociedad.

Fracturadas las relaciones sociales y establecido el privilegio de las cosas como objeto de las ciencias, en la esfera económica *el*

mercado se conforma en la entidad fundamental de una economía ya no-política. Es allí en donde interactúan los individuos, llevando a cabo operaciones de compra y venta. Pero en el mercado tenemos además a individuos libres: nadie los coacciona, que no sean las razones del propio mercado, en sus procesos de intercambios. La ficción de un mundo de hombres libres gana posiciones en las rupturas que realiza el capital.

En la esfera política, autonomizada de la economía y abandonadas las relaciones sociales, suceden operaciones semejantes. En los relatos prevalecientes son individuos -que reclaman pasar del estado de naturaleza (allí donde el hombre es un lobo para los demás hombres) al estado político- los que establecen un contrato social y los que darán vida al Estado. Ninguno de ellos tiene la capacidad de imponerse sobre los otros. Por ello el Estado podrá erigirse en la autoridad de todos. La igualdad política de los que acuerdan es fundamental para sostener el imaginario de un Estado de todos. El relato contractualista juega así un papel central en la fetichización del capital en torno al imaginario de una sociedad de hombres iguales.

Con la constitución del ciudadano y más tarde con el sufragio universal aquel proceso alcanza una nueva vuelta de tuercas. Cada cabeza es un voto y un voto es igual a cualquier otro voto. La democracia *liberal* termina por consagrar la igualdad política de los individuos.

El doble proceso de fractura señalado —entre economía y política, inicialmente, y luego de las relaciones sociales que las constituyen— le permiten al valor que se valoriza (capital) reforzar la ficción-realidad de un mundo de hombres libres e iguales. Y que lo que acontece en una esfera no tiene relaciones con lo que sucede en la otra. En pocas palabras, la doble fractura permite que *la economía se manifieste como no-política*, para que a su vez *la política se manifieste como no-económica* (Ávalos y Hirsch, 2007). Esto implica asumir que nada de lo que acontece en la economía (y más particularmente en el mercado) es resultado de decisiones políticas (lo que sería muy grave). Y que nada de lo que acontece en la política es resultado de la acción de poderes económicos (lo que rompería la ficción de iguales).

En el plano económico, el capital no puede ocultar sin embargo que el mundo que construye está conformado por notables desigualdades sociales. La riqueza y la pobreza son visibles, como visible es su desigual reparto. El problema inicial será *naturalizar* estos procesos. En pocas palabras, presentar que no existen relaciones sociales que los generan. Así se dirá que el mercado, en tanto mecanismo neutro socialmente, se encarga de distribuir la riqueza a través de criterios puramente técnicos, en función de las diferencias en materia de esfuerzo, talento y capacidades de los individuos. De este modo la desigualdad social imperante en la esfera económica se presenta como no-política: no hay nada de dominio y de poder —en tanto relaciones entre agrupamientos clasistas—, sino sólo operaciones técnicas, las presentes en la generación de riqueza y pobreza en el capitalismo. Las responsabilidades por la presencia de una y de otra reposan a su vez en razones puramente individuales: cada individuo, según sus esfuerzos, capacidades y talentos, es el dueño de su suerte social.

La desigualdad social no sólo es un resultado puramente técnico para el relato del capital. Constituye, además —para ese relato— un gran motor en el desarrollo de la sociedad. Aquellos individuos que perciben menores proporciones de la riqueza social —y teniendo a la vista la riqueza y el bienestar de otros—, se verán impulsados a realizar mayores esfuerzos y a buscar mejores capacitaciones con el fin de acceder a escalones superiores de bienestar. De esta forma las acciones individuales en favor del ascenso social traen consigo mejoras para la sociedad en su conjunto.

Las preguntas clásicas de la economía: ¿qué se produce? ¿cómo se produce? ¿Para quién (es) se produce?, ponen de manifiesto que en momentos históricos determinados son los proyectos de determinados capitales los que prevalecen y organizan la vida en común. Porque cuando decimos capital, en el fondo decimos muchos capitales, inscritos unos en la producción, otros en la circulación, terceros en la banca y las finanzas, y además de tamaños y peso diferenciado y, lo más relevante, orientados a mercados sociales distintos. No es lo mismo valorizar el capital produciendo automóviles, que produciendo

pan. En otras palabras, no existe un proyecto de reproducción que permita a todos los capitales resolver sus necesidades por igual. El capitalismo es un sistema de competencia entre capitales y son algunos -en momentos históricos determinados- los que logran sacar adelante sus proyectos, en desmedro de los intereses de otros capitales. Esto se expresa a su vez hacia los sectores dominados, donde los proyectos del capital tienen consecuencias diferenciadas en sus condiciones de existencia¹¹.

El hecho que sean determinados proyectos del capital los que prevalezcan en momentos determinados (que significa decir: los intereses de determinadas clases, fracciones o sectores dominantes son los que prevalecen) nos traslada de manera inmediata al terreno de la política y del Estado. Quiere decir que los proyectos de determinadas clases, fracciones y sectores dominantes se han hecho hegemónicos y que en ese proceso han subordinado a otros proyectos de agrupamientos dominantes que, con mayor o menor fuerza, ventajas y desventajas, se articularán en torno a los proyectos hegemónicos, dando forma a una articulación particular del *bloque en el poder*. Con ello nos acercamos a responder uno de los interrogantes claves del análisis político: ¿quién(es) detentan el poder?¹² Desde esta perspectiva, la noción de *hegemonía* asume necesariamente una connotación económica/política, expresando dimensiones diferenciadas de la unidad del capital.

Que la política aparezca como no-económica es una dimensión fundamental para mantener el imaginario de una sociedad en donde la política, esto es, la capacidad de los sujetos de decidir sobre el curso de la vida en común es un asunto de todos en condiciones de igualdad política. Este imaginario se rompería si las desigualdades sociales imperantes en la economía se expresaran sin mediaciones como fuerza diferenciada en lo político, con lo que la mayor riqueza

¹¹ Los problemas anteriores remiten a la noción Patrón de reproducción del capital. Para su tratamiento véase Jaime Osorio (2004).

¹² El otro interrogante clave es: ¿cómo se ejerce el poder? Véase Jaime Osorio (2004b).

de algunos se manifestaría como mayor poder político. Todas las fracturas que realiza el capital en su despliegue impiden que se erijan esos puentes y se establezcan esas ecuaciones.

El sufragio universal apunta a resanar las fisuras que tienden de manera permanente a producirse en esa realidad. Cada cabeza es un voto y sólo un voto. Por tanto, a la hora de decidir sobre los asuntos de la vida en común, el dueño de *Teléfonos de México (Telmex)*, Carlos Slim¹³, sólo deposita un voto y con ello el grado de decisión proporcional correspondiente, igual que acontece con el voto que deposita el portero de aquella empresa. Al final, uno y otro sólo dispusieron de un átomo de poder en la decisión general. El recuento final mostrará la correspondencia entre votos y ciudadanos participantes. Y para disipar dudas se pueden poner urnas transparentes en donde vía medios electrónicos todos pueden ser testigos que Carlos Slim sólo introduce una papeleta en la urna, igual que cualquier otro ciudadano.

En una esfera política así conformada se construye además la ficción que en las elecciones fundamentales (las presidenciales en un régimen presidencial, las parlamentarias en un régimen parlamentario) se encuentra en juego todo o casi todo, salvo la democracia misma. En definitiva, que es el curso y la organización de la vida en común lo que se pone en disputa cuando se elige a las máximas autoridades. Con ello se fortalece a su vez la ficción del poder de los ciudadanos: *los ciudadanos, en este relato, no pueden ser sino sujetos empoderados*¹⁴.

En los hechos los ciudadanos eligen en un campo de juego que ha sido previamente delimitado y en donde las opciones a elegir han sido filtradas por las reglas y procedimientos inscritas en aquella delimitación. El Estado de derecho imperante expresa los límites del campo de juego y las reglas al interior de ese campo a las que deben

¹³ Uno de los hombres más rico del mundo de acuerdo con las clasificaciones de revistas como *Forbes*.

¹⁴ Pero empoderados bajo formas (de violencia) institucional establecidas. De allí el temor y la sorpresa cuando los ciudadanos expresan su poder en las calles, por ejemplo, y además no de manera atomizada, sino bajo formas supra-individuales.

someterse los jugadores-ciudadanos y sus órganos de representación, los partidos políticos. De esta forma, en tales procesos, sólo se encuentra en juego lo que aquellas delimitaciones permiten. Ello explica el enorme peso que alcanzan las exigencias a los contendientes sobre el respeto al Estado de derecho.

Destacar lo anterior permite poner de manifiesto que todo Estado de derecho expresa el poder de clases que subyace en —y que establece— un orden social, *previo a cualquier elección*. Por tanto, tiene sentido que el dueño de *Telmex* y el portero de dicha empresa depositen cada uno solo un voto. En los hechos Carlos Slim y *todos sus iguales* ya han votado (o más claro, decidido) de manera previa, estableciendo las fronteras de lo legal y lo ilegal, de lo posible y lo imposible, del juego, del campo de juego y de sus reglas. Y son esas decisiones previas, en tanto poder constituido, las que organizan el curso de la vida en común y, por supuesto, también las elecciones. Por ello, tendencialmente, quienes expresan ese poder siempre ganan en las elecciones, cualquiera sea el resultado. Y el voto de los porteros y sus iguales contará como la cuenta de los que no-cuentan al decir de Jacques Rancière (1996). Por eso, cualquiera sea el resultado, tendencialmente siempre pierden.

En las *elecciones* de la democracia liberal no está puesto en juego el *poder político* del Estado. No se convoca para dirimir si la vida en común la organizaremos en torno a la propiedad común o en torno a la propiedad privada de los medios de producción. En las elecciones sólo se dirime qué fuerzas políticas y/o personeros asumirán los principales cargos del aparato de Estado, es decir, quienes encabezarán las instituciones en donde se *administra* el poder político, no quienes *detentan* el poder político. Ese aparato de Estado no está para servir a intereses sociales cualesquiera, ya que constituye la cosificación de las relaciones de poder del Estado. Por ello aún si se diese el caso de que fuerzas y personeros anti-capitalistas ganarán en elecciones y alcancen las cúspides del aparato, éste operará como un verdadero pantano político en donde aquellas fuerzas y personeros,

mientras más se muevan en sus límites, más terminarán hundiéndose y desvirtuándose sus proyectos.

Dentro del marco de las relaciones sociales existentes, con el arribo de una clase reinante con proyectos distintos a los prevalecientes e incluso encontrados u opuestos, se pueden producir modificaciones en las relaciones de fuerza entre las clases dominantes y las clases dominadas, sin que se altere el fundamento del poder y del dominio. También se pueden producir modificaciones en el seno del bloque en el poder y en el campo de las relaciones de fuerza entre el bloque de las clases dominadas.

La eficacia de estos procedimientos se puede medir por el enorme número de elecciones realizadas a lo ancho del planeta, y en cada sociedad, en un periodo que cubre casi un siglo desde que se estableció el sufragio universal, bajo las reglas de la democracia liberal, y los pobres resultados alcanzados en materia de transformaciones políticas para el mundo de los dominados.

Sólo asumiéndose como negación de lo alcanzado, y por tanto como paso posible, pero transitorio y rupturista, incluso con lo alcanzado, en la ruta de la destrucción de las relaciones sociales imperantes, es que aquellos triunfos electorales podrán revestirse de nuevas potencialidades rupturistas. Instalarse en el aparato y suponer que desde allí pueden llevarse a cabo las transformaciones sociales es quedar atrapado en la telaraña fetichista construida por el poder político imperante, que terminará de entrapar y desgastar a los que se suponían triunfadores.

La promulgación de leyes en favor de los explotados y dominados por gobiernos populares insertos en el aparato de Estado burgués es algo bueno. Pero ello no puede hacernos perder de vista que esas leyes se inscriben en un Estado de derecho que como unidad protege y defiende los intereses de las clases dominantes que lo establecieron y promulgaron y que crearon un poder para sostenerlo. También por ello promulgar un nuevo Estado de derecho o una nueva Constitución, sin crear el poder de los dominados para imponerlo y defenderlo, no deja de ser una operación bien intencionada, pero condenada

al fracaso. Y en esta materia los fracasos tienen duros costos humanos y políticos y son de larga duración.

Discutir sobre las acciones políticas de gobiernos populares no significa desconocer su significación, aún para proyectos que se plantean transformar y revolucionar el orden social existente. Simplemente se trata de establecer sus límites y romper con el fetichismo que lleva a hacer creer que instalándose en el aparato de Estado es posible no sólo someter al capital, sino incluso construir un mundo ajeno al mismo. El Estado burgués y el aparato de ese Estado no son el lugar para una ni para otra cosa. Sólo desde una política que busque ganar y acumular fuerzas para destruir las relaciones sociales imperantes tendrá sentido ocupar posiciones en el aparato de Estado, de manera transitoria, si ello es posible. Pero desde esta perspectiva, pronto se hará presente la necesidad de romper y negar aquello que se ha ganado, porque su carga y su condición de obstáculo para acumular fuerzas será cada día mayor y mayor el desgaste de los sectores populares.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

Ávalos, Gerardo y Hirsch, Joachim (2007). *La política del capital*. México: UAM-Xochimilco.

Dobb, Maurice (1977). La tendencia de la economía moderna. En Emery Hunt y Jesse Schwartz (comp.). *Crítica de la teoría económica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michael (1977). *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de poder*. México: Siglo XXI.

Foucault, Michael (2000). *Defender la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michael (2006). *Seguridad, territorio y población*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marini, Ruy Mauro (1983). Razón y sinrazón de la sociología marxista. En Sergio Bagú, et al., *Teoría marxista de las clases sociales*. México: UAM-Iztapalapa.

Marx, Carlos (1973). *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos (1980). *Teoría sobre la plusvalía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Osorio, Jaime (2004). *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.

Osorio, Jaime (2004b). *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. México: Porrúa/Universidad Autónoma de Zacatecas.

Osorio, Jaime (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. Barcelona: Anthropos/UAM Xochimilco.

Meek, Ronald (1977). La revolución marginal y sus consecuencias. En Emery Hunt (comp.), *Crítica de la teoría económica*. México: Fondo de Cultura Económica

Pérez Soto, Carlos (2008). *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*. México: Ítaca.

Ranciére, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Therborn, Goran (1980). *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y el materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

Capítulo 6 | La coyuntura como nivel político por excelencia

“Nosotros veníamos acumulando fuerzas, acumulando para una cosa superior, pero no se puede acumular fuerza fuera de las coyunturas, porque entonces nunca se acumula”
Humberto Ortega.

“No basta con ser revolucionario o partidario del socialismo o comunista en general. Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros no son tan simples ni tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por el hierro.”
Vladimir Ilich Lenin.

En el marxismo los niveles de análisis refieren a los diversos grados de abstracción y de concreción que reclama la explicación de la realidad social, en la perspectiva de hacer posible la intervención humana en su transformación.

Esta intervención es particularmente relevante en las revoluciones contra el capital, en donde por primera vez en la historia las acciones humanas orientadas en tal o cual dirección tienen incidencia en favorecer la transformación política y en definir el mundo que

sigue. Esto hace posible que ahora, con toda propiedad, se pueda hablar de que los humanos *hacemos* la historia, en un sentido fuerte.

La coyuntura como nivel político por excelencia

Todos los niveles de análisis refieren a niveles diferenciados de abstracción y concreción. La coyuntura es el nivel de análisis más concreto, primero por las múltiples determinaciones que intervienen en su definición y sentido. Pero quizá, mucho más relevante, es el que, en tanto mayor concreción, la coyuntura es el nivel síntesis de todos los niveles que le preceden, y ello significa que es en este nivel en donde la potencia de fuerza humana transformadora consciente alcanza su mayor expresión.

De esta forma *la coyuntura es el nivel político por excelencia*. Es en la coyuntura en donde todas las contradicciones y crisis inherentes al capital, -y que se han podido y debido analizar en los otros niveles de análisis-, alcanzan expresión y sentido. La revolución contra el capital es posible y necesaria, pero ello reclama la acción consciente de los explotados, oprimidos y dominados. Sólo en la coyuntura aquellas crisis y aquellas contradicciones son factibles de intervención y de convertirlas en procesos de acumulación de fuerza. Fuera de la coyuntura se pueden explicar. *En la coyuntura la teoría se hace praxis y la praxis teoría en acción, fundiéndose en una unidad con potencia de transformación radical del orden imperante.*

Es relevante señalar que las sociedades atraviesan por múltiples momentos y temporalidades que pueden ser objeto de estudio de coyuntura. Pero es relevante señalar también que las sociedades generan temporalidades en donde la ebullición social crece y la movilización y organización de los dominados y oprimidos se multiplica, como también puede ocurrir en el terreno social de la dominadores y opresores. Estos son tiempos en que todo se impregna del aroma de la transformación y de la potencial revolución.

Estas son en general las coyunturas que ganan la atención de investigadores y militantes y organizaciones. Y procesos y acciones antes irrelevantes asumen ahora significaciones, incrementando el campo de determinaciones a las cuales prestar atención. Desde la base de la sociedad hasta la escena política, clases, movimientos, organizaciones, partidos, autoridades y discursos se revisten de nuevos ropajes, convocados todos por los tiempos de las grandes transformaciones políticas.

En el seno de cada nivel de análisis se hacen presente tiempos particulares. El tiempo de capitalismo como modo de producción; las temporalidades del sistema mundial capitalista y la periodicidad que pueden presentar los procesos que lo caracterizan; la periodicidad de los patrones de reproducción, su surgimiento, auge, madurez y decadencia.

En este sentido el análisis de coyuntura también puede y debe establecer tiempos y periodicidades, como la emergencia, auge, madurez y declinación de una coyuntura determinada. Pero lo que importan destacar es que no es la periodicidad o el tiempo el que define el estudio de coyuntura, sino su nivel de concreción. En ese estudio se presentan coyunturas definidas y caracterizadas por muy diversas razones. Pero terminada tal o cual coyuntura no significa que el estudio de coyuntura deje de tener sentido. Lo que dejó de tener sentido es la coyuntura particular detectada en torno a tales y cuáles procesos.

Esto significa que el estudio de coyuntura puede y debe ser una tarea regular y permanente. Lo relevantes es que lo regular y permanente no impida detectar la novedad y su desenvolvimiento, perdidos por la rutina. Y detectar la significación de la novedad y de su desenvolvimiento reclama un sustrato teórico-político. A contrapelo de cierta idea que se ha convertido en sentido común, el estudio de coyuntura no es el más simple o el más accesible. Reclama, por el contrario, una complejidad y un fondo en donde se deben integrar los saberes de los niveles más abstractos.

La coyuntura y el estudio de los cambios en la correlación de fuerzas

Aquí pondremos atención al estudio de coyunturas en donde la conflictividad social se incrementa; donde la ebullición social se eleva y en donde las perspectivas de transformación parcial o total de la organización política dan señales de aflorar o bien se hacen manifiestas.

El elemento distintivo del estudio de coyuntura es precisar la correlación de fuerzas entre las clases sociales, con mediaciones de naciones y Estados a nivel del sistema mundial, o de regiones y subregiones, y más directamente en una formación económico-social.

La correlación de fuerzas en esas coyunturas es una síntesis de diversos procesos de relación-confrontación entre las clases sociales fundamentales, y en donde intervienen otras clases y agrupamientos, que permiten a las clases dominantes sostener su dominio o bien para las clases dominadas generar condiciones para trastocar esa situación y poner fin a dicho dominio. En este proceso se articulan dinámicas que pueden caminar a espaldas de las clases, y otras que sólo pueden madurar y alcanzar sus objetivos con clara consciencia de las clases y sus organizaciones.

A nivel de *coyunturas potencialmente revolucionarias* las clases sociales se nos presentan como *fuerzas sociales*, capaces de acelerar o retardar procesos, reducir los espacios de acción de las clases rivales o ampliar esos espacios para actuar y proseguir la lucha.

Serán los cambios en esas correlaciones de fuerza, que alcanzan expresión en diversos terrenos de la vida societal, los que definirán tareas y prioridades en la lucha de clases. Esta no es por tanto una dinámica que se desarrolla de manera autónoma a la organización y disposición de las clases. Tampoco es un proceso con movimientos y temporalidades siempre homogéneas. Es la heterogeneidad de los movimientos, temporalidades y tareas, por el contrario, lo que caracteriza la lucha de clases en estos tiempos.

Por lo general, aunque no de manera inmediata, los cambios en las correlaciones de fuerzas entre las clases sociales antagónicas implican cambios y modificaciones en el Estado y en el sistema de dominación, propiciando la gestación de nuevas formas de gobierno, y/o de nuevas alianzas políticas en el aparato de Estado.

Los cambios en la correlación de fuerzas pueden abrir nuevas dinámicas en la lucha de clases, favorable a las clases dominantes o bien a las clases dominadas. En momentos de esta naturaleza, y en particular cuando la alteración en la correlación de fuerzas es favorable a las clases dominadas, los estudios de coyuntura pueden realizarse con intervalos muchos más reducidos, pudiendo llegar, en casos de agudización de este proceso, a informes diarios. Esto tiene una razón: es en estos tiempos cuando los procesos aceleran sus ritmos y operan rupturas y saltos. Por lo que el análisis, si quiere seguir el pulso de lo que acontece, debe también acelerarse.

El inicio de una coyuntura que altere de manera significativa la correlación de fuerza entre las clases puede producirse como parte de una suerte de acumulación de fuerzas, la que tendencialmente nunca será una acumulación homogénea, sin modificaciones que impliquen necesariamente rupturas y saltos. Pero pueden producirse acontecimientos, algún hecho inesperado, resultado de un agudo agravio, como el alza desmesurada en algún producto de consumo básico o el asesinato de un líder popular, que encienda la chispa que termine haciendo arder la pradera.

En los procesos de transformación operan determinaciones, procesos con sus contradicciones que nos indican que el cambio es posible y que tales o cuales procesos lo favorecen y tales o cuales lo obstaculizan. Pero en esos procesos no existe determinismo, es decir, que no se puede fijar día y hora en que la conjugación de contradicciones que impulsan los cambios sociales terminará por prevalecer.

El análisis de coyuntura nos puede ayudar a establecer aproximaciones para calibrar la temperatura social, pero nunca certezas absolutas. Por ello en los procesos revolucionarios cada hito en su

desenvolvimiento se constituye en un salto a lo inesperado. De ello no escapan ni los momentos definitorios.

Variables y procesos relevantes en el estudio de la coyuntura¹⁵

Cuadro de fuerzas a nivel internacional

Cualquier estudio de coyuntura en una formación económico-social debe contar con una apreciación del estado de fuerzas que se presenta en el plano internacional, no para paralizar a las fuerzas revolucionarias, sino para de manera anticipada tener en consideración los potenciales procesos de contrarrevolución que se pondrán en marcha o serán alentado por otros Estados y capitales foráneos e incluso organismos internacionales. Así como de potenciales aliados exteriores.

- Principales indicadores del curso de la economía mundial y de algunas economías con peso económico y geopolítico en el sistema mundial (Estados Unidos, Alemania, Japón, China, Rusia, por ejemplo).
- Principales disputas interimperialistas y de bloques regionales.
- El curso reciente de la economía latinoamericana y de algunas economías de mayor peso específico (Brasil, México, Argentina, por ejemplo).

¹⁵ Se ha tendido a privilegiar aquellos elementos de mayor significación en coyunturas con cambios relevantes en la correlación de fuerzas favorables a las clases dominadas.

- Disputas políticas y económicas entre Estados regionales; acuerdos políticos y económicos, etcétera.
- El momento económico de la formación económico-social en que se realiza el estudio de coyuntura: expansión, estancamiento, recesión; los precios internacionales de los bienes exportados; endeudamiento con el exterior; pagos de la deuda; niveles de deterioro de salarios; inflación; incremento del desempleo y del subempleo; pobreza; concentración de los ingresos, etc.
- Las acciones políticas internacionales en las que se encuentran operando los Estados de las economías imperialistas y los regionales de mayor peso relativo. Guerras comerciales; intervenciones en otros Estados; conformación de bloques en defensa de las políticas del capital; avance de proyectos de integración regional progresistas, etc.
- Las acciones políticas que llevan a cabo los organismos internacionales. Por ejemplo, el nuevo papel proimperialista que lleva a cabo la Organización de Estados Americanos (OEA) en la región. Presiones del Fondo Monetario Internacional sobre pagos o políticas a poner en marcha.

En el seno de las clases dominantes y el sistema de dominación

- Fracturas y grados de dichas fracturas en el seno del bloque en el poder
- Debilitamiento de la hegemonía
- Pérdida de iniciativa en la lucha de clases

- Desorganización o debilitamiento de las organizaciones de clase existentes, sean partidos políticos, gremios, etcétera.
- Crisis de representación y crisis orgánica
- Fracturas entre poderes del Estado
- Pérdida de legitimidad del mando político y/o debilitamiento de este
- Cambios en la forma de gobierno y en el sistema de dominación

En el seno de las clases dominadas

- Composición social del proletariado: activo, semiactivo, inactivo; sectores principales, sectores más dinámicos
- Nivel de organización y tipos de organización del proletariado, campesinado y otras clases y sectores dominados y potenciales aliados
- Presencia y grado de generalización de acciones espontáneas excepcionales
- Grado de iniciativa política en la lucha y predominio de la iniciativa política
- Sectores de las clases dominadas y de otros agrupamientos en movilización

- Nivel y grado de las movilizaciones
- Fuerza social alcanzada
- Demandas planteadas
- Triunfos políticos y derrotas. Grado de los triunfos y grados de las derrotas
- Estado de ánimo y disposición de lucha de las clases fundamentales y potenciales aliadas.
- Alianzas entre representaciones políticas, sindicales o sociales.

Periodización de la coyuntura

Al igual que todo proceso, la coyuntura en tanto síntesis de la correlación de fuerzas entre las clases, puede y debe ser periodizada, es decir, establecer variables y criterios que nos permitan calibrar la significación de los cambios en la correlación de fuerzas.

Sin olvidar la necesidad de contar con una perspectiva de la lucha de clases a nivel internacional, considerando las principales economías imperialistas y las principales economías regionales, así como las acciones que llevan a cabo en el plano internacional y regional, aquí nos detendremos en algunas variables y elementos referidos a la formación social que es objeto de análisis en tiempos de agudización de la conflictividad social, que puede preanunciar tiempos de cambios y de convulsión social, y potencialmente de tiempos de revolución.

A nivel del Estado y el poder político y del aparato de Estado importa atender a los grados de legitimidad o ausencia de esta; a las fracturas o cohesiones que los diversos poderes del Estado presentan;

a la pérdida de iniciativa de las autoridades; a movimientos de mandos, cohesión o disgregación que se presenten en el seno de las Fuerzas Armadas y policía, etcétera.

A las disputas y debates en la escena política, entre partidos, organizaciones empresariales, organizaciones civiles (o de la llamada sociedad civil); a la pérdida de convocatoria y de dirección; a los discursos y acciones que convocan, etc.

Al grado de ebullición presente en las instituciones de la sociedad civil: escuelas, iglesias, medios de comunicación; al peso de las posiciones transformadoras; a las acciones convocadas; al grado de convocatoria, etcétera.

A nivel del bloque dominante, importa el grado de cohesión o de disputas y fracturas entre fracciones y sectores; al grado de iniciativa y de respuestas; a las acciones realizadas, como marchas, concentraciones; a las demandas y banderas que se levantan; a los grados de fuerza y de convocatoria que esas acciones expresan; a la emergencia de cuerpos y organizaciones paramilitares; a las acciones que llevan a cabo; el peso de la lucha legal y de la lucha ilegal, etcétera.

En el seno del bloque dominado se deben considerar los grados de organización de las clases y sectores aliados; la integración y acuerpamiento alcanzados; sectores sociales movilizados; acciones que emprenden, legales e ilegales; tipo de demandas reclamadas; estado de ánimo y disposición de lucha; quiénes llevan la iniciativa y quiénes se encuentran menos dinámicos; alianzas con otros sectores sociales (nuevas franjas obreras, campesinos, pobladores, franjas pequeño burguesas asalariadas, pobres de la ciudad y del campo); alianzas con representaciones políticas, sindicales o sociales; extensión de los conflictos o conflictos limitados; reflujos y perdurabilidad, entre otros.

La relevancia, la persistencia y difusión de algunas de estas variables y su extensión nos puede otorgar criterios para definir la coyuntura y la correlación de fuerzas. Ello da pie para definir tareas tácticas con el fin de acumular mayores fuerzas y definir tareas para

sostener la iniciativa, pudiendo llegar a tiempos en que la lucha táctica se vaya fundiendo con los objetivos estratégicos.

De esta forma podremos caracterizar periodos de la lucha de clases, que en niveles avanzados pueden ser prerrevolucionarios, allí cuando el bloque dominante no puede seguir dominando como lo venía haciendo y debe hacer concesiones; o bien revolucionarios, donde el bloque dominado tiene la iniciativa y debe llevar a cabo acciones con el fin de romper con las relaciones de poder y de dominio, y superar las últimas defensas a las que pueden asirse los sectores dominantes.

Estos son momento en que la lucha de clases tiende a tomar la forma de una verdadera guerra civil. Nada impide, sin embargo, que en momentos de esta naturaleza la fuerza y espacio ganado por el bloque dominado se pierda, por dudas, falta de decisiones, o por decisiones inadecuadas. Ello puede dar paso a la recuperación de fuerzas de los dominantes no derrotados y se dé inicio a la apertura de una nueva coyuntura marcada por un periodo contrarrevolucionario.

Temas relevantes en el estudio de coyuntura

Las crisis económicas capitalistas

El capitalismo es una organización de la vida en común que la propia lógica que le permite avanzar y reproducirse, genera condiciones para que se produzcan profundas y recurrentes crisis económicas.

El afán de acrecentar la apropiación de valor mueve a los capitales, particularmente en el capitalismo desarrollado, a invertir cada vez más en nuevas máquinas, equipos y tecnologías, capital constante, elevando la composición orgánica de capital en desmedro de los gastos que realiza en capital variable, todo ello con el fin de acelerar la productividad y desde allí obtener ganancias extraordinarias en la

competencia con otros capitales, al producir mercancías en tiempo de trabajo social necesario por debajo del promedio.

El resto de los capitales rezagados tenderán a su vez a elevar las composiciones orgánicas (gastos relativos superiores en capital constante en desmedro del gasto en capital variable), a fin de no quedar fuera de juego en la competencia.

Todo va bien hasta el punto en que el plusvalor generado tiende a reducir de manera drástica su proporción en relación con el capital total puesto en movimiento para su gestación, proceso que se conoce como caída de la tasa de ganancia.

En estas condiciones, que generalmente van asociadas a la producción de cada vez mayores mercancías, por la elevada productividad, lanza a los capitales al abismo, porque sólo verán que están produciendo más del que socialmente es adecuado cuando sus productos no se vendan, es decir en el mercado, propiciando crisis de realización (o de no venta de las mercancías).

Ello tiende a producir pérdidas sustantivas y la detención de procesos productivos, lo que provoca crisis en cascada. Considérese que esto acontece en la industria automotriz, que no puede vender parte importante de la producción. De inmediato paraliza pedidos de los múltiples componentes que intervienen en la producción de automóviles, lo que genera sobreproducción a su vez en esas industrias, y así hacia atrás.

Pero, además, la caída de la tasa de ganancia provoca que muchos capitales dejen de invertir porque es demasiado el capital total puesto en riesgo para ganancias relativamente reducidas, y prefieren ser lanzados a otras actividades, sea de operaciones financieras como la adquisición de inversiones de deuda, de apuestas por precios a futuro de materias primas, etc.

Todo ello provoca derrumbes económicos y pérdidas enormes, propiciando caídas de la producción, del consumo, (entre otros, por el desempleo propiciado por empresas en quiebra), y de la actividad económica en general.

Dependiendo en qué momento del ciclo de reproducción del capital sorprenden las crisis a los capitales es que se hablará de crisis de realización o crisis de sobreacumulación.

Cuando estos procesos tienen lugar en ramas y sectores claves de las economías sus efectos son devastadores, alentando el cierre masivo de empresas, recesiones, derrumbes de las exportaciones e importaciones en el comercio internacional, incrementos sustantivos del desempleo, drásticas caídas de los salarios, elevación de la pobreza, incremento del hambre, y una desorganización general de la sociedad, tanto mayor mientras más profunda y más se extienda la duración de la crisis.

Nada de esto ocurre porque el capital haya operado mal. Todo es resultado de la propia lógica que lo rige, lo que hace que las crisis económicas en el capitalismo sean inevitables.

Los periodos de crisis abren las puertas para que las sociedades también sufran convulsiones sociales y políticas. Pero ninguna crisis económica provocará el derrumbe del capitalismo. Este sólo puede ser resultado de la acción política de clases sociales y sectores oprimidos. Las crisis económicas, por muy graves que sean, no nos eximen de la responsabilidad de revolucionar y liquidar al capitalismo y sus relaciones políticas y económicas.

Las clases sociales en el capitalismo

Desde una perspectiva general, se puede señalar que las clases sociales son grandes agrupamientos humanos que en un momento histórico particular se diferencian entre sí por las relaciones de propiedad o no propiedad que mantienen con los medios de producción u otras entidades que permiten apropiación de trabajo ajeno; por la forma cómo se apropian de la riqueza social; por su lugar en la división social del trabajo; por el control o no control de los procesos de trabajo y de mando o no en el sistema de dominio prevaleciente, y por contar o no con voluntad histórica de cambio y de transformación social.

Si desglosamos para el capitalismo cada uno de los puntos anteriores tenemos:

- Relaciones de propiedad o no propiedad de los medios de producción (tierras, máquinas, herramientas, locales o galpones, servicios de comunicación, etc.), de otras entidades que en un sentido amplio favorecen la producción y realización del plusvalor¹⁶ (como bancos y comercios), y de otras que permiten la apropiación de trabajo ajeno (sitios para descanso, recreación, juegos, etc.): Aquí aparece una primera gran división de agrupamientos humanos: los que son propietarios y los que no son propietarios de esos medios y de esas entidades. Ya veremos que no es lo mismo poseer máquinas, que poseer seguetas o martillos. O hectáreas de tierras, a una parcela o un reducido pedazo de tierra para obtener algunos productos.
- Formas de apropiación de la riqueza social: Podemos distinguir agrupamientos humanos que se apropian de plusvalía, definida como un valor producido por otros y que termina tomando la forma de dinero; renta del suelo, resultado de la propiedad de grandes tierras que se rentan para que otros la hagan producir; apropiación mercantil simple, agrupamientos humanos que tienen herramientas o algún pedazo de tierras, y que con ellos laboran y producen lo fundamental para reproducirse con sus familias y para renovar las herramientas y otros productos (maderas, soldaduras, pintura, etc.) para llevar a cabo sus labores; salario, agrupamientos que sólo disponen de sus capacidades físicas y

¹⁶ Aquí puede ser útil la distinción entre trabajo productivo, que considera todas las actividades que permiten que la plusvalía se genere y realice, desde bancos que reúnen dinero para prestarlo a la burguesía (y demás clases sociales), o comercios, que permiten que las mercancías se vendan y se realice la plusvalía, y trabajo improductivo, que no interviene ni directa ni indirectamente en la generación del plusvalor. Véase de Karl Marx (1971).

espirituales para trabajar y que las venden para percibir dinero/salario.

- Lugar en la división social del trabajo: Aquí tendremos agrupamientos humanos que llevan a cabo trabajo intelectual, y agrupamientos humanos que llevan a cabo de manera principal trabajo manual.
- Control o no control de los procesos de trabajo y de mando o no en el sistema de dominio prevaleciente: En los procesos de producción hay puestos de control de la producción, sea vista en sentido general o en segmentos parciales. También hay puestos de trabajo que no cuentan con control alguno de la producción. Esta situación en general está marcada por capacitación de la fuerza de trabajo y los niveles de estudio.
- Mando o no en el sistema de dominio imperante. En las instituciones que conforman el aparato de Estado, como secretarías de Estado, ministerios, banco central, bancos de desarrollo, fuerzas armadas, etc., hay puestos de mando y puestos donde prevalece simplemente el recibir órdenes y obedecer. Y estos puestos tiene grados jerarquizados, en donde en algunos prevalece el mando y en otros la obediencia, pero también otros en que existe una mezcla de mando y de obediencia, como ocurre en los cargos intermedios.
- Voluntad histórica de transformación.

No todos los agrupamientos humanos llamados clases sociales disponen de condiciones reales, que surgen por su lugar en el conjunto de las relaciones sociales, para impulsar la transformación de la sociedad. Algunos no sólo no son favorables a dichas transformaciones,

sino que serán los que con mayor fuerza se opondrán. Otros pueden actuar a favor, pero dependerá de condiciones particulares para que así ocurra.

A la luz de estos elementos podemos distinguir en el capitalismo cinco grandes agrupamientos humanos o clases sociales.

Tabla 1

	Burgués	Terrate- niente	Proleta- riado	Campesino	Pequeño burgués*
Propiedad o no de medios de producción	sí	sí	no	sí	sí/no
Forma de apropiación de la riqueza	plusvalía	renta	salario	apropiación mercantil	salario/apropiación mercantil
Lugar en división social del trabajo	intelectual	intelectual	manual	ambos	ambos
Control o no control	sí	no	no	sí	sí/no
Mando o no del sistema de dominio	sí	sí	no	no	sí/no
Voluntad histórica	no	no	sí	no/sí	no/sí

*Explicaremos con mayor detalle las ambigüedades en esta clase social cuando veamos las fracciones de clase.

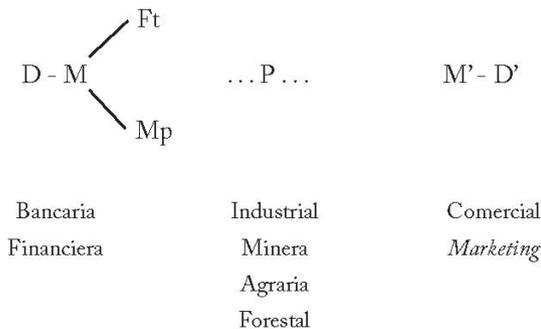
Las fracciones de clase

Las clases sociales en un cierto sentido son agrupamientos homogéneos. Por ejemplo, la burguesía puesta enfrente del proletariado, opera como un cuerpo social que se apodera y vive de plusvalía. Sin embargo, al interior de la misma y consigo misma presenta diferencias nada irrelevantes, por ejemplo, en función del reparto de dicha plusvalía.

Procesos de otra naturaleza propician también que la homogeneidad de las clases genere heterogeneidades.

Diremos que las fracciones de clase emergen como resultado del lugar diferenciado que estos sub-agrupamientos humanos ocupan en el ciclo de reproducción del capital, papel en la división social del trabajo, control o no de los procesos de trabajo y en los grados de mando u obediencia en el sistema de dominación.

Así, en el campo de la burguesía podemos distinguir fracciones tales como:



Como contraparte a estos sub-agrupamientos de la burguesía se presentan, por las mismas razones, los sub-agrupamientos o fracciones del proletariado¹⁷.

¹⁷ Las subdivisiones en el seno del proletariado las veremos en el subpunto referido a la lucha de clases en el capitalismo.

La pequeña burguesía y sus fracciones

En el caso de la pequeña burguesía se nos presentan una mayor cantidad de problemas para precisar la clase como tal y sus fracciones.

Comencemos señalando que en la pequeña burguesía se agrupa una fracción propietaria de medios de producción y una que vive de salarios.

En la fracción propietaria de la pequeña burguesía se agrupan todos aquellos sectores que realizan actividades empleando sus propias máquinas y herramientas y sin emplear fuerza de trabajo ajena a los propios brazos de los propietarios y a lo sumo de algún familiar (esposo, esposa, hijos, etc.). Aquí tenemos a artesanos que fabrican sillas, mesas, plomeros, herreros, alfareros, trabajan vidrio, barro, papel, etc. También a los propietarios de pequeños comercios. La apropiación de la riqueza es básicamente la mercantil simple.

Es en la fracción no propietaria de la pequeña burguesía, la asalariada, en donde las delimitaciones, tanto con el proletariado, por un lado, como con la burguesía por otro, son más delicadas.

Para esa delimitación se hace necesario considerar el nivel de calificación de la fuerza de trabajo. Por lo general en la pequeña burguesía asalariada tenemos a sectores profesionales que no cuentan con despachos o consultorios propios o arrendados y ejercen de manera liberal su profesión, sino que viven en lo fundamental de salarios.

El otro elemento relevante es que desempeñan de manera predominante labores intelectuales y no manuales, y de control del proceso de trabajo en que operan, a lo menos de segmentos de este, lo que se asocia a la cualificación de su fuerza de trabajo: maestros, médicos, abogados, ingenieros, químicos, arquitectos, periodistas, etcétera.

La pérdida de salarios en algunas actividades ligadas a esta fracción, unido a controles de entradas y salidas del trabajo y/o a informes permanente de sus actividades, tienden a aproximar a esta fracción con franjas del proletariado.

Es en el terreno del mando en los organismos e instituciones del sistema de dominación, que incluye el aparato de Estado, y en labores de dirección o gerencial en empresas privadas, en donde la situación de la pequeña burguesía asalariada tiende a desdibujar su condición.

En el terreno de dirección de empresas privadas, el pago de dividendos por ganancias, o de acciones, tiende a propiciar el ascenso de esta fracción a la condición de burguesía. Sus ingresos tienden a tener cada vez mayor peso en tanto apropiación de plusvalor y no de simple salario.

Algo semejante tiende a ocurrir en el caso de los altos cargos del aparato de Estado. Los “salarios” percibidos ya responden más a un reparto de plusvalor y de hacer de estos sectores aliados de las prerrogativas asociadas al dominio y la explotación.

Pero el pequeño burócrata en cargos medios y bajos de la administración pública es más pequeño burgués que proletario, aunque muchas veces las diferencias salariales no sean tan marcadas. Pero el conjunto de condiciones de existencia, donde se encuentran la educación, lugares donde vive, tipos de ocio, vestimenta requerida, y expectativas de vida, lo tienden a separar más que a aproximar al proletariado.

Sectores de clase

La heterogeneidad de las clases se complejiza si ahora añadimos la conformación de sectores de clase. Estos se determinan por el monto y magnitud de medios de producción que poseen, y/o por los niveles de apropiación de plusvalía, renta y salarios, en una estratificación que considera tres niveles: grande, mediano y pequeño.

Si hablamos de los sectores de la burguesía, de acuerdo con los criterios antes señalados tendríamos: una gran burguesía (para las fracciones industrial, bancaria/financiera, y comercial); mediana

burguesía (para las mismas fracciones) y burguesía pequeña¹⁸ (para iguales fracciones).

La magnitud de medios de producción, así como de plusvalía y renta se modifica en el tiempo, por lo que es de acuerdo con el tiempo histórico que se analiza lo que define lo que aquella magnitud significa. Un monto de medios de producción que podía ser alto a inicios del siglo XX puede ser mediano para fines del siglo XX e inicios del siglo XXI. Lo mismo acontece con el monto de plusvalía, renta y de salarios.

Si sólo consideramos a tres fracciones de la burguesía y a tres sectores, esta clase termina presentando nueve subagrupamientos en su interior. Y este ejercicio se puede hacer para todas las clases, con más o menos subagrupamientos. Ello habla de la heterogeneidad de las clases sociales.

Estamentos

Además de las clases sociales, existen otros agrupamientos humanos de significación en la vida política de las sociedades capitalistas. Su constitución obedece a otras dimensiones. Entre los más destacados se pueden mencionar los seguidores de alguna religión, siendo los católicos y los protestantes en diversas variantes los agrupamientos definidos por sus creencias y prácticas religiosas.

Las creencias religiosas tienen impacto en la conducta política de sus seguidores particularmente sensible a asuntos de relevancia entre nuestro tiempo, como su aceptación o rechazo a matrimonios del mismo sexo, al aborto, divorcio, a la incorporación o exclusión de la enseñanza de temas religiosos en los planes de estudio en niveles básicos de los estudiantes, sobre la enseñanza de temas de educación sexual, etcétera.

La presencia de dimensiones religiosas en una sociedad tiene consecuencias en debates y políticas educativas y otras, como los

¹⁸ Para no confundirla con la pequeña burguesía, que es otra clase social.

asuntos antes señalados. Por tanto, los segmentos religiosos pueden tener significación en la vida pública y en el análisis de coyuntura.

El estamento militar es quizá el más relevante, por el peso de las instituciones armadas en el aparato de Estado, y más cuando se le otorgan espacios de acción más amplios, como participar como policías en labores de seguridad pública.

La rígida disciplina imperante en el estamento militar provoca que la procedencia de clase de sus componentes quede relegada a segundo o terceros lugares, siendo reemplazada por la disciplina y los reglamentos militares. Una orden militar no es objeto de discusión de los mandos subordinados.

En tanto expresión de la violencia condensada y legítima del Estado, los aparatos militares tienen un peso en la vida política que nunca debe ser subestimado y reclama particular atención en el análisis.

Otros agrupamientos relevantes: grupos étnicos y movimientos feministas

Existen otros agrupamientos humanos relevantes en las sociedades capitalistas, como las que proceden de la condición étnica y los devenidos del género, en particular los movimientos feministas. En los últimos años en América Latina organizaciones indígenas y de mujeres han jugado un relevante papel en las luchas sociales y políticas, lo que ha favorecido su “visibilidad”.

Las organizaciones indígenas han sido una de las principales impulsoras de luchas de defensa de territorios, ante el avasallamiento llevado a cabo por corporaciones transnacionales en aras de apropiarse de recursos naturales, y materias primas o la construcción de represas, con lo que la defensa de territorios, bosques y agua han pasado a movilizar a importantes contingentes de comunidades y pueblos indígenas en casi toda América Latina.

Pero junto a estas demandas, han emergido aquellas de carácter político que buscan el reconocimiento de sus organizaciones como

entidades políticas con derechos y obligaciones de consulta a pueblos y comunidades de manera previas a la puesta en marcha de proyectos que atenten sobre territorios, y recursos donde tienen su asiento.

Estos pueblos y comunidades pueden ser identificados con clases sociales, muchos de ellos pertenecientes al campesinado, a jornaleros agrícolas o mineros, por ejemplo, pero lo relevante es que es su condición étnica la que prevalece por sobre la de clase en su organización, demandas y movilizaciones actuales.

Los movimientos feministas establecen también un corte, en donde la dimensión de clases queda en un segundo plano, prevaleciendo las demandas de género. Las desigualdades en el trabajo doméstico, la no valoración de dicho trabajo y el no generar derechos a salud, préstamos para vivienda, las diferencias en materia salarial frente al salario de los hombres, las discriminaciones para alcanzar empleos por asuntos como embarazo, periodos posparto, de acoso sexual en lugares de transporte, estudio y trabajo, derecho a decidir sobre sus cuerpos y aborto legal y seguro, constituyen algunas reivindicaciones que la sociedades han debido asumir con creciente sensibilidad.

Esto ha generado respuestas también en aquellos temas, como el aborto, en donde las creencias religiosas y las posiciones morales juegan un papel relevante.

Clase en sí y clase para sí

Con independencia del grado de conocimiento y percepción que los individuos tengan de su condición de clase social y de las que tengan los demás, las relaciones y procesos que constituyen clases sociales están actuando y operando. De esta forma podríamos afirmar que todos los seres que conformamos una formación económico-social pertenecemos a alguna clase social, a alguna fracción y a alguno de sus sectores. Y por esa situación llevamos a cabo tareas y quehaceres que permiten reproducir la sociedad en una determinada dirección,

en términos materiales y a su vez reproducir las relaciones y procesos que la caracterizan y definen.

Esa pertenencia a clases, más allá de nuestro conocimiento y percepción es lo que permite que los miembros de una clase tiendan a tener conductas o demandas sociales más o menos comunes, sin que se conozcan ni estén formando parte de una misma organización. Un obrero o un conjunto de obreros instalados en un extremo de un territorio nacional pueden reivindicar asuntos comunes a los obreros ubicados en otro extremo de dicho territorio, como reducción de horas de trabajo o mejores salarios o más tiempo para alimentarse o para ir a los sanitarios.

Y lo mismo acontecerá si consideramos ahora a propietarios industriales igualmente dispersos y desconocidos. La posición común de estos individuos en las relaciones sociales y en los demás procesos que determinan a las clases hace posible que estas operaciones comunes sean factibles, sin organización ni comunicación.

Sin conocimiento de su situación de clase y de la de los demás, las clases sociales tienden a operar como cuerpo social y a dejar residuos que reproducen las condiciones para que como clases y sociedad estas se reproduzcan. En otras palabras, todos formamos y actuamos como clase en sí.

Con tanta mayor razón y fuerza las clases sociales actuarán y se movilizarán por sus intereses cuando tienen conocimiento de su pertenencia de clase, de sus posiciones y de sus intereses, y cuando ubican a su vez al resto de las clases desde esa perspectiva, o a lo menos a las principales clases, sus posiciones e intereses. En estos casos la lucha de clases comienza a constituirse en un proceso cada vez más consciente. De clase en sí, las clases han pasado a constituirse en clase para sí.

Lucha de clases

Llamamos lucha de clases al enfrentamiento, abierto o encubierto, entre clases, particularmente entre las antagónicas, burguesía y

proletariado, en el capitalismo. Esa lucha no viene propiciada por razones externas, sino que responde a la propia constitución de las clases, en donde la suerte social y el desarrollo de los intereses de la burguesía tienen consecuencias inmediatas y sustantivas en la suerte social y los intereses sociales y políticos del proletariado.

La simple organización económica, política, social e ideológica prevaeciente, que bien definimos como capitalista, ya es expresión de la lucha de clases y de que una de las clases, la burguesía, tiene preeminencia en la misma.

Pero en el capitalismo y en las formaciones económico-sociales existen muchas más clases, con sus fracciones y sectores, lo que hace que la lucha de clases se nos presente como un entramado complejo, el cual debe ser ordenado en el análisis, poniendo de manifiesto los intereses sociales y políticos en juego, las alianzas y acuerdos entre clases, los que prevalecen y en qué condiciones, los que se encuentran subordinados, y en qué condiciones.

La lucha de clases es un proceso que atraviesa todos los entramados, relaciones y rincones de la vida en sociedad. Nada queda exento de sus resonancias y consecuencias. Por tanto, se expresa a su vez en todas las dimensiones de la vida en común, sea económica, social, política, cultural, ideológica, en el cuerpo y en el espíritu, en la salud y las enfermedades, en la vida y en la muerte, lo consciente y lo inconsciente.

Como en toda lucha en donde se encuentran en disputa asuntos sustantivos y relevantes, en la lucha de clases los contendientes tienden a hacer uso de todos los recursos disponibles, sea en materia de organización, representación, espacios, fuerza y persuasión, medios pacíficos y violentos, legales e ilegales, alianzas y acuerdos intraclases, todo dependiendo del punto y nivel en que los enfrentamientos sociales se encuentren y reclamen.

Particularidades de la lucha de clases en el capitalismo

La lucha de clases presenta en el capitalismo particularidades que son importantes de considerar por su incidencia en el proceso que

puede conducir al triunfo revolucionario, sino también en lo que prosigue.

En la lucha de clases en el capitalismo se enfrentan de manera fundamental la clase social más poderosa en términos económicos, en saberes, en capacidad de difusión de sus ideas, y en el campo militar, conocida en la historia de la humanidad, la burguesía, con el proletariado, la clase social dominada más numerosa. Es a simple vista una lucha enormemente desigual.

Pero en medio de esta enorme desigualdad operan a lo menos dos procesos de enorme significación que hacen posible la derrota de la burguesía. Una es que el proceso económico que pone en marcha genera crisis económicas de gran envergadura, y también conflictos y guerras entre Estados, como resultado de luchas entre capitales, todo lo cual provoca quiebres y fracturas en el seno de las clases dominantes de gran envergadura, y que arrastra a la humanidad a graves condiciones de vida, de hambre, destrucción, desempleo, lo que se constituye en un acicate para propiciar revueltas, levantamientos, malestares, agravios sociales, en que se ven arrastradas también otras clases sociales explotadas y dominadas y sectores sociales oprimidos.

La propia dinámica del capitalismo, con sus crisis y conflictos, alienta la acción e irrupción de amplios contingentes de dominados, explotados y agraviados, en tiempos en que el férreo sistema de dominación se fractura y debilita.

El segundo proceso de significación es que el proletariado es la primera clase dominada que puede conformar y levantar un proyecto de organización de la vida en común alternativo al de las clases dominantes, y ese proyecto no es resultado de simples elucubraciones ideales, sino que se deriva de la superación de las propias condiciones que el capitalismo va creando. En este sentido el proletariado cuenta con una voluntad histórica de transformación que ninguna otra clase dominada conoció.

Ninguna otra clase dominada tuvo a su favor esa ventaja en su lucha contra los agrupamientos humanos dominantes. Sus proyectos

no arrancaban de lo real existente, y no se proyectaban sobre el futuro impulsados por la propia dinámica del orden social que pretendían derribar.

El capitalismo lleva al extremo la concentración en pocas manos de medios de producción, por lo que esto hace factible, primero, la conformación de un nuevo orden social sustentado en la propiedad social de los medios de producción; segundo, que es a una franja social reducida a la que habrá que expropiar de dichos medios para que tal orden social sea factible y tercero, ese nuevo orden puede ser parte central del proyecto de la clase social más numerosa, el proletariado, la cual ha sido expropiada de todo medio de producción. Este es un ejemplo de cómo la propia dinámica capitalista genera condiciones para hacer factible un nuevo ordenamiento social.

Pero si las tendencias históricas caminan en esa dirección, no deben dejar de considerarse condiciones que no son favorables para el proletariado. Es la clase social explotada y dominada por excelencia en el capitalismo, con los costos que ello significa en materia de degradación humana, restándole condiciones de sobrevivencia normal, de educación y salud, apropiarse de la mayor parte de su tiempo y de su vida, restarle condiciones para alcanzar saberes y conocimientos disponibles para otras clases dominadas, impedirle contar con tiempo para conocer y discutir los problemas políticos nacionales o de su colonia, no poder acceder a servicios y bienes culturales básicos, etc.

La segmentación de los procesos productivos, el incremento del desempleo y del subempleo, la subcontratación y la precarización prevaecientes en los últimos tiempos, son procesos que afectan las antiguas condiciones laborales que favorecían la masificación de trabajadores bajo un mismo techo, la socialización y discusión de problemas laborales y la organización sindical.

Todo esto se suma a las condiciones previas que permiten entender las razones para considerar que siempre, bajo estas condiciones, las revoluciones y los triunfos revolucionarios se presentan de manera prematura. Bajo el capitalismo el proletariado nunca alcanzara

los saberes y la madurez para dirimir los múltiples conflictos propios de una revolución y de la construcción del nuevo orden, particularmente cuando siempre todos estos procesos traen consigo grandes novedades.

Otra particularidad de las revoluciones proletarias es que, a diferencia de lo inicialmente esperado, estas han terminado triunfando primero en las regiones dependientes del sistema mundial capitalista, y segundo, que se han llevado a cabo en espacios de Estados nacionales, y no ha tomado la forma de una revolución mundial.

Esto dos elementos plantean serios problemas a las revoluciones triunfantes en aras de construir socialismo. Primero porque el socialismo, al igual que el capitalismo, reclama un sistema mundial para tomar forma y desplegarse. Segundo, porque las tentativas de iniciar algo distinto arrancan desde un piso de desarrollo de fuerzas productivas bajo, lo que dificulta el ofrecer de inmediato mejores condiciones de vida y de bienestar a la mayoría de la población.

Si a ello se agrega que en el sistema mundial impera el capitalismo y su capacidad de llevar a cabo agresiones y todo tipo de medidas para derrotar a los que osaron desafiarlo, tenemos un cuadro en que lo que hasta hoy conocemos no ha sido propiamente socialismo y se aproximan a condiciones de resistencia, en tanto no se modifiquen las correlaciones de fuerzas a nivel mundial.

Razones de la relevancia de las rupturas políticas en el capitalismo.

Bajo el capitalismo las rupturas revolucionarias necesariamente tienen que alcanzar el terreno político, la destrucción del Estado en tanto condensación de relaciones sociales de poder y dominio, y luego de ello iniciar la construcción socialista y de nuevas relaciones sociales de producción. La revolución política, por tanto, antecede a la construcción socialista.

Ello es resultado del hecho que las relaciones de producción capitalistas, por más que se agudicen sus condiciones, no generan algo

distinto, no se descomponen, por el contrario, siempre generan capital y trabajo. No ocurre como en otros modos de producción en donde, por ejemplo, en la explotación servil, si la explotación se agudiza, existe la posibilidad de que los siervos rompan con la relación y se vayan a los burgos y se conviertan en proletarios y sobrevivan ahora vendiendo su fuerza de trabajo.

El proletariado, por más explotado que sea, no tiene forma de salirse de la relación y sujeción del capital para poder sobrevivir. Sólo tras romper políticamente con el dominio y destruir el Estado, puede establecer nuevas relaciones sociales en la sociedad.

Esta situación nos pone enfrente de otra particularidad de las revoluciones proletarias. Que tendencialmente dicha ruptura política, mientras no se modifiquen las correlaciones de fuerza a nivel del sistema mundial, tenderán a ser con elevadas cuotas de violencia alentadas por las clases dominantes en su afán de impedir la pérdida de esa condición.

Lo que las clases dominadas no pueden hacer es no mirar de frente el problema y hacerse a un lado, porque ello implica que no podrán poner fin al dominio del capital y su explotación.

La actualidad de la revolución

Una dimensión que puso de manifiesto la revolución rusa de 1917, y de los pronunciamientos de Lenin para movilizar a los bolcheviques en la tarea de “todo el poder a los soviets” y hacer efectiva y posible aquella transformación política, fueron las de la actualidad de la revolución.

El capitalismo en su fase imperialista ha abierto la etapa en que la revolución proletaria y socialista es posible y necesaria, y que constituye por tanto una tarea para hoy para las fuerzas revolucionarias.

Ya hemos podido comentar en páginas anteriores que el leninismo reforzó la idea de que dicha revolución contaba en las regiones y Estados dependientes con condiciones para que fuese allí factible

romper con la cadena de dominio del capital en el sistema mundial, en tanto dichas regiones y Estados asumen la condición de eslabones débiles, por la condensación de las contradicciones no sólo locales, sino también por la internalización que llevan a cabo de las contradicciones del capitalismo en tanto sistema mundial.

Es en esas regiones y Estados entonces en donde la actualidad de la revolución asume una particular impronta, lo que refuta las visiones para las cuales la revolución llegará de la mano del desarrollo de las fuerzas productivas, y de quienes consideran a las regiones dependientes como carentes de madurez capitalista.

La actualidad de la revolución tiene a su vez particular relevancia para la propuesta leninista de la organización política revolucionaria. No se trata entonces de resolver un asunto de organización cualquiera, sino de la más adecuada para alentar en las franjas proletarias y semiproletarias, en las oprimidas, explotadas y dominadas, a sacudirse del yugo del capital, y de concentrar fuerzas en momentos y relaciones, tras precipitar crisis revolucionarias para destruir el poder imperante.

El Estado capitalista y el poder político

El Estado es la condensación de las relaciones de poder político y dominio de clases imperante en las formaciones económico-sociales en un tiempo específico.

Debe llamarse la atención aquí sobre dos aspectos. Primero hablamos de condensación de relaciones. Por tanto, el Estado no una cosa, sino relaciones sociales.

Segundo el Estado es condensación de relaciones de poder político y dominio de clases. Esto busca destacar que es el poder y dominio de clases sociales el que prevalece en el Estado, ya que en la sociedad imperan diversas formas de poder, como el de padres sobre hijos, profesores sobre alumnos, médicos sobre pacientes, por señalar algunos.

Para diferenciar estas formas de poder, del poder de clases, es que a este último lo complementamos hablando de poder político y dejando al primero sólo como poder.

Pero en las sociedades capitalistas existe a lo menos otras dos relaciones de poder que es importante destacar: el de hombres sobre mujeres y el de etnias sobre etnias, particularmente de blancos y mestizos sobre indígenas y negros. A estas relaciones que no tiene como objetivo central la explotación y la producción de plusvalor, la llamamos relaciones de opresión.

Lo anterior no significa desconocer que en ciertas situaciones la opresión va ligada al dominio de clases, como el que el grueso del proletariado o campesinado esté conformado por indígenas o negros en ciertas sociedades, o que determinadas actividades productivas asalariadas, como maquilas, las realicen mujeres. En todos estos casos a la opresión se añade la dominación y explotación capitalista.

Finalmente, todas estas formas de poder tienen en el Estado su centro de condensación, pero entendiendo que presentan peso y grados diferenciados de relevancia y jerarquía, siendo el de clases sociales el fundamental.

Poder político

Poder político es la capacidad de las clases sociales de organizar la vida en común de acuerdo con sus intereses y proyectos. Esto implica que los proyectos de otras clases quedan subordinados o aplastados. Cuando definimos a nuestras sociedades como capitalistas lo que estamos señalando es que la clase poseedora de capital, la burguesía, es la que organiza la vida en común de acuerdo con sus proyectos e intereses.

Contar con el poder político no es por tanto un asunto banal ni insignificante en establecer los ordenamientos y modalidades de cómo se desenvuelve la vida en común. Por el contrario, constituye un asunto de la mayor relevancia.

Son esas relaciones de poder político que se condensan en el Estado las que definen lo legal de lo ilegal, lo permitido de lo no permitido, define el campo de juego, y las reglas del juego, las penas y castigos, la aplicación de la coerción y de la violencia.

Y todo ello tiene que ver con lo que se debe entender como trabajo, cómo se trabaja, cuánto se trabaja, qué se produce, quienes consumen, qué consumen, las modalidades y montos del reparto de la riqueza social, las opciones para el tiempo libre, las modalidades de descanso, lo que se entiende por libertad, lo que son derechos, cómo se organizan las familias, el sentido y el contenido de la educación, las formas de ejercicio de la autoridad política, las modalidades cómo se las elige, lo permitido y lo no permitido en la vida y prácticas sexuales, lo público y lo privado, etcétera.

La burguesía es la primera clase dominante que tiene que ocultar y velar el dominio y el poder de clases y la explotación, porque parte central de sus promesas civilizatorias pasan por las ideas que dará forma a un mundo de hombres libres e iguales. Esa promesa se vendría abajo si la explotación y el dominio de clases fueran inmediatamente visibles.

En el campo político, dos de los principales procesos para velar el dominio y el poder político de clases pasan por la conformación de ciudadanos, individuos revestidos de poderes de decisión y de decidir sobre la elección de ciudadanos a través de sufragios y votos. Allí se refuerza la idea de igualdad, porque cada individuo sólo expresa un voto, y este vale lo mismo si lo deposita el que limpia la empresa o el propietario de esta. No existirían votos con más o menos valor que otros.

El segundo proceso para velar la dominación es que las instituciones del Estado, lo que se conoce como parte del aparato de Estado, quedarán en manos de personeros provenientes de clases sociales distintas a las clases dominantes, personal más o menos calificado, que se hará cargo de la administración de ese aparato, y serán excepcionales las situaciones en donde directamente burgueses o terratenientes asuman cargos de relevancia en ese aparato.

El aparato de Estado

El Estado no se nos presenta como tal. Las relaciones de poder político y dominio asumen la forma de cosas. De esta forma, lo visible no es el Estado sino el aparato de Estado, conjunto de instituciones, de personal y de leyes que llevan a cabo funciones técnico-administrativas y de mando y autoridad que se presentan como quehaceres que buscan el bien común, ajenas a intereses de clases sociales particulares.

El hecho que el personal del aparato de Estado provenga tendencialmente de clases ajenas a las clases dominantes ayuda de manera efectiva en esta idea de autoridades que administran para el bienestar del conjunto de la sociedad.

El conjunto de personeros que ocupan los cargos elevados en el aparato, presidentes de la república o primeros ministros, secretarios de Estado o ministros, altos mandos militares, parlamentarios, jueces, entre otros, los llamamos franja reinante¹⁹.

El aparato de Estado es el aparato del Estado vigente, por tanto, no puede sustraerse a los poderes e intereses que prevalecen en él.

Esto es lo que explica la particular relación que establecen las clases dominantes con la franja reinante.

Pero el carácter de clase del aparato y su accionar no depende de esta relación, ni de los intereses de la franja reinante, sino que están inscritos en las relaciones sociales prevalecientes en el Estado mismo y en su expresión como cosa en el aparato.

El aparato de Estado es la instancia de administración del poder y de la lucha de clases en favor de los intereses de las clases dominantes, asumiendo aquellas demandas y reclamos que no pongan en cuestión el dominio imperante.

Por ello, es teóricamente posible que accedan a cargos relevantes del aparato de Estado, a la franja reinante, personeros provenientes

¹⁹ En escritos anteriores los llamaba clase reinante, pero se prestaba a confusiones con la noción de clase sociales, de allí el cambio realizado a partir de este texto.

de clases sociales o con proyectos que pudieran alterar el dominio prevaleciente.

Pero el poder político no reside en el aparato de Estado, sino en el Estado, por lo que mientras no se destruyan las relaciones de dominio y poder que conforman a éste, el poder en los fundamental seguirá intocado.

Esto no significa que la llegada de una franja reinante no genere problemas para la marcha de la sociedad en la lógica de los proyectos e intereses de las clases dominantes. Pero lo importante es comprender que más allá de dichos problemas que pueden ser mayores o menores, dicho arribo no implica que el poder político en la sociedad se modificó. Sólo puede indicar que existen nuevas condiciones para que la destrucción de las relaciones sociales de dominio pueda tomar forma.

La división de poderes en el aparato (Ejecutivo, Legislativo, Judicial), la presencia de un cuerpo legal constitucional que avala la propiedad privada, la presencia de cuerpos que concentran la violencia legítima, todo ese intrincado laberinto institucional y legal, y la lucha en los medios de comunicación, y la movilización de sectores sociales en defensa de la ley las libertades, la democracia, constituyen parte del enorme poder de los que detentan el poder para limitar y amarrar las pretensiones de franjas reinantes para alterar de manera radical el poder del Estado.

No es por casualidad que a la fecha ninguna transformación del poder político en favor de las clases dominadas haya triunfado en sus objetivos empleando este recurso. Lo que generalmente ha tendido ocurrir es que organizaciones, personeros y proyectos que han pretendido lo anterior han quedado entrampados y empantanados en el aparato mismo, siendo destituidos por violar la ley, o por medio de asonadas más o menos violentas²⁰.

²⁰ Las experiencias en América Latina con los llamados gobiernos populares y progresistas a inicios del siglo XXI son experiencias que se ubican en lo que señalamos.

¿Quiénes detentan el poder? ¿cómo lo ejercen?

En el análisis político estas dos preguntas son centrales. Cuando nos preguntamos quienes detentan el poder la respuesta no puede quedarse a nivel de señalar las clases dominantes. Aquí se tienen que establecer precisiones en el sentido de diferenciar entre clases, fracciones de clase y sectores de clase, en primer lugar. Y segundo, establecer los grados de fuerza en que participan en el ejercicio del poder en tiempos históricos específicos, definiendo quiénes son hegemónicos, y cómo se conforma el bloque en el poder, la particular articulación de alianzas y confrontaciones entre las clases fracciones y sectores dominantes, en función de los grados de fuerza que despliegan en tiempos particulares, y por tanto de su capacidad de sacar adelante sus proyectos en forma privilegiada o de quedar subordinados los mismos a otros proyectos.

Esto nos dará un cuadro del carácter social de los proyectos en marcha, a quienes de las clases dominantes favorecen y a quienes perjudican, y por tanto de los grados de fuerza existentes al interior de dichas clases, de las alianzas y de las confrontaciones o lucha interburguesa, la que nunca debe ser despreciada.

En el interrogante cómo se ejerce el poder, se trata de definir las coordenadas que nos indiquen las formas del dominio imperantes en tiempos determinados, si prevalecen las dimensiones autoritarias o bien las democráticas. No es lo mismo ejercer el poder a través de consultas electorales más o menos abiertas y confiables, a que ese poder se ejerza empleando los resortes de la violencia del Estado.

Se trata de definir el papel que cumplen los distintos poderes del Estado, su peso en la dominación, el lugar y espacio de las organizaciones de representación política, como partidos políticos, corporaciones gremiales, sindicatos, y otras, el grado de desarrollo y de libertad en que se mueven los medios de comunicación, etcétera.

En definitiva, se debe establecer las principales coordenadas en que se mueve la forma de gobierno imperante. Todo esto plantea condiciones para la lucha de clases de naturaleza distintas, por lo que el análisis debe precisar este tipo de problemas.

La representación política

La democracia liberal es una democracia representativa, lo que implica que se eligen representantes, generalmente pertenecientes a distintos partidos políticos que compiten por ganar a los electores.

Los partidos políticos es la forma fundamental de representación política porque atomiza a las clases sociales, y hace del individuo-ciudadano el sujeto central en la toma de decisiones. Todo ello va generalmente ligado a la idea que los ciudadanos deciden, y que el curso que tome el curso de la vida política de una sociedad es resultado de esas decisiones, que podrían modificarse más adelante si los ciudadanos deciden en tal sentido.

Lo que nunca se señala es que los partidos y las elecciones se llevan a cabo en un campo de juego previamente delimitado y establecidas las reglas del juego, por lo que tendencialmente siempre saldrán adelante, de manera inmediata o mediada, los intereses que marcaron el campo de juego y las reglas que lo rigen, esto es, los de las clases dominantes.

Pero junto a los partidos políticos existen otros instrumentos de representación, como corporaciones empresariales, los sindicatos, y otros. En estos tiende a quedar claro el sentido de clase de los sectores sociales a los cuales representan: empresarios industriales, o bancarios o comerciales, obreros de tales o cuales ramas o sectores.

En el análisis de coyuntura se debe tener un cuadro de las formas de representación existentes, a quienes representan en términos de clase, fracciones, sectores o conglomerados oprimidos, de su fuerza y grados de representación efectiva, de sus luchas pasadas, de su capacidad de actuar, etcétera.

Estados subsoberanos

En el sistema interestatal mundial, en tanto opera entre las economías que lo conforman procesos de intercambio desigual y otras

modalidades de transferencias de valor, genera Estados con grados desiguales de autonomía y soberanía.

En el capitalismo dependiente los Estados no pueden ser sino subsoberanos, subordinados en el sistema mundial capitalista a decisiones generadas por Estados más fuertes y con mayor soberanía.

Ello no se contrapone al poder de las clases dominantes locales en el ejercicio del poder político y el contar con Estados subsoberanos no resta un ápice a dichas clases en sus responsabilidades en operar para reproducir esta situación.

Lo anterior pone en cuestión las ecuaciones que el pensamiento liberal lleva a cabo, en tanto tendríamos en el plano internacional una comunidad de Estados soberanos.

Tenemos por el contrario una comunidad ficticia, férreamente hegemonizada por Estados del capitalismo industrial avanzado, donde a la debilidad de los consensos interestatales le acompaña una agresiva política de fuerza para sostener y avanzar en los intereses de dichos capitales y de dichos Estados.

Sistema de dominación

El Estado y su articulación con instituciones como familia, escuelas, medios de comunicación, iglesias, entre las principales, que reciben el nombre de sociedad civil, conforman lo que denominados un sistema de dominación.

Estado y sociedad civil

En materia de dominación, las instituciones de la sociedad civil cumplen en lo fundamental con la tarea de internalizar los valores y el punto de vista de las clases dominantes sobre la vida en sociedad, a fin de que la veamos e interpretemos como lo hacen esas clases. De esta forma tenderemos a reproducir esa visión y las relaciones que

las acompañan de manera inadvertida, reproduciendo de este modo el dominio.

Muchos autores tienden a incorporar estas instituciones en el Estado como tal, denominándolas “aparatos ideológicos de Estado”, o bien en su integración con el Estado utilizan nociones como “Estado ampliado” o “Estado integral”.

Estas propuestas plantean problemas políticos serios. Porque al asumir a las instituciones de la sociedad civil como componentes del Estado, lo que se hace es perder la especificidad del Estado en tanto centro del poder político, y diluir esa especificidad. De esta forma toda lucha en los centros educativos, o en periódicos o televisoras, o al interior de iglesias y sus corrientes teológicas se tiende a asumir como lucha en contra del Estado.

Por otro lado, se tiende a establecer una errónea dicotomía, en donde lo propio del Estado sería el ejercicio de la coerción, en tanto en las instituciones del aparato ideológico de Estado lo específico sería el consenso.

Pero el Estado, siendo fundamentalmente coerción, también es una instancia capaz de generar apoyos consensuales en la población. Las consultas electorales tienen ese objetivo, y no es un asunto menor en materia de dominación.

Y por otra parte se relega la dimensión coercitiva que se ejerce en la familia, las escuelas e iglesias, por ejemplo, donde se castiga y coacciona bajo procedimientos diversos las posiciones que camina en sentido contrario a las visiones de las clases dominantes. Baste tener presente la condena de iglesias diversas al aborto y a la educación sexual en escuelas y las penas morales a los que violenten esas censuras.

Asumir la distinción entre Estado e instituciones de la sociedad civil no significa desconocer que históricamente es posible que el Estado se extienda hacia algunas de las instituciones de la sociedad civil. El fascismo es un ejemplo clásico al respecto. Pero ese avasallamiento o extensión, que da origen a formas de gobiernos diversas, solo es posible de apreciar cuando se asume la distinción entre uno

y otra. Y tiende a perderse cuando desde el inicio se asume que son una misma entidad.

Podríamos decir que en tanto más avasalle el Estado a las instituciones de la sociedad civil se tenderá a formas más autoritarias de dominio, y que el accionar de la sociedad civil sin esa tutela propicia formas más democráticas.

Con la conformación de un sistema de dominación las clases dominantes terminan constituyendo un denso tejido y entramado que alimenta y reproduce la dominación desde el interior mismo de los sujetos, o desde reglas exteriores cuando es necesario. En este proceso los procedimientos coercitivos y consensuales se imbrican de formas diversas.

En la lucha política tenderá a ser más factible ganar posiciones en la sociedad civil para las clases dominadas. Pero esos avances no las eximen del arduo camino de destruir las relaciones que dan vida al Estado, para lograr establecer el nuevo poder político.

Ejemplos de concreción y de reformulaciones conceptuales

Hemos señalado en páginas anteriores que, al ubicarnos en niveles menos abstractos o más concretos, las categorías y conceptos de los niveles más abstractos deben ser readecuados a fin de dar cuenta de los problemas específicos que aparecen en los nuevos niveles. En lo que sigue señalaremos algunos ejemplos en este sentido.

En las clases sociales

Asumiendo los propios escritos de Marx, es posible distinguir diferencias entre ellos en su tratamiento de las clases sociales. En el *Manifiesto del Partido Comunista*, (Marx, Carlos y Engels, Federico, 1980), se mencionan dos grandes clases sociales: explotadores y explotados o dominadores y dominados.

En *El capital* aparecen señaladas tres clases sociales, “los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes” (Marx, 1973, p. 817).

En tanto en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Marx y Engels, 1980) encontramos que Marx, además de las inmediatamente anteriores, menciona al campesinado y la pequeña burguesía, además de fracciones y sectores de clase.

Muchos comentaristas, a partir de estas constataciones, indican que hay inconsistencias en la propuesta de Marx. Sin embargo, lo que no se considera es el nivel de análisis de la reflexión y como ello modifica el número de clases sociales y cómo en un dado nivel aparecen fracciones y sectores de clase.

En el *Manifiesto del Partido Comunista* la mirada refiere a un largo periodo de la historia y en donde es la idea de la lucha de clases la que se quiere destacar como motor de dicha historia. Desde esa perspectiva, muy abstracta, al acentuar un número acotado de determinaciones, la historia puede ser leída como la historia de la lucha entre polos sociales: dominadores y dominados, explotadores y explotados.

En *El capital* lo que le interesa de manera predominante es explicar la lucha de clases y sus determinaciones en el modo de producción capitalista. Y en ese nivel las clases sociales que se presentan son fundamentalmente tres: capitalistas, terratenientes y obreros asalariados, los propietarios de los elementos básicos para que opere dicho modo de producción: capital, tierras y trabajo, y lo que permite explicar la conflictividad imperante.

El cuadro se complejiza en *El dieciocho Brumario*, porque se analiza la lucha de clases en una formación económico-social, Francia, y en un periodo particular, de febrero de 1848 hasta diciembre de 1851, fecha del golpe de Estado realizado por Luis Bonaparte, con lo que se cierra un tiempo de grandes convulsiones sociales. Operan a este nivel un mayor número de determinaciones, de relaciones sociales y

de agrupamientos humanos en los conflictos, lo que hace necesario dar cuenta de un mayor número de clases, teniendo que incorporar al campesinado y a la pequeña burguesía propietaria, así como a fracciones y sectores de la burguesía.

Más allá del incremento de clases sociales y de las divisiones en fracciones y sectores, importa destacar que en este caso las clases sociales operan como fuerzas sociales, es decir como entidades que se organizan y movilizan con el fin de alcanzar intereses sociales y políticos, y con un proletariado todavía débil en su desarrollo en términos sociales y políticos (Marx, 2005) ²¹.

Ley del valor y sus avatares en el despliegue histórico del capitalismo

“Aquí partimos del supuesto de que las mercancías, incluyendo entre ellas la fuerza de trabajo, se compran y se venden siempre por todo su valor”. Así señala Marx (1973) una de las determinaciones que se impone en su reflexión en *El capital*.

Cabe preguntarse: ¿y qué es lo que Marx quiere explicar en ese libro para asumir dicho supuesto? Podríamos sintetizar una de sus principales preocupaciones: a) la producción de nuevo valor en el capitalismo no proviene del comercio, de la industria ni de la tierra, como señalaron escuelas diversas, sino es resultado de la diferencia entre el valor producido por los obreros asalariados en una jornada de trabajo y el valor de su fuerza de trabajo; b) es en esa diferencia de valor en donde radica la producción de plusvalor, es decir, aun pagando el valor de la fuerza de trabajo, esta mercancía tiene la capacidad de crear nuevo valor, y es la única que puede hacerlo; c) este es el piso objetivo en que se desarrolla la lucha de clases en el capitalismo; d) el capitalismo es una organización social en donde los

²¹ En esta obra queda de manifiesto lo señalado, texto que cubre el periodo previo al triunfo de Luis Bonaparte. Cabe recordar que ella apareció inicialmente en la *Nueva Gaceta Renana* en 1850, y reunió tres artículos escritos por Marx para revistas, al calor de los acontecimientos.

intercambios operan teniendo como trasfondo el tiempo de trabajo socialmente necesario, con sus mediaciones para cuando los valores se transforman en precios de producción y en precios de mercado.

Lo segundo que cabría preguntarse es por qué en la sentencia inicial se indica que “aquí partimos del supuesto”, es decir, de una determinación establecida por quién la formula. Los puntos arriba señalados justifican plenamente esta suerte de arbitrariedad en el supuesto.

Porque si se pensara que Marx estuviera considerando la realidad cómo se llevaban a cabo los procesos de intercambio en su tiempo, podría haber señalado: “aquí partimos de la constatación”, o: “como nos lo muestra la realidad”. Pero no hace esto. Y no lo hace porque en el propio libro de *El capital* se refiere en innumerables ocasiones que lo que ocurre, o lo que constata, es que a lo menos los salarios están por debajo del valor de la fuerza de trabajo, que la extensión de las jornadas laborales agotan de manera prematura la vida de los trabajadores y la fuerza de trabajo, lo que implica que se viola el valor total de esa mercancía, o que el incremento de la intensidad provoca las mismas consecuencias.

Confundir la formulación de un supuesto (para el análisis general del capital) con lo que acontece en los procesos históricos como el capital se ha desplegado y se despliega, es tomar la letra como criterio de realidad, aunque la realidad camine en otras direcciones.

En un camino que conduce a los mismos equívocos es dar por sentado que a pesar de que la realidad se comporta de manera distinta al supuesto, ello es sólo una cuestión excepcional. O suponer que hay procesos, como el pago de salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo que tienen relevancia histórica, porque se multiplica la información que así lo indica²², pero que eso no significa que deba otorgársele relevancia teórica. Porque en el capitalismo se

²² Sin ir más lejos en el tiempo, a inicios de febrero de 2019 la prensa informó que 43 trabajadores mexicanos habían sido liberados en Canadá tras encontrarse “en condi-

respeta la ley del valor, con lo que se sigue repitiendo el “supuesto” como la única verdad posible.

Pero el despliegue del capitalismo como una organización histórica pone de manifiesto que el capitalismo se mueve en la tensión entre salarios por el valor y salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Y con mayor razón si en ese despliegue histórico ya no solo hablamos del capitalismo en el mundo desarrollado sino también en el mundo dependiente.

Allí, en el sistema mundial, la presencia estructural y regular de la superexplotación en tanto violación del valor de la fuerza de trabajo en el capitalismo dependiente se muestra como la contracara necesaria e indispensable para que la acumulación, el desarrollo y la civilización sean factibles en el mundo imperial y central.

En pocas palabras, si a nivel de modo de producción, en el análisis general del capital Marx asume el supuesto inicialmente señalado, ello no significa que ley del valor es sólo una dimensión de la realidad: el respeto irrestricto del valor en los intercambios. Mientras más avancemos en niveles de mayor concreción la ley del valor se presenta como tendencia, y no como la ley de la gravedad.

En esa lógica es posible comprender que en la forma de capitalismo dependiente los salarios se ubiquen de manera estructural por debajo del valor de la fuerza de trabajo, y que la superexplotación sea el eje que hace posible la reproducción del capital en este capitalismo y que ello hace posible a su vez los intercambios desiguales y otras transferencias de valor hacia el mundo desarrollado, incidiendo activamente en la acumulación de capitales a nivel del sistema mundial capitalista.

ciones de vida similares a la esclavitud”. Bajo la promesa de obtener visa de trabajo y residencia pagaron para viajar a ese país, en donde les retiraron su pasaporte y los trasladaban diariamente a trabajar en servicios de limpieza en hoteles. Los pagos mensuales llegaban a los 38 dólares estadounidenses, ya que les retenían parte sustantiva por vivienda, alimentos y gestiones legales para las visas. El 12 de febrero de 2019 fueron liberados y se les ofreció nuevos empleos, informó la policía de Ontario (Porrás Ferreyra, 2019).

Bibliografía

- Marx, Carlos y Engels, Federico (1980). *Manifiesto del partido comunista*. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, Carlos (1973). *El capital*. T. III. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (1971). *El capital*. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl (2005). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Porras Ferreyra, Jaime (2019, 12 de febrero). Liberados en Canadá 43 mexicanos en situación de “esclavitud moderna”. *El País*. https://elpais.com/internacional/2019/02/12/mexico/1549928229_884790.html

Capítulo 7 | Estructuras y sujetos: desequilibrios y arritmias en la historia

Las arritmias en el movimiento de la sociedad

Las sociedades humanas no se mueven siempre con el mismo ritmo. A diferencia del tiempo cronológico o físico, que es homogéneo y continuo, el tiempo social se dilata y se condensa, provocando que en ciertos momentos de la vida social parece que no ocurre nada, en tanto que en otros se concentra un sinnúmero de acontecimientos. Allí sucede todo, o casi todo.

Entre los niveles más concretos de la realidad social, por lo general, el núcleo y las relaciones más abstractas no se manifiesta inmediatamente. Se encuentran veladas por lo que acontece en la superficie de la apariencia. Pero en momentos especiales las distancias entre la apariencia coyuntural y las tendencias profundas que recorren la estructura de la sociedad se reducen, los velos se rompen y aquellas tendencias irrumpen en la superficie.

Todo esto nos pone ante un tema clave en el estudio social: los movimientos y ciclos de la sociedad no son homogéneos y presentan arritmias que el análisis debe ser capaz de captar. Aquí es necesario introducir la noción de coyuntura, una categoría clave para captar la discontinuidad y la arritmia social en la historia.

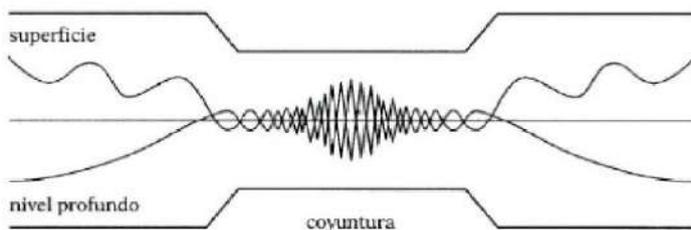
La coyuntura: condensación de niveles de análisis y tiempo social

La relación entre las dimensiones nivel de análisis y tiempo nos permite definir la noción de coyuntura. Hablamos de coyuntura cuando nos referimos al nivel más inmediato de la realidad social, a aquel más concreto y de superficie, y a un segmento de tiempo corto específico, aquel en donde se condensa tiempo social. Una coyuntura, por tanto, es un cruce entre aquellas dos dimensiones y niveles de la totalidad social.

Al igual que no hablamos de cualquier tiempo corto, la coyuntura tampoco se refiere a cualquier momento de lo concreto, sino a aquel en el que éste se condensa con las estructuras, esto es, en momentos en los que tiende a reducirse la distancia que en tiempos normales las separa, por lo cual se elimina —en mayor o menor medida— la opacidad de la superficie y ésta gana en capacidad de develar los procesos estructurales. O, dicho de otro modo, la estructura irrumpe en la superficie societal, quedando más o menos desnuda.

En síntesis, *una coyuntura es una condensación particular de concreción de la realidad y de tiempo social*, en la que los procesos y tendencias estructurales y de larga duración están presentes más intensamente en la superficie y en el tiempo corto. De manera gráfica, este proceso se puede expresar así:

Gráfica 1. Condensación de tiempo social y niveles de abstracción en la coyuntura



Los ritmos extensos de la larga duración se intensifican en momentos de condensación de tiempo social para toparse con los que presenta el tiempo corto, que también aceleran su ritmo. Las tendencias profundas, a su vez, irrumpen en la superficie coyuntural, por lo cual quedan expuestas a ser develadas y transformadas, en tanto que la apariencia coyuntural reduce sus distancias con las tendencias estructurales, aproximándose a los movimientos profundos que mueven la vida en sociedad. Todos estos movimientos hacen posible que *en la coyuntura la estructura se convierta en una unidad visible y posible de operar sobre ella.*

Las contradicciones que atraviesan la vida en sociedad se hacen visibles y rearticulan a las clases sociales y a los demás agrupamientos humanos. La lucha de clases se agudiza.

El develamiento de las estructuras, en la superficie, y la estrecha articulación de tiempos de larga y corta duración son lo que hace de las coyunturas momentos particularmente relevantes para el análisis: los procesos sociales se presentan al investigador de manera intensa y con menor opacidad que la acostumbrada.

Desde la perspectiva que aquí se indica, es necesario distinguir la coyuntura del acontecimiento. La primera ya la hemos caracterizado. El acontecimiento, por su parte, es más bien un elemento puntual significativo (el asesinato de un personaje, por ejemplo), que puede

dar —o no— inicio a una coyuntura.²³ Estas nociones se apartan de cómo son concebidas en el esquema teórico de Fernand Braudel (1992), para quien el acontecimiento se identifica con el tiempo corto y la coyuntura con el tiempo medio. La no distinción conceptual entre tiempo corto y acontecimiento es una de las causas por las cuales Braudel, en su afán de hacer un nuevo tipo de historia que vaya más allá de los simples acontecimientos, termine desvalorizando el tiempo corto y los procesos que en ese periodo alcanzan significación.

Ruptura y continuidad

Los esquemas teóricos permiten abordar con mayor o menor éxito los procesos de continuidad social y de ruptura. Algunos hacen hincapié en la continuidad y están menos preparados para analizar el cambio, por lo cual tienden a ver las transformaciones como procesos ajenos a la propia dinámica societal, o bien adoptan el cambio *en* las estructuras, teniendo dificultades para comprender el cambio *de* las estructuras.

Otros esquemas privilegian las rupturas y tienden a estar menos preparados para analizar la continuidad. Porque aun suponiendo que el cambio es permanente, la realidad social cuenta con procesos que se despliegan en niveles y temporalidades en los que, en determinadas condiciones, la continuidad prevalece. Por ejemplo: pautas culturales que —a pesar de grandes transformaciones políticas, económicas y sociales— siguen con vida.

La coyuntura como condensación en la política

La condensación de tiempo social es mayor en periodos de crisis social y mucho más si esas crisis sociales alcanzan el rango de crisis

²³ Desde otro paradigma, Niklas Luhmann señala que “un acontecimiento es [...] el átomo temporal (socialmente el más pequeño posible)” (Luhmann, 1998, p. 263).

revolucionarias, esto es, cuando está puesta en el orden del día la posibilidad de modificar las estructuras de la sociedad.²⁴ Éstos no son momentos permanentes. Son, por el contrario, momentos históricos particulares de las sociedades.

En tiempos de crisis social, la realidad muestra una cara contradictoria. Por una parte, la abundancia normal de actores, representaciones y acciones que se perciben en la superficie de la sociedad se incrementa. Aquí reside uno de los aspectos que dificultan el análisis de coyuntura. La atomización natural que manifiesta la superficie dificulta las visiones globales, por lo cual “los árboles no nos dejan ver el bosque”. Ello ocurre —paradójicamente— en momentos políticos en los que es fundamental asir los eslabones de la cadena que organizan los movimientos de una realidad social que se desborda en todas direcciones.

Por otra parte, en situaciones de crisis social los heterogéneos conglomerados sociales tienden a conformar grandes bloques, ya que las sociedades se polarizan, estableciéndose un reordenamiento de fuerzas en el que la gran heterogeneidad social tiende a simplificarse en sus expresiones políticas.²⁵

El esfuerzo central del análisis de coyuntura es lograr establecer una síntesis de esa compleja gama de situaciones. Pero ¿cuál es el elemento que permite establecer esa síntesis? La noción de correlación de fuerza y su medición se convierten en un elemento clave para organizar el caos en situaciones históricas de esta naturaleza, porque *en las coyunturas se intensifica la lucha por el poder político*. Esto provoca que *en las coyunturas procesos de variada naturaleza* (económicos, sociales, políticos y culturales) *se fundan en el campo de la política*.

Los múltiples proyectos y acciones de las clases sociales y sus diversas subdivisiones, así como de actores aislados, deben ser considerados, entonces, desde la noción de fuerza política, es decir, en

²⁴ Esto es, no sólo el cambio *en*, sino el cambio *de* las estructuras.

²⁵ Por ejemplo, somocistas *versus* antisomocistas en Nicaragua, en 1979; o sectores pro o anti-Batista en Cuba, en 1959.

cuanto capacidad de ejercer poder *político*, de incidir en él, o de constituirse en poder *político*.

Subrayo el componente *político* del poder, porque al menos desde Foucault, para hablar de tiempos recientes, la noción de *poder* se ha dilatado tanto que cubre lo mismo la relación profesor-alumno, psicoanalista-paciente, hombre-mujer, padre-hijo, que clases dominantes-clases dominadas.²⁶

Los momentos de coyuntura son los tiempos fundamentales para operar sobre la realidad. Sin embargo, no debe olvidarse que no se trata simplemente de esperar las coyunturas, sino de crearlas.²⁷ Para el marxismo, el estudio de coyuntura no se reduce a *medir* las correlaciones de fuerza, sino que constituye un esfuerzo de captación de la realidad para *modificarla*. De aquí se deriva un problema central del análisis de coyuntura: elaborar los instrumentos conceptuales y metodológicos que hagan posible medir y calibrar los cambios en las correlaciones de fuerza entre clases sociales, fracciones y sectores.

Esto exige contar con categorías que permitan captar el proceso de *condensación de fuerzas sociales*. Por lo pronto, puede mencionarse que a conceptos como los de bloque en el poder, alianza de clases, hegemonía, escena política, clase reinante y clase política²⁸ deben agregarse los de fuerza social, bloque social, disposición de lucha, iniciativa política, etcétera.

Periodización de las coyunturas

Existen al menos dos tipos de coyunturas: unas, en las que los cambios en las correlaciones de fuerza permiten hacer modificaciones sustanciales en los grandes bloques sociales gestados por la crisis

²⁶ Para una profundización de este tema remito al lector a (Osorio, 2012).

²⁷ Aquí se sintetiza el problema de la relación estructura-sujeto, el cual analizamos páginas adelante.

²⁸ El análisis de estas y otras categorías puede encontrarse en Poulantzas (1976). También en Jaime Osorio (2012). Estas categorías quizá sigan siendo demasiado gruesas para la fineza que reclama el análisis de coyuntura, pero nos aproximan al problema.

social, pero sin alterar radicalmente la relación *entre* clases dominantes-clases dominadas, y otras, las coyunturas revolucionarias, en las que los cambios en las correlaciones de fuerza permiten modificar radicalmente aquella relación.

La diferencia entre un periodo prerrevolucionario y un periodo revolucionario indica, entonces, un cambio de coyuntura, esto es, el paso de una situación en la que se ha producido un salto de calidad en la fuerza social y política de los sectores dominados, los cuales ya no sólo cuestionan el poder, sino que han desarrollado las condiciones que hacen posible hacerse del poder político.

Sobre estas bases se deben discutir las visiones que consideran la historia como una suma de coyunturas, una formulación que introduce confusiones al menos en los siguientes problemas:

- La historia social es heterogénea, discontinua y presenta momentos con distintos ritmos sociales. *La propuesta de una sumatoria de coyunturas tiende a una idea de historia continua y con un ritmo constante.*
- La coyuntura es un momento particular de las sociedades, aquel en que el ritmo societal se acelera y es posible un cambio en las correlaciones de fuerza, ya sea dentro de los bloques dominantes y dominados, como entre estos bloques. Momentos como éstos no están presentes todos los días en las sociedades. *Suponer a la coyuntura como unidad de la historia implica pensar que los tiempos sociales son tiempos de permanente revolución o, al menos, de crisis social permanente.* Por otro lado, propicia perder de vista la especificidad de la coyuntura.

Estos argumentos sirven, a su vez, para cuestionar las visiones en las que la historia aparece como una combinación de tiempos que se funden en la larga duración y en las que ésta es la que prevalece.²⁹

Estructuras y sujetos: una relación desequilibrada

¿Qué elementos deben prevalecer en el análisis: las estructuras o los sujetos? Cuando nos referimos a los sujetos, ¿de quiénes hablamos? ¿De clases sociales? ¿De movimientos sociales? ¿De individuos?

En las preguntas anteriores se encierra un cúmulo de problemas centrales en el análisis social que nos enfrentan a “la crucial ambivalencia de nuestra presencia humana en nuestra propia historia, en parte como sujetos y en parte como objetos...”. (Thompson, citado por Anderson, 1985, p. 18). Las distinciones entre diversos niveles y periodizaciones nos permiten desagregar algunos problemas referidos a la relación estructura-sujeto.

Frente a esa relación, los análisis sociales tienden a moverse en situaciones polares: por una parte, estudios en los que desaparecen los sujetos (individuales y colectivos), por lo cual tenemos procesos puramente estructurales o sistémicos. Las estructuras no sólo ocultan a los sujetos, sino que literalmente terminan aplastándolos,³⁰ o

²⁹ Escribe Braudel: “Entre los diferentes tiempos de la historia la larga duración se presenta, pues, como un personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédito. Admitirla en el seno de nuestro oficio no puede representar un simple juego, la acostumbrada ampliación de estudios y de curiosidades [...] Para el historiador, aceptarla equivale a prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una inversión de pensamiento, a una nueva concepción de lo social [...] La totalidad de la historia puede, en todo caso, ser replanteada como a partir de una infraestructura en relación con estas capas de historia lenta. Todos los niveles, todos los miles de niveles, todos los miles de fragmentaciones del tiempo de la historia se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semi-inmovilidad: todo gravita en torno a ella” (Braudel, 1992, p. 74).

³⁰ “Cuando pienso en el individuo, me siento siempre inclinado a verlo prisionero de un destino en el que él tiene poco que hacer, fijo en un paisaje en el que las infinitas perspectivas del largo plazo se pierden en la distancia [...]” (Braudel, citado por Stuart, 1988, p. 175).

reduciéndolos a la condición de entorno de un sistema.³¹ De otra parte, estudios en los que las estructuras y sus determinaciones quedan excluidas, o pasadas por alto, y nos enfrentamos a actores (individuales o colectivos) que actúan sin condicionamientos, flotando en el aire, y en que se les supone capaces de hacer la historia que quieran.³²

Ante esta polarización, habría que afirmar, todavía de manera general, que, en ningún caso, cualquiera que sea el nivel o cualquiera que sea la periodización, debe desaparecer la relación estructura-sujeto y las mutuas relaciones entre estos elementos.

Un punto de partida básico para aproximarse al problema es desechando las posiciones que consideran a cada uno de estos elementos como unidades irreducibles: *porque no existen sujetos sin estructuras ni estructuras sin sujetos*; no hay sujetos ajenos a relaciones sociales, así como tampoco relaciones sociales vacías de sujetos.

Sin embargo, es importante considerar que *los sujetos y la noción de sujetos se redefinen en función del espesor y de la temporalidad adoptada*, por lo cual no siempre, en cualquier nivel y en cualquier tiempo, estamos haciendo referencia a los mismos actores.

En el nivel de las estructuras, lo que tenemos son grandes agrupamientos sociales, sujetos colectivos. Y ello es así porque en este nivel lo que importa son los cimientos de la organización societal, por lo cual se destacan los agrupamientos humanos que de allí se derivan. Por tanto, en este nivel, las historias y los actores individuales no encuentran buena ubicación. Las clases sociales son quizá el más conocido y útil de los sujetos en este nivel de análisis. Ello no se contradice con otros agrupamientos por sexo, género o etnia, de gran significación en las últimas décadas en la región, como acontece con los movimientos indígenas y los feministas.

³¹ Como ocurre en la propuesta sistémica de Niklas Luhmann, que conduce a “un concepto de sociedad radicalmente antihumanístico”. (Luhmann y De Georgi, 1993, p. 33).

³² Esta imagen no es ajena a la visión liberal del mundo, en la que se supone que todos podemos ser Rockefeller si nos lo proponemos y aprovechamos las oportunidades. Pareciera que no hay nada que ponga límites a esa meta, que no sea nuestro esfuerzo y nuestro trabajo y, quizá, un poco de suerte.

Es en la coyuntura (y en el espesor inmediato, la formación social) en la que los actores individuales adquieren no sólo visibilidad, sino que pasan a ocupar un papel destacado para comprender la dinámica de los procesos societales. Hitler, por ejemplo, le otorgó al nazismo un rasgo particular con su liderazgo. Sin embargo, el realce del papel de los individuos no implica abandonar la noción de los agrupamientos sociales mayores. Al fin y al cabo, para seguir con el ejemplo, el nazismo respondió a procesos de la sociedad alemana que rebasaban la personalidad de Hitler y permitió, entre otras cosas, el fortalecimiento de los grandes conglomerados económicos productores de acero y armas alemanes. El análisis social no puede reducirse a la acción de actores individuales.

Muchos ordenamientos que podemos realizar en la superficie y a corto plazo adquieren sentido cuando los engarzamos en la estructura y en el tiempo largo. De esta forma, los actores sociales, sean individuos o colectivos, ya no aparecen sin referentes a elementos duros de la complejidad social, y sus acciones tienden así a ganar sentido, incluso para comprender *la distancia* que pueden ganar sobre los factores estructurales.

Pero debemos avanzar algunos pasos más en el desciframiento de la relación estructuras-sujetos. *Las estructuras y los sujetos mantienen en la historia una relación desequilibrada*: hay tiempos sociales en los que prevalecen unas y tiempos sociales en los que prevalecen otros. *La historia no es una relación de equilibrio entre estructuras y sujetos*, en la que, al mismo tiempo, ambos mantienen la misma preponderancia.

En momentos normales, cuando el tiempo social se dilata y se mueve con la cadencia de lo cotidiano, de lo previsible de un día con otro, los hombres tienden a organizar su vida social en torno a rutinas dentro de espacios sociales acotados. Por ejemplo, hay que trabajar para sobrevivir y, entre los factores sustantivos, las condiciones de clase determinan, en líneas generales, las modalidades de sobrevivencia y el tipo de actividades dentro de las cuales se trabaja.

La libertad también se ejerce en espacios sociales específicos: se puede elegir dónde trabajar, pero si se es obrero, el rango de opciones es más o menos limitado a esa situación social. Existe libertad respecto a cómo ocupar el tiempo libre. Pero las posibilidades de uso de ese tiempo también estarán marcadas en lo fundamental por la condición social. Así, para un obrero, la opción de irse de vacaciones al Caribe no existe como elección real.

De esta forma, *en tiempos sociales dilatados las estructuras tienden a prevalecer sobre los sujetos*, fijando un cierto espacio de acción social.³³ Y éstos son los tiempos cronológicos que tienden a prevalecer en la vida de la mayoría de los hombres.

La situación es distinta en momentos de tiempos sociales condensados y de condensación de los niveles de la realidad social. En definitiva, la situación cambia en las coyunturas. Aquí los sujetos muestran toda su capacidad de *hacer* historia, de recrear historia, ya no unos cuantos, como ocurre en los tiempos sociales dilatados, sino muchos, *rebasando los límites que imponen las estructuras*.

En la Revolución mexicana, por ejemplo, muchas mujeres rompieron con las ataduras que las amarraban a la cocina y a la vida hogareña, y se unieron a campesinos que dieron vida a los ejércitos agraristas. Llegaron lejos en su arremetida contra las estructuras: se cruzaron cananas en el pecho y tomaron las armas, y vivieron su sexualidad de una manera distinta a la que prevalecía en la época.

Acontecimientos extraordinarios como el ejemplo anterior son recurrentes en las coyunturas. En esos tiempos sociales, los sujetos desarrollan capacidades que les permiten pasar de *reproductores de estructuras*, que es lo que ocurre en tiempos sociales dilatados, a *creadores de estructuras*. *En las coyunturas los sujetos prevalecen sobre las estructuras*.

³³ Tema que no contempla, por ejemplo, el *Public Choice*. Aquí los hombres buscan elevar al máximo los beneficios, pero sin contextos. Al considerar como un dato dado el problema de las diferencias sociales, este cuerpo teórico se desentiende muy fácilmente del problema. Para esta corriente véase James Buchanan y Gordon Tullock (1993).

Éstos son momentos de gran condensación de tiempo social. Pero son tiempos reducidos del punto de vista del tiempo cronológico en la vida de la mayoría de los hombres y de las sociedades. No en todo momento los sujetos están en condiciones de modificar radicalmente las condiciones sociales de su existencia, ni las sociedades de revolucionarse.

Planteadas así las cosas, conviene retomar la idea de que estructuras y sujetos no deben considerarse como unidades irreductibles o elementos autoexcluyentes. Hemos dicho que no hay sujetos sin estructuras ni estructuras sin sujetos. Esto implica, entre otras cosas, que la acción de los sujetos, aun predominando el efecto reproductivo de las estructuras, tiende a producir crisis sociales. Pero no sólo esto, que puede entenderse como resultado de una inercia societal: la acción de los sujetos puede acelerar la gestación y arribo de coyunturas. De esta forma, los sujetos intervienen en las estructuras, no sólo en las coyunturas. Su incidencia es permanente, y puede acentuarse.

A modo de conclusión: el sujeto en la historia

Los elementos considerados permiten ponderar de mejor manera los esfuerzos teóricos por reivindicar el papel del sujeto en la historia, tema que de manera recurrente vuelve a ganar vida en el curso de las ciencias sociales. Se puede afirmar que cualquiera que sea la dimensión del análisis que realicemos, los sujetos deben estar presentes. En unos casos hay mejores condiciones para observar sujetos colectivos; en otros, sujetos individuales.

Sin embargo, ello no puede suponer que los sujetos estén en condiciones de escribir cualquier historia en cualquier momento. Con Marx podríamos decir que “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1980, p. 408).

El peso diferenciado que alcanzan las estructuras y los sujetos, en distintos momentos, permite enmarcar y comprender el error de algunas críticas formuladas al marxismo en cuanto teoría determinista, por un lado, y teoría voluntarista, por otro. Marx, desde esta óptica, se ubicaría en el primer sesgo y Lenin sería el mejor ejemplo del segundo. Sin embargo, lo que está presente en el marxismo es la posibilidad de integrar en su cuerpo teórico el papel de las estructuras y los sujetos y comprender las razones del desequilibrio en su relación.

Marx y Lenin están preocupados por la transformación societal. En su análisis, el primero subraya las determinaciones de cómo los hombres hacen historia y cómo surgen contradicciones que posibilitan las transformaciones sociales, a partir de los enfrentamientos entre los que considera conglomerados sociales fundamentales para entender el cambio: las clases sociales. Lenin, por su parte, acentuará el análisis de aquellos elementos que hacen posible a los hombres crear coyunturas y convertirlas en detonantes de nuevas organizaciones sociales.³⁴

Desde esta perspectiva, el “determinismo” de Marx y el “voluntarismo” de Lenin no responden a dos visiones distintas del marxismo, que se excluyen. Son dos caras de un paradigma de análisis que integra el tiempo social dilatado y el tiempo social condensado, de cómo uno y otro se intervienen mutuamente; del peso de las estructuras y de las posibilidades revolucionarias de los sujetos.

Bibliografía

Anderson, Perry (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI.

³⁴ Aquí no nos pronunciamos sobre la propuesta leninista en materia de organización política, tema que escapa a los problemas abordados. Simplemente queremos destacar las posibilidades de acción de los sujetos sociales en su análisis.

Braudel, Fernand (1992). *La historia y las ciencias sociales*. México: Alianza Editorial. En James Buchanan, y Gordon Tullock (1993). *El cálculo del consenso*. Barcelona: Planeta-Agostini.

Clark, Stuart (1988). Los historiadores de *Annales*. En Quentin Skinner (comp.), *El retorno de la gran teoría*. Madrid: Alianza Editorial.

Luhmann, Niklas (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos/UIA/Centro Editorial Javerino.

Luhmann, Niklas y De Georgi, Raffaele (1993). *Teoría de la sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/UIA/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Marx, Carlos (1980). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. En Carlos Marx y Federico Engels. *Obras Escogidas*. T. I. Moscú: Editorial Progreso.

Osorio, Jaime (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. Barcelona: Anthropos-UAM.

Poulantzas, Nicos (1969). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.

Capítulo 8 | La construcción de América Latina como problema teórico

América Latina no constituye un objeto dado, como supone el positivismo-empirista. Tampoco es pura desarticulación, como concluye el planteamiento posmoderno. Por el contrario, aquella es resultado de una construcción en donde se imbrican elementos lógicos, teóricos e históricos que nos permiten configurarla y convertirla en un problema teórico. La tarea en este capítulo será mostrar un camino posible en tal dirección que contemple el todo regional y permita, al mismo tiempo, asumir las diferencias y diversidades prevaletentes en su interior.

De la totalidad a los particulares

Un punto de partida fundamental en esta empresa es arrancar desde la noción de *totalidad*¹, con lo cual hacemos referencia a *aquello que organiza, articula y jerarquiza la vida social y que le otorga sentido*. En nuestro tiempo ese papel lo cumple la lógica del capital y su despliegue histórico como organización económico-social: el capitalismo.

¹ “Lo verdadero es el todo” afirma Hegel, ya que la filosofía existe “esencialmente en el elemento de lo universal, que lleva dentro de sí lo particular”. (Hegel, 1966, p. 7-16).

El capitalismo constituye una organización de la vida social en donde el grueso de lo producido por los humanos adquiere la condición de mercancías², y en donde la riqueza “se nos aparece como un inmenso arsenal de mercancías”. (Marx, 1973, p. 3). La propia capacidad de trabajar (que incluye elementos fisiológicos, como los musculares, nerviosos, cerebrales, óseos, etc., y espirituales, como la imaginación y la creatividad) es decir, la fuerza de trabajo se convierte en mercancía. A ello se añade que este mundo social gira en torno a la producción y acrecentamiento de la plusvalía, de un dinero (D) que lanzado al mercado con el fin de incrementarlo (D'), desatando un verdadero tornado que en su vorágine termina arrastrando, atrapando e imponiendo su impronta a toda la vida social. Una de sus expresiones más significativas es la apropiación por parte del capital de la propia existencia de los trabajadores y su capacidad de poner sus vidas en entredicho (Osorio, 2012).

Desentrañar la totalidad —en el caso actual, la lógica del capital— constituye por tanto un requisito necesario para descifrar el sentido del mundo social, aquello que permite explicar la forma como los humanos se organizan, las modalidades y relaciones que se establecen para producir, los vínculos con la naturaleza, el tipo de comunidad política posible, las subjetividades que se forman, etcétera.

No pasará inadvertido que la idea de totalidad camina en sentido contrario a las propuestas de autores como Karl Popper (1973), desde la filosofía, o de Max Weber (1973), desde la sociología, para quienes en tanto la realidad es infinita y el conocimiento es finito, postulan que nunca se puede llegar a conocerlo todo, asunto éste que nos remite más a una noción empírica de completud (Morin, 1998) y no a la de totalidad. Más a fondo, lo que estos autores niegan es la posibilidad de definir algún sentido a la vida social en términos sustantivos y, en el caso de Weber, la postulación que debemos conformarnos

² Productos destinados al mercado, para ser vendidos o intercambiados, no para el autoconsumo.

entonces sólo con la comprensión de fenómenos particulares, los únicos al alcance de las limitadas facultades humanas de conocer.

Esta suerte de resignado reconocimiento de las limitaciones para conocer encuentra sus raíces filosóficas en el planteamiento del ilustrado Immanuel Kant (2003), quien señala que el conocimiento se remite sólo a los fenómenos, porque aquel nunca alcanza el *noúmeno*, la “cosa en sí”. Los humanos no estamos en condiciones de alcanzar la esencia de las relaciones sociales. Llevando a su extremo este planteamiento, con otros argumentos, se ubicarán posteriormente Nietzsche, Foucault y la deriva posmoderna en sus cuestionamientos a la posibilidad de conocer y hacer inteligible el mundo social³.

En su hacerse mundo y complejizarse, *la lógica del capital deviene capitalismo*, una forma histórica particular de organización del conjunto de la vida social. Burgueses y proletarios, por ejemplo, presentes en el estadio anterior como capital y trabajo, terminan tomando forma como clases sociales, las fundamentales, en medio o —mejor- en relación entre sí y con otras clases. El Estado, inscrito como germen en el capital en tanto poder despótico, asume su dimensión acabada en tanto no sólo coerción sino también legitimado por formas consensuales, y también como un aparato de Estado, esto es, un conjunto de instituciones, con funciones jerarquizadas, personeros y cuerpos legales y administrativos.

El capitalismo, por su parte, en tanto expresa la esencia del capital, reclama un espacio planetario para desplegarse, dando vida al *sistema mundial capitalista*. Aquí debe hacer frente a una contradicción que le es intrínseca: el capital necesita de un espacio mundial en su expansión constitutiva, pero su conformación histórica ha debido sustentarse sobre la base de Estados nacionales, los que impulsan, pero también limitan aquella vocación.

³ Al fin que la ilustración y su crítica posmoderna son dos caras de la propia modernidad, al decir de Carlos Pérez Soto (2008). Sobre el tema véase Nietzsche (1998) y Foucault (1999).

La lógica del capital, en su despliegue *en tanto sistema mundial*, termina generando diversas *formas de capitalismo*, o capitalismo *particulares*, que no deben ser reducidos al *universal* capital o capitalismo. En sus líneas más significativas, en relación a los problemas que aquí nos ocupan, ello implica concebir el sistema mundial capitalista como una unidad heterogénea compuesta a lo menos de regiones y Estados con mayor poder y con la capacidad de apropiarse de valor desde otras economías, y que generan sus propias formas de reproducción, el llamado mundo central o imperial, junto a regiones y Estados que sufren despojos de valor y que en mutua relación con aquellos, generan a su vez sus formas específicas de reproducción del capital, el mundo dependiente.

Considerados estos mundos en su relacionalidad nos permite comprender que desarrollo y subdesarrollo emergen como las dos caras de un mismo y único proceso, el despliegue del capital como sistema mundial, encarnados en centros o economías imperiales y periferias o economías dependientes. No hay forma entonces de intentar comprender el llamado atraso o el subdesarrollo latinoamericano, por ejemplo, amén de sus formas de dominación y demás aspectos sociales, fuera de ese campo de relaciones y de las particularidades que presenta en diversos momentos y épocas históricas.

Esta es una vía —posible y quizá ineludible— para construir a América Latina como un problema teórico: ¿cuál es su lugar en la producción, reparto y apropiación del valor a nivel del sistema capitalista?, y ¿cuál es la modalidad particular que asume la reproducción del capital en una región dependiente como ésta con consecuencias en el conjunto de su entramado y dinámica societal?

Los particulares pueden multiplicarse, reclamando explicaciones sobre su originalidad. Porque América Latina siendo una unidad atravesada por la condición dependiente presenta en su interior diversidades: Argentina no es Guatemala; Bolivia no es México. Unas naciones fueron (y siguen siendo) economías de enclave, otras de control nacional; unas producen valores de uso que son bienes salariales básicos (carne, trigo), otras exportan “los postres” (café, frutas,

azúcar, cacao), lo que propicia diferencias, por ejemplo, a la hora de crisis internacionales; unas crearon Estados nacionales fuertes (Osorio, 2012) y sociedades complejas desde el siglo pasado; otras sólo desde mediados del siglo XX.

A contrapelo de la mistificación que establece el discurso posmoderno sobre lo particular y la diferencia, aquí se deben agotar las exigencias de explicación de dichas diferencias. Pero ello sólo será posible, en sentido duro, en tanto se contemplen a su vez los procesos que unifican las partes diferenciadas, en el ejemplo, formaciones con un lugar específico dentro del movimiento del capital en su despliegue como sistema mundial. Universal y particular no son entonces dos aspectos que pueden ser desligados. Por el contrario, su mutua tensión reclama y cuenta con puntos de superación.

Postular a la realidad como un todo estructurado (en contra de la idea de realidad puramente desorganizada), y jerarquizada (en contra de la idea de una totalidad indiferenciada), nos pone en un camino que permite avanzar en comprensión. Por ejemplo, para alcanzar conocimiento de las partes (o particulares). El todo o la totalidad siempre es más que la suma de las partes, por una razón sencilla: *el todo debe considerar las relaciones que establecen las partes*. Para el problema que nos ocupa, América Latina es mucho más que todo lo que podamos decir y agregar sobre todos y cada uno de sus Estados o economías. Hace falta establecer sus relaciones con el sistema mundial capitalista donde se encuentra inscrita y de allí definir su estructuración interna.

Esto pone en evidencia los problemas de quienes creen que por la vía de *sumar estudios parciales* (países, regiones o subregiones), terminarán reconstruyendo (la explicación de) América Latina. Los (enormes) libros que suman ensayos país por país sobre un mismo tema, con la ausencia de una articulación de la totalidad ejemplifican esta postura. Hay un cierto empirismo en estos esfuerzos: que la suma de datos o informes resuelva lo que en el terreno teórico (y más a fondo, filosófico) no se ha podido resolver.

Establecido el cuadro desde donde construimos el problema latinoamericano, y desde donde podemos integrar totalidad (universales) y partes (particulares), pasemos al análisis de algunas propuestas en donde América Latina termina diluyéndose en tanto problema.

Diversas vías para olvidarse de América Latina

América Latina: un problema práctico

El pensamiento reinante, alimentado por las visiones neoliberales, ha vuelto a convertir el desarrollo en un recetario con validez universal. Los supuestos de las viejas tesis sobre “las etapas del crecimiento” (Rostow, 1961), aquellas a las cuales pueden acceder todas las sociedades, a condición de cumplir con ciertas tareas, vuelven a hacerse presente, ahora remozados, bajo una fase de ajuste y estabilización que permita “sanear” los desequilibrios macroeconómicos, y una fase de crecimiento con estabilidad y redistribución del ingreso⁴. Estos supuestos y sus nuevas “etapas” constituyen un denominador común en las propuestas para alcanzar el desarrollo formuladas por organismos internacionales y gobiernos regionales. Esta forma de razonar no es nueva: repite, simplemente modificando el tipo de tareas, los recetarios formulados desde mediados del siglo XX en adelante.

La estructura y la historia, en estos enfoques, son asumidas de una manera particular. Las diferencias (económicas) entre Holanda y Perú, por ejemplo, se deben a la presencia de ciertos elementos (innovación tecnológica, productividad, ahorro, disciplina, eficiencia, inversiones en capital humano, conocimientos, etc.) en el primer

⁴ No desconocemos que existen diferencias respecto a los actores del crecimiento, a los instrumentos y a las políticas económicas entre la propuesta rostowiana del crecimiento y la neoliberal. Aquí nos interesa destacar sus similitudes en su concepción del desarrollo como etapa. Para una exposición de los fundamentos del neoliberalismo véase José Valenzuela Feijóo (1991).

país, lo que no existen —o existen insuficientemente— en el segundo, y a una articulación de los mismos que da como resultado un “círculo virtuoso” de desarrollo en un caso, y de atraso en el otro.

La noción de estructura —entendida como un número determinado de piezas articuladas de una manera específica— es homogénea. La heterogeneidad que se presenta entre naciones es resultado de la ausencia de algunas piezas y/o a su mala articulación. Cada pieza puede ser alcanzada (o incorporada) por cualquier economía que haga los esfuerzos pertinentes con tal fin, con lo cual Perú, siguiendo con el ejemplo, si se lo propone, puede llegar a ser Holanda en materia económica.

De un plumazo desapareció el problema referido no sólo al número de piezas, sino a la gestación de piezas distintas, en tanto existen matrices estructuralmente diferenciadas, por lo que el rompecabezas peruano, aún terminado de armar, producirá un resultado diferente del holandés.

También desapareció el dato de que junto a la historia de una Holanda aislada (si es que esto puede concebirse), hay una historia más global e integrada, que ha ligado y liga de maneras diversas las historias de los dos países⁵. Por ejemplo, Braudel destaca que “toda economía-mundo” tiene un “corazón” o “centro”, el cual, en la etapa de surgimiento y madurez del capitalismo “operó un centramiento hacia 1380, a favor de Venecia. Hacia 1500, se produjo un salto brusco y gigantesco hacia Venecia y Amberes y después, hacia 1550-1560, una vuelta al Mediterráneo, pero esta vez a favor de Génova; *finalmente, hacia 1590-1610, una transferencia a Ámsterdam, en donde el centramiento de la zona europea se estabilizará durante casi dos siglos.* Entre 1780 y 1815 se desplazará hacia Londres, y en 1929, atravesará el Atlántico para situarse en Nueva York” (Braudel, 1986, pp. 88-93)

⁵ Con razón Eric R. Wolf se pregunta: “Si por doquier encontramos conexiones ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas?” (Wolf, 1987, p. 17).

Lo que nos importa destacar es que en los siglos XVII y XVIII existía una organización específica de la economía mundial que hizo posible que mucha de la inmensa riqueza en metales preciosos que las coronas española y portuguesa extrajeron de América Latina (y de Perú, gran productor de oro y plata) fueran a parar a Amsterdam (actual capital de Holanda) y posteriormente a Londres y sus alrededores. El desarrollo de estas ciudades (y regiones aledañas) no puede entenderse entonces ajeno a este proceso, como tampoco el auge del comercio y la acumulación para la posterior Revolución Industrial en Inglaterra. Habrá que responder porqué Sevilla y Lisboa, corazones de los imperios español y portugués, no pudieron retener esos valores. Pero este problema no puede hacer perder de vista un asunto central: en la acumulación de valores en el mundo europeo de aquellos siglos y en los procesos que pondrán en marcha en materia de despliegue capitalista, las colonias latinoamericanas jugaron un papel relevante.

Regresando a nuestro ejemplo: ¿se puede explicar el florecimiento de Amsterdam de aquellos años exclusivamente como un asunto “interno”, ajeno al papel del Perú colonizado productor de oro y plata que terminaban en Europa? ¿No tuvieron este tipo de relaciones consecuencias estructurales diferenciadas en unos y otros casos? Es en esa historia paralela y global donde se encuentran muchas claves para comprender el surgimiento de matrices estructurales diversas que produjeron y reproducen hoy desarrollo y subdesarrollo.

Con posterioridad a la etapa colonial, los mecanismos que propician la transferencias de valores de las periferias al centro se mantienen, pero bajo otras formas, primero institucionales: hablamos de relaciones entre naciones formalmente libres; pero también de las modalidades como se realizan: pago de intereses por préstamos, traspaso de ganancias desde plantas a sus casa matrices, pago de derechos, patentes y tecnología, intercambio desigual, entre otros, alimentando las formas particulares de reproducción del capital y del desarrollo y del subdesarrollo en cada caso.

Pero los análisis, bajo nuevos ropajes, regresan nuevamente a los antiguos supuestos de la existencia de un *camino* para alcanzar el desarrollo, sobre la base de tareas, pasos y etapas que naciones de manera independiente realizan.⁶ Si se llega a plantear la pregunta por qué en nuestro ejemplo Perú no tiene algunas piezas del rompecabezas (llámese una clase empresarial “empresarial”, innovación tecnológica, etc.), las respuestas caminarán por el lado de su falta de modernidad debido a la presencia de factores que “obstaculizan” la marcha. Removidos esos obstáculos y apurando el paso se alcanzarán los nuevos estadios, con suerte hasta en plazos menores al que requirieron las naciones ya desarrolladas. O bien se responderá que Perú no sólo va atrasado en la modernidad, sino que, además, ha caminado desviado de la norma universal, por lo que junto con remover obstáculos y apurar el paso, se requiere enderezar el rumbo. La disciplina para no apartarse del camino correcto será la clave del éxito en la materia.

La posibilidad de que nunca surja en Perú una clase empresarial “empresarial” como la holandesa, a pesar de que se haga lo que el recetario del desarrollo dice, o que esta clase no se plantee las mismas tareas de aquella es algo que difícilmente se puede pensar desde esta perspectiva teórica. La relación entre los sectores exportadores latinoamericanos del siglo pasado y la tecnología es un buen ejemplo para graficar este punto. Para una oligarquía que producía preferentemente para los mercados europeos y estadounidense, con casi total despreocupación por la conformación de un mercado interno, sobre la base de una aguda explotación de abundante población trabajadora (alimentada incluso con la importación de esclavos), hubiera sido irracional pedirle que sustentara su producción sobre avances tecnológicos, como sí tuvo que hacerlo la clase empresarial inglesa, necesitada de mercado interno para su producción, por lo que -a

⁶ En esta línea vale la pena volver a consultar materiales clásicos que desde América Latina critican a las teorías del desarrollo. Por ejemplo, Osvaldo Sunkel y Pedro Paz (1970) y André Gunder Frank (1973).

través de los avances tecnológicos y la elevación de la productividad-tuvo que congeniar incrementos en la explotación y la salvaguarda del consumo obrero. Las modalidades de inserción de las economías latinoamericanas al mercado mundial hacían que lo “irracional” en términos teóricos sobre el desarrollo (como una “vía oligárquica” de desarrollo capitalista que desprecia las innovaciones tecnológicas) fuese lo más “racional” en términos reales.

Bajo los supuestos que venimos considerando, América Latina deja de ser un problema *teórico* para convertirse sólo en un problema *práctico*: el subcontinente es una región atrasada que no ha realizado adecuadamente las tareas para ingresar al camino que lleva al desarrollo. O que ha realizado algunas, pero no todas, de manera coordinada. Por lo tanto, el problema es sólo de ajustes: se remite a poner a la región en la ruta correcta. Desde estos supuestos es difícil que se pueda cuestionar la factibilidad que se recorra el camino de otras naciones y si es viable hoy la manera como ellas lo hicieron. La respuesta a ambas preguntas es sí... y a poner manos a la obra.

Universalidad abstracta sin significación de lo(s) particular(es)

Desde un extremo opuesto al enfoque recién expuesto, el asunto teórico del subdesarrollo y el de América Latina en particular también desaparecen del horizonte. En algunas interpretaciones que se reclaman marxistas se concibe la realidad como la encarnación y la expresión espacial de las leyes de la acumulación capitalista, mismas que generan riqueza en un polo y miseria en el otro. Es en el capital y en el capitalismo en donde reside la clave de toda explicación, por lo que basta conocer su lógica para comprender las leyes que rigen en toda organización capitalista. Aquí, nociones como imperialismos o centros y regiones dependientes o periferias pierden relevancia en tanto formas particulares de capitalismo. A lo sumo se conciben como simples espacios de apropiación-expropiación, pero sin contenidos propios. Es el universal teórico lo sustantivo, en tanto

los particulares quedan relegados como simples manifestaciones de aquel.

En una versión más historizada, como la propuesta teórica del sistema-mundo formulada por Immanuel Wallerstein, tenemos una visión en la que se reconocen heterogeneidades, como la constitución de centros, semiperiferias, periferias y áreas externas (Wallerstein, 1979). Pero la visión holística asume una significación que vacía *teóricamente* la relevancia de los elementos allí incluidos, particularmente todo lo que no sea “el sistema-mundo”. Por ello las formas particulares como se reproduce el capital en el llamado centro y en las llamadas periferias no pueden ser pensadas, uno, por carecer de relevancia *teórica* y, dos, porque no se cuenta con las herramientas teóricas con las cuales abordar estos procesos. De esta forma *no aparecen las redes conceptuales para entender a su vez las relaciones de las partes*⁷. El universal abstracto sistémico engulle aquí los particulares.

Wallerstein (1989) ha sido claro en su planteamiento: “No creo que el mercado mundial “engendre” versiones del capitalismo; tampoco creo que existan múltiples `versiones del capitalismo`. Lo que sí creo es que solamente hay una clase de capitalismo, la única que ha existido históricamente. Es esta entidad, única en su género y eminentemente empírica, la que me interesa describir y analizar” (p. 341). La visión del capitalismo latinoamericano como *dependiente*, en tanto un capitalismo particular y específico, deja de tener significación sustantiva en esta propuesta.

Tanto en la versión teórica que da por supuesto que todo se encuentra establecido en “el capital”⁸ (universal abstracto), como en la visión más histórica en donde sólo el sistema-mundo tiene existencia

⁷ Esta suerte de debilidad teórica y conceptual en el planteamiento de Wallerstein y la presencia de un cierto sesgo empirista, (datos sin claros referentes teóricos), lo emparentan con su maestro, Fernand Braudel, asunto señalado por Jean Chesneaux (1977, p. 149-150) y por Romano Ruggiero (1997, p. 13).

⁸ Que no es ajena a la idea de que todo está establecido, a su vez, en el libro *El Capital* de Marx (1973).

real, el problema latinoamericano tiende a diluirse como problema teórico.

Unitas multiplex

Lo anterior nos remite a lo señalado por Edgar Morin (1998), quien indica que “el pensamiento simplificante es incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*)”. Y agrega que ese pensamiento “o unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad” (p. 30).

De manera sucinta, aquí se encuentra dibujado uno de los problemas más serios de las ciencias sociales: cómo hacer análisis globales, análisis de la totalidad social, pero sin desconocer o aplastar las unidades menores: lo micro, lo regional, lo local, a los sujetos. Pero, a su vez, cómo considerar estos elementos en el análisis, pero reconstruyendo la unidad de lo diverso, *el mapa en donde la dispersión alcanza sentido*.

Las dificultades de integrar teórica y metodológicamente estos elementos conllevan en las ciencias sociales a dos modalidades de reduccionismos (o de “pensamiento simplificante”, al decir de Edgar Morin (1998)): una, que asume un sesgo holístico, en tanto “no ve más que el todo” (p. 144). Otra modalidad reduce las ciencias sociales al pequeño relato de actores y contextos, a lo micro, a lo local, en donde lo que importa es lo diverso, lo particular, *pero nunca lo que integra y organiza lo diverso y lo particular*.

En relación con el primer reduccionismo, ya hemos señalado algunas de sus manifestaciones en la crítica a la forma cómo Wallerstein asume el análisis del sistema-mundo, desde un holismo en donde las partes pierden relevancia *teórica*. Pero, así como hay un holismo que obscurece el análisis, también existe una mistificación del conocimiento parcelario, de la exhaustividad fragmentaria, que termina provocando los mismos resultados: obscurecer la realidad,

aunque por otros medios. En este caso el estudio de lo diverso es lo que importa, borrando del escenario lo que organiza lo diverso. De esta forma nunca es posible una recomposición de unidades mayores, mucho menos de la totalidad, que no sea como un gran agregado que no permite definir las relaciones y jerarquizaciones de las partes componentes.

Lo uno y lo múltiple no terminan nunca de conjugarse. Lo que importa es la unidad, lo total, dirán algunos, (el sistema-mundo o América Latina en su conjunto), en tanto otros enfatizarán que lo que importa es lo múltiple, lo diverso, lo particular (Guatemala, una provincia de Guatemala, un municipio o localidad de Guatemala), derivando en posiciones extremas que apuntan a señalar una verdad, pero al absolutizarla, la trastocan empañando lo que pretenden aclarar.

Los primeros enfatizarán que América Latina es una unidad, y tienen razón, en tanto los segundos afirmarán que Argentina y Guatemala son muy diferentes, y también tienen razón. El interrogante que sintetiza estas dos verdades y que no niega ninguna de ellas es aquel que se pregunta: ¿qué es lo que hace común a América Latina en el sistema mundial, y qué es —dentro de lo común— lo que hace diverso a Guatemala y Argentina? Este interrogante, que permite entender procesos generales y situaciones particulares, es difícil de encontrar en nuestros días.

Las unidades de análisis: ¿sistema mundial? ¿América Latina?

Un ejemplo de las dificultades de imbricar lo general y lo particular lo podemos ver en el viejo debate de los años sesenta del siglo XX en torno a si América Latina era feudal o capitalista entre los siglos XVI y XIX. Ese debate tenía consecuencias políticas inmediatas, particularmente en el seno del marxismo, entre quienes postulaban la falta de madurez capitalista de la región, lo que implicaba acelerar su paso

y para ello establecer alianzas con sectores burgueses encargados de precipitar dicha madurez, auspiciando un capitalismo autónomo, y el marxismo que emerge con posterioridad a la Revolución Cubana, el cual negaba esa inmadurez, destacando el estar frente a otra forma de ser capitalista y que rechazaba a su vez la vocación progresista y nacionalista de la burguesía, mucho menos una vez establecida la integración de ésta con el capital extranjero en el desarrollo del propio proceso de industrialización.

Más allá de estos asuntos políticos, lo que nos importa destacar es que en aquellos debates uno de los problemas presentes remitía a la *unidad de análisis* considerada *para comprender las especificidades del capitalismo latinoamericano*. ¿Cuál debía ser esa unidad? ¿América Latina aislada y remitida a sus relaciones sociales internas? ¿El sistema mundial, desconociendo las relaciones sociales internas? Al establecerse el debate en estos términos, las corrientes en disputa difícilmente podían encontrar un punto de acuerdo.

Las necesidades de incrementar la masa de metales preciosos, materias primas y alimentos llevaron a los antiguos colonizadores españoles y portugueses y a la oligarquía local, una vez realizados los procesos de independencia, a redoblar la implantación de modalidades serviles de explotación, así como la importación de mano de obra esclava, ante las nuevas demandas de aquellos bienes establecidas particularmente desde Europa.

Para quienes miraban el problema desde las necesidades del sistema mundial capitalista en ascenso, como André Gunder Frank (1970) e Immanuel Wallerstein (1979), quien se inscribe en estos debates en años posteriores, América Latina no podía sino ser capitalista desde sus orígenes coloniales, porque su producción incidió en favorecer el avance de ese sistema a nivel planetario. Pero para quienes miraban el problema desde las relaciones de producción internas, América Latina era feudal, o a lo menos precapitalista, por el peso de las relaciones serviles y esclavistas en su interior (Assadourian *et al.*, 1973).

El problema de este diálogo de sordos derivaba de mirar separadamente uno u otro aspecto: el todo llamado sistema mundial, o la

parte llamada América Latina, y no la *relacionalidad* presente entre ellos. Desde allí aparece un problema paradójico: mientras América Latina pasa a jugar un papel clave para el avance y consolidación de una nueva organización reproductiva mundial, el capitalismo como sistema, lo hace reproduciendo en su seno modalidades precapitalistas de explotación, esclavas y serviles, conjugando de manera simultánea lo “arcaico” y lo “moderno”.

El problema pasaba por encontrar una perspectiva que integrara ambas perspectivas y las categorías que dieran cuenta de la novedad, pero no como “deformación”, al compararla con las características económicas o políticas de algún modelo (el llamado mundo desarrollado), sino como una forma original y particular de organización capitalista, a lo menos desde mediados del siglo XIX⁹, distinta a otras formas posibles.

En definitiva, el problema de estas particularidades no se lograba resolver si se tiene en la mira simplemente el sistema global; pero tampoco se entiende si se tiene enfrente sólo a América Latina, separada de los movimientos del sistema mundial en ascenso. *Junto a una teoría del sistema mundial capitalista era indispensable entonces una teoría del capitalismo dependiente para comprender los procesos latinoamericanos.*

La mundialización como interrelación

La mundialización (globalización en el lenguaje común) nos remite a la idea de un mundo interrelacionado. Pero no toda interrelación conduce a hacerse visible “el problema” América Latina. Destacamos como ejemplo tres visiones.

⁹ Una de las críticas a André Gunder Frank fue confundir situación colonial con situación dependiente. Esta última, en tanto constituye un proceso interno de reproducción capitalista, sólo puede emerger en economías y naciones (formalmente) independientes y soberanas. Véase Ruy Mauro Marini (1973).

Las interrelaciones como responsabilidad global

Esto puede expresarse así: todas las naciones forman parte de un mismo planeta, por lo que son responsables de lo que acontece en él. La defensa del Amazonas es responsabilidad de todos, así como la protección de la capa de ozono o de determinadas especies animales. Las diferencias de desarrollo entre las naciones sólo son significativas sea para decidir quienes aportan más y quienes menos recursos, sea para quienes son más o menos responsables frente a los problemas detectados. Lo importante son las responsabilidades compartidas para la defensa de “la casa común”¹⁰.

Las interrelaciones como (inter)dependencia global

Estamos en un mundo en donde todas las economías se necesitan. La economía A necesita lo que produce B y ésta lo que produce C, en tanto esta última requiere lo que produce A. No hay economías que puedan subsistir aisladas. Economías abiertas y mutuamente necesarias es el signo de nuestro tiempo. Todos dependemos de todos o, lo que es lo mismo, todos somos (inter)dependientes. Y en este proceso sólo cuentan las diferenciaciones de valores de uso que cada economía produce. Algunas exportan robots, otras azúcar, unas terceras computadoras, las de más allá trabajadores. La diferenciación así asumida sólo tiene consecuencias en la generación de mutuas necesidades y en la necesidad de la cooperación¹¹.

¹⁰ Un enfoque en esta perspectiva lo constituye el exitoso libro de Donella H. Meadows *et al.* (1972).

¹¹ Argumentos en esta línea fueron vertidos para criticar la teoría de la dependencia: las naciones siempre necesitan algo de otras; todas son mutuamente dependientes. Por tanto, ¿por qué sólo atribuir “la dependencia” a determinadas naciones o regiones? Otros dirán que estamos en un mundo *interdependiente*, sin poder distinguir diferenciaciones en ese proceso. El obrero y el capitalista son mutuamente dependientes e interdependientes. Pero esto no impide analizar las consecuencias diferenciadas que provocan en cada uno.

Las interrelaciones como resultado y detonante de diferenciaciones estructurales

Junto a la producción de distintos valores de uso, las economías nacionales participan de manera diferenciada en la generación y apropiación de valor, proceso que gesta economías con matrices de reproducción particulares¹².

En rigor, sólo la última forma de concebir la interrelación entre regiones y naciones permite plantear interrogantes sobre las originalidades de éstas y en particular sobre América Latina. En las primeras dos visiones el subdesarrollo (latinoamericano) no existe como problema teórico.

Estructura, coyuntura y sujetos

El problema de los ritmos de la historia social y del papel de las estructuras y de los sujetos en esos ritmos constituyen asuntos que competen al conjunto de las ciencias sociales, y tienen significación a la hora de pensar América Latina en tanto eslabón débil que actualiza la revolución. Por ello vale dedicarles algunas líneas a estos asuntos.

La dimensión horizontal y la periodización

Estructura y coyuntura hacen referencia *en un primer momento* a la dimensión temporal y espacial del análisis. Constituyen modalidades de periodización, cortes o segmentos del proceso de la vida social: la larga duración y el corto plazo, lo que plantea los problemas de su imbricación. Pero siguiendo a Braudel cabe no olvidar que existe una *pluralidad de tiempos* operando de manera simultánea en la

¹² La corriente marxista dentro de la teoría de la dependencia puede ubicarse en esta posición, véase Ruy Mauro Marini (1973) y Jaime Osorio (2016).

vida social. Si aquí privilegiamos sus extremos es sólo como parte de un ejercicio heurístico.

Los procesos de coyuntura tienen significados distintos cuando los analizamos en segmentos de tiempo mayores. Las luces de los acontecimientos, dirá Braudel, se pierden en la noche del largo plazo. La larga duración nos permite observar movimientos que desde el corto plazo parecen inertes: cambios en las relaciones sociales y en las organizaciones productivas; en las pautas culturales, en las dinámicas de las poblaciones, etcétera.

En esta perspectiva, el largo plazo se constituye en un contexto necesario para comprender el significado y la relevancia que pueden tener movimientos y procesos de menor duración. Podemos establecer, por ejemplo, curvas con fases ascendentes y descendentes y ubicar en esos movimientos los fragmentos temporales menores. La apertura al análisis de tiempos de mayor duración permite definir tendencias (y recaudar más y mejor información), lo que favorece la interpretación.

Pero es en el corto plazo en donde se condensan los procesos de ruptura política, aunque los cambios que conllevan reclamen de mayor tiempo en su maduración. Esto nos indica que el análisis no puede olvidarse de *la dimensión coyuntural*¹³. Por el contrario, *constituye el tiempo privilegiado de la acción política*. El lugar secundario que otorga Braudel al tiempo corto, en favor de la larga duración¹⁴, ha sido uno más de los ingredientes en la crítica sobre la despolitización de sus análisis¹⁵.

¹³ En el lenguaje braudeliano, el acontecimiento es un segmento de tiempo que se aproxima a lo que aquí llamamos coyuntura, en tanto esta última es para el historiador francés un segmento de tiempo intermedio. Véase Fernand Braudel (1989). Punto 3.

¹⁴ “Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificio de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la obscuridad permanece victoriosa” (Braudel, 1989, p. 27). Esta es una de las más esclarecedoras imágenes del significado que Braudel otorga a la larga duración.

¹⁵ Chesnaux, por ejemplo, critica la visión braudeliana de la larga duración al considerarla una historia de masas “pasiva” y despolitizada. En este tipo de estudios “se

La dimensión vertical: espesores o niveles de análisis

La realidad constituye una entidad con diversos espesores o capas, que pueden ir de las más profundas u ocultas, a las más visibles o de superficie. A estos distintos “espesores” de la realidad y a su manera diversa de interpelar se refiere Marx cuando señala que muchos fenómenos se hacen visibles a los observadores al revés de como ellos operan en los niveles más profundos¹⁶.

Los espesores o niveles están imbricados, siendo los más profundos, los de *estructura, allí donde se condensan las relaciones sociales de producción*, desde donde se articula y organiza la vida social y le dan su sentido: la lógica del capital, de acuerdo a lo que hemos analizado en el primer punto de este capítulo. Por ello, su conocimiento es indispensable para enfrentar el análisis de los niveles más concretos y sus múltiples determinaciones, lo que reclama nuevos desarrollos teóricos, para comprender sus movimientos y sus distorsiones¹⁷.

En su despliegue la historia humana es heterogénea: del *ritmo casi regular* y homogéneo que puede predominar en largos periodos, se puede pasar a la *arritmia y a la convulsión social* en otros tiempos, propiciando en muchos casos el derrumbe de estructuras y el surgimiento de nuevas formas de convivencia social. La historia, por tanto, no es una simple sucesión continua, sino que presenta mayores o menores discontinuidades.

El *tiempo social*, aquel que define los ritmos de la vida social, entonces, no es el simple tiempo cronológico: rítmico y homogéneo. Por

acumularán las informaciones sobre la alimentación en el siglo XVII, pero el lector apenas sabrá quién come bien y quien come mal, *ni por qué*, ni el papel del hambre y de la saciedad en el equilibrio de las fuerzas políticas, y en las luchas de clases” (Chesneaux, 1977, p. 149-150). Criticando a la Escuela de los *Annales*, Chesneaux (1977) agrega que “la larga duración es política; no es, pues, continua más que en apariencia, puesto que va a dar siempre a lo discontinuo, a las mutaciones profundas y las sacudidas brutales” (Chesneaux, 1977, p. 151).

¹⁶ Al capitalista “en la competencia, todo se le presenta cabalmente al revés”, en donde la ganancia se le aparece como “una fuente de ingreso independiente del trabajo [...]” (Marx, 1980, p. 57).

¹⁷ Por ejemplo, que la plusvalía se trastoque en ganancia, la que oculta la explotación.

el contrario, presenta condensaciones, en donde lo que tendía a suceder en años o décadas de pronto irrumpe de manera concentrada. En tanto la realidad social es contradictoria, por ejemplo, generando riqueza a condición de generar abundante pobreza; haciendo de la condición de vida del trabajo una condición de muerte para los que trabajan, termina erupcionando y acelerando la marcha del tiempo social.

Es en esta dimensión donde el tema del sujeto alcanza mayor sentido: los niveles profundos, donde se condensan las relaciones sociales, generan clases sociales, agrupamientos humanos que se diferencian entre sí por la capacidad de explotación y de dominio de unas sobre otras, las que alcanzan su despliegue en niveles más concretos. Pero en dicho despliegue las clases pueden diluirse *políticamente* en tiempos “normales” de dominio y explotación, y cristalizar su constitución como tales en los tiempos sociales condensados, allí en donde los conflictos generados por las contradicciones alcanzan y atraviesan todos los niveles.

Es en el cruce del tiempo largo y el tiempo corto, y de los niveles profundos con los de superficie, en un tiempo social particular de condensación, cuando emerge en sentido estricto la coyuntura. Es en ese tiempo, el coyuntural, cuando la voluntad y la capacidad transformadora de los sujetos sociales alcanzan toda su potencialidad, rompiendo con el peso, la inercia y la determinación de las estructuras que prevalecen en los tiempos “normales”¹⁸.

Comentario final

El conjunto de problemas antes abordados nos ofrece elementos para construir a América Latina como un problema teórico. En ese esfuerzo, caminar de la mano de la filosofía (y de lo epistémico) a

¹⁸ Más sobre estos temas puede verse en Capítulo 7 de este libro.

territorios de diversas ciencias sociales parece un camino ineludible. Lo disciplinario debe ser

transgredido, ya que se convierte en una camisa de fuerza para la reflexión. El propio problema llamado América Latina reclama una visión que rebase lo disciplinario. Su construcción, sin embargo, no se logra por la sumatoria de pedazos disciplinarios (un poco de economía, otro de sociología, un tanto de historia, etc.), sino de una perspectiva de totalidad, la que nos orientará respecto a qué tomar de lo disciplinario y cómo estructurarlo en el análisis.

Bibliografía

Assadourian, Carlos et al. (1973). *Modos de producción en América Latina*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente.

Braudel, Fernand (1986). *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Braudel, Fernand (1989). *La historia y las ciencias sociales*. España: Alianza Editorial.

Chesneaux, Jean (1977). *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* México: Siglo XXI Editores.

Foucault, Michael (1999). *Obras esenciales. Vol. II*. Barcelona: Paidós.

Frank, André Gunder (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frank, André Gunder (1973). *América Latina: subdesarrollo o revolución*. México: ERA.

Hegel, George (1966). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kant, Immanuel (2003). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada.

Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.

Marx, Carlos (1973). *El Capital. T. I*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Marx, Carlos (1980). *Teorías sobre la plusvalía. T. II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meadows, Donella et al. (1972). *Los límites del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, Edgar (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Nietzsche, Friedrich (1998). *La gaya ciencia*. Madrid: Akal.
- Osorio, Jaime (2016). *Teoría marxista de la dependencia. Historia, fundamentos, debates y contribuciones*. México: Itaca/UAM Xochimilco.
- Osorio, Jaime (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. Barcelona: Anthropos/UAM.
- Pérez Soto, Carlos (2008). *Desde Hegel. Hacia una crítica radical de las ciencias sociales*. México: Ítaca.
- Popper, Karl (1973). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza/Taurus.
- Rostow, Walt (1961). *Las etapas del crecimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruggiero, Romano (1997). *Braudel y nosotros*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sunkel, Osvaldo y Paz, Pedro (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI.
- Valenzuela Feijóo, José (1991). *Crítica del modelo neoliberal*. México: Facultad de Economía, UNAM.
- Wallerstein, Immanuel (1979). *El moderno sistema mundial. T. I*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, Immanuel (1989). Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern. *Revista Mexicana de Sociología* (3).
- Weber, Max (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Wolf, Erik (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo 9 | Sobre epistemología y método en Marx

“[...] toda la concepción de Marx no es una doctrina sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación”.

Carta de Engels a Sombart, marzo de 1895

Toda reflexión científica, de manera abierta u oculta, se realiza a partir de ciertas concepciones, sea sobre la realidad, sobre qué significa conocer y cómo alcanzar conocimiento, sobre la relación individuo-sociedad, y muchas otras. Ellas definen el *horizonte de visibilidad* de la reflexión, los problemas y preguntas que se plantea, lo que ilumina y lo que queda a oscuras.

La reflexión de Marx no es ajena a esta situación. Sin embargo, como en muchos otros terrenos, salvo contadas páginas de su inmensa producción, en donde se ubicarían privilegiadamente la “Introducción a la crítica de la economía política” y algunas cartas, no se encuentra un trabajo que desarrolle su postura epistemológica y metodológica sobre el quehacer científico. De allí que todo ello debe ser desentrañado de su obra misma, lo que implica una tarea nada fácil, sea por la densidad de los temas abordados, como por la complejidad de los problemas epistemológicos y metodológicos imbricados en el tratamiento anterior.

En las páginas que siguen desarrollaremos los elementos básicos que definen la postura de Marx en su tarea de conocer y producir ciencia. Adelantemos que ellos se ubican en franca oposición a los

supuestos que de manera predominante guían la reflexión actual en las ciencias sociales en general.

Lo relacional

Uno de los elementos claves en la reflexión de Marx es su esfuerzo por desentrañar las relaciones que organizan la vida en sociedad, las que terminan conformando una densa red que articula las actividades de los hombres. Por ello, dirá Engels, “la economía política no trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas y aparecen como cosas*”. (Marx y Engels, 1980, p. 529).

Un planteamiento de esta naturaleza da por sentado que las condiciones y suerte social de unos hombres está ligada a las condiciones y suerte social de otros. Que existen relaciones y que éstas tienen incidencia en las cuestiones sustanciales de la vida social.

Pero tan importante como asumir que la ciencia social debe dar cuenta de lo relacional es la tarea de construcción conceptual capaz de dar cuenta de ese proceso. Este es un aspecto central de las categorías empleadas por Marx¹. Si habla de capital entiende que “no es una cosa, sino determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico-social [...]” (Marx citado por Therborn, 1980, p. 381). El capital expresa de manera concentrada una forma de sociedad organizada sobre la base de propietarios y no propietarios de medios de producción, que *entran en relaciones sociales a partir de esa situación concreta*, propiciando la gestación de trabajo excedente bajo la forma de plusvalía, una de las formas o encarnaciones del capital.

¹ “Es en esta naturaleza social de las categorías materiales donde Marx veía sus ‘conexiones internas’. Los economistas vulgares sólo estudiaban las apariencias externas que son formas ‘enajenadas’ de las relaciones económicas [...] sin captar su carácter social” (Rubin, 1974, p. 74).

Lo mismo podemos decir de la noción plusvalía. Ella remite a un producto excedente (que debe asumir la forma de dinero en el capitalismo) que queda en manos de un agrupamiento social distinto al que lo produjo, lo que deja a este último en “libertad” de vender su capacidad de trabajo -a cambio de un salario-de manera recurrente para vivir. La noción de plusvalía da cuenta entonces de la relación apropiación-expropiación o, en otras palabras, de la relación explotador-explotado. También salario y renta enfatizan aspectos del reparto de la riqueza específicos, pero establecen, a su vez, el campo relacional. En fin, la propia noción de valor no puede sino ser entendida como un asunto social: productores independientes de mercancías que deben someterse al tiempo de trabajo social necesario, esto es, al tiempo de trabajo de otros productores.

Esta es una particularidad del sistema categorial de Marx. Sus conceptos son “abiertos”, en el sentido que conforman puentes para establecer las articulaciones que organizan a la sociedad. Y esos puentes no sólo permiten descubrir las articulaciones en el campo económico, sino que lo rebasan para entrar a lo social y lo político. Plusvalía es también la forma de apropiación de la riqueza social por parte de un agrupamiento social, de una clase social, la burguesía. Salario es la forma de apropiación de riqueza de otra clase, diferente de la primera, pero definida por su relación con aquella, y diferente, pero en mutuas dependencias sociales, a su vez, del agrupamiento humano que se apropia de la renta y que da vida a la clase terrateniente. Cada una de estas clases gestará relaciones diferenciadas en el campo político y frente al poder en función de posiciones estructurales diferenciadas en el terreno de la explotación y de la dominación.

Tenemos entonces un *corpus conceptual en donde lo transdisciplinario forma parte de su propia construcción*. Esto, de partida, ofrece un tipo de análisis diametralmente distinto a los esfuerzos inter o transdisciplinarios que arrancan con categorías o conceptos “cerrados”, lo que termina dando como resultado algo más cercano a un *collage* (más grande o pequeño), que a un análisis integrado.

Red de relaciones sociales versus individualismo metodológico

El énfasis en Marx por destacar las relaciones sociales tiene como sustrato la hipótesis que la sociedad no constituye un simple agregado de átomos (individuos) sino una entidad diferente, mucho más compleja que las particularidades de sus componentes aislados, y que antecede al individuo, determinándolo. Tenemos “individuos que producen en sociedad, o sea la producción de individuos socialmente determinada: éste es naturalmente el punto de partida”. De ninguna manera “el cazador o el pescador solos, aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo...” (Marx, 1971, p. 3).

Esta tesis está en las antípodas de las del individualismo metodológico, para quien “los hombres en el estado de sociedad son fundamentalmente individuos” y que “al reunirse, *no se convierten en una sustancia distinta*, dotada de propiedades diferentes”. En definitiva, para este enfoque “los seres humanos en sociedad no tienen más propiedades que las derivadas de las leyes de la naturaleza individual y que pueden reducirse a ésta”. (John Stuart Mill, citado por Valenzuela Feijóo, 1995, p. 46).

Para la economía neoclásica y el *rational choice* “los colectivos no actúan, no tienen intereses; los colectivos no tienen planes [...] Quien verdaderamente actúa, tiene intereses, planes, etc., es el individuo. *Esta es, en síntesis, la tesis del individualismo metodológico*”. (Schwartz, Rodríguez y Méndez, 1993, p. 29).

En el extremo, Marx dirá que “el hombre es [...] no solamente un animal social, sino un animal que *sólo puede individualizarse en la sociedad*”. Asumir en el análisis “la producción [...] de un individuo aislado, fuera de la sociedad” —las “robinsoneadas” de la economía neoclásica— “no es menos absurda que la idea de un desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan *juntos* y hablen entre sí” (Marx, 1974, p. 4).

Como podrá apreciarse, no es que el marxismo no hable o no pueda considerar a los individuos en su análisis. *El problema reside si asumirlos aislados del campo social en que se desenvuelven, desde una naturaleza abstracta y atemporal*, y desde allí definir sus acciones, motivaciones, intereses, necesidades y racionalidades, como lo consideran la economía neoclásica, la ciencia política del *rational choice* o la sociología de la acción social,² o bien considerar que sus motivaciones, intereses, necesidades y racionalidades están enmarcadas por el campo de relaciones sociales en donde esos individuos se ubican.

Tenemos así dos perspectivas de lo societal que conducen a derroteros totalmente diferentes, *los que no encuentran puntos de convergencia* una vez asumido uno u otro punto de partida³.

De la totalidad

La tesis que la sociedad constituye una unidad que rebasa la simple sumatoria del accionar de sus componentes individuales remite en Marx a la idea de totalidad, de una unidad compleja, articulada y jerarquizada de los elementos que la componen, cuya comprensión no

² “La economía marginalista parte del actor individual que calcula cómo alcanzar sus fines con medios escasos”, señala Goran Therborn, y agrega que “la sociología interpretativa de Weber -padre de la teoría de la acción social (JO)- no se concibe [...] como un arte imaginativo. Es una generalización de la economía marginalista”. (Therborn, 1980, p. 294).

³ De allí los resultados limitados a los que arriba el marxismo analítico, que busca integrar lo irreconciliable. Dentro de esa línea, John Roemer afirma: “Con respecto al método, creo que la teoría económica marxista tiene mucho que aprender de la teoría económica neoclásica” y que “respecto a la investigación sustantiva [...] la teoría económica neoclásica tiene mucho que aprender de la teoría económica marxista”. (Roemer, 1989, p. 219).

se alcanza por el agregamiento de partes⁴, por más exhaustivo que éste sea ⁵.

El conocimiento de la totalidad no significa que podamos alcanzar un conocimiento de todo lo que acontece en sociedad (que iría asociado a la idea de completud (Morin, Edgar, 1998, p. 142), sino de los elementos que articulan, organizan y jerarquizan la vida societal y que hacen posible que se reproduzca, material y socialmente, de una manera determinada⁶.

Esto supone un cuestionamiento a los análisis que creen que reconstruirán la visión global a partir de la sumatoria de conocimientos parcelarios, como también de los estudios que se abocan a alguna parcela de la realidad y que buscan “conocer”, sin una mínima hipótesis del lugar en —y las relaciones de esa parcela con— el todo mayor del cual forman parte⁷.

Lo anterior no significa un rechazo sin más a los estudios parciales, al análisis de fragmentos de la realidad. Lo que se cuestiona es la realización de este tipo de análisis sin una interpretación del lugar y de las relaciones que tales parcialidades y fragmentos mantienen con la unidad compleja o totalidad en la que se articulan y forman parte.

⁴ “Reunir todos los hechos no significa aún conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aun la totalidad” (Kosik, 1967, p. 55). A esta forma de conocer, Kosik la llama conocimiento sistemático-acumulativo, que difiere del conocimiento dialéctico en su concepción de la realidad. “Si la realidad es un conjunto de hechos, el conocimiento humano sólo puede ser abstracto, un conocimiento sistemático-analítico de las partes abstractas de la realidad, mientras que el todo de la realidad es incognoscible” (Kosik, 1967, p. 61-62).

⁵ En esta línea es que Marc Bloch (1987) señala que “el conocimiento de los fragmentos estudiados sucesivamente, *cada uno de por sí*, no dará jamás el del conjunto, *no dará siquiera el de los fragmentos*” (p. 40; subrayado original).

⁶ “[...] en el pensamiento dialéctico la realidad se concibe y representa como un todo, que no es *sólo* un conjunto de relaciones, hechos, y procesos, sino también su *creación*, su estructura, su génesis” (Kosik, 1967, p. 63). (Subrayado en el original).

⁷ En nuestros días se multiplican las investigaciones de “pedacería” social, económica, política, etc., sin referentes a las relaciones que esos “pedazos” guardan con las totalidades de la cual forman parte.

La idea de totalidad, en definitiva, va estrechamente asociado al aspecto relacional indicado al comienzo de esta exposición. Pero, es necesario insistir, no se trata del simple peldaño en donde “todo tiene que ver con todo”, quedando atrapados en una visión de la complejidad elemental. La noción de totalidad en Marx está jerarquizada y busca establecer *cuáles relaciones y de qué manera* tienen mayor incidencia en la explicación de las regularidades cómo se produce y reproduce una sociedad.

La totalidad marxista, por otra parte, se asume como una unidad contradictoria, lo que significa que, de manera simultánea, se la concibe como unidad y lucha de opuestos, que se conforma con polos sociales que se atraen y que se repelen, siendo las clases y la lucha de clases su expresión societal más importante.

Proceso histórico y periodización

El conocimiento de los fenómenos sociales no puede separarse del postulado que la realidad sobre la que reflexiona, por sus contradicciones, se recrea y se encuentra en un proceso constante de vida y muerte, inicio, desarrollo y liquidación, por lo que el conocimiento está obligado a dar cuenta del *proceso* que analiza y de sus *etapas o periodizaciones*⁸.

Uno de los grandes debates de Marx con la economía política clásica se desarrolla teniendo como eje los supuestos de esta última de que los procesos de los cuales intentaba dar cuenta eran inherentes a todo orden social y no construcciones sociales temporales. Por ello señala que “los economistas burgueses [...] consideran al capital como una forma productiva eterna y conforme a la naturaleza (no a

⁸ La dialéctica no puede concebir la totalidad como un todo ya acabado y formalizado que determina las partes, por cuanto a la propia determinación de la totalidad pertenece la *génesis* y el *desarrollo* de la totalidad, lo que implica desde el punto de vista metodológico la indagación de cómo *nace* la totalidad, y cuáles son las *fuentes internas de su desarrollo y movimiento*. (Kosík, 1967, p. 71-72; subrayado en el original).

la historia)” (Marx, 1971, p. 421), y que “sólo los burgueses de horizontes limitados [...] conciben las formas capitalistas como las formas absolutas de la producción, como sus formas naturales y eternas” (Marx, citado por Colletti, 1978, p. 26).

Por el contrario, para Marx “las formas económicas bajo las que los hombres producen, consumen y cambian, son *transitorias e históricas*”. Y agrega: “Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y con el modo de producción cambian todas las relaciones económicas, que no eran más que las relaciones necesarias de aquel modo concreto de producción” (Marx, 1980, p. 533).

Por otra parte, se entiende que también las categorías son históricas, que forman parte del proceso de conocimiento en su sentido general, y que como explicación de la realidad tienen validez para momentos históricos específicos, por lo que otras teorías, en otros momentos, podrán reemplazarlas, o revolucionarlas.

Ley y singularidad

En la propuesta teórica de Marx una de las preocupaciones centrales es establecer las regularidades que expliquen la vida societal y que en el campo de la ciencia se expresan bajo la noción de leyes.

Estas leyes presentan en el campo de las ciencias sociales diferencias con las que pueden presentarse en las ciencias de la naturaleza. La más inmediata es que las primeras son “sociales”, construcciones que son producidas por las interrelaciones de los hombres, en tanto las segundas son “naturales”, en el sentido que devienen de la naturaleza misma. Ello implica que las primeras son “históricas”, en tanto alcanzan sentido según las organizaciones de la vida en común, por lo que pueden ser modificadas cuando se entienda la lógica que las rige y las razones de su surgimiento en determinados momentos del desarrollo societal, mientras las segundas se presentan como procesos que no dependen de la acción humana. Su historicidad

reposa más bien en caracterizar los tiempos en que dichas leyes se formulan, como ocurre con las leyes del movimiento de Newton, con su concepción de tiempo y espacio absolutos, y la reformulación de todo esto por la teoría de la relatividad de Einstein⁹.

Importa destacar que las regularidades, expresadas como leyes, a pesar de ser construcciones sociales, terminan presentándose como resultado de relaciones entre cosas. Esto hace referencia al fenómeno caracterizado por Marx como “fetichización”, en donde, por ejemplo, “el carácter social del trabajo” se proyecta ante los hombres

[...] como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si [...] la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. (Marx, 1973, p. 37)

Junto al hecho que las relaciones sociales se presenten de manera trastocada, como fenómenos de las cosas, las “regularidades” sociales se constituyen en estructuras, esto es, en redes densas de relaciones que terminan imponiendo a los hombres espacios de acción y de conducta societal, y que *escapan a su control en tanto desconozcan sus reglas de funcionamiento, lo que impide a su vez tomar la construcción de la historia en sus manos*. Tal es el significado de “leyes”, en tanto “en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad”¹⁰, las “relaciones de producción”, o que “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general” (Marx, y Engels, 1980, pp. 517-518).

También alcanzan ese carácter de “exterioridad” leyes como la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, la que termina operando

⁹ Immanuel Wallerstein (1986) plantea que, en la moderna epistemología, la tajante separación entre ciencias sociales y naturales tiende a desaparecer.

¹⁰ Como los condicionantes sociales que supone nacer en una determinada clase social, que termina definiendo, en gran medida, la vida social de los individuos en terrenos como el tipo de estudios, de vida laboral, de ingresos, y de vida social en general.

en contra de la voluntad manifiesta de los capitalistas individuales, que buscan actuar en un sentido que rehúya sus efectos y procurando evitar las crisis (véase caps. XII, XIV y XV en Marx, Carlos, 1973b), o la ley general de la acumulación capitalista, que propicia un acrecentamiento del polo de la miseria como resultado de los mismos esfuerzos que buscan aumentar el polo de la riqueza.

Estos dos últimos ejemplos permiten señalar que las leyes operan de manera tendencial, lo que implica que existen factores que pueden actuar en el sentido de contrarrestarlas y/o morigerar su determinación. Sin embargo, tal situación no implica que ellas “quede(n) anulada(s) o suprimida(s)”. De lo contrario “ni se comprendería por qué hay que hablar de *ley(es)*” (Colletti, 1978, p. 36).

La búsqueda de regularidades que expliquen la vida social *no supone el desprecio por las particularidades de los hechos singulares*, como incorrectamente señalan algunos críticos. Por el contrario, estos son asumidos en toda su significación, pero en un contexto que les otorgue inteligibilidad y puedan ser explicados. Un ejemplo clásico en Marx en tal sentido es su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en donde desde el prólogo Marx pone de manifiesto el objetivo en ese trabajo: demostrar “cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe” (Marx, y Engels, 1980, p. 405).

La clásica oposición entre ley y hecho singular, o entre ciencias nomotéticas e idiográficas¹¹, encuentra en Marx una solución que rompe con su polaridad. La explicación de las tendencias generales es indispensable para dar cuenta de fenómenos particulares. La singularidad de estos fenómenos, sin embargo, sólo puede ser entendida en el cuadro de las tendencias generales de los procesos en donde dichos fenómenos se inscriben.

¹¹ Nombre que propuso W. Windelband en el contexto de las discusiones sobre el Método en la Alemania de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX

Apariencia y naturaleza interna

Conocer es superar las manifestaciones superficiales de los procesos estudiados, a fin de alcanzar su articulación interna, ya que “si la forma de manifestación y esencia de las cosas coincidiesen directamente [...] toda ciencia sería superflua” (Marx, citado por Rodoslyk, 1978, p. 81).

En los cerebros del “economista vulgar [...] no se refleja nunca más que la forma directa de *expresión* de la realidad y no la *trabazón interna* de ésta” (Marx, y Engels, 1980, p. 686). Estos economistas vieron ganancias, interés, renta del suelo, pero no alcanzaron la noción de plusvalía, que constituye el denominador común de todas las formas anteriores.

En carta a Kugelmann, Marx insiste en la idea de que es necesario alcanzar la “conexión interna”, distinta a la “apariencia”, y que el fenómeno estudiado (en este caso se refiere al valor) “tiene un segundo fondo”, que es el que hay que alcanzar para realmente conocer (Marx, y Engels, 1980, p. 442).

En la superficie los procesos tienen la particularidad no sólo de “esconder” la dinámica interna, sino también de distorsionarla. Es conocido la tesis de la fetichización planteada por Marx, en donde las relaciones entre los hombres se les presentan a éstos como relaciones entre cosas. Al capitalista “en la competencia, todo se le representa cabalmente al revés”, por lo que la ganancia aparece como “una fuente de ingreso independiente del trabajo” e independiente “de la cantidad de trabajo no retribuido que él mismo ‘produce’” (Marx, 1980, p. 57), y que en la competencia da como resultado la fijación de una ganancia media.

Llegar a ese “segundo fondo” y a las “conexiones internas” no es resultado de una simple especulación teórica (o esfuerzo lógico de reflexión), sino que va de la mano con el desarrollo histórico, donde “las abstracciones más generales surgen únicamente allí donde existe el desarrollo concreto más rico, donde un elemento aparece como

lo común a muchos, como común a todos los elementos. Entonces deja de ser pensado solamente bajo una forma particular” (Marx, 1971, p. 25). La noción de trabajo abstracto, por ejemplo, aquel trabajo creador de valor sólo es posible allí en donde “la indiferencia por un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito y, por lo tanto, indiferente” (Marx, 1971, p. 25).

Pero eso no es todo. Pasar de la superficie a la “trabazón interna” implica alcanzar la “articulación” del fenómeno estudiado “en el interior de la moderna sociedad burguesa” (Marx, 1971, p. 29), porque “si es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad”, lo que a juicio de Marx debe ser tomado *cum grano salis*¹², ellas deben ser capaz de dar cuenta de “la diferencia” que alcanzan entre unas formas de sociedad y otras, asunto que “será siempre esencial” (Marx, 1971, p. 27). Por ejemplo, la gestación de un producto excedente rebasa al capitalismo. Pero sólo en este dicho producto asume la forma de plusvalía, es decir, de un producto excedente que requiere la forma de dinero para que el ciclo $D - M - D'$ pueda realizarse.

El camino que va de la superficie, o apariencia, a la conexión interna, para reconstruir las relaciones de la sociedad, apunta a los problemas referidos al método y en particular al proceso de abstracción. Abordemos entonces este problema.

Sobre el método: el proceso de abstracción

El sentido común nos ofrece por lo general un orden y una visión integrada de la realidad. Conocer científicamente supone poner en cuestión ese orden y esa integración, deconstruirlo, alcanzar sus elementos simples y la lógica de su organización, para volver a

¹² Con sumo cuidado

integrarlo, pero ahora desde una explicación científica. Para tal efecto, partir de “lo real y lo concreto” proyectado en nuestra mente (el concreto representado), y quedarnos “amarrados” a categorías agregadas como economía, población, u otras es un camino que “se revela (como) falso” señala Marx. Esto porque

La población es una abstracción si dejo de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital [...] no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, dinero, precios, etc. *Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto...* (Marx, 1971, p. 21)

Por ello no hay otro camino que llegar “a conceptos cada vez más simples”, que tengan la particularidad de *develar la articulación específica de la realidad que quiere explicarse*. Este es el proceso de abstracción. Abstractar implica separar y analizar elementos simples y reducidos de la propia realidad, y tomar distancia de esta última, pero *no en el sentido de crear una ficción* inexistente. En palabras de Sweezy, “el propósito legítimo de la abstracción en la ciencia social no es nunca alejarse del mundo real, sino más bien aislar ciertos aspectos del mundo real para fines de investigación intensiva” (Sweezy, 1974, p. 28).

El proceso de abstracción, por lo tanto, nada tiene que ver con la construcción de un tipo ideal, como construye Weber, el cual pierde referentes con la realidad que busca analizar al convertirse en “un realce unilateral de elementos que derivan de nuestro interés cognitivo” (Gil Antón, 1997, p. 63), con los cuales “construimos conexiones a las que nuestra *fantasía* disciplinada y orientada en vista de la realidad, *juzga adecuadas*” (Weber, 1973, p. 82).

Importa destacar que el aislamiento de elementos simples se realiza con categorías que ponen de manifiesto las relaciones sociales que subyacen en los procesos, y que el proceso de abstracción es un

momento del análisis que busca, como objetivo final, dar cuenta, de totalidades complejas, o en el lenguaje de Marx, de un “concreto” en tanto “síntesis de múltiples determinaciones” (Marx, 1971, p. 21).

Sin embargo, aparece el interrogante: ¿cómo definir o delimitar cuáles son aquellos “conceptos simples” que permiten develar la articulación específica que define a la sociedad?

Para responder a él, Marx señala un criterio fundamental: En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas la otras su correspondiente rango (e) influencia, y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia” (Marx, 1971, pp. 27-28), por lo que “sería [...] erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes.”. Por el contrario “su orden de sucesión está [...] determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa...” (p. 28-29). y en esa sociedad es el capital “la potencia económica que lo domina todo”. (p. 28). Desentrañando el capital se llega al valor y de este al trabajo abstracto, y al tiempo de trabajo socialmente necesario, que es el creador de valor.

Establecido este punto de partida, el proceso de abstracción implica por tanto *privilegiar la relación social capital-trabajo*. Porque “en la complicada red de fenómenos sociales”, Marx encontró un “criterio objetivo” para destacar “los fenómenos importantes de los que no lo eran”, y dicho criterio es “destacar las relaciones de producción como estructura de la sociedad...”. (Lenin, 1978, p. 150).¹³

Pero *la propia relación social capital-trabajo debe ser llevada a sus elementos más simples*. Aquella es una relación de cambio, por lo que el análisis de los productos destinados al cambio, las mercancías, -en una sociedad “que se nos aparece como una ‘inmenso arsenal de mercancías’ y la mercancía como su *forma elemental*” (Marx, 1973, p. 3), se

¹³ Cesaré Luporini (1973) retoma este texto de Lenin para fundamentar la idea de lo relacional como punto central para diferenciar ‘lo importante’ de lo ‘no importante’ en el análisis de Marx (p. 39).

convierten en el elemento desde donde iniciar la descomposición y recomposición de la “anatomía de la moderna sociedad burguesa”.

Será entonces el estudio de la mercancía el *punto de partida de la exposición* que Marx presenta en *El Capital*, ya que en ella se encierra la contradicción del valor, entre el valor de cambio y el valor de uso, punto nodal para comprender — en una sociedad en donde la fuerza de trabajo asume la forma de mercancía— el origen de la plusvalía, por la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso (trabajo) de la fuerza de trabajo.

Este punto de partida en la exposición — desde la mercancía- sólo adquiere sentido en tanto ya se tiene, a nivel de la investigación, respuesta al interrogante de cuáles son los elementos simples “de una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango (e) influencia”. En palabras de Karel Kosík “la mercancía podía ser el punto de partida de la exposición científica *porque ya se conocía el capitalismo en su conjunto*” (Kosik, 1976, p. 198). La exposición, por tanto, está supeditada a los resultados de la investigación¹⁴.

Más sobre el método y la investigación

De lo señalado anteriormente, podemos concluir que *el método de conocimiento* en Marx implica partir de las representaciones iniciales, o concreto representado, para pasar a la separación y análisis de elementos simples, proceso de abstracción, que permita descifrar las articulaciones específicas, y a partir de ellas reconstruir “una rica totalidad” con “sus múltiples determinaciones y relaciones”, esto es, un nuevo concreto, pero diferente al inicial, en tanto “síntesis” y “unidad

¹⁴ Con esto discrepamos de quienes afirman que “la interpretación correcta del método de Marx en *El Capital* está indisolublemente ligado al concepto de la “exposición” (A. Schmidt citado en Rodolsky, 1983, p. 70). Esto es confundir el problema del método de investigación, que es el *que permite llegar a resultados*, con su exposición, referida a *cómo exponer esos resultados*. Volveremos en este capítulo sobre este problema.

de lo diverso”, que organiza y jerarquiza las relaciones y procesos, lo que nos revela y explica la realidad societal. (Marx, 1971, p. 21).

Este método constituye uno de los más importantes aportes de Marx a la teoría social y a la economía política en particular, por lo que conviene señalar —además de lo ya indicado sobre el proceso de abstracción— algunos otros elementos para su mejor comprensión.

Vista la producción de Marx en su conjunto destaca que su arribo a los problemas expuestos en *El Capital* se realiza por “aproximaciones sucesivas”, esto es, que va definiendo problemas de investigación y encontrando soluciones, que lo lanzan a la formulación de nuevos problemas y a la búsqueda de nuevas soluciones.

El propio Marx se encarga de dar cuenta de este proceso. En el “Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política” de 1859 (Marx y Engels, 1980, pp. 516-520), hace un recuento de sus estudios de economía política y de los logros alcanzados en etapas diversas de sus investigaciones.

Allí señala que en los *Anales franco-alemanes de 1844* (que reúne entre otros dos de sus trabajos, “Contribución al problema judío” y “Contribución (o Introducción) a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”) expone

Una investigación (que) desemboca en el (siguiente) resultado: [...] tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel [...] bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política. (Marx, y Engels, 1980, p. 517. Subrayado propio)

De la jurisprudencia, de la filosofía y de la historia, Marx iniciaba el giro hacia la economía política, y de sus primeras investigaciones en este terreno concluye que es en la anatomía de la economía de la sociedad (que aquí llama aún en términos hegelianos como “sociedad

civil”) donde radica la explicación necesaria de los procesos sociales y políticos.

Estamos aún muy lejos de desentrañar “la anatomía de la sociedad burguesa”. Pero se ha alcanzado un resultado que constituye un primer paso en aquella dirección. La investigación prosigue.

En 1846 se produce un salto de calidad significativo. Marx y Engels escriben en Bruselas *La ideología alemana*, obra que a juicio de Ernest Mandel “funda la teoría del materialismo histórico” (Mandel, 1968, pp. 33-34).¹⁵

El informe de Marx sobre este trabajo es muy relevante:

El *resultado general* a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general [...] Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...]. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social”. (Marx y Engels, 1980, pp. 517-518)¹⁶

¹⁵ Este juicio es compartido por Goran Therborn (1980, p. 332). Mandel considera esta una obra filosófica, en tanto Alfred Schmidt se pregunta “¿Qué clase de libro es *La ideología alemana*? ¿Es una obra económica, filosófica, sociológica? Creo que este trabajo no se deja encasillar en ningún rubro. Es un análisis de la situación social en su conjunto” (Mandel, 1968, p. 90). Comparto la posición de Schmidt en este punto.

¹⁶ Subrayo “resultado general” para enfatizar que estamos ante conclusiones de una investigación. Ellas abren la puerta para proseguir nuevas investigaciones, que es lo que hace Marx. Frente a la tardanza en la publicación de *La ideología alemana*, Marx señala que “entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen

Hay que destacar que el *Prólogo*, donde Marx señala lo anterior, lo escribe en 1859, muy cerca de comenzar la redacción de *El Capital* y en tiempos donde ya ha producido obras mayores, como la *Crítica de la Economía Política* y los *Grundrisse*, es decir, en su etapa de mayor madurez intelectual.

En ese contexto Marx realiza un análisis económico desde el cual busca comprender las relaciones contradictorias del conjunto de la sociedad burguesa (lo económico, lo político, lo social y lo ideológico), para arribar a una tesis sobre el desarrollo de la crisis de esa sociedad y de su revolución. Es importante destacar lo anterior porque el Marx maduro, crítico de la economía política, nunca relega la visión general de la sociedad, así como el asunto del cambio y de la revolución¹⁷. Su concepción dialéctica de la realidad como una unidad contradictoria se lo impide¹⁸. Más aún, las tesis anteriores las considera “hilo conductor” de los trabajos posteriores.

Hacia 1847 y en el curso de nuevas investigaciones, Marx publica *Miseria de la filosofía*, primera obra que considera como una exposición científica de sus tesis. Pero hay mucho más. Mandel sostiene que es en esta obra en donde ya no hay lugar a dudas que Marx acepta la teoría del valor-trabajo, como resultado de “la profundización de los estudios económicos [...] y de un rebasamiento analítico de las

grado, pues nuestro objeto principal: esclarecer nuestras propias ideas estaba conseguido” (Marx y Engels 1980, p. 519).

¹⁷ Por el contrario, dando cuenta de la conexión entre los tres libros de *El Capital*, Marx escribe a Engels el 30 de abril de 1868: “Llegamos por fin a las *formas externas* que sirven de punto de partida al economista vulgar, la renta del suelo [...]; la ganancia [...]; el salario [...]; aquellas tres (formas) [...] constituyen las fuentes de rentas de las tres clases, o sean, los terratenientes, los capitalistas, los obreros asalariados, *tenemos como final de todo la lucha de clases*, a donde viene a desembocar todo el movimiento y que nos da la clave para acabar con esta basura [...]” (citado por Kosik, 1967, p. 203. Subrayados propios).

¹⁸ En relación a la dialéctica, Lenin señala que “la formulación de Marx y Engels, arrancando de Hegel, es mucho más vasta, más rica de contenido”, para agregar que es “un desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral [...]; un desarrollo a saltos a través de catástrofes y de revoluciones, que son otras tantas ‘interrupciones en el proceso gradual’, otras tantas transformaciones de la cantidad en calidad...” (Lenin, 1961, p. 31).

contradicciones que había creído descubrir anteriormente en (esa) teoría”. (Mandel, 1968, p. 45).

La exposición de Mandel a este “rebasamiento” es interesante:

Lo que había molestado a Marx, en ocasión de su primer encuentro con Ricardo y toda la escuela clásica era la oposición aparente entre los efectos de la competencia (las fluctuaciones de los precios eran resultado del juego de la ley de la oferta y la demanda) y la estabilidad relativa del “valor de cambio” determinado por la cantidad de trabajo necesario para su producción [...] Los precios del mercado varían constantemente [...] (U)n momento de reflexión, así como el examen empírico de la realidad económica revelan que estas fluctuaciones no se efectúan, de ninguna manera al azar, sino en torno a un eje determinado [...]. Empíricamente se descubre que los costos de producción son el eje de las fluctuaciones de los precios. (Mandel, 1968, pp. 45-46)

Superadas las reticencias a la propuesta de Ricardo, Marx toma distancia de éste “en un punto de importancia capital” (Mandel, 1968, p. 48), al destacar el “error de los economistas burgueses que pretenden descubrir en estas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que son leyes sino para un determinado desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas” (Carta de Marx a Annekov citado por Mandel, 1968, p. 48). Como destaca Mandel “La elaboración de su teoría del materialismo histórico había permitido (a Marx), al mismo tiempo, descubrir el ‘núcleo racional’ de la teoría del valor-trabajo, su *carácter históricamente limitado*”. (Mandel, 1968, p. 48).

Marx reanuda sus estudios de economía política en 1850 en Londres, en donde decide “volver a empezar desde el principio”, pero mejor armado teóricamente, lo que le ayudará a alcanzar importantes resultados en la tarea de aislar o abstraer conceptos simples, para analizarlos a profundidad y regresar a reconstruir totalidades mayores, cada vez más reveladoras y explicativas de la anatomía de la sociedad burguesa.

En la segunda mitad de los años cincuenta del siglo XIX Marx ya ha elaborado la mayoría de las categorías que constituirán sus aportes más importantes a la economía política, las cuales se expondrán con mayor o menor detalle en *Contribución a la Crítica de la economía política* (1858); en los *Grundrisse* (1857-1858) y en *Teoría sobre la plusvalía* (1861-1863), las obras que anteceden a la publicación de *El Capital*¹⁹.

Sin embargo, la noción de plusvalía sólo aparece hasta 1857, en los *Grundrisse*, y sólo alcanza su madurez en *El Capital*. Una vez alcanzada dicha categoría, culminaba una etapa fundamental en los esfuerzos por lograr una síntesis de la anatomía de la sociedad burguesa, la cual podía ser ahora expuesta. Esta es la razón por la cual debe considerarse a *El Capital* como la obra de mayor madurez intelectual de Marx.

Los aportes de Marx a la economía política podrían resumirse en los siguientes puntos:

- La formulación de la noción de *trabajo abstracto*, es decir, “la sustancia creadora de valor” (Marx, 1973, p. 6), diferente al trabajo concreto, creador de valores de uso. “Nadie hasta ahora, había puesto de relieve críticamente este doble carácter del trabajo representado por la mercancía [...] este punto es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política” (Marx, 1973, p. 9).
- La *distinción entre valor de cambio y valor de uso de la fuerza de trabajo*, punto fundamental, a su vez, para comprender el siguiente. Ernest Mandel señala que “esta distinción sutil entre el valor de cambio y el valor de uso de la fuerza de trabajo (..) se presenta como fundamento de la teoría marxista de la plusvalía, la contribución principal que Marx ha hecho al desarrollo de la ciencia económica” (Mandel, 1968, pp. 90-91)

¹⁹ El primer tomo de esta obra se publica en 1867, editado por el propio Marx. Los tomos II (1885) y III (1894) los edita Engels.

- *La plusvalía*, en tanto valor que rebasa el valor de cambio de la fuerza de trabajo, y que se logra al hacer uso de ella por el capital. “El propio Marx —señala Mandel— ha considerado que su análisis de la *plusvalía en general*, más allá de sus formas específicas de ganancia, de interés, de renta, constituye su mérito principal”. (Mandel, 1968, p. 91; refiere carta de Marx a Engels del 24 de agosto de 1867).

Cada proceso de investigación fue produciendo sus propios resultados. En este sentido el concreto representado de la siguiente investigación era cada vez más complejo y arrancaba con problemas, preguntas y herramientas conceptuales más sofisticadas o depuradas.

El proceso de abstracción, a su vez, se desarrolla en torno a conceptos que apuntan a dar cuenta de los núcleos organizativos y dinámicos de la sociedad burguesa: mercancías, trabajo, valor, plusvalía, capital, ganancia, etc., analizados de manera simple, aislados de los elementos que perturban su comprensión en el cuadro de relaciones del sistema. Así Marx fue alcanzando síntesis o totalidades cada vez más concretas de la anatomía de la sociedad burguesa.

Desde esta perspectiva la obra de Marx en su conjunto puede ser percibida también como un único y gran proyecto de investigación. Sin embargo, se perdería de vista el problema de los descubrimientos parciales, los que fueron orientando las investigaciones en direcciones que inicialmente no se contemplaban, o que lo obligaron a “volver a empezar desde el principio”, como señala en el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, y Engels, 1980, p. 519).

El Capital mismo, del primero al tercer tomo, es una obra que se mueve de mayores a menores niveles de abstracción. Siendo en general una obra que en su conjunto es muy abstracta (en el sentido de abstracción que aquí hemos expuesto), en tanto avanza la exposición va incorporando nuevos elementos que permiten una mayor concreción. Los valores se convierten en precios; el valor de la fuerza

de trabajo se traduce en salario; la plusvalía en ganancia y ésta en ganancia media, por la concurrencia.

Lo lógico y lo histórico

Tenemos así un movimiento en espiral cada vez más envolvente. Ello también se hace presente en el terreno de la conjugación de lo lógico y lo histórico. Hablan de ello los permanentes tiempos que se toma Marx, desde el primer tomo de *El Capital*, para significar desde la historia el tema que aborda teóricamente²⁰.

Desde esta perspectiva se fortalece el tratamiento teórico de los problemas con su manifestación y desarrollo histórico y el cómo se imbrican en el análisis. No hay en Marx, por tanto, una preeminencia de un método lógico por sobre un método histórico, problema que ha propiciado un intenso y extenso debate entre los marxólogos²¹.

Considerando el objeto de investigación, que dicho de manera rápida puede sintetizarse en el esfuerzo de desentrañar la anatomía de la sociedad burguesa, lo lógico y lo histórico van de la mano, *en los límites —y para los fines— de ese propósito*. Engels lo señala así: “[...] el único método indicado era el lógico. Pero éste no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras” (Marx y Engels, 1980, p. 528). Marx no está tratando de hacer una historia general, pero en el proceso para comprender el capitalismo termina formulando propuestas que permite desentrañar los procesos de la historia. Además de puntos ya señalados, con los escritos sobre los *Formen*²² y los diversos modos de producción que anteceden al capitalismo, rompe con la visión

²⁰ Donde puede mencionarse, sólo en relación con el primer tomo, los apartados históricos sobre la jornada de trabajo (cap. VII); el cap. XII sobre el origen de la manufactura y la división del trabajo; el cap. XIII sobre la maquinaria y la gran industria, hasta el cap. XXIV, sobre la acumulación originaria.

²¹ Sólo a modo de ejemplo, véase los materiales reunidos en Rosdolsky *et al.* (1983).

²² Formas que preceden a la producción capitalista”, este libro que conforma el tomo I de los *Grundrisse* en la edición de Siglo XXI (pp. 433-479), donde Marx desarrolla nue-

unilineal del curso de la historia y abre puertas para una mirada multilineal. Sus escritos posteriores sobre India, —con el mensaje donde ahora es la revolución en India la que abriría paso para potenciar la revolución en Inglaterra, y ya no que India seguiría el progreso o las etapas de Inglaterra tras su colonización— además de las cartas a Zara Zasúlich, donde considera que la comuna rural rusa puede ser una base para la regeneración de la sociedad y no un obstáculo para la revolución rusa, terminarán por poner de manifiesto la puesta en escena de una nueva interpretación de la historia en Karl Marx (2014).

Es “el capital [...] la potencia económica que lo domina todo en la sociedad burguesa”. Por tanto, “debe ser el punto de partida y el punto de llegada...” (Marx 1971, p. 28).

La mercancía *se convierte así en el inicio lógico e histórico de la exposición*²³. Lógico, porque la mercancía encierra la doble dimensión de valor (de cambio) y valor de uso, clave para desentrañar la gestación de plusvalía en una sociedad en donde la fuerza de trabajo asume la forma de mercancía, con la particularidad de que su uso genera un valor superior a su valor de cambio. Histórico, porque en la producción mercantil simple ya se encuentran presentes los nudos que —desamarrados por el análisis— permiten explicar el funcionamiento de la producción mercantil capitalista. En definitiva, es en la mercancía en donde está la punta de la madeja que permite desentrañar las claves de la relación social capital-trabajo, soporte de la organización societal capitalista.

Niveles de abstracción

Como hemos visto, el proceso de abstracción es un momento del proceso de investigación, el intermedio y necesario, que hace posible

vas formas precapitalistas de producción, la oriental o asiática, la antigua o clásica (griega y romana) y la forma germánica.

²³ Para Karel Kosik “la mercancía podía ser el punto de partida de la exposición científica porque ya se conocía el capitalismo en su conjunto” Kosik, 1967, p. 198).

pasar del concreto representado al concreto síntesis, o totalidad con múltiples determinaciones.

Cuando hablamos de niveles de abstracción hacemos referencia a la totalidad que se reconstruye en el conocimiento y a la consideración de una realidad simplificada (más abstracta) o una más compleja (menos abstracta). En definitiva, existen totalidades con diversos grados de abstracción. En el marxismo, y en relación con el capitalismo, podemos distinguir las siguientes: modo de producción, sistema mundial, formas de capitalismo, formación social y coyuntura.

En tanto teoría y metodología el marxismo puede considerarse un *corpus* unitario. Ello no significa, sin embargo, que dentro de su unidad no existan elementos teóricos y metodológicos diferenciadores, siendo los niveles de abstracción un factor fundamental en tal sentido. Mientras menos abstracta sea la totalidad (o concreto síntesis) que se busca construir a nivel del conocimiento, el análisis deberá incorporar una mayor cantidad de categorías, conceptos y relaciones de los niveles más abstractos, al tiempo que requerirá de categorías particulares y de metodologías específicas para alcanzar sus fines. Y mayor la cantidad de datos de la realidad procesados a la luz de los elementos anteriores. De allí a un menor nivel de abstracción pasamos a mayores niveles de complejidad.

Así, la totalidad en el análisis de coyuntura, que implica un manejo de referencias de la realidad en su expresión más cercana y de corto plazo, debe contar con todo el arsenal teórico y metodológico de los niveles más abstractos, como condición necesaria. Pero no le son suficientes, por lo que deberá desarrollar categorías apropiadas para ese nivel de abstracción en específico a fin de procesar a aquellas.

Cuando hablamos de niveles menos abstractos hablamos de reconstrucciones más complejas de una realidad más concreta y allí nos encontramos, por ejemplo, que en ninguna sociedad capitalista sólo existen tres clases, como sucede a nivel del modo de producción capitalista, donde sólo tenemos obreros, capitalistas y

terratenientes²⁴. A las tres anteriores habría que agregar a la pequeña burguesía, al campesinado, y las diferentes fracciones y sectores que subdividen a cada una de ellas.

Iguales exigencias se plantean cuando nos proponemos analizar en niveles menos abstractos problemas como la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, la pauperización o las crisis, para simplemente enunciar algunos problemas relevantes.

En este sentido, las formulaciones de Marx en *El Capital son necesarias, pero insuficientes* para dar cuenta de *situaciones históricas específicas*, como las imperantes en las formas de capitalismo, y en particular con la *forma de capitalismo dependiente* y el peso en ella de la superexplotación (Marini, 1973).

Uno de los problemas en el análisis de pensadores marxistas estriba en la dificultad de realizar las mediaciones, esto es, de establecer los puentes desde los niveles más abstractos a los menos abstractos, y no quedarse “amarrado” a los conceptos de los primeros cuando se quiere hacer análisis de totalidades más concretas. Plantearse el problema de las mediaciones supone asumir primeramente la existencia de niveles de abstracción diferenciados y ubicar las preguntas de investigación, cuestiones que no siempre ocurren.

A modo de conclusión

Los supuestos con los cuales enfrenta Marx los problemas de cómo los hombres hacen historia y resuelven sus necesidades económicas y actúan en sociedad, y de cómo alcanzar conocimientos de la realidad societal, difieren radicalmente de los que se encuentran en la

²⁴ A este respecto Marx se pregunta ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales? (...) Trátase de tres grandes grupos sociales cuyos componentes, los individuos que los forman, viven respectivamente de un salario, de la ganancia o de la renta del suelo, es decir, de la explotación de su fuerza de trabajo, de su capital o de su propiedad territorial. (Marx, 1973, p. 817).

base de los paradigmas económicos neoclásicos, de la sociología de la acción social, así como de la ciencia política del *rational choice*, los cuales predominan hoy en los programas de estudio y de investigación en la academia.

Mientras no se discutan los supuestos presentes en los principales paradigmas que participan en el debate actual, sus seguidores podrán seguir polemizando (cuando no simplemente ignorándose), pero sin adentrarse en la raíz que marca sus diferencias, las que arrancan de pararse frente a la realidad desde posiciones diversas, lo que propicia ver “agentes” y procesos distintos, así como establecer *horizontes de visibilidad* diversos.

Desde esta perspectiva, las diferencias entre el marxismo y paradigmas como los antes mencionados son profundas y van más allá del problema de nombrar “cosas” o “procesos”. Detrás de los conceptos y categorías empleadas por unos y otros hay divergencias respecto al qué y al cómo conocer.

Bibliografía

Bloch, Marc (1987). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Colletti, Lucio (1978). *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*. México: Siglo XXI.

Gil Antón, Manuel (1997). *Conocimiento científico y acción social. Crítica epistemológica a la concepción de ciencia en Max Weber*. Barcelona: Gedisa.

Kosík, Karel (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.

Lenin, Vladimir Illich (1961). *Obras Escogidas. T. I*. Moscú: Editorial Progreso.

Lenin, Vladimir Illich (1978). ¿Quiénes son los amigos del pueblo? En Vladimir Illich Lenin, *Obras completas*. México: Ediciones Salvador Allende.

Luporini, Cesare (1973). Dialéctica marxista e historicismo. En Cesare Luporini et al. *El concepto de "formación económico-social"*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Mandel, Ernest (1968). *La formación del pensamiento económico de Marx*. México: Siglo XXI.

Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.

Marx, Carlos (1973a). *El Capital*. T. I. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos (1973b). *El Capital*. T. III. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos (1980). El 18 Brumario de Luis Bonaparte. En Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1980). *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Karl (1971) *Grundrisse*. México DF: Siglo XXI.

Marx, Karl (1980). *Teorías sobre la plusvalía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (2014). *Escritos sobre la comunidad ancestral*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.

Morin, Edgar (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Roemer, John E. (comp.) (1989). *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rosdolsky, Roman (1978). *Génesis y estructura de El Capital de Marx*. México: Siglo XXI.

Rosdolsky, Roman et al. (1983). *La crítica de la economía política, hoy (Coloquio de Frankfurt)*. México: Universidad Autónoma de Puebla.

Rubin, Isaac I. (1974). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Schwartz, Pedro; Rodríguez, Carlos; y Méndez, Fernando (1993). *Encuentro con Karl Popper*. Madrid: Alianza Editorial.

Sweezy, Paul M. (1974). *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Therborn, Goran (1980). *Ciencia, clase y sociedad*. México: Siglo XXI.

Valenzuela Feijóo, José (1995). El fracaso de la teoría económica convencional. *Argumentos* (23).

Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Weber, Max (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Capítulo 10 | Cuestiones epistémicas en el análisis de la dependencia¹

Introducción

Muchas de las discusiones en las ciencias sociales tienen como trasfondo elementos que están más allá de los problemas aparentemente en disputa. Por ello es necesario ir más a fondo y develar los fundamentos epistémicos que sostiene tal o cual posición. En lo que sigue privilegiaremos esa perspectiva para intentar esclarecer algunos puntos centrales en la polémica sobre la renovación de la teoría marxista de la dependencia formulada por Claudio Katz (2019) y ofrecer respuestas puntuales a su último escrito. Desde esa perspectiva podremos dimensionar la consistencia de los argumentos, los límites que el horizonte reflexivo asumido plantea, así como su ubicación en el desarrollo de la teoría de la dependencia.

¹ Este capítulo corresponde a una de las respuestas que realicé a las propuestas de Claudio Katz vertidas entre 2017 y 2018 en torno a las teorías de la dependencia. Si bien apunta a aspectos puntuales de algunos de sus planteamientos, este material cuenta con explicaciones que rebasan aquellos puntos y ofrece elementos epistemológicos y teóricos relevantes, por lo que lo he integrado a este libro. Katz reunió algunos de los escritos referidos en particular a la propuesta de Ruy Mauro Marini (1973) y de su contrapropuesta, dejando sin embargo fuera otros, en un libro publicado a fines de 2018.

Una realidad social opaca y un mundo de ficciones reales

A diferencia de las clases dominantes que le precedieron en la historia, la burguesía es la primera clase que requiere que se oculten los procesos de explotación y de dominio que lleva a cabo. Ambos procesos destruyen desde los cimientos la promesa civilizatoria con que esta clase se pone la cabeza de la sociedad: construir un mundo de hombres libres e iguales. Por esta razón la dinámica social debe velar aquellos procesos, propiciando la conformación de una realidad social opaca, que es desvirtuada y que se revela ocultándose.

Son diversos los procedimientos que operan en tal dirección, como la ruptura entre economía y política; la conformación de saberes disciplinarios que fragmentan los procesos de la vida en sociedad y que rechazan la perspectiva de la totalidad; el fortalecimiento de filosofías y epistemologías que asumen lo real como lo inmediatamente perceptible (lo que fortalecerán las corrientes empiristas y positivistas en el conocimiento); el estudio de cosas (pensamiento cosista) por sobre las relaciones sociales; el reduccionismo o la búsqueda de las últimas partes que no tienen partes (átomos), como principio de conocimiento, lo que conduce a asumir al individuo como punto de partida para la explicación en las ciencias sociales; devaluación de las filosofías ontológicas (que se preguntan por la naturaleza del ser); la lógica formal y sus principios de identidad y de no contradicción, rechazando la lógica de la negación (el ser es y su negación de manera simultánea), etcétera.

Para el capital y sus agentes sociales la particularidad no pasa sólo por lo que la propia realidad oculta, en su inmediatez, sino porque se recrea un mundo puesto de cabeza. De esta forma se conforman ficciones reales. Ficciones porque encubren y desvirtúan la realidad; reales porque dichos trastocamientos alcanzan consistencia social.

Como ocurre cuando vemos cotidianamente “salir” el sol, hacer un recorrido por sobre la tierra, para luego ocultarse. Sabemos, no por lo que vemos, sino por conocimientos, que no es el sol el que gira

alrededor de la tierra, sino al revés, que es la tierra la que gira alrededor del sol. Se crea así una ficción, porque lo que vemos (el sol moviéndose) no es el proceso que realmente acontece. Sin embargo, opera como real, porque es lo que han visto y vemos millones de humanos, y con ello “la visión” gana en consistencia y en verosimilitud.

En la vida en sociedad, establecida la ruptura entre economía y política, tenemos una economía que gira en torno al mercado como cosa, y allí se presentan individuos que de manera libre y soberana compran y venden mercancías y establecen contratos.

Los asalariados llegan al mercado sin que policías los saquen de sus camas ni los obliguen a subirse a transporte público ni a ir a sus centros de trabajo. Todo lo realizan sin ninguna coacción *visible*.

Sólo yendo más allá de lo inmediato perceptible sabremos que los asalariados se presentan a vender su fuerza de trabajo porque ellos o sus generaciones previas fueron despojados de medios de producción, por lo que no tienen más recurso para poder sobrevivir que alcanzar un salario vendiendo su fuerza de trabajo.

Lo que parecía un proceso puramente económico de libre decisión está atravesado, sin embargo, por procesos de violencia y coacción política que no se hacen visibles en el mercado. Por ello dice Marx, el mercado aparece como el reino de la libertad.

Desde aquí ya podemos apreciar la ingenuidad empirista que subyace en quienes se conforman con lo que aparece, con lo dado de manera inmediata. Así algunos afirman que si los salarios son bajos o elevados ello es resultado de que el valor de la fuerza de trabajo es bajo o elevado (Katz, 2019). Al final asumen sin más que lo que aparece es lo real y éste se presenta como tal, sin ninguna mediación ni distorsión.

En la política tenemos individuos que llegados a determinada edad se convierten en ciudadanos. Y por principio los ciudadanos son iguales políticamente, porque cada cabeza es un voto y sólo un voto. Por tanto, en las decisiones políticas sobre la vida en común, son ciudadanos iguales los que deciden sobre el curso de la vida en común.

Tenemos que salir de las apariencias o de lo inmediatamente visible para comprender que el voto del ciudadano dueño de un banco y el voto del ciudadano portero del banco, siendo iguales en la apariencia, en el fondo no lo son. Porque el poder económico logra que le sean favorables las políticas del Estado y sus leyes, para que aseguren la propiedad y la apropiación diaria del trabajo ajeno de muchos. La política está atravesada por la economía, por más que las dos disciplinas se asuman como autónomas. Por tanto, la igualdad política sólo es una ficción, pero real, porque genera consecuencias con consistencia, como la idea de que todos los ciudadanos participen en igualdad de condiciones (sólo un voto) en las elecciones de las autoridades y que por tanto es responsabilidad de todos lo que de allí resulte para la vida en común.

En el capitalismo no sólo se oculta el dominio y la explotación, sino que se reconstruye cotidianamente una nueva realidad. Sólo yendo más allá de la inmediatez aparente podemos comprender que el mundo social se nos presenta de cabeza (o al revés), para ponerlo sobre sus pies.

Cuál lógica: ¿la de la identidad o la de la negatividad?

No existe una única filosofía ni una única lógica en el quehacer de las ciencias sociales y en sus tareas de generar conocimiento. El que prevalezcan unas u otras genera resultados absolutamente diferenciados.

En los saberes dominantes prevalece la lógica formal, porque privilegia la idea de una realidad quieta, siempre la misma, sin conflictos.

Esa lógica con su principio de identidad nos dice que, si esto es A, sólo puede ser A. No hay nada en ese algo que lo lleve a ser otra cosa. Por ello establece de manera inmediata el principio de no contradicción; si afirmo que esto es A, no puedo afirmar que de manera simultánea es también su negación.

La lógica formal con su *principio de identidad deja fija y estática la realidad*. No tiene elementos para entender sus movimientos y contradicciones. Y si esa realidad se transforma es como resultado de procesos externos, de fuerzas exteriores que operan para mover, o bien para transformar.

Las ciencias sociales imperantes no están sustentadas en principios lógicos (ni filosóficos) que permitan entender la lucha de clases, las revoluciones sociales. Estos y otros procesos históricos y reales les parecen metafísica, o bien procesos que se generan como resultado de fuerzas externas.

Pero el marxismo es una teoría que necesariamente debe organizarse y articularse desde otra lógica para poder enfrentar una reflexión que sea capaz de entender los movimientos y convulsiones de la realidad social propiciados en el seno de ella misma, como la lucha de clases y las revoluciones políticas.

Esa otra lógica asume que el ser es y simultáneamente es también su negación². Con esta lógica *el ser no puede ser pensado sino en constante tensión y movimiento*, entre fuerzas interiores que lo llevan a ser tal y las *fuerzas interiores que los impulsan a ser otro de sí mismo*.

Pero esa tensión y movimiento no es un devenir homogéneo, sino por el contrario un proceso heterogéneo, con cambios de cualidad, lleno de saltos, en donde se asumen elementos de lo que perece, para en un proceso de superación, integrarlos a lo nuevo que emerge.

Desde esta lógica es posible apreciar la distancia que presentan señalamientos como los que postulan una *ley del valor quieta, estable, petrificada*. Sólo se puede sostener lo anterior desde una lógica que está muy lejos de la lógica de la negación.

Sólo porque existen procesos que llevan a que actúe y opere la ley del valor es posible e inevitable que emerjan tendencias que apuntan a su negatividad y violación. Por sostener lo anterior Claudio Katz nos atribuye la destrucción del “edificio teórico” de Marx y del plusvalor. Así señala que “(Osorio) habría postulado que el capitalismo tiende en

² Véase Hegel (2011). Para una versión más accesibles, véase Pérez Soto (2008).

forma recurrente a subremunerar a los asalariados” y que “esa interpretación socava la centralidad de la plusvalía en todo el razonamiento de *El Capital*”. (Katz, 2019).

¿Cree nuestro crítico que Marx se hacía el harakiri teórico cuando señala: “*la reducción forzada del salario por debajo (del valor de la fuerza de trabajo) tiene una importancia demasiado grande*”, para concluir que “*gracias a esto, el fondo necesario de consumo del obrero se convierte de hecho, dentro de ciertos límites, en un fondo de acumulación de capital*” (Marx, 1973, p. 505; subrayados propios)³.

En el párrafo citado, Marx señala que la violación de la ley (“que tiene una importancia demasiado grande”) permite al capital incrementar la plusvalía.

¿Quién estaría socavando la centralidad de la plusvalía? Ni Marx, ni tampoco quienes destacamos estas afirmaciones de Marx. Simplemente constatamos que la lógica en la reflexión es otra, diferente al principio de identidad. De allí que el crítico reafirme sus dichos: “Esa lógica [de la identidad] se extiende al salario, que expresa el valor de la fuerza de trabajo y no su negación” (Katz, 2019). Pero ya hemos visto que existen salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, y ello está negando el valor de esa fuerza de trabajo y está negando el valor.

Creo que existe más de una confusión. Todo parece indicar que se asume “negación” como “no existente”, como si la plusvalía desapareciese si asumimos la negación presente en el valor. Y no es esto, sino destacar que “el ser es y no es simultáneamente”. Repitémoslo: *porque existe una ley del valor es por lo que se puede violentar y negar el valor.*

³ No postulo que la superexplotación es el fundamento de todo capitalismo, como pudiera desprenderse de lo señalado, sino sólo del capitalismo dependiente. El hecho de asumir la extensión de la superexplotación al capitalismo desarrollado de manera acotada, ya sea a franjas de la población y/o en tiempos particulares, no se lleva a cabo ni genera las mismas consecuencias que en el capitalismo dependiente, como veremos más adelante.

Que se diga que el proletariado es la negación del capital, indica primero que el capital no puede existir sin el proletariado; segundo, que esa relación es contradictoria, esto es, que es un conflicto real, y tercero, señala que ese carácter contradictorio constituye el núcleo de su realidad histórica y de su movimiento⁴.

Nadie asume que, porque el proletariado es la negación del capital, el capital no existe. Si no existiera capital no habría relación interna con el proletariado y por tanto no habría negación ni contradicción.

Para mayor escándalo de los que reflexionan atrapados en la lógica de la identidad tendremos que subrayar que los problemas no se remiten sólo a salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo. *No hay tema y problema relevante en El Capital donde la lógica de la negatividad no se encuentre presente*: el valor de cambio como negación del valor de uso; el trabajo abstracto como negación del trabajo concreto; el capital como negación del trabajador; el trabajo muerto como negación del trabajo vivo; la “libertad” del obrero como negación de la esclavitud encubierta al capital; el salario como negación de la explotación; la mercancía como negación de las relaciones sociales entre los productores; el crecimiento de la miseria como negación del crecimiento de la acumulación de capital; la ganancia como negación de la plusvalía; el capital y sus crisis como negación del propio capital. Pongamos al final, aunque no es lo último: los trabajadores, el proletariado, como negación del capital, que ya hemos comentado.

Visto desde esta dimensión, parece que los problemas de las lógicas con las que se lleva a cabo la reflexión nos enfrentan a problemas muchos más amplios, que discutir simplemente si Marx consideró o no la negatividad en la ley del valor.

La lógica que predomina en una u otra reflexión da origen a realidades no sólo diferentes, sino inconmensurables entre sí.

⁴ Para este asunto recomiendo (Pérez Soto, Carlos, 2008), en particular la categoría Nada.

Niveles de análisis o niveles de abstracción

Una particularidad del marxismo frente a otros cuerpos teóricos es que presenta en su *corpus* diversos niveles de análisis o niveles de abstracción. Esto refiere a la presencia de niveles con menores determinaciones, pero que apuntan a destacar y explicar las particularidades que definen los fundamentos de alguna forma de organización de la vida en común, como ocurre con la articulación conceptual para explicar un modo de producción, hasta niveles de mayor concreción y por tanto con mayores determinaciones.

Así, para el estudio del capitalismo, tenemos análisis a nivel del modo de producción, del sistema mundial, de las *formas* de capitalismo, de formaciones económico-sociales y de coyuntura.

Las categorías y nociones de los niveles más abstractos van siendo asimiladas redefinidas y recreadas en los niveles menos abstractos o más concretos, y a su vez *en estos últimos niveles se deben crear categorías y conceptos que den cuenta de las particularidades que en esos niveles se presentan*, creándose al final un entramado conceptual variado y rico en capacidad explicativa.

En los distintos niveles son diversos los problemas centrales que deben ser resueltos, contando para ello con las categorías apropiadas. A la luz de lo anterior, señalar que Vladimir I. Lenin o Rosa Luxemburgo “desconocían” la categoría superexplotación no es ningún argumento ni para sugerir que es innecesaria y menos para desecharla (Katz, 2019). Primero, porque los autores anteriores están discutiendo problemas de un nivel de análisis particular, el sistema mundial, que desembocarán en la formulación de teorías sobre la expansión imperialista. Segundo, porque esas teorías —si bien hacen referencias a las colonias y otras “periferias”— no tienen como objetivo explicar éstas y mucho menos al capitalismo dependiente, un asunto teórico de mayor concreción que el que les ocupa. Y tercero, porque existiendo planteamientos en la época en donde se habla de salarios por debajo del valor, como lo señala Marx (1973b) cuando enumera

causas que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, la categoría superexplotación no había sido aún desarrollada teóricamente.

No fue por casualidad que a la luz de lo anterior se señalara que la teoría de la dependencia podía ser considerada como un complemento de la teoría del imperialismo, vista las consecuencias de la expansión imperialista hacia las regiones dependientes. (Cardoso, 1972).

Incomprensiones en ese mismo sentido son los que están presentes cuando se señala que hemos querido convertir a Marx en un teórico de la superexplotación (Katz, 2019), porque en un escrito (Osorio, 2018) hemos traído a colación algunas de las múltiples referencias de Marx en *El Capital* a las violaciones del valor diario o del valor total de la fuerza de trabajo.

Hemos indicado que Marx en esa obra tiene como una de sus preocupaciones centrales establecer los procesos que permiten la generación de plusvalor en el capitalismo y desde ese piso explicar las bases en las que se desenvuelve la lucha de clases en el modo de producción capitalista. En ese tenor y para esos fines señala el supuesto de que partirá asumiendo que las mercancías, entre ellas la fuerza de trabajo, se intercambian por todo su valor.

Y en esa lógica dedica espacio para explicar los determinantes que operan en el valor de la fuerza de trabajo.

Establecidas las condiciones que hacen posible la generación de plusvalor y la explotación en el modo de producción capitalista, Marx va poniendo de manifiesto procedimientos que lleva a cabo el capital para la vigencia del valor, pero también para violentarlo⁵, y pone de manifiesto con ejemplos del funcionamiento concreto del capitalismo inglés, que los procesos en su mayor concreción operan en la dialéctica de la negación.

⁵ Esta dinámica es la que destaca Ruy Mauro Marini cuando indica: “El desarrollo de las relaciones mercantiles sienta las bases para que una *mejor aplicación de la ley del valor tenga lugar, pero simultáneamente crea todas las condiciones* para que jueguen los distintos resortes mediante los cuales el capital trata de burlarla” (Marini, 1973, p. 32-33; subrayado propio).

¿O es que alguien cree que el capitalismo inglés a lo menos hasta mediados del siglo XIX efectivamente respetaba el valor de la fuerza de trabajo? Marx a lo menos no. Y allí están todas las múltiples referencias históricas en *El Capital* para confirmarlo⁶.

Pero más allá de señalar tendencias que caminan en esa dirección, Marx no buscaba explicar teóricamente el proceso de superexplotación, ni otorgarle un concepto, a lo sumo lo señala bajo el término de “explotación redoblada” (1973b, p. 511). A nivel del modo de producción en que se mueve le era suficiente explicar que, aun respetando el valor de la fuerza de trabajo, la explotación en el capitalismo es posible.

No deja de ser curioso que a la fecha el crítico no problematice el caudal de páginas y ejemplos en que en el primer tomo de *El Capital* Marx pone de manifiesto cómo el capital puede violentar el valor diario y el valor total de la fuerza de trabajo. Y aquí no podemos echarle la culpa a Engels o a algún otro editor del libro por esas páginas, al fin que ese tomo es el único que Marx directamente supervisó sus publicaciones y realizó cambios para ediciones en lenguas diversas. Y curiosamente *esas páginas no fueron en lo sustancial alteradas y mucho menos eliminadas*.

El problema no se resuelve con la fórmula genérica de señalar que la obra de Marx no es un “inconsistente armado de conceptos auto-desmentidos”, o que “la obra de Marx está asentada en la coherencia y no en la autorrefutación”⁷ (Katz, 2019). Pero *¿qué significan o cómo se interpretan aquellas páginas y párrafos en donde, bajo otros términos, Marx está poniendo de manifiesto que el capital superexplota?* Silencio.

A lo menos Claudio Katz reconoce que esas páginas existen. Por ello indica que a las varias referencias que hemos incluido en aquel escrito “se podría responder con toda la biblioteca de referencias

⁶ Muchas de esas referencias son las que se recogen en Jaime Osorio (2018).

⁷ Desde la lógica de la identidad, quieta e inmutable, tiene sentido que cuando se manifiesta la negación, se señalen términos como “conceptos autodesmentidos” o “autorefutación”.

opuestas que domina a *El Capital*". Pero añade: "en última instancia, el propio Marx podría estar equivocado o desactualizado" (sic), para concluir que "lo importante es la coherencia y la consistencia empírica (sic) de un razonamiento"⁸ (Katz, 2019).

Por lo dicho anteriormente Katz pareciera inclinarse por la idea que Marx dejó esas páginas y párrafos por "equivocación o desactualización", ya que a su juicio impera el inmutable intercambio de mercancías por su valor⁹.

El Capital: necesario, pero insuficiente

No entender el tema de niveles de análisis es lo que lleva a otros autores a señalar que Marx se equivocó en su análisis de las clases, al hablar en *El Capital* sólo de tres clases (burguesía, terratenientes, obreros), en tanto que en sus estudios sobre la formación económico-social francesa a mediados del siglo XIX refiere a cinco clases, añadiendo a las tres anteriores el campesinado y la pequeña burguesía, además de fracciones y sectores (Marx, 2005).

En el modo de producción las tres clases mencionadas son las determinantes para entender la dinámica del capitalismo a ese nivel. Pero son insuficientes para analizar la Francia de mediados del siglo

⁸ Ni Marx hace referencias empíricas para establecer el valor de la fuerza de trabajo, y Katz, en los escritos que comentamos, asume sin más que salarios bajos es igual a valores bajos de la fuerza de trabajo. Por tanto, creo que nuestro crítico confunde "consistencia empírica" por "consistencia lógica".

⁹ No importa que la prensa señale un sinnúmero de ejemplos semanales, sino diarios, donde se violenta el valor. Veamos una píldora, en donde los actores no son pequeños capitales actuando en México, Honduras o Filipinas. En Estados Unidos, "el regulador del mercado de valores (SEC, por sus siglas en inglés) acusa a Volkswagen que "instaló un dispositivo electrónico en los coches para burlar los controles" de contaminación. "La SEC [...] considera que la compañía realizó "una serie de comunicaciones engañosas", lo que le permitió "acudir al mercado de bonos y recaudar 13 mil millones de dólares entre abril de 2014 y mayo de 2015", y que "los ejecutivos de la compañía conocían que más de medio millón de vehículos en Estados Unidos excedían los límites legales" de gases contaminantes (Pozzi, 2019).

XIX, esto es a una formación económico-social específica y en un tiempo específico.

Señalar a su vez que para explicar el capitalismo dependiente no es necesario dar cuenta de nuevas leyes y tendencias o generación de nuevas categorías y que sólo debemos remitirnos a las que aparecen en *El Capital*, (Katz, 2019), no deja de ser también un error garrafal, porque esa postura no asume los distintos niveles de análisis, y la necesidad de señalar leyes, tendencias y categorías específicas para cada nivel, más allá de la concreción de las presentes en los niveles más abstractos.

Si hablamos del capitalismo, las categorías y nociones a nivel del modo de producción no pueden ser las mismas que a niveles más concretos. Por tanto es un despropósito señalar, por ejemplo, que si queremos hablar de las particularidades del capitalismo dependiente, las tendencias y procesos que lo caracterizan, sintetizado en categorías como ruptura del ciclo del capital o superexplotación, habría que “dirimir si [...] constituyen *leyes equivalentes* al valor, la acumulación o la plusvalía”, además de preguntarse si “detentan el *mismo estatuto legal* que las *reglas generales del sistema capitalista*”, lo que no ocurre, ya que “*carecen de la universalidad* requerida para integrar el *paquete de leyes del capitalismo*”. (Katz, 2019; subrayados propios).

Pero las categorías como ruptura del ciclo del capital o superexplotación de ninguna manera pueden tener la misma equivalencia ni el estatuto legal que las reglas generales del capitalismo, porque no están hechas para explicar problemas a ese nivel, sino para uno mucho más aterrizado y concreto, que se ubica en las formas de capitalismo, llamado capitalismo dependiente.

Ahora, sobre la universalidad de dichas categorías, tendríamos que señalar que, consideradas todas las categorías, de todos los niveles de análisis señalados, unas son necesariamente más universales, las de los niveles más abstractos, frente a las de los niveles más concretos. Valor y plusvalía son más universales que imperialismo y ésta es más universal, a su vez, que imperialismo alemán, imperialismo estadounidense o imperialismo inglés.

Los universales no son entidades quietas ni fijas, como tampoco los particulares. Que sean uno u otro depende del nivel del análisis. Así, la categoría capitalismo dependiente constituye un universal si hacemos referencia al conjunto de particulares que lo conforman, como el capitalismo dependiente brasileño, argentino, boliviano, etc., con lo cual hemos alcanzado un estadio de concreción mayor.

Nuevamente habrá que señalar que, para el estudio de los nuevos particulares, *las formulaciones de El Capital son necesarias, pero insuficientes*. No constituyen cualquier capitalismo, sino formaciones económico-sociales *capitalistas dependientes*. Todo lo que se elabore para la cabal comprensión de ese capitalismo enriquece la teoría marxista en general, y su capacidad de dar cuenta de lo concreto.

Esto no invalida que en el estudio del capitalismo brasileño o boliviano no sólo consideremos el universal capitalismo dependiente, sino también los de los niveles más abstractos como valor, plusvalía, sistema mundial o imperialismo.

Los niveles de análisis no son compartimentos estancos, sino niveles que como vasos comunicantes permiten que nos movamos en una u otra dirección, de acuerdo a las necesidades de la reflexión.

El privilegio de las partes, olvidando el todo

Una condición del análisis que asume la totalidad, como el marxismo, es que no es posible analizar algún elemento o relación de manera aislada, fuera del proceso en donde se constituye y del cual forma parte.

Lo anterior tiene sentido cuando se presentan argumentos contrarios a algunas categorías, como en este caso a la superexplotación, desligada de los procesos en los cuales alcanza sentido y además un papel fundamental para explicar la reproducción del capital en el capitalismo dependiente.

En defensa de su posición Claudio Katz afirma que “en la actualidad, la noción de superexplotación no mantiene ninguna conexión

con algún problema significativo de la estrategia anticapitalista” (Katz, 2019).

¿Y esto se afirma porque en las múltiples movilizaciones y procesos llevados a cabo en las diversas sociedades dependientes latinoamericanas en las últimas décadas no aparecieron ni parecen mantas y carteles que reclamaran “¡Fin a la superexplotación!”?

Tampoco creo haber visto mantas ni carteles que dijeran “¡Fin a la plusvalía!” ¿Entonces la noción de plusvalía también adolece de conexión con algún problema significativo de la estrategia anticapitalista de nuestros días en la región?

La simple formulación del problema en los términos señalados por nuestro crítico pone de manifiesto lo absurdo del planteamiento.

Si algo subyace en los múltiples procesos políticos y movilizaciones sociales ocurridos en las últimas décadas en la región es el rechazo a la aguda explotación que han sufridos los pueblos, en un periodo de incremento de la voracidad de capitales locales y extranjeros, y redoblada tendencia a la apropiación de tierras, bosques y aguas, amén del repudio al autoritarismo, la corrupción, y de un sistema político cada vez más alejado de expresar los intereses mayoritarios de la población.

La superexplotación hace referencia a una modalidad particular de explotación que atenta contra el valor diario y el valor total de la fuerza de trabajo, en el contexto de economías dependientes en donde el aguijón productivista que caracteriza al capitalismo industrial desarrollado no alcanza consistencia, porque el capital puede hacer de la apropiación del fondo de consumo y del fondo de vida de los trabajadores, elementos que incrementen la acumulación, lo que es posible porque los grandes capitales sostienen su vocación *exportadora*, la que privilegia el consumo generado por demandas exteriores, con lo que puede dar las espaldas a las necesidades del grueso de la población local.

En México, para 2018, alrededor del 80 por ciento de la producción y ensamble de automóviles fue volcada al mercado estadounidense principalmente, y a otros mercados externos.

Con ello, la superexplotación se constituye en un proceso que no sólo sostiene la reproducción local de capitales, sino que incide en fortalecer la acumulación mundial de capitales, en tanto permite sostener a su vez el intercambio desigual desfavorable a las economías dependientes, así como otras formas de transferencias de valor.

Sostener que la superexplotación es el fundamento de la reproducción de capitales en las economías dependientes es poner de manifiesto que esa reproducción necesariamente presenta diferencias con la reproducción del capital en las economías industriales desarrolladas. De ello intentan dar cuenta nociones como ruptura del ciclo del capital, la propia superexplotación, o desarrollo del subdesarrollo.

Pero economías sustentadas sobre estos cimientos necesariamente presentan particularidades a su vez en el conjunto de la reproducción societal, como modalidades autoritarias de dominio que prevalecen sobre las modalidades democráticas, estados subsoberanos, y agudización de la lucha de clases, todo lo cual convierte a las economías dependientes en eslabones débiles del dominio mundial del capital.

No es casualidad entonces que sea en regiones dependientes en donde han irrumpido los procesos revolucionarios en el sistema mundial, y no en las economías de mayor desenvolvimiento como inicialmente se planteó por el marxismo, y que América Latina sea un reservorio de la revolución, una región en donde de manera regular emergen procesos políticos, bajo muy diversas modalidades, que ponen de manifiesto la actualidad de la revolución (Osorio, 2009).

Los gobiernos populares que se forjaron a inicios del siglo XXI en Venezuela, Bolivia y Ecuador han sido la última gran expresión de dicha tendencia, más allá de los logros alcanzados y de los límites que presentaron o presentan.

Todo esto alcanza mejores explicaciones en la medida que se asume que la violencia del capital en el capitalismo dependiente está instalada de una manera particular en la propia dinámica de la reproducción, lo que hace posible que predominen los signos de

barbarie por sobre los civilizatorios. La agudización de la lucha de clases en la región no es resultado entonces de factores culturales o genéticos, sino que está marcada por la dinámica de la particular forma de capitalismo y de explotación que impera, en el marco de la inserción de este capitalismo en el mercado mundial, y de la historia de lucha de clases que el capital propicia.

Desde esta perspectiva y vista la superexplotación en la totalidad de la dinámica del capitalismo dependiente y de su papel en la acumulación y en la lucha de clases local y a nivel mundial, constituye una desmesura señalar que “la defensa del concepto [de superexplotación]” se lleva a cabo “sin ninguna preocupación por su relevancia política práctica”, y añadir que “esa actitud (la de los otros, claro está) retrata una afinidad puramente académica hacia esa noción” (Katz, 2019).

¿Y qué afinidad retrata la forma de reflexión que el crítico postula en general y sus desvaríos sobre la supexplotación? Política pura. Sólo cabe preguntarse la adecuada para quiénes.

Quizá nuestro crítico dé por sentado que como se ha pronunciado en contra que Donald Trump meta las narices en Venezuela y otros posicionamientos políticos que sería absurdo desconocer, ello supondría que ha quedado inmune a toda crítica. Pero esta es ineludible en el debate teórico-político propiciado. Y aquí no tiene sentido hacerse la víctima (se “pretende excluir nuestro enfoque de ese privilegiado círculo” del dependentismo), como sería postular que alguien expulsó a Cardoso y que no fue su propio quehacer teórico y político el que lo excluyó del “dependentismo”.

Ni tampoco tiene sentido jugar a la ingenuidad, convocando al pluralismo (“reconocer la existencia de distintas corrientes al interior de una misma escuela de pensamiento”; “¿el dependentismo?”), como si fuese posible conciliar en el seno de la teoría marxista de la dependencia posiciones que sostienen el peso de la superexplotación para explicar el capitalismo dependiente, por razones como las arriba señaladas, con otra que llama a abandonarla y quedarnos con

la sencilla solución de salarios bajos porque el valor de la fuerza de trabajo es bajo.

La persistente confusión entre superexplotación y pauperismo absoluto

Nuestro crítico señala que él no asume la confusión de Cueva de asimilar superexplotación a pauperización absoluta. En un escrito anterior (Osorio, 2018) señalamos que pagos por debajo del valor de la fuerza de trabajo no implican necesariamente pauperización absoluta, porque la canasta de consumo de los asalariados se incrementa al paso del tiempo como resultado de la transformación de nuevos valores de uso en bienes salarios, como resultado de su abaratamiento y por la propia sociabilidad reinante.

De esta forma la masa de valores de uso que consume un trabajador en el siglo XXI y que definen el valor de su fuerza de trabajo es muy superior a la masa de valores de uso de un trabajador en el siglo XX, al incluir refrigeradores, televisores, celulares, etcétera.

Estos últimos bienes ganan enorme peso en el consumo en tanto resuelven nuevas necesidades sociales impostergables, como poder hacer compras de leche o víveres una vez a la semana y mantenerlos refrigerados, cuando ya la mujer también se ha incorporado al mercado de trabajo, por ejemplo. El problema es que en una economía en donde reina la superexplotación, la adquisición de estos bienes se hace a costa de otros bienes indispensables, como podría ser gastos en medicinas en consultas médicas, dentistas, para no hablar de disminuir el consumo de carne, huevo, frutas y verduras o vestimenta.

Para el crítico este tipo de procesos son “simple retrato de la explotación” y de la “irracionalidad del consumo” que incentiva el capitalismo. Katz razona acá como el liberal que considera que los trabajadores en el siglo XXI no deben consumir refrigeradores, televisores o celulares, bienes “superfluos”, y que deben limitarse a adquirir “los bienes esenciales”.

Con este planteamiento, que denota qué poco entiende de lo que determina el valor de la fuerza de trabajo, pareciera indicarnos que en las protestas de los trabajadores argentinos frente a los agudos encarecimientos de servicios y bienes básicos que lleva a cabo en los últimos años el gobierno de Macri, que los tiende a marginar no sólo de consumos “superfluos”, como los señalados por Katz, sino también de “bienes esenciales”, lo que tenemos es un ajuste en donde los salarios bajan.... quizá porque debe haber bajado el valor de la fuerza de trabajo. ¿Quién “socava la centralidad de la plusvalía”? Porque hay que diferenciar las formas cómo esta se genera de manera predominante. No es lo mismo que sea por plusvalía relativa o por apropiaciones al fondo de consumo o al fondo de vida.

Nuestro crítico pide que identifiquemos en qué escrito señala la asimilación de superexplotación y pauperización absoluta que hemos indicado. No hay que ir a otros escritos. En el propio texto que comentamos señala: “justamente porque a nuestro entender la vigencia de *la superexplotación* en el grueso de la población laboral (del centro o la periferia) *implicaría su empobrecimiento absoluto*, restringimos su alcance a una minoría de los desposeídos” (sic). A ello agrega que “Osorio [...] acepta la vigencia de ingresos por debajo del valor de la fuerza de trabajo para el grueso de los asalariados de la periferia. (Pero Osorio) no registra que *esa situación amenazaría la subsistencia de los asalariados*”. Y señala para menor duda: “*La superexplotación* como norma en la periferia sólo regiría en las circunstancias de *pauperización total*” (Katz, 2019. Todos los subrayados propios).

¡Tres modalidades de superexplotación!

En un vivo retrato de la confusión en que se posiciona, el crítico indica que intento “amalgamar tres diagnósticos incompatibles” sobre la superexplotación: uno, “que la superexplotación continúa operando como la gran divisoria de las economías desarrolladas y periféricas”; dos, “que con la globalización” la superexplotación “se ha extendido

a las metrópolis”, y tres, que la superexplotación “se remonta a la época de Marx”.

Y concluye: “Los tres señalamientos son obviamente contradictorios. Si la superexplotación persiste como especificidad de la periferia, no puede generalizarse al centro”. Además, “si en las últimas décadas [la superexplotación] se introdujo en los países desarrollados, no se remonta a los años de Marx”. Por último, “si (la superexplotación) ya estaba presente en el (siglo) XIX carece de especificidad contemporánea” (Katz, 2019).

El hecho que el capitalismo desarrollado repose desde el siglo XIX de manera creciente en la plusvalía relativa, ¿ello significa que dejó de tener presencia la plusvalía absoluta en ese capitalismo? No es difícil señalar que no. Sólo que ahora se articula con el conjunto del proceso de reproducción de otra manera, sin tener la relevancia que alcanzó en los inicios del capitalismo, pero sigue siendo necesaria en esa reproducción, en términos históricos, por lo que mantiene a su vez relevancia teórica¹⁰.

Ya lo he señalado antes: Marx sí remite a procesos que con el lenguaje actual caracterizamos como superexplotación. ¿Quién sostiene que ésta no operaba en los orígenes del capitalismo? Ya hemos comentado que Marx refiere extensamente a esa modalidad de explotación en *El Capital*. La particularidad que la superexplotación presenta en nuestro tiempo en el capitalismo desarrollado reside en que hoy no juega el papel que cumplía anteriormente en ese capitalismo, y no se la nombraba como hoy lo hacemos. Y esta es una “especificidad” histórica y “contemporánea”. Por el papel que cumple entendemos el peso en la reproducción del capital, su incidencia en la conformación de mercado interno, en incentivar o desalentar el desarrollo tecnológico, en las posibilidades de acuerdos entre clases,

¹⁰ En su respuesta a Cardoso, Ruy Mauro Marini (1973) señala lo anterior, ante la afirmación de aquel que la plusvalía absoluta podía seguir teniendo relevancia histórica, pero ya no relevancia teórica, ya que el capitalismo (así, en general) en la actualidad se rige por la plusvalía relativa, con lo cual sólo debíamos ocuparnos de esta forma de plusvalía.

en las posibilidades de formas más democráticas o más autoritarias de gobiernos, etcétera.

Y es en dinámicas diferenciadas como las anteriores lo que propicia que la superexplotación tenga un peso fundamental en el capitalismo dependiente y no lo tenga, aunque se haga presente, en el capitalismo desarrollado, antes o ahora. En el primero la superexplotación (que no pauperismo absoluto) afecta al grueso de la población asalariada y es estructural a la reproducción capitalista, es decir no aparece en algún tiempo y luego desaparece, porque además también está condicionada por los procesos estructurales de intercambio desigual. En tanto en el capitalismo desarrollado emerge particularmente en momentos de crisis y sólo por más largo tiempo en franjas muy reducidas de la población obrera, como migrantes, o en sectores subempleados crónicos.

El error de establecer dicotomías: ¿superexplotación o transferencias de valor?

Frente a la insistencia de plantear la dicotomía superexplotación o transferencias de valor repetamos lo ya señalado: “sin intercambio desigual no hay dependencia, sin superexplotación no hay capitalismo dependiente, sin capitalismo dependiente no hay intercambio desigual. Y así se genera una espiral en donde las causas se convierten en consecuencias y las consecuencias se convierten en causas” (Osorio, 2018b).

En su afán de deshacerse de la superexplotación, de su significación en el capitalismo dependiente y de convertir las transferencias de valor en la explicación del subdesarrollo y todo lo referido a las determinaciones de la dependencia, al fin que “la dinámica de las transferencias aporta las respuestas que la tesis de la superexplotación no logra encontrar”, Claudio Katz (2019) intenta relativizar el énfasis unilateral en que cae señalando que “todos los marxistas postulamos que los fondos drenados al exterior se basan en una

apropiación del esfuerzo laboral de los trabajadores”, “se nutren del sudor de millones de oprimidos”. Faltaba menos. Y con esto para el crítico los problemas han quedado en orden.

Pero no basta decir que en las transferencias de valor... hay transferencias de valor. (¡Vaya descubrimiento!). Falta responder cómo se generó ese valor. ¿Las formas de explotación no tienen sentido? ¿Da lo mismo plusvalía absoluta que relativa? ¿es igual salarios que respetan el valor de la fuerza de trabajo de salarios que violentan ese valor? ¿importa sólo de donde salen esos fondos y a dónde van a parar, sin preguntarnos qué consecuencias propician al interior de donde salen, más allá de la vaguedad que generan subdesarrollo? ¿Y cómo generan subdesarrollo? ¿Qué mecanismos, en esas condiciones, hacen factible la acumulación y la reproducción de capitales?

Lo que para nuestro crítico es haber llegado al final del camino es sólo el comienzo de una ruta llena de problemas, en donde tarde o temprano se topará con las determinaciones del capitalismo dependiente.

Nadie que quiera explicar el “subdesarrollo” y el capitalismo dependiente puede ahorrarse la tarea de formular conceptos y categorías que permitan dar cuenta de los procesos económicos, políticos y sociales que hacen posible que el “subdesarrollo” y el capitalismo dependiente se reproduzcan. Y en ese tenor es que tienen relevancia los valores de uso, cómo la región se insertó y se inserta al mercado mundial; el que predominen en nuestra historia patrones de reproducción exportadores, que propician rupturas del ciclo del capital, que alientan la superexplotación, que no alientan el aguijón productivista y el desarrollo de ciencia y tecnología; que reclama Estados subsoberanos, con clases dominantes locales subordinadas a proyectos imperialistas, sin proyectos nacionales, que el subdesarrollo sea lo que se desarrolla, etcétera.

Se puede estar en desacuerdo con las nociones y categorías que actualmente se emplean. Lo que parece absurdo es lanzar esas nociones (el agua sucia) junto con la bañera (capitalismo dependiente). Y levantar banderas para indicar que ahora con las transferencias

de valor tenemos la panacea explicativa. Y claro, y con la renta, por supuesto. Lo más serio es que no se vea la desnudez teórica en que se instala una tal propuesta.

No es por acaso que Marx señala: “La verdadera economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción” (Marx, 1973b, p. 325).

Parece que no se puede esquivar el análisis de cómo opera la explotación. Y en el capitalismo dependiente opera superexplotando. Por ello es factible señalar que *el intercambio desigual y otras formas de transferencias de valor de América Latina al mundo desarrollado, a lo menos desde mediados del siglo XIX en adelante, no son sino otra cara de los procesos de superexplotación*, modalidad de explotación que violenta el valor de la fuerza de trabajo, y que hace posible que parte del fondo de consumo y del fondo de vida de los trabajadores se conviertan en fondo de acumulación, sea para hacer factible el intercambio desigual y otras transferencias de valor, sea para compensar sus vigencias.

Las dicotomías son propias del pensamiento que se plantea optar entre esto y aquello, cada uno fijo, quieto, inmutable: el autoritarismo o la democracia; la libertad o la esclavitud; sujeto u objeto, sociedad o naturaleza, excluidos o incluidos; valor de uso o valor.

Se puede señalar que *la exclusión* (del empleo y del consumo, por ejemplos) en el capitalismo no es sino *una forma de inclusión* en la lógica del capital (Osorio, 2012).

Plantear como dicotomías procesos que están relacionados es caminar directo a establecer una exterioridad, que cierra el paso a lo que los propicia y relaciona, que es siempre un proceso al interior.

Teoría de la dependencia y teoría del capitalismo dependiente

La historia que hizo posible que los problemas abiertos con la noción de dependencia cristalizaran en una teoría fue relativamente breve¹¹,

¹¹ En Osorio (1985) realizamos un primer balance de este proceso.

pero en un tiempo social tremendamente condensado, cargado de disputas políticas y teóricas, por la agudización de la lucha de clases, acelerados por triunfos como la revolución cubana en 1959, y aletargados por derrotas como el golpe militar de Pinochet en Chile en 1973 y demás golpes en la parte sur del continente.

En ese condensado proceso hubo una primera etapa en donde declararse “dependentista” fue un asunto relativamente factible y para muchos una moda intelectual, como tantas, al fin que la dependencia era asumida como un problema generado por *elementos externos*, como el deterioro en los términos de intercambio, ajenos a la responsabilidad de las clases dominantes locales.

En este periodo muchos autores de la CEPAL o del ILPES escribieron sobre la dependencia. Fue en las oficinas de esta última institución en donde Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (1969) escribieron su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

Pero este escenario comienza a modificarse cuando Marini publica o da a conocer en congresos los primeros escritos, en 1972, que darían forma a su libro *Dialéctica de la dependencia* (1973). Su quiebre con las esperanzas del desarrollo removiendo “obstáculos” que impedirían avanzar, como las rémoras semif feudales en el agro, o la desmistificación de la industrialización y su papel que confirmaba las tesis de Frank que la región solo puede esperar el desarrollo del subdesarrollo de proseguir bajo relaciones capitalistas, así como llenar de significación teórica y política a las formulaciones sobre la superexplotación y el intercambio desigual, hicieron que el escenario comenzara a decantarse. Y reconocerse como dependentista ya no será lo mismo. La impronta anticapitalista del problema no era un asunto menor.

Es en este contexto, en donde las tareas prioritarias pasarán por develar las tendencias y procesos que definen el capitalismo dependiente, que comenzará a hablarse cada vez más de una teoría

marxista de la dependencia¹², y ya no simplemente de teoría de la dependencia, lo que propicia que posiciones antes convergentes comiencen a mostrar sus claras diferencias.

No fue una casualidad entonces que las críticas anteriormente dirigidas a Frank pasaran a concentrarse en Marini y particularmente en las nociones de superexplotación, de intercambio desigual y también en la propia idea de un capitalismo dependiente.

Es en este cuadro que Fernando H. Cardoso inicia su toma de distancias con Ruy Mauro Marini desde 1972, con su artículo “Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia”, y más tarde la profundice, publicando junto a José Serra (1978) “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”.

Cabe destacar que Marini no se encontró sólo en la defensa de las tesis del capitalismo dependiente. Vania Bambirra (1978) salió al paso de las principales críticas publicando su libro *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, siendo Agustín Cueva, Octavio Rodríguez y Enrique Semo, en ese orden en el índice, los destinatarios de las críticas principales.

En esta línea de razonamiento creo que el trabajo de Claudio Katz se ubica en el amplio campo de lo que se conoce como teoría de la dependencia, que se plantea el tema de la dependencia de manera prioritaria, en una posición que rechaza el planteamiento de particularidades y tendencias de algo referido al capitalismo dependiente, siguiendo la línea en donde destacan Fernando H. Cardoso, desde fuera del marxismo, y Agustín Cueva, desde el marxismo ortodoxo de los partidos comunistas.

La publicación de un sinnúmero de antologías sobre la dependencia ha ayudado a alimentar la confusión señalada, como resultado de no establecer las diferencias teóricas y políticas entre autores, en donde Cardoso, Sunkel, Frank y Marini quedan todos en el mismo

¹² “La tarea fundamental de la teoría marxista de la dependencia consiste en determinar la *legalidad específica* por la que se rige la economía dependiente” (Marini, 1973, p. 99).

paquete. En rigor no todos los autores que hablan o hablaron de dependencia se incluyen en la teoría marxista de la dependencia, para los cuales la explicación del capitalismo dependiente, desde los procesos y formas como este capitalismo se inserta al mercado mundial, se constituye en el centro de su reflexión.

Bibliografía

- Bambirra, Vania (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: ERA.
- Cardoso, Fernando Henrique (1972). Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (4).
- Cardoso, Fernando Henrique y Serra, José (1978). Las desventuras de la dialéctica de la dependencia. *Revista Mexicana de Sociología* (40).
- Cueva, Agustín (2007). *Entre la ira y la esperanza*. Buenos Aires: CLACSO/Prometeo.
- Hegel, Georg W. F. (2011). *Ciencia de la lógica*. Madrid: Abada Editores/Universidad Autónoma de Madrid.
- Katz, Claudio (2018). *La teoría de la dependencia cincuenta años después*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.
- Katz, Claudio (2019, 7 de marzo). *Actualización o veneración de la teoría de la dependencia*. En <https://katz.lahaine.org/actualizacion-o-veneracion-de-la-teoria/>
- Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.
- Marx, Carlos (1973a). *El Capital. T. I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Carlos (1973b). *El Capital. T. III*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (2005). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.

Osorio, Jaime (1984). El marxismo latinoamericano y la dependencia. *Cuadernos Políticos* (39).

Osorio, Jaime (2009). *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*. México: UAM-X/Editorial Itaca.

Osorio, Jaime (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. Barcelona: Anthropos/UAM.

Osorio, Jaime (2018). “Acerca de la superexplotación y el capitalismo dependiente”. *Cuadernos de Economía Crítica* (8).

Osorio, Jaime (2018b). Los avatares de una nueva interpretación sobre el subdesarrollo y la dependencia. *Herramienta Web* (24).

Pérez Soto, Carlos (2008). *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*. México: Editorial Ítaca.

Pozzi, Sandro (2019, 15 de marzo). “EEUU acusa de fraude a Volkswagen y a su expresidente”. *El País*. https://elpais.com/economia/2019/03/15/actualidad/1552648967_263173.html

Capítulo 11 | Explotación redoblada y actualidad de la revolución

Introducción

¿Existe algo estructural o sólo simple simultaneidad y contingencia en el malestar común y generalizado de sectores populares a las políticas neoliberales en América Latina en el curso de la primera década del siglo XXI? ¿Dónde residen las razones del permanente rebrote de la rebelión y de la revolución en esta parte del mundo, a pesar de la sistemática aplicación de políticas que buscan podar la rebeldía y disciplinar al trabajo a los arbitrios del capital? ¿Por qué la lucha social y política en pos de una vida digna constituye un rasgo permanente en nuestra memoria y emerge de manera recurrente como una utopía posible?

La actualidad de la revolución

Iniciar esta reflexión desde el tema de la actualidad de la revolución se fundamenta en un hecho nada despreciable: desde la última década del siglo XX asistimos en América Latina a una amplia reorganización popular y a la retoma de la iniciativa política, planteando

nuevos problemas al dominio y al poder del capital. Ello ocurre en un plazo muy breve, luego de la puesta en marcha en América Latina entre los años sesenta y ochenta del siglo XX de operaciones militares de exterminio sobre una amplia franja de dirigentes sociales y políticos y de sectores sociales politizados y de una guerra de terror sobre el conjunto de la población, acompañada o seguida del impulso de políticas económicas neoliberales que constituyen verdaderos ejercicios de biopoder¹³, que buscan proseguir -por otros medios- la constitución de cuerpos y mentes dóciles y prolongar el disciplinamiento societal.

Este nuevo renacer de la vocación de las clases subordinadas de la región, presente en las rebeliones indígenas en México (1994) y más tarde en Ecuador (2000) y Bolivia (2003 y 2005), con la destitución de a los menos cinco presidentes entre estas dos naciones en menos de una década, la asonada popular que terminó por derribar el gobierno de Fernando de la Rúa en Argentina (2001), la movilización popular que impidió el golpe de Estado contra Hugo Chávez en Venezuela el 2002, y la emergencia y accionar del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, por señalar algunos hitos significativos, hablan de un estado de cosas que se entronca con una historia permanentemente revivida, acentuada en los últimos años, y que como un río profundo vuelve a brotar en la superficie, a pesar de las múltiples operaciones llevadas a cabo por los sectores dominantes, locales e internacionales, por detenerlo o encauzarlo.

El tema de la *actualidad de la revolución* nos remite a Lenin¹⁴. Fue el estratega bolchevique el que otorgó a esta noción un estatuto teórico-político fundamental, azuzado por la urgencia de precisar las potencialidades de la revolución en Rusia a comienzos del siglo XX, y luego a hacerla efectiva, lo que lo llevó a cubrir y desarrollar,

¹³ Michel Foucault (1977), colocó el tema en el debate contemporáneo. Más tarde Giorgio Agamben (1998), lo volvió a posicionar.

¹⁴ En 1924, a la muerte de Lenin, Georg Lukács (2005), sintetizó con dicha noción uno de los principales aportes de aquel a la teoría revolucionaria.

arropado en el arsenal teórico de Marx, y en una etapa clave en Hegel¹⁵, recreándolos, un amplio espectro de problemas que tiene como uno de sus ejes justamente la actualidad de la revolución.

En su tratamiento se imbrican a lo menos dos asuntos de la mayor relevancia para los problemas que aquí nos ocupan. El primero refiere al señalamiento del inicio de un periodo en la historia del capitalismo —el ingreso a su fase imperialista (Lenin, Vladimir, 1961)— en donde las tensiones rupturistas han alcanzado plena madurez. La barbarie que despliega el capital en este nuevo periodo tenderá a prevalecer cada vez más por sobre su condición civilizatoria y de progreso. El predominio del capital monopólico y en especial del financiero, y el agresivo reparto *extensivo e intensivo* del mundo¹⁶ agotaron los tiempos del capitalismo en donde su tarea revolucionaria abría perspectivas de una vida digna para el género humano. Por el contrario, sus grandes transformaciones (sea en la ciencia o en la técnica), se convierten en factores de degradación social para las amplias mayorías.

El segundo asunto gira en torno a la definición de las formaciones sociales o regiones en donde tenderán a producirse las nuevas revoluciones, en el contexto de un capitalismo que en tanto sistema se ha expandido por el globo. ¿Existen espacios sociales privilegiados donde apunten a gestarse de manera recurrente rebeliones sociales con el potencial de modificar el cuadro de las relaciones de poder vigentes?

¹⁵ Véase Vladimir I. Lenin (1974). Sobre una interpretación de la lectura leninista de Hegel, véase Antonio Negri (2004). Este libro reúne “lecciones” que Negri impartió en 1972-1973, unas tres décadas antes de la etapa post, en donde emergen sus libros junto a Michael Hardt (véase Hardt, Michel; y Negri, Antonio, 2002 y 2004).

¹⁶ El desarrollo de los lazos económicos internacionales y [...] el sistema de relaciones de producción en el mundo puede ocurrir de dos modos: los lazos económicos pueden desarrollarse en longitud, englobar regiones hasta entonces ajenas al ciclo de la vida capitalista y dar lugar así a un *desarrollo extensivo* de la economía mundial, o bien esos lazos se desarrollan en profundidad, se multiplican y estrechan, y entonces tenemos un *desarrollo intensivo* de dicha economía (Bujarin, 1971, p. 45. Subrayados propios).

La respuesta de Lenin a esta segunda cuestión, que señala que la cadena imperialista se rompe en sus *eslabones débiles*, hizo girar en 180 grados la lectura sobre las posibilidades de la revolución prevalecientes en la época, que enfatizaban a las formaciones sociales en donde las fuerzas productivas alcanzaban mayor desarrollo. Considerando el capitalismo como un sistema que se despliega planetariamente, la tensión revolucionaria que le es inherente no alcanza su potencia superadora en las regiones en donde el desarrollo tecnológico y productivo es más avanzado, las naciones y regiones centrales, sino en aquellas en donde las contradicciones sistémicas del capitalismo se condensan y encuentran *puntos de saturación temprana*, propiciando que su fuerza civilizatoria pase rápidamente a segundo plano frente a la barbarie desatada. *En la tesis leninista, los eslabones débiles de la cadena imperialista se ubican particularmente en la periferia del sistema o, mejor dicho, en el mundo dependiente, y no en el campo del mundo imperial*¹⁷.

El tema de la actualidad de la revolución sólo remite a su facticidad: la madurez de las condiciones que hacen que la revolución (proletaria) sea posible. Pero él no da cuenta de que dicha actualidad se convierta en situación revolucionaria, aquellos momentos en donde las clases sociales explotadas ya no quieren seguir viviendo como antes, y las clases que dominan tampoco pueden seguir haciéndolo, al decir de Lenin, lo que remite a problemas candentes y diversos, como la arritmia presente en los movimientos sociales¹⁸, la configuración de una estrategia que articule la lucha social y el sentido y las formas de la organización política, por mencionar algunas.

¹⁷ Las tempranas revoluciones en México y luego en Rusia en el siglo XX, que inauguraron la nueva cartografía de las revoluciones en el capitalismo, terminaron por otorgar credenciales a las tesis leninistas. La idea de la revolución en el mundo dependiente, en particular en Rusia — “el estallido de un levantamiento popular que produciría una reacción en cadena en Europa” — no le fue ajena a Marx. Véase Anderson (2006).

¹⁸ El tema lo hemos abordado en el Capítulo 7 de este libro.

Lenin en América Latina

Importa destacar que en la formulación de Lenin la caracterización de un nuevo periodo histórico del capitalismo que pone a la orden del día el problema de la revolución va de la mano con la fundamentación del porqué es en determinadas regiones en donde se condensan las rupturas políticas revolucionarias, constituyéndose en eslabones débiles de la cadena imperialista. Esta imbricación se hará presente en América Latina para cuando los debates en torno a la actualidad de la revolución alcancen toda su fuerza en los años sesenta del siglo XX, tras el triunfo de la revolución cubana, y se establezca un intenso debate teórico y político en torno a las originalidades de la región luego de la sorpresa provocada por la gesta encabezada por Fidel Castro y el Movimiento 26 de Julio en Cuba: ¿qué hizo posible que emergiera y triunfara una revolución en el Caribe —y no en los países de mayor desarrollo relativo en la región, como Brasil, México o Argentina— y que, además, a poco andar, se reclame socialista?

Las respuestas —no siempre suficientemente fundamentadas— caminaron en dirección contraria a las formuladas por quienes habían compaginado sin mayores problemas el marxismo con el etapismo desarrollista de la madurez de las condiciones objetivas¹⁹. Una nueva lectura a lo menos de Marx y de Lenin se hizo necesaria. Desde allí surgieron planteamientos que orientarán la búsqueda de explicaciones sobre lo que acontecía en la región.

Retomando las tesis leninistas se señaló que América Latina y el Caribe constituyen una región madura para la revolución. Ésta, por tanto, es una tarea actual y no para etapas posteriores de desarrollo capitalista.

¹⁹ Referido a América Latina decía que la región debía cubrir previamente las tareas de las revoluciones burguesas, de la mano de la burguesía, para posteriormente plantearse las posibilidades de la revolución proletaria. En pocas palabras, que la revolución no podía saltarse etapas. Un lúcido análisis del tema, que tiene como fondo a la revolución cubana, es el estudio de Vania Bambirra (1974); véase también el prólogo escrito por Ruy Mauro Marini (1974).

Ello es resultado de una forma particular de estructuración y despliegue del capitalismo en la zona, que será calificado de maneras diversas: periférico, semicolonial, colonial, dependiente. América Latina —se afirmará— es capitalista a lo menos desde mediados del siglo XIX, y no una región precapitalista, feudal, semifeudal, o con un capitalismo atrasado o inmaduro, como postuló en su momento el marxismo ortodoxo.

En sentido contrario a la idea de que América Latina requiere de más desarrollo del capitalismo, bajo el supuesto que ello le permitiría acercarse a las formas del capitalismo en el mundo central, además de aproximarla a las posibilidades de la revolución (de acuerdo al etapismo antes comentado), se señalará que el capitalismo en América Latina es un capitalismo maduro, pero original, caracterizado como dependiente en su expresión más acabada, el cual sólo puede caminar propiciando “el desarrollo (capitalista) del subdesarrollo”²⁰.

Así, la intensificación del capitalismo en la región tenderá no sólo a alejarla de los pretendidos modelos económicos o políticos de desarrollo, generalmente tomados —o contruidos a partir— del mundo central, sino que acentuará los desequilibrios estructurales, las brechas entre “lo arcaico” y “lo moderno”, en fin, las contradicciones del capital en esta parte del mundo.

Los procesos en la región y sus modos de desenvolverse no son expresión entonces de un *insuficiente* desarrollo capitalista. Por el contrario, lo que tenemos aquí es un *exceso* en dicho desarrollo, *en tanto espacio social particular de condensación de contradicciones del sistema capitalista*, contradicciones que se *internalizan* y se despliegan en la lógica y el modo de ser de la *reproducción local* del capitalismo. De allí la original forma dependiente y su derivación política: formamos parte de una región dentro de un sistema mundial, resultado de la extensión de la lógica del capital, de una de sus formas de hacerse

²⁰ En la acertada síntesis formulada por André Gunder Frank (1970). Nótese, de paso, que esta idea no remite a la de estancamiento. Se podrá crecer, pero acentuando el subdesarrollo.

historia, en donde el conflicto social en general y su potencialidad de generar rupturas es un proceso con connotaciones estructurales²¹.

No sólo somos contemporáneos entonces a un periodo en donde ha madurado la actualidad de la revolución, sino que como región nos ubicamos en una franja económico-político-social del sistema en donde dicha actualidad irrumpe y se hace presente de manera recurrente²². *Esta doble contemporaneidad* es un rasgo que como latinoamericanos marca nuestro “estar en el mundo”.

Los grandes cambios que atraviesan el sistema mundial capitalista desde fines del siglo XX y a inicios del siglo XXI, de la mano del gran capital, han vuelto a detonar la actualidad de la revolución en América Latina. El conjunto del globo terráqueo como campo de operaciones del capital, sea por la acción de un acrecentado y voraz capital financiero, desplegando infinidad de formas para reproducirse, elevando la apropiación de riqueza y trabajo desde el mundo dependiente a los centros imperiales; sea por las operaciones del capital propiamente industrial, segmentando procesos productivos y estableciendo cadenas en los más variados rincones del planeta, han propiciado una nueva División Internacional del Trabajo. Esta no sólo refiere a los valores de uso fundamentales producidos en unas y otras regiones (sustentados en el conocimiento y la innovación tecnológica en el mundo central, además de las labores de mando y control, frente a partes o ensambles de bienes industriales, agrícolas o de servicios en la periferia y con funciones menores en materia de conocimiento y dirección), sino también a una agudización de la explotación redoblada, la que estructuralmente arraigada en el mundo dependiente, se extiende a su vez sobre sectores de las economías centrales, aunque sin el peso estructural del caso anterior, propiciando cadenas de subcontratación entre empresas. Mientras más

²¹ Lo estructural remite esencialmente a un campo de relaciones sociales, las que al concretizarse terminan asumiendo formas institucionales.

²² México 1910; Guatemala 1944-1954; Bolivia 1952; Cuba 1959; Chile 1970-73; Nicaragua 1979; El Salvador 1980; Ecuador 2000; Venezuela 2002 en adelante; Bolivia 2003-2005 en adelante, entre los hitos más destacados.

se descende en estas cadenas son mayores las pérdidas de derechos, salarios y condiciones de existencia de los trabajadores, elevando la precariedad, la informalidad, el trabajo a destajo y el pauperismo en general. En definitiva, un conjunto de medidas que tienen como denominador común el acentuar el poder despótico del capital de poner la vida de los trabajadores en entredicho.

Si la formulación de los eslabones débiles implicó llenar de nuevos significados los postulados referidos al *dónde* de los procesos potenciales de ruptura, y las experiencias revolucionarias dieron prueba del nuevo periodo abierto, quedaban sin embargo un sinnúmero de temas pendientes. Entre la actualidad (o madurez) de la revolución y su hacerse se imbrican un complejo número de factores para que aquellas sean factibles. Las condiciones de la revolución reclaman mucho más que la simple *adición evolutiva* de elementos²³, porque se conforman en el *tiempo social condensado*, allí donde el *kairós* se nos presenta como “un *chronos* contraído y abreviado” (Agamben, 2006). En tiempos de esa naturaleza se derrumban los entramados ideológicos y las construcciones simbólicas de la realidad conformadas en torno a la visión del mundo de los dominadores, y amplios sectores sociales asimilan experiencias y aprendizajes que en tiempos normales llevarían años. Por ello, la subjetividad también sufre verdaderos saltos. La emancipación social deja de percibirse como una parusía, y de una utopía deseada pero inalcanzable comienza a encarnar en el accionar extraordinario que sin mayores razonamientos se convierte en práctica ordinaria de muchos, alimentando la autodeterminación social.

Daniel Bensaid indica que “en la inconforme conformidad de la época, (las revoluciones) son un poder y una virtualidad del presente, a la vez de su tiempo y a contratiempo, demasiado temprano y demasiado tarde [...]”. (Bensaid, 2006, p. 254). Esa es la utopía de la

²³ Por ello, Daniel Bensaid señala que “un acontecimiento (la revolución JO) que se inserta como un eslabón dócil en el encadenamiento ordenado de los trabajos y los días ya no será acontecimiento, sino pura rutina”. (Bensaid, 2006, p. 251).

revolución, lo imposiblemente posible, que emerge entonces siempre como un proceso inmaduro. Por ello el nuevo poder siempre se establece “prematuramente”, porque “la revolución no tiene un `debido tiempo`” (Zizek, 2004, pp. 4-13). La revolución, en fin, “señala un momento de decisión crucial e irrevocable” (Palti, 2005, p. 13), que reclama necesariamente saltos (al vacío, en la lógica de lo posible) y rupturas.

El conjunto de las tesis leninista en relación con la madurez y viabilidad de la revolución implicó romper el sentido común del “realismo político” y sostener que “aquellos que esperan a que lleguen las condiciones objetivas de la revolución, esperarán siempre” (Zizek, 2004, p. 12). Las revoluciones son una intervención social y política que acelera tiempos y condiciones. La organización y la voluntad de poder tienen así un papel relevante en la madurez y en la posibilidad de los cambios societales²⁴.

La explotación redoblada

El debate teórico y político sobre la originalidad y específica madurez del capitalismo dependiente latinoamericano pronto arribó a las modalidades de reproducción del capital en la región, que fundamentara el quehacer de las organizaciones políticas que asumían la tarea de la actualidad de la revolución²⁵. En medio de una efervescencia teórica que se multiplicó en los más diversos rincones

²⁴ “El problema [en términos de organización] es ahora rigurosamente el problema leninista”, afirma Slavoj Zizek, esto es: “¿cómo inventar la estructura organizativa [que confiera al malestar reinante en múltiples espacios y sectores y que se expresa en los movimientos antiglobalización la] FORMA de la exigencia política universal?”. Porque el límite de movimientos como el feminismo, el antirracismo y los movimientos ecologistas, “es que no son POLÍTICOS en el sentido de un singular universal: son “movimientos de un solo tema”, que carecen de la dimensión de la universalidad, es decir, que no se relacionan con la TOTALIDAD social”. (Zizek, 2004, p. 111. Mayúsculas en el original).

²⁵ La evaluación de las prácticas de las organizaciones “revolucionarias” en América Latina y de las tesis que orientaron su quehacer en los sesenta y setenta del siglo XX

académicos y políticos de la región, fue el sociólogo brasileño Ruy Mauro Marini quien terminó ofreciendo las respuestas teóricas más acabadas al problema anterior²⁶.

Luego de su reinserción al capitalismo mundial tras los procesos de independencia, el hecho de producir para mercados ya existentes en otras regiones, particularmente Europa y más tarde Estados Unidos, propició que el capital latinoamericano, al no reclamar en lo fundamental su reproducción del consumo de los trabajadores locales para resolver la realización de la plusvalía, pudo establecer modalidades de explotación en donde *se viola de manera permanente y estructural el valor de la fuerza de trabajo*, favoreciendo que parte del *fondo de consumo de los trabajadores* sea convertido en *fondo de acumulación* del capital. Así se agudiza al máximo el conflicto que vive el capital frente al poseedor de la fuerza de trabajo: en tanto productor trata de exprimirlo al máximo, y en tanto potencial consumidor lo reclama con un elevado poder de consumo o realización.

En el capitalismo del mundo central esta contradicción encontró límites por la necesidad del capital de crear y ensanchar mercados internos (ante la débil demanda de las economías periféricas y de las colonias), debiendo incorporar masivamente a los trabajadores al consumo y, de manera simultánea, incrementar la plusvalía. La fórmula para equilibrar esta ecuación la encontró el capital en la elevación permanente de la productividad, en particular en las ramas generadoras de bienes salarios y en la de los bienes de capital que allí intervienen, acortando así el tiempo *real* de trabajo necesario, a pesar del incremento de productos que se incorporan a la canasta de los bienes-salarios.

La tendencia del capital en nuestra región a apropiarse de parte del fondo de consumo de los trabajadores —azuzada por la apropiación de valor desde las economías centrales por múltiples y diversos

rebasaba con mucho los límites de esta exposición. Pero no cabe duda de que es un tema de la mayor significación, que reclama un análisis pormenorizado.

²⁶ Condensadas en particular en Ruy Mauro Marini (1973).

mecanismos y favorecida por la alianza del capital local con el capital extranjero— se reproduce como un denominador permanente en la historia del capitalismo regional, más allá de las morigeraciones que se han podido presentar en algunos momentos históricos acotados.

Visto desde la larga duración, es muy breve el periodo en donde el capital que opera en América Latina incorporó de manera significativa a amplias capas asalariadas al consumo de bienes producidos por las ramas ejes de la acumulación, proceso que se presentó en la fase intermedia del llamado proceso de industrialización²⁷. Este patrón de reproducción tiene una extensión temporal más amplia, pero el periodo de generación de un consumo de masas en los hechos duró alrededor de una década y sólo en los países de relativo mayor desarrollo en la región. En el resto, cuando ello alcanzó forma, su tiempo fue aún más corto.

La superexplotación y la ruptura en el ciclo del capital que se produce en la reproducción del capital en el mundo dependiente constituyen dos de los pilares de la dependencia en tanto dinámica interna, que en fechas previas al trabajo de Marini seguía siendo considerada como un elemento externo, o bien con una insuficiente teorización para pensarla como proceso inherente al despliegue local del capital, en el marco de su inserción al sistema mundial capitalista.

Este salto teórico propiciado en la reflexión no fue menor; en lo más inmediato permitía engarzar la peculiaridad del capitalismo dependiente con una formulación concreta respecto al porqué la recurrente irrupción social de los explotados y dominados, poniendo de manifiesto la condición de eslabón débil de la región. *Es la particularidad de la reproducción del capital, que tiene como ejes la explotación redoblada (o superexplotación) y la ruptura del ciclo del capital, los*

²⁷ Considerando los países de mayor desarrollo relativo de la región, distinguimos *grosso modo* tres fases en la industrialización latinoamericana: una inicial, la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), que cubre parte de los treinta y mediados de los cuarenta; la intermedia, que va de mediados de los cuarenta hasta mediados de los cincuenta, y la fase final, de mediados de los cincuenta a los inicios de los sesenta.

procesos que hacen posible que la revolución se actualice en el capitalismo dependiente latinoamericano.

Este vínculo será uno de los puntos centrales en el corte de aguas que se producirá, primero en el propio campo de los llamados estudios de la dependencia, de donde algunos de sus antiguos impulsores decidirán tomar distancia²⁸. Dependencia era mucho más que responsabilidades del imperialismo, del capital extranjero, o desequilibrios estructurales internos por insuficiencia del capitalismo para explicar el “atraso”. Era, por el contrario, una modalidad de reproducción del capital en donde tanto el capital extranjero como el capital local juegan un papel de primer orden, extremando la contradicción capital-trabajo y estableciendo un régimen que de manera regular sitúa la vida de los trabajadores en entredicho. El poder despótico sobre la vida alcanza así sus formas más feroces: el capital puede dar muerte a las encarnaciones vivas del trabajo sin que se sea considerado homicida (Osorio, Jaime, 2006).²⁹ En ese orden, el capital no puede sino producir una aguda tensión de las contradicciones que pulsionan por subvertirlo y superarlo.

Ese vínculo será a su vez una de las razones por las cuales el tema de la dependencia será relegado para cuando se desata la ofensiva contrainsurgente en la región, con el cierre de muchos centros de estudio e investigación en ciencias sociales y el marxismo sea proscrito de planes y programas de estudio, particularmente en la zona sur del continente. Fue esta acción política y no una avanzada teórica lo que propició su “olvido” en las décadas posteriores, amén del éxito ideológico neoliberal y del desencanto posmodernista posteriores, y sus secuelas en la reformulación de planes y programas de estudio.

²⁸ El caso más destacado es el de Fernando Henrique Cardoso, que muy pronto señalará sus desacuerdos con Marini y posteriormente con la noción de dependencia. La polémica principal se puede ver en el artículo del primero, escrito junto a José Serra (1978), y la respuesta de Marini (1978).

²⁹ En ese libro critico el planteamiento sobre el biopoder formulado por Giorgio Agamben (1998), quien retoma los señalamientos de Foucault sobre el tema.

Estado de excepción y poder constituyente

De las formulaciones antes señaladas se desprenden algunas tendencias relevantes para el análisis y explicación de los procesos en la región, que en una apretada síntesis nos indica:

- La explotación redoblada es el fundamento de la actualidad de la revolución en América Latina y, más en particular de su caracterización como eslabón débil en la cadena imperialista. Esa es la forma central como se internalizan las contradicciones del sistema capitalista en la zona y define a su vez la forma particular de la reproducción del capitalismo en la región; es allí donde éste manifiesta su exceso, y no sus insuficiencias. El desarrollo de esta forma dependiente de capitalismo sólo tiende a acentuar su madurez preñada de un potencial rupturista en términos políticos y sociales.
- La falta de significación sustantiva del salario en la realización de la plusvalía, visto en la larga duración del capitalismo latinoamericano, propicia una modalidad en donde los mercados internacionales pasan a jugar un papel de primera magnitud, junto a pequeños pero poderosos mercados locales en donde participan los poseedores de plusvalía, renta y el estrecho rango de trabajadores con elevados salarios. Desde mediados del siglo XIX, que es cuando podemos hablar de la presencia de naciones formalmente independientes y organizadas estatalmente, los patrones de reproducción del capital en la región han tendido a privilegiar los mercados exteriores, proceso iniciado con el patrón agro-minero exportador, con vigencia hasta las primeras décadas del siglo XX, y proseguido hoy con el patrón exportador de especialización productiva.

- La apropiación de parte del fondo de consumo de los trabajadores, en el contexto de su agudización por las políticas neoliberales y las nuevas formas de reproducción del capital, establece una modalidad capitalista que exagera la polarización social. Por ello no tiene nada de extraño que América Latina sea en la actualidad la región del mundo con los mayores niveles de desigualdad social³⁰. Unos pocos sectores sociales concentran el grueso de la riqueza social, en medio de un mar de pobreza. Esta no es una manifestación puramente coyuntural. Obedece a una tendencia estructural.
- En este contexto, el autoritarismo se tiende a erigir en una modalidad recurrente de la forma estatal, ante la dificultad de establecer consensos estables que articulen la vida de la comunidad. Hablar de autoritarismo es poner de manifiesto formas de Estado y de ejercicio de la política en donde la ley queda de manera regular sometida a un ejercicio del poder soberano que se ubica fuera de aquella, estableciendo de manera abierta o soterrada su suspensión e instalándose en el Estado de excepción³¹. Frente a la violencia del poder constituido, que obliga a desnudar al Estado en tanto Estado de excepción, la violencia “pura” o “revolucionaria” de un poder constituyente “exterior al derecho”, formulada por Walter Benjamin (1991), que busca establecer las bases de una nueva organización de la vida en común, se hace presente bajo los ropajes de lo extraordinariamente ordinario.
- Arrancando desde raíces estructurales, la actualidad de la revolución termina tomando forma en el campo político y apunta al campo estatal. La política, que se presenta como la búsqueda de

³⁰ “América Latina y el Caribe muestra la mayor desigualdad en la distribución del ingreso de todo el mundo, seguida de [...] África y [...] de países de reciente industrialización del Asia oriental” (CEPAL, 2002, p. 85).

³¹ Tema clásico abordado por Carl Schmitt y que Giorgio Agamben (2004) ha vuelto a poner en la discusión.

las formas de convivencia de la comunidad, regresa a lo siempre incluido, pero como exclusión en la visión anterior: *la disputa por el poder*. Con ello, regresan también los debates clásicos en torno a la revolución, la lucha de clases, el poder y la organización. Estos son los tiempos de América Latina, un tiempo en donde el árbol de la vida renace y vuelve a florecer. Queda por ver que tan contemporáneos somos con esta antigua-nueva historia.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.

Agamben, Giorgio (2004). *Estado de Excepción, Homo sacer II*, Valencia: Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2006). *El tiempo que resta. Comentario a la Carta a los romanos*. Madrid: Trotta.

Anderson, Perry (2006). Las ideas y la acción política en el cambio histórico. En Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González (comps.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.

Bambirra, Vania (1974). *La revolución cubana. Una reinterpretación*. México: Editorial Nuestro Tiempo.

Benjamin, Walter (1991). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.

Bensaid, Daniel (2006). Una mirada a la historia y la lucha de clases. En Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González (comps.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.

Bujarin, Nicolás (1971). *La economía mundial y el imperialismo*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Cardoso, Fernando H. y Serra, José (1978). Las desventuras de la dialéctica de la dependencia. *Revista Mexicana de Sociología* (40).

- CEPAL (2002). *Globalización y desarrollo*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Foucault, Michel (1977). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de poder*. México: Siglo XXI.
- Frank, André G. (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004). *Multitud*. Madrid: Debate.
- Lenin, Vladimir I. (1961). *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir I. (1974). *Cuadernos Filosóficos*. Madrid: Editorial Ayuso.
- Lukács, Georgy (2005). *Lenin-Marx* Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Marini, Ruy M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.
- Marini, Ruy M. (1974). Prólogo. En Vania Bambirra (comp.), *La revolución cubana. Una reinterpretación*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Marini, Ruy M. (1978). Las razones del neodesarrollismo. *Revista Mexicana de Sociología* (núm. Extraordinario).
- Negri, Antonio (2004). *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*. Madrid: Akal.
- Osorio, Jaime (2006). Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno *homo sacer*. *Argumentos* (52).
- Palti, Elías J. (2005). *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, Slavoj (2004). *Repetir Lenin*. Madrid: Akal.

Totalidad y coyuntura

Claves epistémicas y de método

La presente obra recoge trabajo de Jaime Osorio que atestiguan la importancia de comprender al marxismo no como doctrina, sino como método. Enclavado en los grandes debates de la epistemología, el autor recoge como arma predilecta de la crítica la noción de totalidad. Es con ella, que avanza blandiendo proposiciones teóricas en el agreste terreno de las ciencias sociales, en cuyas huellas aún se perciben los efectos perversos del posmodernismo. Tratando de cultivar una mirada alternativa, que responda tanto a las urgencias del tiempo histórico como a los necesarios matices de la construcción conceptual, la perspectiva de la totalidad y de la coyuntura presentes en la obra, ejercen la función de articuladores para el ejercicio de la crítica. Osorio, persistente en su búsqueda, no ha dejado de insistir en la obligación de los cientistas sociales, de profundizar en el derrotero abierto por Karl Marx, como la vía más adecuada para comprender las diferentes formas en la que la vida social se despliega, colocando el énfasis, sobre todo, en los mecanismos organizadores de la misma. Lección importante, especialmente en los tiempos que corren, signados por la crisis de las formas contemporáneas del imperio del mercado y de la urgencia de construcción de alternativas tanto socio-políticas, como epistemológicas. Esta obra está llamada a convertirse, como otras del autor, en referentes imprescindibles para la renovación del pensar crítico latinoamericano.